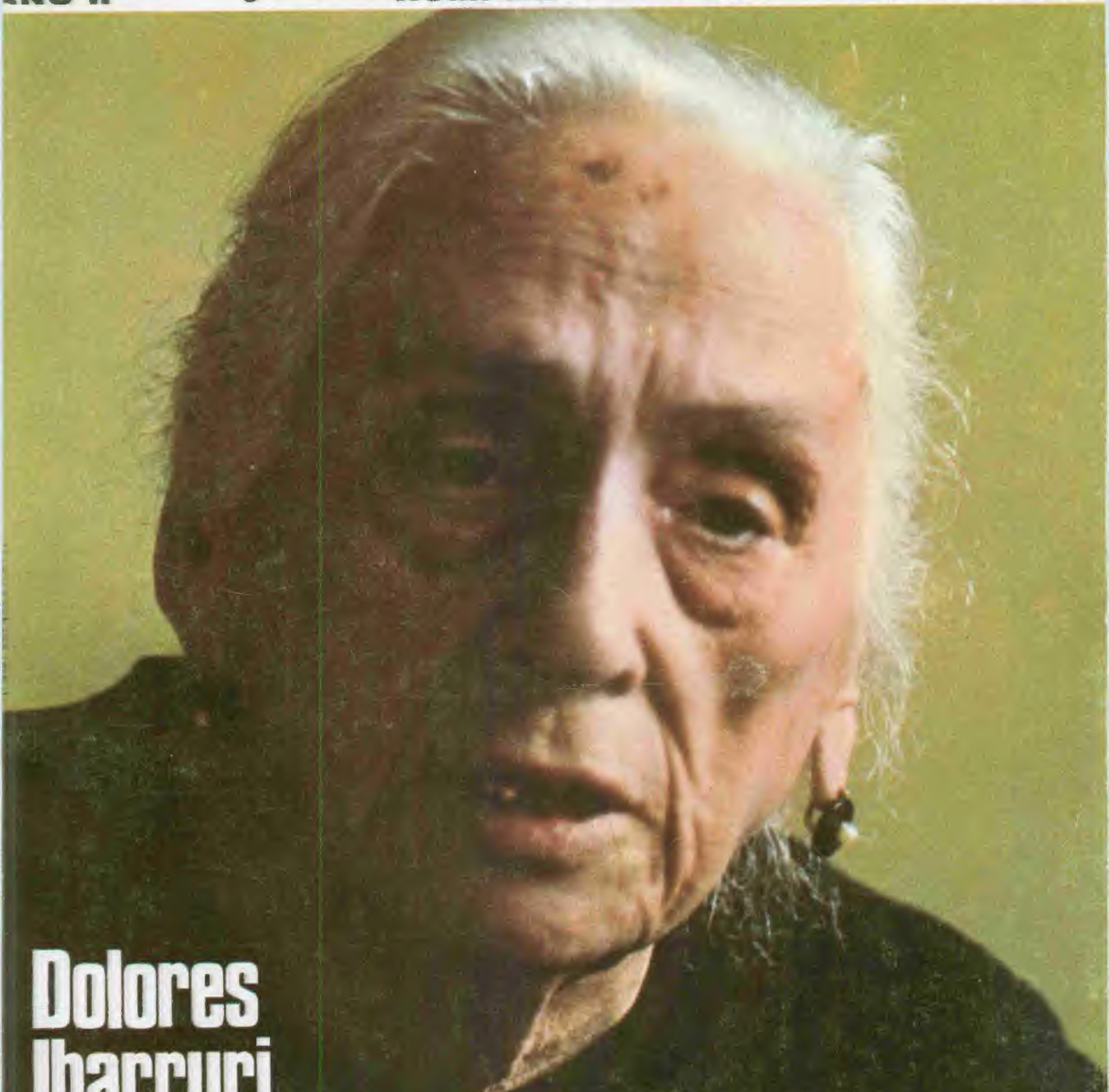
TIEMPO de HISTORIA

AÑO II • NUM. 22 • 60 PESETAS



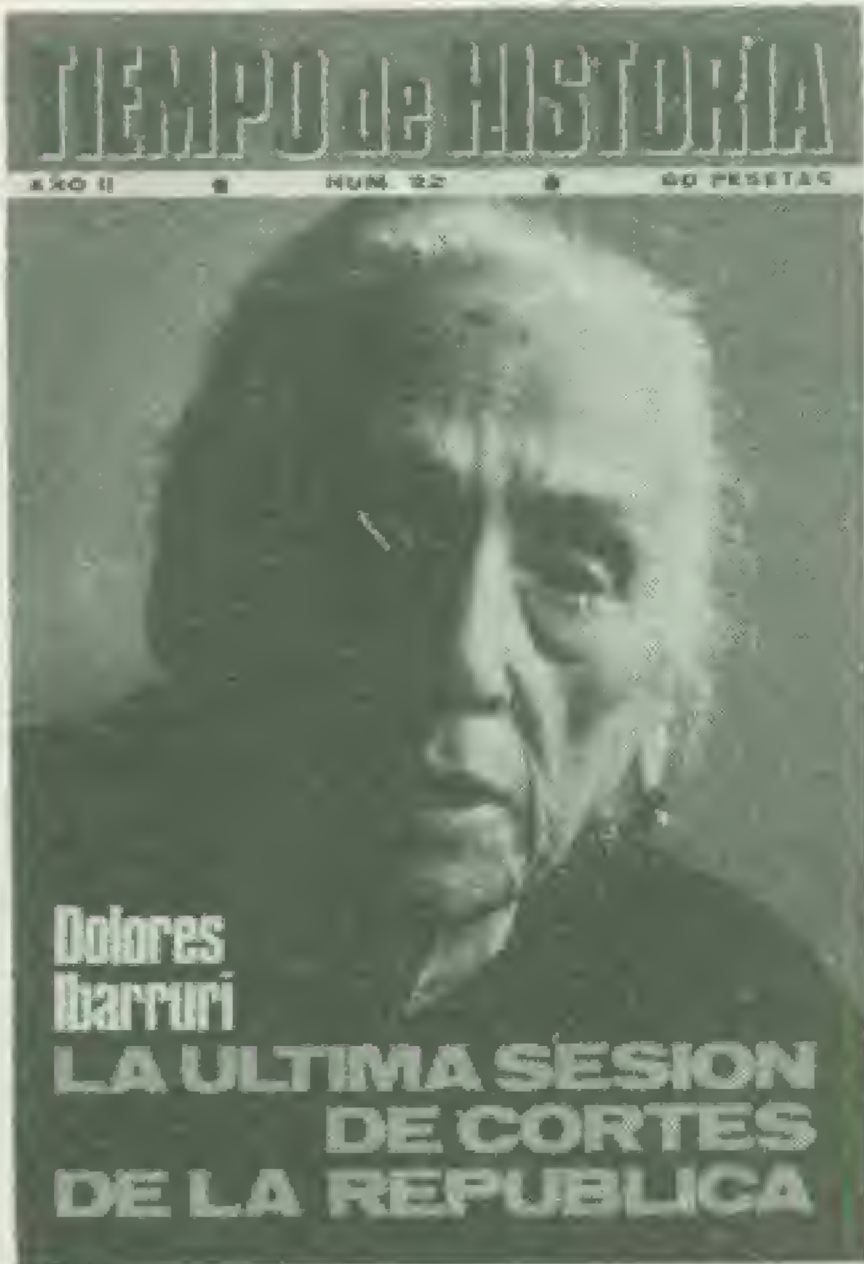
Dolores Ibarruri

LA ULTIMA SESION DE CORTES DE LA REPUBLICA

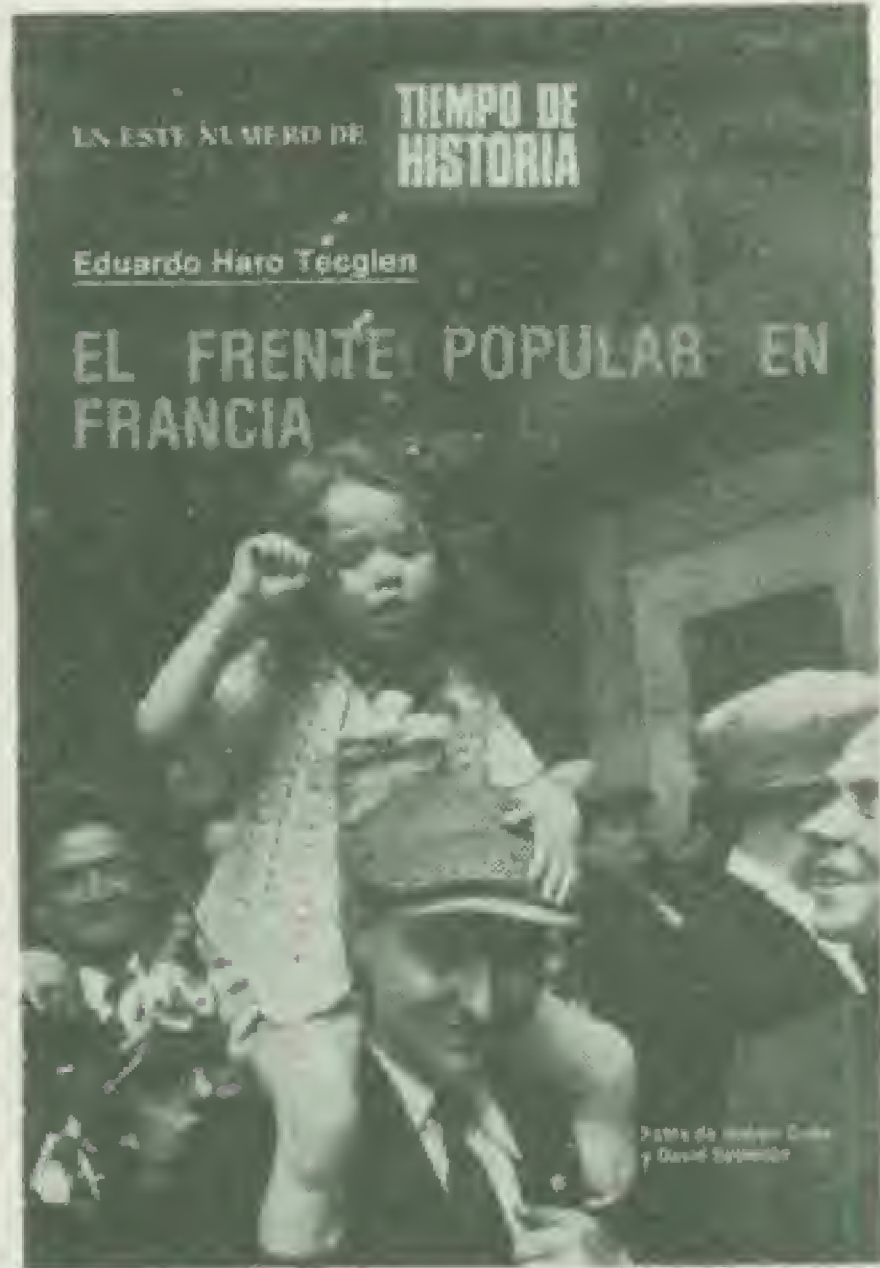
SUMARIO



AÑO II ● NUM. 22 ● SEPTIEMBRE 1976 ● 60 PESETAS



PORTADA: Dolores Ibarruri, presidente del Partido Comunista de España.



CONTRAPORTADA: El saludo socialista, efectuado por una niña durante el Frente Popular francés. (Foto David Seymour).

Págs.

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN.** SECRETARIO DE REDACCION: **FERNANDO LARA.** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00*. MADRID-15. Cables: Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Avenida Generalísimo, 87. Teléfono 279 77 15. MADRID 16, y Paseo de Gracia, 101. Teléfono 227 28 71. BARCELONA-11. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M. 36.133-1974



Dolores Ibarruri

La última sesión de Cortes de la República

POCO duró la vida normal del Parlamento constituído después de la victoria del 16 de Febrero.

La agresividad de las fuerzas derrotadas iba en aumento, a medida que veían consolidarse la unidad de las izquierdas y fortalecerse su voluntad de dar impulso a la revolución democrática que la confabulación reaccionaria durante el bienio negro había paralizado.

En el campo y en las ciudades se sentía el enrarecimiento del ambiente. Los sangrientos sucesos de Yeste, en los que resultaron dieciséis campesinos muertos por la Guardia Civil al servicio de los terratenientes, habían estremecido a todo el país. Una interrogación danzaba constantemente ante nosotros. ¿Qué preparan las fuerzas reaccionarias?

A mediados del mes de junio se anunció que la CEDA iba a hacer una interpelación al Gobierno sobre el orden público. Para la osadía de los cedistas no había bardas.

Era algo realmente intolerable que los culpables del desorden, los que rebajaban los salarios a los obreros de las ciudades y a los obreros agrícolas, la misma gente que azuzaba a la Guardia Civil contra los campesinos hambrientos y profería amenazas diciendo que preferían que las cosechas se perdiesen a pagar los salarios estipulados en las bases del trabajo; quienes armaban mercenarios para asesinar a los hombres conocidos por sus ideas democráticas, se atreviesen a interpelar al Gobierno sobre el orden público.

Sólo podía comprenderse tal atrevimiento cuando se examinaba la posición política de los hombres que figuraban en los partidos que componían el Frente Popular, ya que en la debilidad de éste, estaba la fuerza de sus contrarios.

No era un secreto para nadie que ciertos dirigentes republicanos, y aun algunos socialistas, estaban molestos porque los trabajadores planteaban reivindicaciones.

Y las frases de Albornoz en Asturias sobre la impaciencia de los presos, se repetían con demasiada frecuencia en las tertulias y en los pasillos del Congreso, en relación con las luchas de los obreros por el aumento del salario, por el mejoramiento de sus condiciones de vida.

Los diputados de la CEDA eran el tercer oído de los terratenientes y capitalistas, que percibían hasta el más débil suspiro de las Magdalenas republicanas y querían apoyarse en ellas para abrir una brecha en el bloque de izquierdas.

El anuncio de la interpelación cedista fue como un trallazo asestado en pleno rostro al Gobierno y al Frente Popular.

Los derechistas querían ir muy lejos al presen-



En la sesión de Cortes del 16 de junio de 1936, Gil Robles —a quien vemos durante una de sus intervenciones parlamentarias— defendió una proposición de la CEDA pidiendo al *Gobierno explicaciones* «acerca del estado subversivo en que vive España».



Enrique de Francisco quien, en representación del PSOE, contestó en las Cortes a Gil Robles. Sus palabras dejaron fría a la Cámara y llenaron de indignación a muchos diputados de su propio partido, que esperaban una intervención más firme y más política de su compañero.

tar en el Parlamento su proposición no de ley.

Las fuerzas de izquierda se agruparon en torno al Gobierno para la batalla parlamentaria.

Aquella tarde del 16 de junio, un mes justo antes de la sublevación, había un ambiente de pelea en el Parlamento español.

Los periodistas y fotógrafos recogían impresiones y hacían fotografías. Todo el mundo tenía la impresión de que aquella sesión parlamentaria sería una sesión histórica. De ella podía salir la derrota del Gobierno, que en aquellos momentos hubiera significado la derrota del Frente Popular, o, por el contrario, la derrota de las fuerzas derechistas, que abiertamente se lanzaban a la ofensiva.

Cada parte contendiente preparaba sus armas; los comunistas nos habíamos reunido a mediodía, y en aquella reunión se acordaron las líneas fundamentales de mi intervención, puesto que era yo quien debía intervenir en el debate en nombre del P.C. Los socialistas habían nombrado a Enrique de Francisco para que interviniese, y los republicanos, a Marcelino Domingo.

Antes de comenzar la sesión, los pasillos y salones de la Cámara parecían una colmena. Idas y venidas, comentarios, augurios, entrevistas, miradas cargadas de odio, sonrisas irónicas, ceños fruncidos, inquietudes, de todo había entre los que se disponían a atacar y los que estaban preparados para la defensa.

A los comunistas, lo que nos preocupaba era que en lugar de ser el Gobierno quien iniciase la ofensiva contra los enemigos de la República, fuesen éstos, envalentonados por la tolerancia de aquél, los que se lanzaran al ataque.

Hasta entonces había sido la minoría comunista quien con su firmeza daba un nuevo tono a la Cámara. Aquella tarde nuestras armas iban a medirse con las de nuestros más encarnizados enemigos.

Estaba muy nerviosa, pues comprendía la trascendencia de aquella sesión, en la cual el Partido Comunista iba a ser la fuerza de choque en la lucha contra la CEDA y contra toda la reacción española, representada por sus más destacados jefes, Gil Robles y Calvo Sotelo, que eran los que iniciarían el ataque contra el Gobierno.

Comenzó la sesión aprobándose algunos asuntos de trámite y el primer artículo de un proyecto de ley que modificaba la vieja ley de Orden Público.

A continuación, el presidente anunció la lectura de una proposición no de ley. Era la proposición de la CEDA pidiendo al Gobierno ex-

plicaciones «acerca del estado subversivo en que vive España».

Gil Robles defendió la proposición. Y después de una enumeración de hechos, atribuidos a las fuerzas que componían el Frente Popular, terminaba deciendo que él no quería que se rompiese el Frente Popular porque deseaba que el fracaso arrastrase a todos los partidos que lo integraban, afirmando que «se preparaban ya los funerales de la democracia»...

Después de él intervino Enrique de Francisco, en nombre de la minoría socialista, el cual cortésmente se disculpaba porque, obligado por un penoso deber, se veía forzado, él, tan modesto, a contender con un hombre tan destacado como el «Sr. Gil Robles»...

La intervención del representante socialista dejó fría a la Cámara y llenó de indignación a muchos diputados socialistas, que esperaban una intervención más firme y más política de su representante.

La agresividad del sector derechista crecía a medida que observaba el ambiente de la Cámara.

Por eso, con la intervención del antiguo ministro de la dictadura de Primo de Rivera, Calvo Sotelo, que era una amenaza y un desafío, se creyó que al Gobierno le quedaban pocas horas de vida. En el discurso hábil y demagógico del jefe derechista hubo un cálido elogio para las fuerzas de la CNT, la actuación de cuyos líderes, desde el 16 de febrero, consistía en forma acusadísima en hacer el juego a las derechas.

A Calvo Sotelo contestóle de manera complida Casares Quiroga, como presidente del Gobierno. Y Casares Quiroga, recogiendo las amenazas del ex ministro de la dictadura, responsabilizó a Calvo Sotelo de las actividades de las fuerzas derechistas contra la República y contra el pueblo.

Después del jefe del Gobierno intervine yo. Puse de manifiesto la maniobra de las derechas que querían presentarse como víctimas, siendo ellas las autoras responsables de los hechos que creaban el desorden y la inquietud.

Denuncié los manejos que contra la República se realizaban, así como el contrabando de armas a través de la frontera de Navarra, armas dedicadas a la preparación de un golpe de Estado.

Hice un análisis de los hechos que precedieron a octubre y reivindiqué la memoria de los asesinados por las fuerzas represivas.

Resalté el jesuitismo y la hipocresía de las fuerzas de derechas, que no vacilaban en recurrir a las mentiras más infames, como la de los



En el discurso hábil y demagógico de Calvo Sotelo, apoyando la proposición contra el Gobierno, se contenía una amenaza y un desafío contra el Gabinete, lo que hizo pensar que a éste le quedaban pocas horas de vida.

niños con los ojos saltados, la de las muchachas violadas, «la de la carne de cura vendida a peso» y la de los guardias de Asalto «quemados vivos», para producir en las masas un sentimiento de repulsión hacia el glorioso movimiento insurreccional de Octubre.

Examiné a la luz fría de los hechos las causas que motivaban las huelgas y que producían el estado de inquietud y de intranquilidad en todo el país.

Terminaba mi discurso diciendo: «Ni los ataques de la reacción, ni las maniobras más o menos encubiertas de los enemigos de la democracia, lograrán quebrantar ni debilitar la fe que los trabajadores tienen en el Frente Popular y en el Gobierno que lo representa.

Pero es necesario que el Gobierno no olvide la necesidad de hacer sentir el peso de la ley a aquellos que se niegan a vivir dentro de la legalidad, y que en este caso concreto no son los obreros ni los campesinos.

Si hay generalitos reaccionarios que en un momento determinado, azuzados por elementos como Calvo Sotelo, pueden levantarse contra el Gobierno, hay también soldados heroicos, como el cabo de Alcalá, que pueden meterlos en cintura.

Cuando el Gobierno se decida a cumplir más rápidamente que hasta ahora el programa del Frente Popular e inicie la ofensiva republicana, tendrá a su lado a todos los trabajadores dispuestos, como el 16 de Febrero, a aplastar a esas fuerzas y a hacer triunfar una vez más el Bloque Popular.»

Dirigiéndome al jefe del Gobierno dije: «Señor Casares Quiroga, para evitar las «perturbaciones» que tanto molestan a Gil Robles y a Calvo Sotelo, para terminar con el estado de desasosiego que existe en España, no basta



Santiago Casares Quiroga, presidente del Gobierno, contestó de manera cumplida a Calvo Sotelo, al que responsabilizó de las actividades de las fuerzas derechistas contra la República y contra el pueblo. El político gallego (en la imagen) denunció las amenazas pronunciadas por el ex ministro de la Dictadura.

con hacer responsables de lo que pueda ocurrir a un señor Calvo Sotelo cualquiera, sino que hay que comenzar por encarcelar a los patronos que se niegan a aceptar los bandos del Gobierno.

Hay que encarcelar a los terratenientes que lanzan a la miseria y al hambre a los campesinos; hay que encarcelar a los que con cinismo sin igual, llenos de sangre de la represión de Octubre, vienen aquí a exigir responsabilidades por lo que no se ha hecho.

Y cuando se comience por hacer esta obra de justicia, señores ministros y señor Casares Quiroga, no habrá un Gobierno que cuente con un apoyo más firme, más fuerte que el vuestro, porque las masas populares de España se levantarán para luchar contra todas esas fuerzas, que, por decoro, no se debiera tolerar que se sentasen ahí.»

Mis palabras, expresión de la política y de la posición del Partido Comunista, hallaron una aprobación calurosa en todo el país.



Los acontecimientos se encadenaban con ritmo febril. Las derechas tenían prisa por salir de aquella situación. La tierra les iba faltando bajo los pies y querían despejar la incógnita, terminando de una vez.

Seguían la táctica de atacar, no olvidando el proverbio español de que «el que da primero, da dos veces».

En aquellos días llegó a Madrid el camarada Jesús Monzón, de Navarra, a informar a la dirección del Partido de la situación de aquella región y a denunciar ante el Gobierno las actividades de la reacción navarra, que a la luz del día se preparaba para la guerra.

En el conjunto de los pueblos de España, Navarra ha sido algo aparte. Constituía una fortaleza de la reacción, para la que no contaba ni la instauración de la República, ni el progreso de España.

En Navarra ha tenido el tradicionalismo reaccionario un baluarte que ha figurado como inaccesible a la democracia, por las debilidades de los diferentes gobiernos republicano-socialistas, que, temerosos de enfrentarse con las fuerzas tradicionalistas, han abandonado en manos de éstas a los obreros y a los campesinos navarros.

Los descendientes de los viejos carlistas vivían



«Hay que encarcelar a los terratenientes que lanzan a la miseria y al hambre a los campesinos; hay que encarcelar a los que con cinismo sin igual, llenos de sangre de la represión de Octubre, vienen aquí a exigir responsabilidades por lo que no se ha hecho», diría Dolores Ibarruri —que la foto adjunta muestra reunida con la minoría comunista del Frente Popular— en su intervención ante la reunión de Cortes del 16 de junio de 1936.

en Navarra organizados y encuadrados en los grupos de requetés con una disciplina de hierro, con fanatismo religioso y con jerarquías intocables.

Todo era casi igual que en 1876. Lo único que había cambiado era el armamento. En 1936, los requetés navarros estaban armados no con los viejos fusiles y pistolones enterrados al terminarse la guerra carlista, sino con máuseres y ametralladoras modernas.

Y esa organización militar, medio carlista, medio fascista, hacía constantes ejercicios y prácticas de tiro, desfiles militares y maniobras, que las autoridades toleraban sin tomar ninguna medida para ponerles freno.

Las elecciones en Navarra se realizaron bajo la presión de estas fuerzas. Y a pesar del Frente Popular y de los abnegados esfuerzos de los socialistas y de los comunistas de Pamplona por cambiar la situación, los carlistas continuaban siendo los amos de la región. Al comenzar la sublevación militar fascista, contra los núcleos de demócratas existentes en Navarra se ensañó con salvaje violencia la locura criminal de requetés y fascistas, llenando de dolor y de luto a centenares de familias.

El camarada Monzón llegaba a Madrid en representación del Frente Popular de Navarra, para denunciar los alijos de armas que constantemente se hacían por Vera del Bidasoa y por diferentes puntos del Pirineo Navarro, y a pedir al Gobierno que tomase medidas para cortar los desmanes de los cristeros y el desarme de su organización.

Yo acompañé al camarada Monzón a visitar a Casares Quiroga, el cual, aunque prometió dictar algunas disposiciones, tomó un poco a broma el peligro del fascismo, considerando que los comunistas veíamos fascistas por todas partes.

Con aquel criterio tan irresponsable, dejó que las cosas continuaran como hasta entonces.

Y al estallar la sublevación militar-fascista varios millares de requetés navarros fueron la fuerza de choque del Ejército franquista, sobre todo en el Norte, por negligencia del Gobierno republicano, que no fue capaz de atraerse Navarra al campo de la democracia, ni de poner fuera de combate a los conspiradores y animadores de la sublevación.

La confianza que el Partido Comunista tenía en las masas populares, en los obreros, en los campesinos, en todos los trabajadores, no era compartida por todos los hombres que militaban en los partidos del Frente Popular.

Ante las dificultades que encontraba el Gobierno por el sabotaje económico y político del gran capital, de la alta finanza y de los terratenientes, surgían en el interior del Frente Popular voces pesimistas, agoreras, que tendían a deprimir los espíritus, a paralizar el impulso revolucionario de las masas, a frenar las iniciativas del Gobierno y a crear el clima polí-



tico propicio para la claudicación ante las derechas.

El Partido Comunista salió al paso de este pesimismo desde las columnas de **Mundo Obrero.**

...«Es tremendamente infantil —decíamos en el órgano del Partido— la idea de que el enemigo va a dejarse vencer sin ninguna resistencia. Eso, «alarmados» o «alarmistas», había que preverlo. El pánico no ha sido nunca un punto de partida adecuado para llegar a conclusiones justas.

Con serenidad las cosas se ven y se comprenden mejor.

Examinen la situación y reconocerán que no es achacable a los trabajadores, cualquiera que sea su significación, el trastorno que se produce en nuestro camino hacia una España democrática.

Ahí está la política de la reacción y del fascismo, o de las derechas, para hablar su lenguaje, en la calle y en el Parlamento.

Vean los métodos de conspiración que emplean en las finanzas y en los cuartos de banderas. Examinen de dónde parten las provocaciones y el sabotaje al régimen y las agresiones al Frente Popular; de dónde viene ese ruido de espuelas y espadones con que se trata de atenazar los movimientos del Gobierno favorables a las masas populares.

El Partido Comunista ha expuesto repetidas veces la imperiosa necesidad que tenemos de dar vida a los Frentes Populares. No nos cansamos de repetir que toda la política actual debe basarse en esos órganos de unidad de todo el pueblo.

Y en este sentido, la Asamblea de Alcaldes y delegados de los Frentes Populares de Jaén es un ejemplo que va a ser seguido en breve por Toledo. Estas asambleas populares son las que señalan el camino a seguir.

El Frente Popular, como célula viva en cada aldea, en cada pueblo, con el Ayuntamiento como órgano ejecutor de esa política y con un programa adecuado a las necesidades de vencer a un enemigo poderoso y organizado.

El Frente Popular, nacional, parlamentaria y extraparlamentariamente ayudando y empujando al Gobierno a realizar una política económica y social que dé satisfacción a las justas demandas de los trabajadores y masas campesinas y reduzca a polvo los siniestros planes de la reacción.

Si esto se hace, estamos seguros de que esas aves agoreras encontrarán el horizonte más alegre y despejado»...

*

Cada día aportaba una nueva inquietud. La evasión de capitales desmoronaba la econo-

LOS JEFES PARLAMENTARIOS DE DERECHAS, PLANTEARON AYER, CON ACOPIO DE DATOS CONCRETOS Y CON SERENA OBJETIVIDAD, ANTE LAS CORTES, LA AUTENTICA SITUACION DEL ORDEN PUBLICO EN ESPAÑA

Los señores Gil Robles, Calvo Sotelo, Ventosa y Cid hablan en nombre de inmensas multitudes adolecidas de esa situación. El presidente del Consejo, en su réplica, arremete contra la burguesía y la clase patronal. Un discurso demagógico de la señora Ibarruri aplaudido por las izquierdas republicanas. El Sr. Gil Robles pide que cuanto antes se discuta la llamada represión de Asturias.

El Gobierno obtiene 207 votos de los 473 que componen el Parlamento. Las derechas se ausentaron en bloque del salón

Antes del debate

Expectación desusada. La Cámara ofreció un aspecto animadísimo desde las cinco de la tarde. Dentro y fuera de ella, porque las colas ante las puertas de las tribunas eran muy nutridas. El Gobierno dió órdenes terminantes para que no faltase uno solo de los diputados que figuran en el Frente Popular. Los partidos de derechas, sin haber cursado tales órdenes, apenas si aparecían con bajas.

Se dijo a primera hora, y este rumor fué

norías parlamentarias de oposición. Frente a ellos, se alzaba una mayoría agresiva, exaltada por su pasión y respaldada por el propio Gobierno, en un ambiente propicio e interesado, dispuesto, desde el primer momento, a que la crítica y la fiscalización no encontraran cauce adecuado. Pero la razón no tiene más que un camino, y es inútil que se intente cegarlo. Francamente, como adversarios leales, los cuatro oradores de derechas, que sienten junto a ellos el latido de inmensas multitudes atropelladas y vejadas en sus sentimientos y en sus intereses, habla-

El Sr. Gil Robles leyó una estadística que produjo extraordinaria impresión, estadística que va desde el 16 de febrero al 15 de junio, y, según la cual, han sido destruídas ciento setenta iglesias, se han cometido doscientos cincuenta y un asaltos, ha habido doscientos sesenta y nueve muertos, 1.287 heridos, 215 agresiones, 138 atracos, 23 tentativas de atraco, 69 Centros destruídos, 312 asaltados, 113 huelgas generales, 228 parciales, diez periódicos destruídos, 33 asaltos a periódicos, 148 bombas que explotaron y 78 sin explotar.

La Prensa derechista apoyó decididamente la propuesta de la CEDA contra el Gobierno. Ejemplo de ello es este titular de «ABC», que recoge de manera partidista el contenido de los diversos discursos pronunciados en la Cámara el día anterior.



Durante los días de junio de 1936, la reacción navarra se preparaba a la luz del día para la guerra. Esta reunión celebrada en la Plaza del Castillo, de Pamplona, bien pudo —pese a su aire informal— ser una en la que se ultimase el levantamiento militar. Asistieron a ella el comandante Fernández Cordón (con sombrero) y (a partir de él siguiendo el sentido de las agujas del reloj) el general Mola, Ramón Mola y los capitanes Marías y Vizcaíno.

mía del país. Se habían organizado agencias especiales, clandestinas, de evasión de dinero. Centenares de millones de pesetas iban a parar a los bancos franceses, ingleses o suizos.

El valor de la peseta sufría bajas constantes y los productos que se adquirían en el extranjero costaban mayores dispendios, reflejándose en un encarecimiento general del coste de la vida y en un empeoramiento de la situación de las clases modestas del país, muy especialmente de los trabajadores.

El Gobierno tuvo un «rasgo» frente a los sembradores del hambre y especuladores de la moneda. Ordenó la detención de una veintena de individuos, complicados en los negocios de la «bolsa negra», y se tomaron algunas medidas para cortar esta sangría de dinero que arruinaba el organismo económico del Estado y llevaba el hambre a las masas.

Cada uno de los españoles que formaba en el Frente Popular o simpatizaba con él, se acostaba pensando qué sorpresa aportaría el nuevo día.

La turbulenta actuación de las derechas conseguía crear tal sensación de inseguridad y de peligro que se deseaba se descorriese la cortina para saber a qué atenerse.

La idea de la resistencia y la defensa ante un posible ataque reaccionario tomaba cuerpo en las masas.

En un artículo de **Política,** órgano de Izquierda Republicana, se escribía el 28 de junio:

«Quien quiera tomar el Poder contra el pueblo ha de disputárselo en la calle al Gobierno legítimo. Y en la calle se encontrará frente al pueblo. Frente a todo el pueblo, porque el Ejército, en su entraña, también lo es...»

En esos días de peligro, se establecieron las bases para la unificación en Cataluña del Partido Comunista Catalán, del Partido Catalán Proletario, Federación Catalana del Partido Socialista Obrero Español y Unión Socialista de Cataluña, que el 21 de julio de 1936 habían de formar el Partido Socialista Unificado de

Cataluña, que tanto contribuyó a organizar la resistencia y que con su acertada política minó profundamente las bases del anarquismo en el movimiento obrero catalán.

Chispazos contrarrevolucionarios

El día 11 de julio, los fascistas valencianos asaltaron el local de Unión Radio de Valencia. Y después de haber cortado los hilos del teléfono, para operar con más tranquilidad, radiaron el siguiente comunicado:

«Unión Radio... Valencia. En estos momentos Falange ocupa militarmente el estudio de Unión Radio. ¡Arriba el corazón! Dentro de unos días la revolución sindicalista estará en la calle. Aprovechamos esta ocasión para saludar a todos los españoles y particularmente a nuestros correligionarios.»

¿Qué hicieron las autoridades ante esto, que era un aviso y una alarmante demostración de la audacia y de los propósitos de los fascistas?

Simplemente radiar varias veces el himno de Riego y una alocución del Gobernador de Valencia.

Lo que no hicieron las autoridades, en parte y a su manera, lo hizo el pueblo. El Casino Central de la Derecha Valenciana fue asaltado por las masas, que le prendieron fuego e impidieron que los bomberos actuasen para sofocarlo.

Una enorme multitud se dirigió a la redacción del periódico monárquico **La Voz Valenciana** con el propósito de hacer allí lo mismo que habían hecho en el Casino de las Derechas, pero la policía lo impidió.

Más tarde, el restaurante «Vodka», lugar donde se reunían los señoritos falangistas, fue ocupado por los obreros y destrozados todos los enseres.

La policía detuvo a algunos falangistas sospechosos de ser los autores del asalto a la Radio.

En algunas barriadas de las afueras de la capital valenciana fueron incendiados círculos y casinos derechistas, resultando algunas personas heridas.

La respuesta que el pueblo daba a las provocaciones falangistas, era un anuncio de lo que días más tarde iba a ocurrir frente a la sublevación de los militares felones.

En Madrid continuaban desde hacía dos meses la huelga de Calefacción y Ascensores, la de los obreros de la Casa Quirós, de Gal y Floralia y la más importante, la de la Construcción, que englobaba a más de 80.000 obreros y que duraba ya excesivamente por la actitud de la patronal, dispuesta a alimentar y mantener el desasosiego en el país, desacreditar al Frente Popular y llevar la desesperación a los trabajadores.



Al anochecer del 12 de julio de 1936 y en pleno centro de Madrid, fue asesinado el teniente de la Guardia de Asalto José del Castillo —sobre estas líneas—, conocido por sus ideas democráticas y antifascistas. La capilla ardiente, que muestra la foto de la derecha, se convirtió en punto de reunión de todos aquellos que querían expresar su condena ante los repetidos crímenes de los grupos derechistas.

El Plan de las derechas se perfilaba con nitidez. Los camaradas de Correos interceptaban cartas de provincias dirigidas a gentes de derecha, de Madrid, que decían cosas tan sustanciosas como éstas:

«Como Ud. sabe tengo un revólver «Smith» y yo quiero cambiarle por una buena pistola; **porque según se va acercando eso,** hay que prepararse con las armas, como lo estamos de corazón todas las derechas, hombres y mujeres.»

En la capital de la República, en algunos centros falangistas y de Renovación Española, fueron descubiertos depósitos de armas, de correajes y de uniformes de la Guardia Civil.

El día 12 de julio fue asesinado por los pistoleros falangistas el teniente Castillo, joven oficial de los guardias de Asalto, conocido por sus ideas democráticas y antifascistas.

Ante la agresividad de las derechas, el Buró Político del Partido Comunista celebró una reunión, en la cual examinó la situación y las medidas urgentes que era necesario tomar y publicó una nota protestando contra las provocaciones fascistas, llamando al Gobierno a



ser más enérgico contra los enemigos de la República y a las masas, a reforzar la lucha.

«Los elementos reaccionarios y fascistas acentúan la preparación del golpe de fuerza contra las libertades del pueblo —decía la nota del Partido Comunista.

La provocación de Valencia, a la que el pueblo ha respondido con energía y decisión, y el asesinato del teniente Castillo forman parte de su plan siniestro de sembrar la intranquilidad en el país y crear el ambiente propicio para provocar el golpe reaccionario.

Estos hechos llenan de indignación a todos los hombres honrados, que se ven a merced de las pistolas de los asesinos del fascismo.

Nuestro Partido, al mismo tiempo que protesta indignado contra los hechos criminales e invita al Gobierno a tomar medidas contra los enemigos del pueblo, llama a las masas populares de Madrid y de España entera al reforzamiento de la lucha contra el fascismo, contra el terrorismo criminal de estas bandas del crimen.

Todos los ciudadanos honrados, todos los trabajadores deben acudir al entierro del teniente Castillo, asesinado por los bandidos fascistas.

Demostrad que el pueblo está de una manera unánime contra los provocadores reaccionarios, contra sus crímenes y provocaciones.

Comité Central del Partido Comunista de España.»

No se concretó el Partido Comunista a publicar este comunicado. Se puso en relación con las organizaciones obreras del Frente Popular para organizar una acción conjunta, frente a los planes de la reacción.

A la reunión solicitada por nosotros acudieron en representación del Partido Comunista José Díaz y Vicente Uribe; de la Unión General de Trabajadores, Manuel Lois; por la Casa del Pueblo de Madrid, Edmundo Domínguez; por la Federación de Juventudes Socialistas, José Cazorla y Santiago Carrillo, y por el Partido Socialista, Lamoneda, Jiménez de Asúa, Vidarte, Cruz Salido, Prieto, De Gracia, Albar y Bujeda.

Todos los reunidos estaban de acuerdo en reconocer la gravedad del momento y la necesidad de actuar conjuntamente ante cualquier eventualidad.



La responsabilidad directa del asesinato de Calvo Sotelo (cuyo cadáver contemplamos), inmediatamente posterior al del teniente Castillo, era de «quienes mantenían y alumbraban en España un clima de odios y de guerra civil». La muerte del jefe de las derechas «aportó nuevos argumentos antidemocráticos al arsenal de la contrarrevolución».

Se nombró una comisión compuesta por representantes de todas las organizaciones para que fuese a visitar al jefe del Gobierno y ofrecerse para la organización de la defensa del régimen, en el caso de que estallase un movimiento subversivo.

Paralelamente fue publicada por las fuerzas obreras encuadradas en el Frente Popular una nota que decía así:

> *«Conocidos los propósitos de los elementos reaccionarios, enemigos de la República y del proletariado, las organizaciones políticas y sindicales, representadas por los firmantes, se han reunido y establecido coincidencias absolutas y unánimes para ofrecer al Gobierno el concurso y apoyo de las masas que le son afectas, para todo cuanto signifique defensa del régimen y resistencia contra los intentos que puedan hacerse contra él.*
>
> *Esta coincidencia no es meramente circunstancial; por el contrario, se propone subsistir permanentemente, en tanto que las circunstancias lo aconsejen para fortalecer el Frente Popular y dar cumplimiento a los designios de la clase trabajadora, puestos en peligro por los enemigos de ella y de la República.*
>
> Por la UGT, Manuel Lois; por la Federación de Juventudes Socialistas, Santiago Carrillo; por el Partido Comunista, José Díaz; por la Casa del Pueblo, Edmundo Domínguez; por el Partido Socialista, Jiménez de Asúa.»

El Gobierno suspendió algunos periódicos reaccionarios y fueron detenidos grupos de gentes derechistas. A todas luces esto era insuficiente.

El día 13 de julio comenzaron a circular por Madrid los rumores de que Calvo Sotelo, el jefe más destacado de las fuerzas de derecha, había sido muerto.

¿Quién armó la mano homicida? Si en la muerte del Conde de Villamediana pudo decir el poeta que:

> *«el matador fue Bellido*
> *y el impulso soberano»*

en la muerte del jefe de las derechas, la responsabilidad directa era de quienes mantenían y alumbraban en España un clima de odios y de guerra civil. La responsabilidad era, no del Partido Comunista, como calumniosamente han afirmado los franquistas, sino de los que armaban la mano de los asesinos del teniente Castillo, del capitán Faraudo, del señor Pedregal, de los que atentaron contra Jiménez de Asúa y contra Largo Caballero.

Para cada uno de nosotros era evidente que la muerte de Calvo Sotelo no ayudaba a la causa de la República y, en cambio, aportaba nuevos argumentos antidemocráticos al arsenal de la contrarrevolución.

Las fuerzas de derecha quisieron hacer de la muerte de Calvo Sotelo una bandera y un ariete contra la República. El Gobierno salió al paso de estos propósitos suspendiendo las sesiones de Cortes durante ocho días, a lo que las derechas se oponían tenazmente.

Cinismo e impunidad

En la reunión de la Comisión Permanente de las Cortes convocada por el presidente de la Cámara para aprobar la prórroga del estado de alarma en toda España, fueron pronunciados por los representantes de las fuerzas de derecha, especialmente por el conde de Vallellano y por Gil Robles, incendiarios discursos que eran ya la declaración de la guerra civil.

Tan graves eran las afirmaciones que se contenían en el documento que el conde de Vallellano leyó ante la Comisión Permanente de las Cortes, en nombre de las minorías tradicionalistas y de Renovación Española integrantes de lo que se llamaba Bloque Nacional, que el presidente de la Comisión advirtió que las declaraciones que podrían contribuir a enconar los ánimos y exacerbar las pasiones no se publicarían.

En aquella histórica sesión, mientras los representantes de las fuerzas de izquierda trataban de demostrar la responsabilidad de las fuerzas de derecha por el estado de inquietud que existía en el país, llamando a sus representantes a la reflexión, éstos no ocultaban sus propósitos de salirse del marco de la legalidad republicana, anunciando en trenos apocalípticos el estallido del complot que venían preparando desde su derrota en las elecciones de Febrero.



Convocada la Comisión Permanente de las Cortes dada la gravísima situación de violencia, que reinaba en el país, Gil Robles —retratado encima, de estas palabras— pronunció entonces un discurso incendiario. Que quedó completado por el documento leído por el Conde de Vallellano en nombre de las minorías tradicionalistas y de Renovación Española, una de cuyas reuniones de diputados vemos.



Pese a que el papel político de Gil Robles parecía dominante en julio del 36, en realidad el peligro de una contrarrevolución provenía del Ejército, porque fue en dirección a los militares hacia donde se orientaron las fuerzas derechistas. (En la foto, comida de los participantes en las maniobras de La Esperanza, Tenerife, con el general Franco rodeado por jefes y oficiales).

Y como una experiencia política para el futuro, y como una necesidad de profundizar más, y de saber ver a tiempo los cambios que se producen en la correlación de fuerzas en el campo de nuestros adversarios, y afinar nuestra política, quiero recordar el papel que de una manera invariable y un tanto subjetiva continuamos atribuyendo a Gil Robles, viendo en él la cabeza de la conspiración antirrepublicana que estaba en el aire, que se mascaba cuando ya el papel de Gil Robles, sin dejar de ser importante en el campo de las derechas, no era el determinante.

Desde el fracaso de las derechas en las elecciones de Febrero, y aunque esto no se dijese públicamente por los interesados, el papel político de Gil Robles había descendido extraordinariamente. Este no aparecía para la extrema reacción como la figura y el jefe que ella necesitaba.

Y esto era tanto más cierto, cuanto que llevada la lucha política al terreno de la agresión abierta a la República y, con ello, a la guerra civil, no era Gil Robles el más apropiado para dirigir esta lucha, sino un hombre de otro tipo. A Gil Robles no le perdonaban haber abandonado el Ministerio de la Guerra, aunque allá hubiera colocado y dejado los hombres de la conspiración, ni tampoco le perdonaban la derrota de Febrero.

Gil Robles podía ser el hombre de los grandes discursos y de las frases pomposas; el hombre de la reacción y de la política de represión gubernamental. Thiers y Gallifet al mismo tiempo. Pero no el hombre capaz de encabezar y dirigir una sublevación. Y esto no lo ignoraban las fuerzas que estaban tras el jefe de la CEDA.

Fue hacia los militares hacia donde se orientaron las fuerzas derechistas. Y no es casual que fuese un militar quien tuviese en sus manos prácticamente los hilos de la conspiración, aunque en principio no fuese Franco. Este esperaba su hora y cuando ésta llegó, con el apoyo de Hitler, dio de lado a todas las fuerzas políticas de derecha que le respaldaron en ls sublevación.

De la noche a la mañana y gracias a la eliminación «milagrosa» de Sanjurjo, Franco pudo nombrarse a sí mismo, con el voto decisivo de Canaris, agente destacado del espionaje alemán, Jefe del Estado y Caudillo de España «por la Gracia de Dios».

Y aunque fue el Partido Comunista el primero en denunciar los criminales manejos de los Franco y compañía, cuya peligrosidad era evidente, quizá no lo percibimos en toda su trágica hondura...

En aquella reunión de la Comisión Permanente de las Cortes, la voz de José Díaz, Secretario del Partido Comunista y diputado por Madrid, se alzó junto a las de los representantes socialistas y republicanos para responder a los discursos cínicos e insolentes de los representantes de las derechas.

«No podéis negar —dijo José Díaz— que estáis organizando complots. Estáis haciendo preparativos para un golpe de Estado, pero ¡tened cuidado! Todos nos hallamos vigilantes a fin

de que no podáis llevar a España por el camino de la represión, del hambre y del descrédito.

Haremos cuanto sea necesario para que la República no desaparezca de España. Y no consentiremos de ninguna manera que se pierda lo que ha costado tanta sangre y tanto esfuerzo conquistar.»

Ese mismo día, el Buró Político del Partido Comunista publicaba otro comunicado, llamando a todas sus organizaciones a ponerse en relación con las organizaciones regionales, comarcales y locales de Frente Popular para estar preparados ante cualquier eventualidad.

El Partido Comunista no echaba en saco roto las amenazas derechistas. Se preparaba para hacerles frente. Estrechaba sus filas, establecía ligazón con otras fuerzas, se ponía al habla con militares leales y reforzaba las milicias obreras y campesinas.

«*Los hechos de estos días han demostrado* —declaraba el comunicado del Partido Comunista— *el alcance de los planes sangrientos de la reacción y del fascismo, como ya nuestro Partido ha venido denunciando desde hace tiempo, en sus intentonas de imponer violentamente su dictadura salvaje y criminal.*

Frente a esas intentonas, una vez más, las masas populares se han puesto en pie, enérgica y rotundamente, como en el caso de Valencia.»

El día 16 de julio terminaba, con una victoria de los trabajadores, la huelga de los obreros de Calefacción y Ascensores, que había durado setenta y dos días. El mismo día se resolvió también con una victoria la huelga de los obreros de la Madera.

En el polvorín contrarrevolucionario la mecha estaba encendida y el estallido era cuestión de unas horas. ■ **D. I.***

(Texto perteneciente a las Memorias de Dolores Ibarruri, publicadas —bajo el título «El único camino»— por Colección Ebro).



«Haremos cuanto sea necesario para que la República no desaparezca de España. Y no consentiremos de ninguna manera que se pierda lo que ha costado tanta sangre y tanto esfuerzo conquistar», afirmaría José Díaz, secretario general del Partido Comunista y al que vemos junto a Dolores Ibarruri, en los días inmediatamente anteriores al alzamiento militar del 18 de julio de 1936.

El Estatuto gallego

SOMETIDO a plebiscito y aprobado por el pueblo gallego el 28 de junio de 1936, presentado en las Cortes republicanas para su discusión y ratificación el mismo día que se producía el alzamiento militar, el Proyecto de Estatuto de Galicia sigue siendo fuente de enconadas controversias. Controversias que desbordan la polémica histórico-ideológica y se pronuncian sobre la oportunidad o desfase, en el actual momento del país, de aquel texto jurídico-político que significó un intento de integrar el particularismo gallego en el seno del Estado republicano. Anacrónico e inválido —incluso como simple apoyatura de logros más radicales— para sectores de la pequeña burguesía nacionalista; máxima concesión a las ansias autonómicas que puede admitir el formalismo democrático;



Aprobado por el pueblo gallego el 28 de junio de 1936, el proyecto de Estatuto de Galicia —uno de cuyos carteles de propaganda afirmativa vemos— sería presentado en las Cortes republicanas el mismo día en que se produjo el levantamiento militar.

AUTONOMIA GALLEGA: DOS LIBROS, DOS INTERPRETACIONES

Dos libros —reciente el uno, actuales los dos (1)—, siguiendo líneas interpretativas e ideológicas diferentes, se han ocupado del problema de la autonomía gallega durante la Segunda República. Son dos aportaciones fundamentales que, al mismo tiempo que comienzan a disipar la penuria que envuelve a nuestra investigación, entrañan dos ópticas, dos perspectivas posibles desde las que enfocar la significación histórico-política del Estatuto. Así, Vilas Nogueira sitúa explícitamente el autonomismo gallego en el ámbito de la problemática nacionalista; el Estatuto sería, según esta interpretación, el parcial reconocimiento político de la singularidad estructural gallega, y el galleguismo su conciencia «nacional». Ante la creciente polarización republicana derechas/izquierdas, agotada la posibilidad de una redistribución de las fuerzas políticas en torno a la dialéctica nacionalidades oprimidas/Estado central (siguiendo la idea de Mao sobre la posibilidad de desplazamiento de la contradicción fundamental), el galleguismo se vería abocado a integrarse en el Frente Popular. Si para Vilas esta alianza es de alguna manera frustrante, Bozzo la considera como una superación del carácter a-clasista, «neutro», de todo partido nacionalista típico. De hecho, para este autor, la gran

(1) *Xosé Vilas Nogueira: «O Estatuto galego». Edicións do Rueiro. A Coruña, 1975.*

Alfonso Alfonso Bozzo: «Los partidos políticos y la autonomía en Galicia. 1931-1936». Colección Arealonga. Akal Editor. Madrid, 1976.

del 36

Fernando Salgado



«Para que nuestra Tierra sea nuestra, vota al Estatuto», podía leerse en este cartel diseñado por Castelao. Texto sobre el que no ha cesado hasta hoy la controversia, el Estatuto del 36 significó un punto de partida hacia la autodeterminación.

mínimo punto de partida hacia la autodeterminación para los demócratas más profundos..., el Estatuto del 36 suscita pasiones, engendra enfrentamientos y yergue barreras que dificultan la unidad de la oposición gallega.

¿Cuál fue el entramado político y social en que nació el texto? ¿Qué clases, qué sectores y qué fuerzas políticas lo impulsaron? ¿Hasta qué punto es desligable el Estatuto del conjunto de reformas que la Segunda República se propuso? ¿Qué proceso arrastra al galleguismo pretendidamente «neutro», a-clasista, a la alianza con el Frente Popular? ¿Cómo las organizaciones de clase, internacionalistas y olvidadas del específico marco estructural en que se movían, llegan a la asunción del problema gallego?

contradicción del Partido Galleguista consiste en pretender crear un movimiento sustentado por todos los sectores sociales gallegos partiendo de una caracterización social determinada (intelectuales-campesinado). El problema de las autonomías regionales constituye, para Bozzo, una parte de las reformas que la pequeña burguesía en el poder se propone llevar a cabo y cuyo fin último sería el de acercar los instrumentos de decisión política a las clases dominantes regionales. La incapacidad burguesa, señalada por Tuñón de Lara, para asimilar-destruir las culturas marginadas, hará de éstas un inapreciable arsenal utilizable por dichas clases y permitirá su posterior inclusión en una nueva estrategia de clase (hecho éste resaltado por Bozzo y por Solé Tura en su «Catalanismo y revolución burguesa»). Obviamente, tales divergencias interpretativas entre los dos libros se manifiestan al describir el contexto conflictivo gallego durante la Segunda República. Bozzo señala tres grandes conflictos localizables en la Galicia del momento: el primero, que enfrenta dos modos de producción distintos, la **ciudad** capitalista al **campo** feudal, la «modernidad» contra el «atraso», con ostensible preponderancia de este último frenando así la implantación definitiva del modo de producción capitalista; el segundo, poco importante cuantitativamente y localizable en algunos núcleos urbanos, se refiere a la contradicción fundamental del capitalismo, **burguesía-proletariado;** el tercero, sería el que, a nivel de clases dominantes, se daría entre Galicia y el Estado central. Ni que decir tiene que, para Vilas, este último conflicto es esencialmente un conflicto entre estructuras en el que se integran los dos

Un millón novecientos setenta y tres gallegos se pronunciaron a favor del Estatuto de Galicia, aprobado masivamente con tan sólo el voto en contra de unos seis mil electores. Las cifras sobrepasaban de manera indiscutible el mínimo exigido por el artículo 12 de la Constitución. Carteles como éstos —el de abajo debido a Castelao— ambientaron un plebiscito que demostraba el deseo de Galicia por cambiar su realidad. No duró demasiado el júbilo.





primeros. Otro aspecto reseñable de la interpretación de este autor es su renuncia (siguiendo la teoría althusseriana sobre la relativa autonomía de los diferentes niveles estructurales) al análisis socioeconómico y su relación con las diferentes opciones políticas del período. Relación de gran importancia en Bozzo, quien, sin pretender ningún acercamiento sistemático al problema, muestra a lo largo de su estudio la mutua dependencia de los dos niveles.

Resumiendo, algunos aspectos concretos de las diferentes posturas son, a saber: **en Vilas,** supervaloración del papel desempeñado por el Partido Galleguista en la consecución del Estatuto; desinterés hacia la causa autonómica por parte de Casares Quiroga y la ORGA, cuyo fin último sería exclusivamente la implantación de la República; consideración de la corriente regionalista (especialmente en su vertiente culturalista) como antecedente directo y único de las pretensiones autonómicas en la República, con el consiguiente olvido del federalismo, del agrarismo, etc. **En Bozzo,** especial relieve del juego dialéctico entre los diferentes partidos políticos (españoles —Acción Republicana, Unión Republicana, PSOE, etc.— o de ámbito gallego —ORGA, PG, Unión Socialista Gallega, etc.—), por una parte, y la autonomía, por la otra; inclusión de las autonomías dentro del plan reformista de la Segunda República; dependencia del problema autonómico del juego político a nivel estatal, permitiendo dos alternativas estratégicas a los partidos nacionalistas: asalto directo al poder central o actuación política en las esferas regionales de poder; etc. Indudablemente, el libro de Bozzo es un libro polémico, profundamente dialéctico y que abarca una etapa histórica (autonomía gallega en la República) más amplia que el de Vilas Nogueira (exclusivamente el Estatuto).

ALGUNOS ANTECEDENTES: FEDERALISMO, AGRARIOS, IRMANDADES...

Frecuentemente, los datos que suelen citarse como precedentes del intento autonómico del

36 tienen un carácter más ideológico y cultural que político. Las aspiraciones nacionalistas suelen presentársenos de manera autónoma, en un proceso lineal ajeno a los avatares de la lucha política de clases; una relación directa que une a hombres tan dispares como Alfredo Brañas y Suárez Picallo o Villar Ponte. Se habla del Brañas regionalista y se arrincona al Brañas tradicionalista, patriarcalista y antiliberal; sin embargo, toda la fundamentación teórica de «El Regionalismo» está en función de esas coordenadas políticas. Que nuestra bibliografía preste especial atención al nivel ideológico-cultural de los Precursores, demuestra el sustrato galleguista de nuestros estudios y el intento de integración de dicho nivel en la estrategia de clase pequeño-burguesa. En una palabra, se pretende hacernos creer que el planteamiento y la solución del problema gallego son únicos, olvidando la perspectiva de clase que recoge o asume la antorcha de la reivindicación nacional. Consecuencia lógica de ello —precariedad de la investigación gallega aparte— es la escasez de estudios sobre la lucha política en Galicia en lo que llevamos de siglo (con la meritoria excepción de algunos trabajos de J. A. Durán) y el olvido de importantes corrientes (véase, por ejemplo, la enorme desproporción entre los homenajes a Castelao en su veinticinco «cabodano» y a Ricardo Mella en el cincuentenario de su muerte; de todas maneras, en la celebración del «año Castelao» confluyen una serie de factores que invalidan parcialmente dicha comparación). Veamos ahora los citados antecedentes históricos:

1. Uno de los grandes intentos de estructuración democrática del Estado lo constituye el federalismo en el seno de la I República. El federalismo pimargalliano, si bien desconoce razones históricas y culturales, admite que uno de los pactos sociales sea tratado a nivel de región histórica. En su concepción de la sociedad como una serie de pactos escalonados, el pimargallismo considera que la legitimidad de los particularismos debe asentarse en el pacto democrático. Por otra parte, la mística federal del progreso universalista difícilmente compaginaba con el primitivismo atribuido a la lengua y cultura gallegas, en pleno «Rexurdimento» por esas fechas. No obstante, aunque por distintos caminos ideológicos, federales y regionalistas llegaban a similares conclusiones.

El intento federalista más importante en Galicia, que no llegó a cuajar, lo constituye el manifiesto por el que se «acuerda ejercer el derecho de iniciativa para la constitución y organización político-administrativa del territorio gallego», lanzado, al sobrevenir la I República, por un grupo de federales de Santiago (Sánchez Villamarín, Alfredo Vicenti, Pedro Pais Lapido, etc). Falto de base humana, el intento murió con el manifiesto.

2. La Restauración, con lo que significó de recuperación oligárquica y marginación de los núcleos republicanos, federales y carlistas, va a potenciar un «acuerdo entre excluidos». Siguiendo a Isidre Molas y salvando las distancias que separan el caso catalán del gallego



Celebración en el exilio del XII aniversario del plebiscito aprobatorio del Estatuto gallego. Con Castelao sentado en la presidencia del acto, se halla en el uso de la palabra Antón Alonso Pérez. «Antes muertos que esclavos», grita la pancarta desde el fondo de la sala...

(inexistencia en Galicia de una burguesía enfrentada a la Restauración; escasa fuerza del carlismo, reducido a ciertos sectores del clero y del señoritismo rentista, etc.), la Restauración ocasionó una especie de compromiso entre carlistas y federales; para ello, aquéllos recalcarán su aspecto foralista y éstos el aspecto federal, relegando a un segundo plano la incompatibilidad de la forma republicana con la cuestión dinástica. Esta especie de compromiso entre marginados estaría plasmado, a nivel teórico, en la obra de Alfredo Brañas (1859-1900); dicha obra trataría de integrar el tradicionalismo con aspectos federales y ofrecer así una alternativa regionalista. Por otra parte, se observa cómo, a partir de este momento, comienzan a producirse interferencias entre el republicanismo no federal y el regionalismo: se cuestiona el regionalismo de Brañas, Murguía, etc., desde ángulos liberales y se perciben, tímidamente, las primeras influencias regionalistas en el republicanismo. Síntoma de que una nueva clase pequeño burguesa comienza a asumir la reivindicación gallega.

3. Otro momento de potenciación de la reivindicación nacional gallega corre a cargo del movimiento agrarista que se desarrolla entre 1907 y 1916, y que constituye una de las más grandes movilizaciones de masas registradas en Galicia. Hablar de agrarismo gallego es evocar inevitablemente el nombre de Basilio Alvarez, famoso abad de Beiro, agitador de inflamada oratoria que más tarde acabará militando en el lerrouxismo. Basilio Alvarez orientó y en gran parte condicionó el movimiento agrario gallego, cuyos antecedentes habría que buscarlos en la alianza electoral de «Solidaridad Gallega» (regionalistas, carlistas, republicanos de varias tendencias, nacionalistas...) y los «redencionistas» del «Directorio de Teis». Unos y otros coinciden en las primeras Asambleas Agrarias de Monforte (1908, 1910 y 1911) en las cuales se va conformando el programa agrario (ley de redención de foros, desgravación arancelaria del maíz y el centeno, reforma de la sindicación agraria...) y se abandonan reivindicaciones más generales de origen «solidario» (mancomunidad gallega, educación, etc.).



La victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 supone por fin la creación del clima propicio para la celebración del plebiscito en torno al Estatuto. Pero el Gobierno Azaña tenía otras prioridades, la amnistía en primer lugar. Vemos en la imagen el recibimiento que se hizo en Vigo a los beneficiados por esta amnistía de abril del 36.

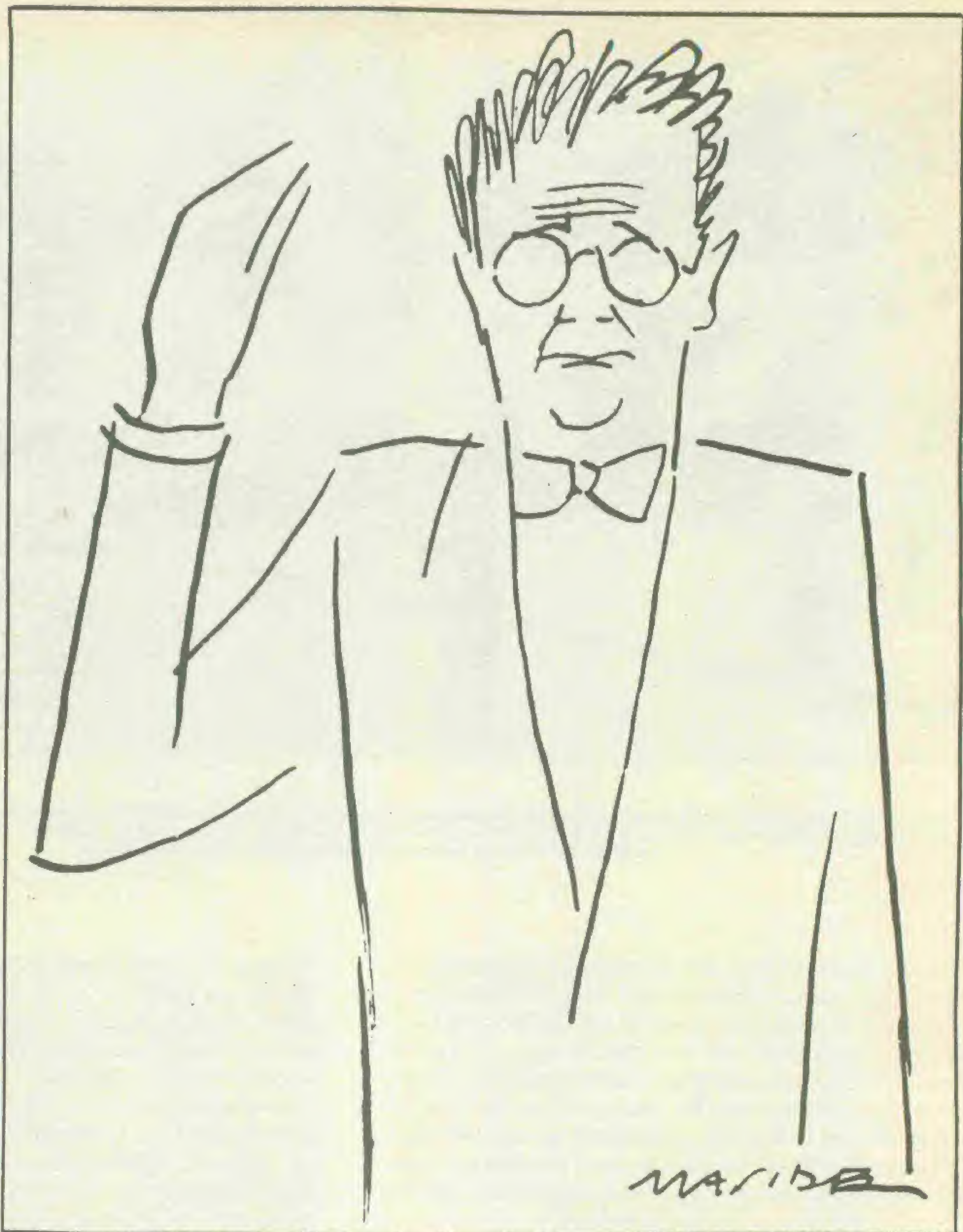


Aspecto de los Cantones coruñeses durante la campaña propagandística en favor del Estatuto gallego, desarrollada entre el 27 de mayo y el 28 de junio de 1936, fechas que separan la promulgación del decreto autorizando que se celebrase el plebiscito y su realización efectiva. Había llegado el momento tantos años anhelado por el pueblo de Galicia.

En agosto de 1912, un grupo de intelectuales gallegos —encabezados por Basilio Alvarez— lanza el manifiesto de la «Liga de Acción Gallega». A partir de ese momento, el movimiento agrario cobrará nuevo impulso y mayor radicalización. El caciquismo, la abolición de los foros y la necesidad de una verdadera representación gallega en las Cortes que recogiese los ecos de las lucha agrarias, serán temas centrales de su actividad.

4. Son muchos los autores que emparejan el nacimiento del nacionalismo gallego con la fundación de la primera **Irmandade da Fala.** El hecho ocurrió en el año 1916 en la ciudad de La Coruña, siendo su principal protagonista el periodista Antón Villar Ponte. Para Bozzo significa la superación del regionalismo tradicionalista y conservador, si bien subsisten todavía defensores de aquella alternativa (Academia Gallega, Casás Fernández, Portela Valladares...). Alrededor de las **Irmandades**, una intelectualidad pequeño burguesa se preocupa por buscar una solución política a los problemas de Galicia. Con las **Irmandades da Fala** nace el galleguismo político, disimulando bajo fines culturalistas. No está demasiado claro que esa intelectualidad pretendiese en su totalidad, como asegura Alfonso Bozzo, la consecución de la revolución burguesa en Galicia y la descentralización del aparato de Estado que posibilitase aquélla. El mismo autor reconoce el difícil equilibrio, el «compromiso interno», entre nacionalistas tan dispares como los que acabarán integrando las filas del Partido Galleguista, si bien el carácter «galleguizante», la pretensión de **regalleguizar** la pequeña burguesía y el campesinado minifundista para la consecución de aquellas metas, era nota común y prácticamente dominante en todos ellos.

Como quiera que sea, a partir de las **Irmandades**, comienzan a configurarse las dos corrientes que darían prioridad a la cuestión gallega: la nacionalista, sobre todo, y la republicana autonomista. La primera, superando el accidentalismo en la forma del Estado propia de su carácter compromisista, se constituirá en el Partido Galleguista; más tarde, después de sufrir la escisión de Dereita Galeguista, se integrará en el Frente Popular. La segunda, integrada sobre todo por los coruñeses seguidores de Casares Quiroga, se constituirá en la ORGA (Organización Republicana Gallega Autónoma) en octubre de 1929, con la inclusión, en un primer momento, de los nacionalistas republicanos de Villar Ponte.



En la Asamblea de La Coruña de 1931 para la elaboración del Estatuto de Galicia, Castelao (al que contemplamos, en retrato de Maside) formó parte del grupo de los galleguistas, en el que también se encontraban Vicente Risco, Otero Pedrayo, Alexandre Bóveda y Paz Andrade.

GALICIA EN EL UMBRAL DE LA REPUBLICA: EL «PACTO DE LESTROVE»

En el umbral de los años treinta, el panorama de las fuerzas republicanas en Galicia no difiere gran cosa del correspondiente en el resto de España. Los núcleos republicanos más importantes se localizan en las capitales (La Coruña, Pontevedra) y en las zonas industriales (el litoral pontevedrés, la zona de Lemos con el ferrocarril, etc.). Es La Coruña el feudo republicano más importante; allí se dan cita los republicanos de izquierda de Casares Quiroga, los nacionalistas de Villar Ponte, los radicales de Abad Conde, varias agrupaciones socialistas... En Santiago sobreviven algunos núcleos federales, distanciados de las demás iniciativas republicanas. En Vigo, tienen relativa fuerza los socialistas. En Pontevedra existe un fuerte núcleo radical alrededor de Emiliano Iglesias. En Lugo y Orense, sin embargo, los monárquicos constituyen abrumadora mayoría, así como en el campo, con las excepciones de los ayuntamientos y parroquias que contaban con organizaciones agrarias o socialistas.

Siguiendo la serie de uniones y pactos que, durante el año 1930 y comienzos del 31, se suceden en todo el Estado, los republicanos gallegos inician una serie de acercamientos e inteligencias que, a iniciativa de la ORGA, culminarán en el conocido «Pacto de Lestrove». A dicha reunión, celebrada en el Pazo de

Lestrove, en las cercanías de Padrón, el día 26 de marzo de 1930, asistirán representantes de todas las tendencias republicanas, con inclusión a título personal de varios ex-militantes de CNT que formarían posteriormente en el partido de Pestaña, y la ausencia del PSOE. En Lestrove se crea la Federación Republicana Gallega, encargada de establecer una línea estratégica conjunta de los republicanos gallegos. Al mismo tiempo se nombra a Casares Quiroga representatnte gallego en San Sebastián, lo que demuestra el mayor peso de la ORGA dentro de la Federación. También se decide la presencia de Abad Conde en un mitin conjunto de propaganda republicana que se celebraría en la Plaza de Toros de Madrid, en septiembre de 1930.

En San Sebastián, ya fuese por la falta de interés de Casares Quiroga, ya por la escasa fuerza del republicanismo gallego, el problema de la autonomía fue soslayado y únicamente rozado a nivel general, esto es, en cuanto intento de solucionar el problema de las «peculiaridades». Proclamada la República el 14 de abril, alcanzado el objetivo que justificó su existencia, la F.R.G. entrará en crisis y comenzará su irreversible disolución, no sin antes convocar la primera Asamblea pro-Estatuto el 4 de junio de 1931.

Al margen de los intentos republicanos, es necesario señalar el intento de Portela Valladares de ofrecer una alternativa autonomista dentro de la legalidad monárquica, con el denominado «Pacto de Barrantes». Al separarse del «pacto» el sector republicano y quedar reducido a los regionalistas conservadores, el proyecto fracasó y el problema de la autonomía se convierte en inseparable de las vicisitudes republicanas.

PRIMERAS INICIATIVAS

Cuando el 14 de abril de 1931 se proclama la República, Maciá, dirigente de la Esquerra Catalana y venerado político, se apresura a proclamar la República catalana. La iniciativa era sobre todo una medida de fuerza frente a una posterior negociación, al mismo tiempo que recordaba a las fuerzas republicanas los compromisos pactados en San Sebastián. La medida surtió efecto y Cataluña pudo gozar desde el primer momento de una amplia autonomía provisional, que luego sería recortada por el Estatuto aprobado en las Cortes en el verano del 32. Nada semejante ocurrió en Galicia, si bien desde el primer momento se desplegó gran actividad pro-autonomista que se concretaría en la Asamblea pro- Estatuto de la F.R.G. con la presentación de cuatro proyectos autonómicos.

La Asamblea, celebrada en La Coruña el 4 de junio de 1931, fue convocada a propuesta de la F. R. G. y a ella fueron invitados ayuntamientos, diputaciones provinciales e instituciones interesadas, además de los partidos políticos y sindicatos. No participó el Partido Radical (lo hicieron a nivel personal Basilio Alvarez y López Varela), ya distanciado de la F.R.G. y comenzando su escalada derechista y antiautonómica. Los republicanos de ORGA/FRG constituyeron la gran mayoría (Villar Ponte, Lois Peña Novo, Manuel Lugrís...). Las agrupaciones republicanas gallegas de emigrados mandaron también su representación (Alonso Ríos, Suárez Picallo). Los galleguistas estuvieron omnipresentes en todas las fases de elaboración del Estatuto (Vicente Risco, Castelao, Otero Pedrayo, Alexandre Bóveda, Paz Andrade...). Asistieron elementos conservadores (Manuel Casás Fernández, García Martí, Lois Cornide...). Y hubo asimismo una representación socialista (Xoán X. González, Xaime Quintanilla...).



Aprobado el texto autonómico en diciembre de 1932, el siguiente paso consistía en su *plebiscitación por el electorado gallego*. Con este fin se nombró el «Comité Central de Organización y Propaganda del Estatuto», que estaba presidido por Bibiano Fernández-Osorio Tafall, fotografiado sobre estas líneas.

Aparte del texto de la ponencia, fueron presentados otros tres textos completos por el Seminario de Estudos Galegos, el Secretariado de Galicia en Madrid y el Instituto de Estudios Gallegos de La Coruña. Veamos algunas características de estos textos:

1. El **Anteproieito de Estatuto de Galiza** del Seminario de Estudos Galegos se distingue por su radicalismo nacionalista y su tono marcadamente democrático. Fue redactado por V. Paz Andrade, Alexandre Bóveda, Vicente M. Risco, L. Tobío y Carballo Calero. Acompañaba al texto un informe económico fiscal de A. Bóveda, señalando los beneficios que la autonomía reportaría a la economía gallega. Algunos datos destacables del **Anteproieito** son:

— Galicia es declarada «Estado libre dentro de la República Federal Española» (todavía no se había aprobado la Constitución y cabía la posibilidad de una estructura federal del Estado).
— Cooficialidad de los idiomas gallego y castellano.
— Hacienda del Estado gallego nutrida por todos los impuestos hasta el momento atribuidos al Poder central, excepto aduanas y monopolios.
— Instituciones políticas autónomas: **Asambreia** (actividad legislativa, elección y renovación del **Consello)** y **Consello** (especie de gabinete ministerial que elige al **Presidente** del Estado regional).



Dentro del espectro de las fuerzas republicanas en la Galicia de los años veinte, figura un amplio núcleo radical que en Pontevedra se hace fuerte alrededor de Emiliano Iglesias (en la foto), lugarteniente de Lerroux e integrado en la «vieja guardia» de su partido.

2. Las **Bases**, del Secretariado de Galicia en Madrid, caracterizan a Galicia como «región», conceden al Estado central todas sus prerrogativas y se refieren casi exclusivamente a una descentralización administrativa. El Secretariado era una institución gallega que, nacida en 1918, agrupaba una serie de profesionales gallegos residentes en Madrid, y cuyo presidente era Rodrigo Sanz. Algunas «originalidades» de las **Bases** son:

— **Asamblea regional** formada por dos cámaras, una elegida por sufragio universal y otra por corporaciones.
— Sometimiento de la Asamblea a la supervisión de un delegado del Poder central.
— Hacienda regional sostenida por «algunos» de los impuestos atribuidos al Estado.
— El «español» como única lengua oficial.
— Tímido reformismo agrario.

3. El **Proyecto de Bases** estaba redactado por el Instituto de Estudios Gallegos de La Coruña, que presidía Manuel Casás Fernández y se distinguía asimismo por su tradicionalismo, si bien no tan acentuado como el del Secretariado. Entre sus aspectos positivos cabe destacar:

— Redención de foros.
— Cierta permisibilidad del idioma gallego.
— Tímido reconocimiento jurídico de la parroquia rural.

4. La ponencia de la F.R.G., integrada en su mayoría por ORGA y nacionalistas, presentó un anteproyecto federal, democrático y, aunque más moderado que el del Seminario de Estudos Galegos, claramente incompatible con la futura Constitución republicana, lo que motivó su posterior olvido. Algunas características del mismo son:

— Instituciones: **Asamblea** elegida por sufragio universal que elige al **Presidente** de Galicia y un **Consejo de Ministros** nombrado por el Presidente, con posibilidad de ser vetado por la Asamblea.
— La Hacienda gallega se reserva la posibilidad de crear impuestos propios y la creación de un Banco regional.
— Cooficialidad de los idiomas gallego y castellano; autonomía de la Universidad de Santiago.
— Reconocimiento jurídico de la parroquia rural.

El proyecto de la ponencia fue aprobado después de algunas discusiones y retoques. Sin



Dirigente de los republicanos de izquierda radicados en La Coruña, Santiago Casares Quiroga sería elegido representante gallego en la reunión de la oposición que tuvo como marco San Sebastián en agosto de 1930. Le vemos —el primero sentado por la izquierda— entre las personalidades de las que saldría el Gobierno Provisional de la República.

embargo, no prosperó el intento al ser el texto incompatible con el articulado de la Constitución republicana que empezaba a discutirse en las Cortes y ya se perfilaba al margen de la solución federal.

Ya hemos dicho que son dos los ejes sobre los que gira toda la actividad autonomista del momento en Galicia: el nacionalismo y el republicanismo autonomista de ORGA/FRG. Ambos, herederos del federalismo pimargalliano, coinciden en un primer momento en la necesidad de una caracterización federal del Estado. Sin embargo, en estos primeros meses de República, las dos tendencias se separan cada vez más: los galleguistas acentúan su federalismo, y el republicanismo autonomista —situado Casares Quiroga de ministro en la coalición del Gobierno Provisional— se acabará apuntando a la solución del «Estado integral» o «Estado regional» —a caballo entre el federalismo y el Estado integral— que acabará inspirando la Constitución de 1931.

Se hacía necesario, pues, un nuevo intento de buscar un texto autonómico que no entrara en *colisión con la Constitución* que se preveía. Nace así el Estatuto de los parlamentarios, presentado y aprobado en Madrid el 15 de octubre. El texto, breve y adaptado a la nueva Constitución, resulta un nuevo fracaso. Quizá haya que buscar los motivos en la oposición de socialistas y de amplios sectores del Partido Radical; tampoco el apoyo de la derecha republicana fue el previsto.

Cuando se cierra el primer año de República, se producen dos hechos importantes: se promulga la Constitución republicana y, a nivel gallego, se constituye el Partido Galleguista. Azaña preside el primer gabinete de la nueva legalidad y en él Casares Quiroga es nombrado ministro de la Gobernación.

EL INTENTO DEFINITIVO

El 27 de abril de 1932, el Ayuntamiento de Santiago lanza la propuesta a las demás corporaciones gallegas de iniciar las gestiones para la consecución de un nuevo estatuto regional. Bien acogida la iniciativa por los demás ayuntamientos, el 3 de julio se nombra una comisión que, recogiendo la experiencia del catalán y acogiéndose a lo estipulado en la Constitución, redactará el nuevo texto. La comisión está formada por tres regionalistas


Después de un fallido intento federalista durante la I República, la Restauración ocasionó una especie de compromiso entre carlistas y federales. Representante teórico de este regionalismo tradicionalista, patriarcalista y antiliberal sería Alfredo Brañas (1859-1900), cuyo retrato figura junto a estas líneas.

moderados, cuatro galleguistas y dos de ORGA. El texto fue redactado en el verano y la Comisión contabilizó 48 enmiendas. Fue discutido en la Asamblea de Ayuntamientos, celebrada en Santiago los días 17, 18 y 19 de diciembre y aprobado en la última de las sesiones, después de acaloradas discusiones (especialmente en el punto referente a la capitalidad de la región). En las sesiones estuvieron presentes, además de diversas entidades, 227 de los 319 ayuntamientos gallegos y los diputados a Cortes de la ORGA (ahora P.R.G.), de Acción Republicana (Martínez Risco), del P. G., el radical Vega Barrera, el independiente de derechas Blanco Rajoy y el socialista Edmundo Lorenzo (Jaime Quintanilla, «tan bó galego como bó socialista» en palabras de Castelao, se encontraba enfermo; por otro lado, el PSOE se mantuvo al margen de la cuestión autonómica).

ATRIBUCIONES DE LA REGION GALLEGA

¿Qué atribuciones otorgaba a Galicia el texto aprobado en la Asamblea de Ayuntamientos de Santiago? ¿Qué instituciones políticas autónomas se preveían para su realización? ¿Sobre qué bases económicas se sustentaba la autonomía?

Resumiendo brevemente, Galicia tendría derecho para organizar el régimen local, tipificar la legislación civil gallega, crear las instituciones autónomas para la realización de la reforma agraria, adaptar la legislación del Estado hacia determinados sectores no estratégicos, organizar un régimen de cooperativas, mutualidades, sindicatos, ahorro y crédito, etc. Galicia podría decidir su política sanitaria según las exigencias de cada zona, un régimen de la vivienda, la reestructuración educativa con la creación de una Universidad auténticamente gallega, la cooficialidad de los idiomas gallego y castellano, adecuar el régimen escolar a la realidad nacional, ejecutar la legislación general sobre Prensa, reuniones, asociaciones...

La Hacienda regional se nutriría de los recursos procedentes de impuestos cedidos por el Estado (en su totalidad, algunos; proporcionalmente, otros) y los que hasta el momento se atribuían a las diputaciones provinciales, además de nuevos impuestos que pudiera crear la Región, Deuda pública y banca regionales.

Las instituciones fundamentales serían tres: La Asamblea legislativa, cuyos miembros ejercerían su mandato por un período de tres años, siendo elegidos por sufragio universal; el Presidente de la Región que, además de ostentar la representación de la Región a todos los efectos, representaría al Estado en las cuestiones de su competencia, y un órgano de gobierno denominado Junta de Galicia, elegido por el Presidente y necesitado de la confianza de la Asamblea.

No obstante tales atribuciones, las limitaciones y controles del Estado eran grandes, perteneciendo la decisión definitiva, en caso de conflicto, al Tribunal de Garantías Constitucionales. Tribunal cuya eficacia negativa pudo comprobar la Generalitat, así como las limitaciones del régimen autonómico, cuando promulgó la Ley de Contratos de Cultivo, la famosa cuestión de los **rabassaires.**

EL 28 DE JUNIO

Aprobado el texto autonómico en diciembre de 1932, el siguiente paso constitucional consistía en su plebiscitación por el electorado gallego. Para su realización especialmente, se nombró el «Comité Central de Organización y Propaganda del Estatuto», que presidió Bibiano Fernández-Osorio Tafall. Al mismo tiempo se precisaba un decreto del Consejo de Ministros que fijase la fecha de celebración y los requisitos del mismo.

Pero el gobierno Azaña atravesaba serias dificultades en esos momentos (en enero de 1933 se producen los sucesos de Casas Viejas, tras intentonas revolucionarias promovidas por la CNT), a las que venía a sumarse el acercamiento entre la CEDA y los radicales. La subida al poder de éstos y su alianza con la arrepublicana CEDA, la suspensión del Estatuto catalán y la postura definitivamente antiautonomista de las derechas, acelera el proceso de acercamiento de las aspiraciones autonómicas a la izquierda, concretado en el pacto frentepopulista.

Por otra parte, las fuerzas obreras —especial-

mente el reducido Partido Comunista— empiezan a asumir e impulsar la cuestión autonómica. El PC desarrollará, en este sentido, una labor importante, especialmente dentro de los sindicatos cenetista y socialista, al haber renunciado a la formación de un sindicato propio. Las fuerzas obreras empezaban a superar su ingenuo internacionalismo abstracto y a apreciar que las autonomías regionales se inscribían, como la reforma agraria, en el marco de la revolución democrática surgida el 14 de abril.

La victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero del 36 supone la creación del clima propicio para la celebración del plebiscito. Sin embargo, se producirán demoras en la promulgación del decreto, debidas a las prioridades del gobierno Azaña: amnistía, restablecimiento de la Generalitat catalana, reemprendimiento de la reforma agraria... Por fin, el 27 de mayo se promulga el decreto que autoriza la celebración del plebiscito y se señala la fecha del 28 de junio.

Efectivamente, el 28 de junio, hace ahora poco más de cuarenta años, 1.000.963 gallegos se pronunciaron por el Estatuto, sobre un censo electoral de 1.343.135. Unicamente 6.161 electores votaron en contra. Se sobrepasó así ampliamente el **quorum** mínimo exigido por el artículo 12 de la Constitución. Con las fuerzas del Frente Popular habían colaborado Dereita Galeguista y el centrista Portela Valladares; las derechas, en general, optaron por la abstención. Poco después de conocidos los resultados, Suárez Picallo, en plena euforia, comentaba: «El Estatuto servirá a Galicia para recuperar su unidad política, espiritual y administrativa, dividida hoy en cuatro provincias absurdas (...). Para matar el caciquismo implantando un régimen de democracia pura (...). Para iluminar numerosas, insospechadas e inéditas fuentes de riqueza que, por sus peculiaridades, escapan a las previsiones del Poder Central y requieren leyes propias (...). Para vivir un régimen de convivencia civil y civilizada (...). Por eso Galicia se siente renacida ante los nuevos caminos que le abre la República Española, de la cual será siempre puntal y baluarte».

No duraría demasiado el júbilo. ■ **F. S.**



Hablar de agrarismo gallego es evocar inevitablemente el nombre de Basilio Alvarez —*aquí dibujado*—, famoso abad de Beiro, agitador de inflamada oratoria que acabaría militando en el lerrouxismo. Alvarez encabezó en 1912 el manifiesto de la «Liga de Acción Gallega», firmado por un grupo de intelectuales.

Béjar: Veinte años como "hombre oculto"



Angel Blázquez, de Béjar, 63 años, de los cuales pasó casi veinte escondido en el interior de su casa... La historia de este militante obrero del ramo de la Construcción representa la de otros muchos hombres que sufrieron por haber defendido las ideas de su clase a lo largo de unas circunstancias extremadamente complejas.

La larga historia de un militante

María Ruipérez



Desde principios de siglo, las luchas obreras fueron frecuentes en Béjar. La industria textil —principal sector productivo de la ciudad y uno de cuyos exponentes vemos: la fábrica de Gómez Rodulfo— contempló diversos conflictos laborales en fechas como 1909 ó 1914. Alguno de dichos conflictos llegó a durar cerca de un año.

A casi cuarenta años del final de la guerra civil española, durante los cuales sólo hemos podido escuchar la versión de los vencedores, por fin se empieza a oír, aunque todavía con dificultades y limitaciones, la voz de los vencidos. Sus luchas y esperanzas, sus penalidades y sufrimientos, sus años de «exilio interior» o exterior, pese a formar parte de la experiencia histórica nacional, no resultan conocidos por muchos. En todo caso, si algo se sabe, es lo que algunas figuras de primera fila de la vida política o cultural del país han conseguido transmitir en sus escritos. Pero las vicisitudes de los militantes de base, de los hombres del pueblo que sufrieron en su carne las consecuencias del conflicto, que pasaron muchas veces los mejores años de su vida en las trincheras, en la cárcel o el exilio, parecen condenadas al olvido, pese a su enorme importancia para la comprensión en profundidad de un conflicto decisivo de nuestro pasado y que inevitablemente gravita sobre nuestro presente.

Uno de estos militantes, cuya peripecia vital tiene un valor excepcional en sí misma y como testimonio de las penalidades de un amplio sector de la población española, es el bejarano Angel Blázquez. Nacido en 1913 en la única ciudad con una industria y un movimiento obrero importantes de la provincia de Salamanca, no fue un líder obrero ni un dirigente político significado. Tampoco tuvo tiempo para serlo: la guerra estalló cuando tenía 23 años. Sólo fue un militante del ramo de la Construcción, y, sin embargo, durante los casi veinte años que pasó escondido en su domicilio sufrió las consecuencias de un conflicto que él no había provocado, pero que le marcó para siempre. Hoy, a los 63 años, se anima por fin a relatar su experiencia vital en un testimonio histórico de primera mano, cuya importancia no es necesario resaltar.

En Béjar, las luchas obreras fueron frecuentes desde principios de siglo. La industria textil, principal sector productivo de la ciudad, contempló diversos conflictos laborales, en fechas como 1909 ó 1914, que en alguna ocasión duraron casi un año y obligaron a intervenir al Instituto de Reformas Sociales. Pero también hubo conflictos populares más amplios, como el «motín del pan» del 20 de mayo de 1920, provocado por la subida del precio de las subsistencias, en el que nuestro entrevistado recibió su «bautismo de fuego» en las luchas sociales:



Aún por encima de los conflictos estrictamente laborales, hubo en Béjar otros de alcance más amplio que afectaron a toda la población. Por ejemplo, el «motín del pan» del 20 de mayo de 1920, provocado por la subida del precio de las subsistencias. En el cruce de estas dos calles, los disconformes hicieron dos grandes piras con las ropas que habían saqueado.

A. B.—Recuerdo que cuando tenía 7 años iba, por curiosidad infantil, acompañando a los manifestantes, y presencié los hechos más importantes del llamado «motín del pan». Primero, la manifestación se dirigió al comercio de Mateo Iglesias, situado frente a los portales de Pizarro. Allí la muchedumbre hizo dos grandes piras de ropas con las existencias que sacaban de la tienda, una de ellas la situaron en la subida de la calle de las Armas, bajada a la calle Colón (antigua Solana), y la otra frente a la puerta principal del establecimiento. Además, apedrearon la fachada del comercio. Como dato curioso, los mismos dependientes sacaban las prendas de ropa a la calle y se las entregaban a los manifestantes. Una vez terminado el asalto, presenciado por gran parte de la población bejarana que se mantuvo impasible, nos dirigimos al almacén de ultramarinos y coloniales de don Rafael Calzada, que estaba en la calle de la Feria. Allí, rompieron a pedradas todos los cristales de las ventanas, y forzaron las puertas a hachazos. Los primeros golpes, recuerdo muy bien, que los dieron dos mujeres: Isabel Gutiérrez Pérez, y Gerarda Pérez Blázquez (alias la «Rila»). Inmediatamente entraron grupos de bejaranos, abrieron las espitas de las zafras donde estaba el aceite, y destruyeron diversos artículos.

Poco después, nos dirigimos (yo calculo que seríamos 700 manifestantes, entre mujeres y niños) a la fábrica de harinas de la viuda de Asensio. Allí, también rompieron a pedradas los cristales del edificio y penetrando en el interior de la fábrica, destrozaron la maquinaria y sacaron los sacos de harina a un puentecillo que había sobre la regadera, donde los ponían encima de la barandilla, los cortaban con navajas y cuchillos y los arrojaban al agua. Como el grupo de manifestantes aumentaba continuamente, volvieron otra vez al centro de la ciudad pidiendo armas. Para conseguirlas, se dirigieron a las dos principales ferreterías que había en Béjar y que en aquella época vendían armas. Primero fueron a la de la viuda de Apolinar Fraile, que se opuso a que los huelguistas entraran en el establecimiento. Pero el dueño, seguramente para evitar destrozos, les prometió si no entraban darles él mismo las armas, como efectivamente hizo, arrojándolas desde el balcón del primer piso de la tienda. Conseguidas algunas armas, nos dirigimos a la ferretería de don Lino Rodríguez Arias. Allí, destrozaron las lunas de los escaparates, y por ellos se metieron un tropel de niños, junto con uno de los dirigentes de la huelga, Esteban Téllez Becerra (a) el «Salao» que se apoderó de una escopeta y de un arma corta de fuego, mientras los niños entregaban todas las armas que podían coger a los manifestantes. También asaltaron un establecimiento de calzado. Recuerdo que como uno de los chiquillos intentara ponerse un par de zapatillas, los manifestantes se las quitaron y le dieron un buena paliza, porque la manifestación no la habían organizado para robar, sino para protestar de la subida de las subsistencias.

En respuesta al motín popular, se declaró el Estado de Guerra. Cuando el teniente del 36 Regimiento de Infantería acantonados en Béjar iba leyendo el bando de Guerra, un chico joven cometió la imprudencia de apuntar con una pistola de las entregadas en la ferretería a las fuerzas, y gracias a que el teniente era un gran bejarano y no ordenó disparar contra la multitud allí congregada, no se produjo una verdadera masacre. Pasados estos momentos de excitación, los manifestantes se fueron disolviendo pacíficamente.

También me acuerdo de la crisis industrial que se produjo en Béjar a raíz del Decreto dic-

tado por Primo de Rivera en febrero de 1924, suprimiendo el paño que entonces se usaba para confeccionar los uniformes del Ejército, y sustituyéndolo por el actual «kaki». Los fabricantes bejaranos, que eran los abastecedores oficiales del Ejército, se encontraron con un gran «stock» de producción que no tenía salida en ningún mercado nacional ni extranjero. La sorpresa y la consternación que se produjo en Béjar al saberse la noticia fue enorme, pues, no sólo representaba la ruina de los fabricantes, sino el paro y la miseria de numerosas familias obreras. Inmediatamente se formaron comisiones de obreros y patronos, en las que también intervinieron las autoridades bejaranas y salmantinas y el señor Villalobos entonces diputado por Béjar, para ponerse en contacto con el Ministro de la Guerra y con Primo de Rivera y tratar, en la medida de lo posible, de parar el golpe. Las autoridades prometieron a las comisiones dar un plazo prudencial de dos o tres años para cumplir el Decreto, y de esta manera poder sacar al mercado, sin excesivas pérdidas, las existencias almacenadas en las fábri-



La mayoría de los obreros textiles de Béjar estaban afiliados a la UGT, aunque otros grupos simpatizaban con la CNT. He aquí el aspecto actual de la antigua Casa del Pueblo, centro de reuniones y de discusión que congregaba a los militantes a la salida de sus trabajos.



«Nuestra formación de militantes —cuenta Angel Blázquez— se desarrollaba, además del contacto diario con el trabajo, a base de lecturas y préstamos de libros que nos dejaban los demás compañeros». (En la foto, otra de las fábricas textiles de Béjar, núcleos de este proletariado: la de García y Cascón).

cas, y evitar así el paro obrero. Esta promesa fue incumplida por las autoridades, lo que trajo como consecuencia la paralización de las fábricas y el hambre y la miseria para las familias obreras bejaranas, muchas de las cuales tuvieron que emigrar a otras ciudades de España y al extranjero. Los obreros salmantinos se solidarizaron con la clase obrera bejarana por todos los medios a su alcance: organizaron mitines (en uno de ellos recuerdo que intervino Wenceslao Carrillo), y mandaron dinero a las familias más afectadas. Recuerdo una canción que se cantaba por los obreros alusiva a la unión de los obreros bejaranos y salmantinos:

Béjar y Salamanca
hermanas han de ser
para que nunca puedan
con ellas el Burgués.
Por eso si una huelga,
se llega a plantear
Béjar y Salamanca
la tienen que arreglar.

Y que conste que esta canción no la inventaron los bejaranos, sino que la venían cantando los obreros salmantinos.



Obrero de la construcción, Angel Blázquez se afilió al Sindicato que contaba en su seno con una gran mayoría de compañeros, el de la CNT. Militante en él desde los dieciocho años, la imagen le muestra —señalado por una flecha— junto a unos amigos durante agosto de 1932.

P.—¿Cómo estaba organizado el movimiento obrero en Béjar? ¿Cuál fue su participación en el mismo?

A. B.—La mayoría de los obreros textiles estaban afiliados a la UGT, aunque había algunos que simpatizaban con la CNT. Precisamente fueron estos los que animaron al Sindicato de la Construcción para que se organizara dentro de la Confederación en 1931. Reunido este Sindicato en Junta general, se acordó por mayoría integrarse en la Confederación Nacional del Trabajo, mientras un pequeño grupo disconforme, impulsado por Cayetano Ortiz (afiliado a la UGT), creyó oportuno mantenerse autónomo. Un 98 por 100 de los obreros del Sindicato de la Construcción nos integramos en la CNT. Votaron el ingreso en la confederación, porque creían sinceramente que era más sindical que política, a diferencia de la UGT, que todos sabíamos estaba controlada por el Partido Socialista. Algunos grupos de tejedores e hilanderos de la industria textil, que habían sido promotores de que el Sindicato de la Construcción ingresara en la CNT. decidieron permanecer disciplinariamente dentro de los gremios afiliados a la Unión General de Trabajadores, aunque su mentalidad era sindicalista, para no producir una escisión dentro de este grupo.

La primera Junta constituida en septiembre de 1931 recuerdo que estaba integrada por los siguientes compañeros:

Presidente: Ginés García (cantero).

Vicepresidente: Ricardo Blázquez (uno de los principales promotores y fundadores de este sindicato, albañil).

Secretario: Tomás Collantes (pertenecía a los jurados mixtos, albañil).

Vocales: Benito San Pedro (carpintero), y otros que no recuerdo en este momento.

Yo me afilié al sindicato inmediatamente después de su fundación, pero actué simplemente como un militante debido a mi juventud (sólo tenía 18 años), y a que la Junta directiva simpre buscaba para ocupar los cargos más importantes a personas ya formadas y que hubieran demostrado ya cierta capacidad de organización en la defensa de los intereses de la clase obrera, junto con su **hombría de bien**, condición esta última indispensable para entrar a formar parte de la organización. Muchos de mis compañeros y yo mismo asistíamos a las Juntas para irnos preparando para resolver en el futuro cualquier problema que se planteara a la organización. Nuestra formación de militantes se desarrollaba, además del contacto diario con el trabajo, a base de lecturas y préstamos de libros que nos dejaban los demás compañeros. Entre ellos, **La conquista del pan** de Pedro Kropotkin, obras de Malatesta, de Bakunin, Marx, y de la mayoría de los teóricos del pensamiento socialista que estaban en la Biblioteca del Sindicato.

P.—¿Cuál fue la participación de Béjar, y de su Sindicato, en la revolución de Octubre de 1934? ¿Qué repercusiones tuvo su intervención en este movimiento?

A. B.—Cuando se recibió en Béjar la noticia (el mismo día 6) de que se había declarado la huelga general revolucionaria, las dos centrales sindicales bejaranas (CNT y UGT) decidieron de común acuerdo secundarla. Grupos numerosos de obreros se hallaban estacionados en la Plaza Mayor comentando las noticias que llegaban de Salamanca y de otras provincias. En este momento, Alfonso González, obrero tejedor y sindicalista, pero afiliado a la UGT, se subió a uno de los bancos del jardincillo de la plaza y pronunció solamente estas palabras: «Compañeros, esto es una huelga general revolucionaria, y desde ahora mismo tenemos que actuar como revolucionarios». Al escucharle se formó espontáneamente una gran manifestación, que partiendo de la plaza inició la marcha por la calle Mayor hacia la Corredera, obligando a cerrar todos los establecimientos situados en las calles por donde pasaba. Al volver la manifestación hacia la Plaza Mayor, la fuerza pública hizo acto de presencia, e inició una carga a caballo contra los manifestantes. Por cierto, y como una muestra que refleja la nobleza de los obreros bejaranos, uno de los guardias montados a caballo cayó al suelo junto con su cabalgadura, y los propios huelguistas le ayudaron a levantarse y a montar de nuevo. Después, continuó la evolución de la huelga sin mayores repercusiones.

Quizá el mayor peligro de enfrentamientos estuvo en que al cargar la caballería, un obrero disparó contra la fuerza pública, y entonces éstos hicieron uso de sus armas. Los obreros bejaranos se subieron a los tejados arrojando piedras y tejas contra la fuerza pública. No hubo heridos en ninguna de las partes. Yo no participé en estos hechos por encontrarme en el domicilio de un amigo mío, perito, que vivía a unos 200 metros del lugar donde ocurrieron.

Como los manifestantes se subieron a los tejados colindantes con mi domicilio, las autoridades creyeron que yo había sido uno de los participantes, y fui detenido el 7 de octubre de 1934 por la mañana. Fui conducido a la cárcel de Salamanca y procesado junto



Sólo cinco semanas separan esta foto, del levantamiento militar del 18 de julio de 1936. Si en un principio los obreros bejaranos declararon la huelga general ante el alzamiento, toda resistencia apareció enseguida como inútil. Desde agosto del 36, Angel Blázquez —primero a la derecha en la imagen— permanecería encerrado en su casa.

con otros once obreros de Béjar. El Consejo de Guerra se celebró el día 26 de mayo de 1935, y fuimos condenados a año y medio de prisión. El 12 de enero del mismo año nos pusieron en libertad provisional. Al encontrarnos en esta situación, como yo personalmente creía, y sigo creyendo, que cometieron conmigo una gran injusticia, el 28 de mayo de 1935 decidí atravesar la frontera portuguesa por Zarza la Mayor a Salvaterra de Extremos, para seguir después a Castelo Branco, donde permanecí tres meses.

Dentro de estas cosas, siempre hay hechos que a veces revisten verdadero peligro, y pasa como en los sainetes que también hay anécdotas cómicas. Por ejemplo, nos pasó la frontera un zapatero de Zarza la Mayor, que nos pidió 15 pesetas por hacerlo. Le dimos 25, de las 400 pesetas que llevábamos en total los cuatro compañeros. Al ponernos en camino, ya de noche, nos advirtió un contrabandista, de aquellos que se dedicaban a pasar café a España, que tuviéramos mucho cuidado, pues la noche anterior había habido un fuerte tiroteo entre carabineros españoles y un grupo de contrabandistas. La advertencia que nos hizo fue ésta: «¡Cuidado, porque tiran a los pies!». Después, nuestra estancia en Castelo Branco fue relativamente grata, porque grupos de obreros portugueses nos llegaron a pagar la pensión durante dos o tres semanas, a base de hacer colectas entre todos, cuando no recibíamos del Comité pro presos de los Sindicatos de Béjar las cantidades acordadas (un jornal de 7 pesetas diarias por el tiempo de prisión).

Después, fuimos expulsados de Portugal, por indocumentados, y entregados a las autoridades republicanas el 17 de agosto de 1935. Nos llevaron de Hervás a Badajoz, en cuya prisión (antiguo palacio de Godoy) permanecí hasta el 29 de septiembre, en que me trasladaron a la cárcel de Salamanca. Con la amnistía dictada a raíz del triunfo del Frente Popular, salí en libertad el día 23 de febrero y llegué a Béjar el día 25.

P.—Al declararse el levantamiento del 18 de julio, ¿qué actitud adoptaron los obreros bejaranos?

A. B.—El 17 de julio por la noche nos enteramos de la sublevación de Africa. Entonces, se escucharon por la radio las consignas a seguir por todos los obreros españoles. Reunidas todas las comisiones, acordaron por unanimidad declarar la huelga general en Béjar. Los obreros bejaranos nos manteníamos relativamente tranquilos y a la expectativa de lo que pudiera pasar. Al recibir noticias de la sublevación de varias provincias españolas, y al pasar tropas de la guarnición de Plasencia hacia Salamanca, el pueblo inició la construcción de barricadas (las clásicas barricadas bejaranas del 68, compuestas de sacas de lana). Además una comisión de obreros, formada por don Valentín Garrido y la Junta de la Casa del Pueblo, fue a pedir armas al comandante del puesto de la Guardia Civil, que hizo profesión de fe republicana, y prometió entregarlas cuando fuera necesario.

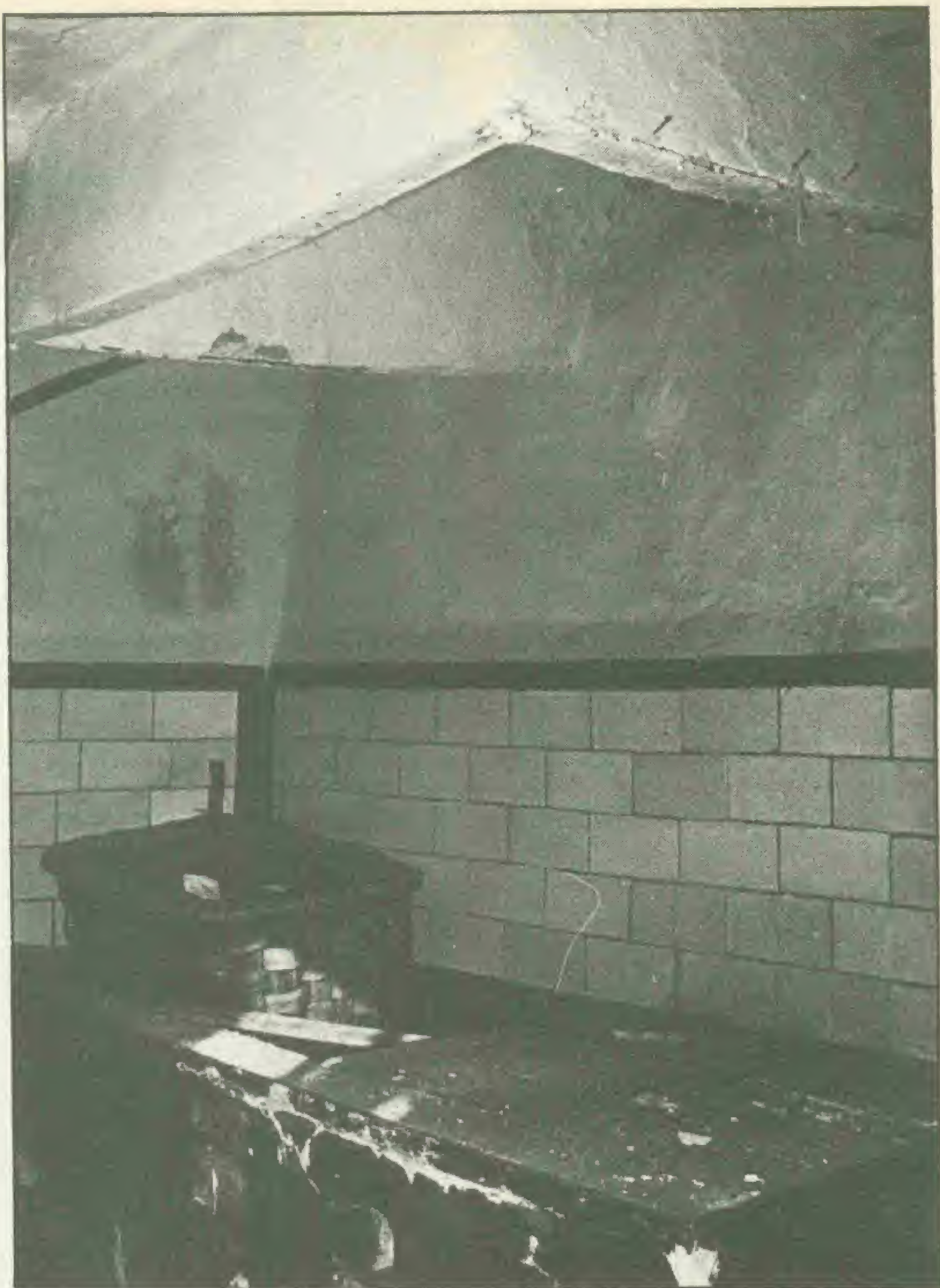
En realidad, al no haber armas ni dirección alguna, y ante un telegrama que recibió el entonces alcalde de Béjar, don Eloy González, de su yerno, teniente de la guarnición de Salamanca, instándole a que el pueblo de Béjar no opusiera resistencia al ejército, y sabiendo por instinto los obreros bejaranos que la resistencia era inútil, se optó por abandonar toda clase de resis-

tencia. Entonces se produjo la desbandada general. Grupos de obreros que tenían algunas armas (en su mayor parte escopetas o pistolas) se lanzaron a los bosques cercanos dispuestos a morir antes de entregarse.

El día 23 de julio Béjar fue ocupada y comenzaron las detenciones, que se calculan en unas 400. Hubo unos 133 ó 134 desaparecidos, entre ugetistas, cenetistas y republicanos, dentro de una población de 9.000 personas aproximadamente.

P.—¿Por qué decidió usted encerrarse en el desván de su casa? ¿Cuándo lo hizo?

A. B.—Yo estuve, como casi todos, en el campo, en la zona del río Cuerpo de Hombre, en el sitio denominado «Tranco del Diablo». Al enterarme de la muerte de mi hermano Martín, a ruegos de mi madre, unos amigos me fueron a buscar, pues las nuevas autoridades dijeron que a todos los que cogieran en el campo serían acusados de «desafectos al Régimen». Entonces yo regresé a casa. Cuando llamaron a mi quinta, a primeros de agosto, en vez de incorpo-





Sobre estas líneas, cocina de la casa de Angel Blázquez, encima de la cual se encontraba el desván donde se hallaba refugiado. Para darle de comer, su madre introducía la cuchara por el agujero que se señala en la foto inferior, subiéndose para ello en el fogón. Los líquidos los absorbía el escondido a través de una paja gruesa. Su única distracción era la lectura de algunos libros que le pasaban desencuadernados. Y así, cuatro años...

rarme al servicio militar permanecí escondido en mi casa hasta el 24 de diciembre de 1955.

P.—¿Cómo era el refugio: medidas, condiciones higiénicas...? ¿Cómo vivió en él, cómo se comunicaba con el exterior?

A. B.—Las condiciones de mi escondite eran francamente infrahumanas. Era un desván aislado que no tenía entrada más que por una gatera del tejado. Allí permanecí durante cuatro años. Las dimensiones eran de unos 5 metros de largo escasos por 1,80 de ancho, y 50 centímetros de altura en la parte más baja y 1,25 metros en la parte más alta. No podía permanecer más que sentado o echado. Las deposiciones las hacía en una vasija y las arrojaba a otro tejado colindante por un pequeño agujero. La alimentación la recibía por otro hueco de la chimenea de la cocina que hay debajo, tan pequeño que no cabía un plato. Mi madre me daba los alimentos metiendo la cuchara, que yo cogía por el otro lado del tabique. Los líquidos (café, leche, agua) los absorbía por una paja gruesa del campo: ella ponía los recipientes cerca del agujero y yo bebía por el otro lado del tabique.

Pasaba las horas leyendo y volviendo a leer los mismos libros, que recuerdo perfectamente: una Historia de Europa, Asia y Africa, una novela muy popular **Los tres mosqueteros** y su continuación **Veinte años después**, una novela de bolsillo publicada por el doctor Díaz de Tejada, que casi puedo recitar de memoria (trataba de ensayos realizados en la Facultad de Medicina sobre transmisión de pensamiento), un ensayo de Marañón titulado **Amor, conveniencia, eugenesia**, un libro de aritmética y un libro de medicina editado en 1868 que incluía toda la medicina antigua desde los tiempos de Galeno y Paracelso. No había más libros. Como algunos de ellos eran tomos grandes, tuvo que meterlos mi madre por el agujero por donde me daba la comida, en trozos sueltos.

En los dos años primeros dormía sobre los escombros del desván, con una manta debajo y otra encima. Como el desván era tejivano, estaba sujeto a todo cambio climatológico (mucho calor en verano y muchísimo frío en invierno). Después, cuando se derribó un tabique de la chimenea metimos un colchoncillo de un sofá. Me abrigaba también con una pelliza y en el invierno, como el frío era tan intenso, me vendaba los pies con orillos de las fábricas de tejidos. Durante todo este tiempo no pude ni fumar ni beber, por miedo a que el humo y el olor descubrieran mi presencia, ya que en la casa sólo vivía mi madre.

P.—¿Salió alguna vez al resto de la casa o a la calle?

A. B.—Después de estos primeros cuatro años, en 1940 ya salí al resto de la casa. Como era propiedad de mi madre y no teníamos inquilinos, gozaba de una relativa libertad de movimientos, y no del anquilosamiento de los primeros años. No me atrevía a salir a la calle porque me daba la impresión de estar vigilado continuamente. Una vez, durante las ferias de Béjar, salí porque tenía ganas de ver la ciudad, y pensando (e como cuando me escondı pesaba escasamente 57 ó 58 kilos, y ahora pesaba los 95 debido a la inactividad obligada, no me iban a conocer. Así sucedió: me ponía frente a los amigos de la infancia y juventud y no me reconocieron. Estuve cinco o seis días por la calle y volví otra vez a mi refugio, pues a fin de cuentas yo seguía siendo un prófugo.

P.—¿Cómo pudo resistir veinte años encerrado en estas condiciones? ¿Qué le impulsó a seguir viviendo?

A. B.—Quizá el resistir esos casi veinte años se debe a que yo había sido siempre muy amigo de los deportes. Tenía juventud y una fortaleza física bastante considerable. Mi madre me animó con sus constantes cuidados y su comprensión hacia mí. Al principio, hasta el año 1938, me animaba el recuerdo de una mujer que yo creía que me esperaba, porque me contaron que al enterarse de mi desaparición llevó hábito durante tres años. Al terminar la guerra y no aparecer yo, se casó con otro, y hoy ya tiene nietos.

Yo creo que la capacidad de resistencia depende del temperamento. Yo he sido un tipo linfático, tranquilo: quizá pertenezca a la escuela de los estoicos. Pasaba penalidades y no se lo decía a mi madre. Mi mayor esperanza estaba en que al triunfar los aliados en la Segunda Guerra Mundial, el Gobierno español, quizás a ruego de otras naciones, diera una amnistía general para todos los que estaban en mi situación, o en situación parecida (detenidos, exiliados, etc.). Desde luego, el Gobierno dictó un indulto parcial en 1945, pero a mí no me cogía porque se especificaba que sólo disfrutarían de él los que no tuvieran antecedentes políticos, y como yo había estado preso por la Revolución de octubre de 1934, y además mi condición de prófugo se mantenía en pie, no pude salir. A ese indulto se acogieron en Béjar varias personas, y quedamos excluidos solamente dos: Antolín, factor ferroviario, que estuvo 17 años escondido (hasta que murió) y yo.

P.—¿Cuándo salió de su encierro y qué gestiones facilitaron su salida?

A. B.—Salí de mi encierro el 24 de diciembre de 1955. Tenía ya 43 años, y había pasado toda mi juventud sin salir de mi escondite. Al enterarse de mi caso (a última hora lo sabía mucha gente, hasta la propia Policía), algunos señores, entre ellos el entonces alcalde de Béjar, don Victorino Vizoso y don Ernesto Izard, se pusieron en contacto con el Gobernador de Salamanca y acordaron iniciar en Madrid las gestiones que fueran oportunas, entre ellas visitar al Director General de Seguridad y exponerle mi caso. Una vez vistos mis antecedentes, y que no estaba reclamado por ningún Tribunal por ninguna clase de delito, el Director General de Seguridad me puso a disposición del Gobernador Civil de Salamanca, y éste a la del Alcalde de Béjar. Este me citó para el día 24 de diciembre a las doce de la mañana en el Ayuntamiento. Me recibió y me dio unos consejos que creyó oportunos para que no volviera a meterme en política, cosa que he cumplido hasta ahora.

P.—¿En qué medida han influido estos veinte años en el resto de su vida? ¿Cómo reanudó usted la actividad diaria?

A. B.—La influencia ha sido decisiva, porque yo en mi juventud era emprendedor y tenía la vida bastante bien enfocada, con proyectos de construcción de obras, que me hubieran dado paso a mayores aspiraciones. Después, me he vuelto más retraído, más encerrado en mí mismo, porque como decía el protagonista de **Cuatro de infantería,** una persona o un grupo metidos en un refugio pierden toda idea de revuelta, y el pensamiento queda sujeto a los problemas de la vida diaria. Por lo tanto, cuando salí, tuve ocasión de pensar con más fuerza y más amplitud, pero me pareció que mi vida estaba destrozada y que había perdido las mayores ilusiones de mi juventud. Cuando salí de mi encierro, empecé a trabajar en las obras de propiedad de mi hermano, porque ningún patrón me daba trabajo. Todos me decían que no podían admitirme por tener cubiertos todos los puestos, pero yo me enteraba que daban trabajo a otros que iban a pedirlo después que yo. Por eso tuve que marcharme en 1958 a San Sebastián, donde estuve ocho meses trabajando en la construcción. Luego regresé a Béjar, hice algunos trabajos por mi cuenta, y en febrero de 1962 tuve que volverme a San Sebastián. En 1966 regresé de nuevo a Béjar porque mi madre, ya anciana de 92 años, estaba enferma, y al ser yo el único hijo soltero me vine a cuidarla. Después salió a subasta un terreno del Ayuntamiento y solicité la concesión del mismo. Me la dieron, y del año 1966 a 1970 estuve haciendo ese pequeño grupo de viviendas. Al terminar he vuelto a estar sin trabajo, como al salir de mi refugio.

P.–Y, para acabar, ¿cómo ve usted nuestro futuro? ¿Qué habría que hacer para evitar la repetición de una experiencia dolorosa como la suya?

A. B.—Para evitar que se vuelvan a repetir situaciones como la mía y de otros muchos hombres, sólo pido tres cosas para la España actual: cambio, paz y libertad. ■ **(Declaraciones recogidas por María Ruipérez. Fotos de José Luis y Enrique García Periáñez).**



Angel Blázquez salió de su encierro el 24 de diciembre de 1955, tras vivir de manera infrahumana, encerrado como un topo. «Cuando salí, me pareció que mi vida estaba destrozada y que había perdido las mayores ilusiones de mi juventud», confiesa el antiguo militante a nuestra colaboradora María Ruipérez.

El Frente Popular en Francia

Eduardo Haro Tecglen



Genéricamente, el Frente Popular es una figura política que consiste en la unión de partidos de izquierda con el partido comunista para una serie de acciones de gobierno. Francia fue el primer país en que se creó, como respuesta al fascismo. Y esta niña asistente al funeral por Henri Barbusse celebrado en el cementerio de Père Lachaise aparece como un símbolo de aquellos años.



El Frente Popular se instituyó en Francia el 14 de julio de 1934 tras un gigantesco mitin. Radicales, socialistas, comunistas, antiguos combatientes y grupos republicanos de diversa índole, decidieron entonces unirse. Vemos aquí (de izquierda a derecha) a algunos dirigentes del bloque: Leon Blum (SFIO, socialista), Edouard Daladier (radical socialista), Maurice Thorez (PCF) y Roger Salengro.

EL «Frente Popular» fue una idea que nació en Francia como respuesta al fascismo, transitó hacia España y luego hacia otros países. No ha cesado todavía de constituir un ideal: sin embargo, fue vencido en Francia y en España, y lo ha seguido siendo en algunas de sus más recientes manifestaciones, como en Chile. No dejó buen nombre. El nombre lo hace la historia, y la historia la hace quien puede hacerla. La mayor parte de la historia contemporánea ha sido escrita durante el período de anticomunismo militante de la guerra fría: hubo necesidad de residenciar y aislar al comunismo, y el Frente Popular es esencialmente una figura política que consiste en la unión de partidos de izquierda con el partido comunista para una serie de acciones de gobierno. Desde esa forma de escribir la historia se desprestigió al Frente Popular. Ese desprestigio consiguió penetrar a la misma izquierda, que parece haber borrado ya el nombre de sus programas. Cada vez que se ha presentado esta opción en el mundo contemporáneo —una vez desbloqueado el partido comunista— se han buscado nombres que lo recuerden vagamente, pero que no sean categóricamente el mismo. En Chile un auténtico Frente Popular se llamó Unidad Popular; *en Uruguay,* Frente *Amplio. Esta fuga lingüística no sirvió de nada: se encontró con los enemigos de siempre, y tuvo las mismas flaquezas de siempre. El mismo entusiasmo, la misma gran ilusión con que se fundó en Francia en 1934. Otras formas más moderadas de acción común de la izquierda con los comunistas aparecen o tratan de aparecer ahora. Son más cautelosas, más académicas. Dejan menos fuerza y menos brío a la calle, y desde que se fundan advierten ya que no se trata de un nuevo Frente Popular. La unión de las izquierdas en Francia para un programa común de gobierno, la Coordinación Democrática de España, rehuyen todo compromiso largo, toda calidad de bloque. La propuesta de «compromiso histórico» en Italia es aún más tenue. Repitamos: no dejan de enfrentarse con los mismos enemigos. Buscar una apariencia más ligera, o una realidad más desconfiada aún, no resuelve su problema. Tal vez dentro de un tiempo vuelva a hablarse de Frente Popular. La historia y la política se habrán reconciliado.*



En el programa del Frente Popular figuraban una serie de medidas de carácter social, de protección al trabajador industrial y agrícola, y unas reformas de la organización bancaria y de nacionalización del crédito que detuvieran la crisis de la economía francesa. (En la imagen, puja en la Bolsa de París durante una de las sesiones de 1935.)

EL ANTIFASCISMO

LA marea ascendente de los fascismos en Europa provocó una reacción de unidad y defensa de las ideologías de izquierdas. En general, la izquierda tiene muy escasa voluntad de unidad, aunque la perciba como un mito y suela achacar su falta de triunfos —de acceso al poder— a la desunión. Es natural que un conjunto de doctrinas que tienen como base esencial la libertad del individuo, la de asociación, la de expresión, y un progresismo entendido en la posibilidad siempre abierta de investigar vías nuevas para la sociedad, sin atenerse a puntos fijos o inmovilismos o tradiciones, encuentre numerosas e importantes dificultades en la busca de una disciplina o de una reducción a un común denominador de todas sus tendencias posibles. Es indudable, sin embargo, que todas las tendencias de la izquierda se dirigen, como siempre en la política, hacia un absoluto que cada grupo puede creer que está representado en su propia doctrina. Esto le impide lo que sería probablemente su mayor fuerza, que es la unidad, sin admitir la posibilidad del error propio y del acierto de los otros, y no siempre alcanza el concepto ideal de la provisionalidad que puede figurar en muchos de sus pensadores: es decir, que la verdad o el acierto son movibles y duran lo que pueden durar las circunstancias en que se producen. Mientras tanto, el deseo de imitar en los métodos a una derecha que, sean cuales sean sus dificultades de unión, se encuentra y se cita siempre en torno a unos puntos fijos, a unas referencias inmutables, a las cuales se atribuye su permanencia en el poder y su facilidad para reconquistarlo cuando momentáneamente lo pierde, crea en la izquierda una especie de complejo de inferioridad y de sentimiento en cada grupo y en cada individuo acerca de la insensatez de «los otros»; incluso a acusarles de «hacer el juego» o de colaborar con la derecha, o de mantener una personalidad oculta de derechas y solamente un disfraz de izquierdas. Es una situación que prácticamente nunca ha cesado, y en ningún país.

ERRORES FASCISTAS

La implantación del comunismo en Rusia produjo un sobresalto de angustia y al mismo tiempo de atracción morbosa en las izquierdas

parlamentarias y reformistas. Si por una parte la implantación del comunismo suponía la posibilidad de nuevas vías de pensamiento y de modos de vida que estaban aún sin explorar y que a los intelectuales les parecía del más alto interés, por otra era la primera vez que la clase obrera, los proletarios, tomaban el poder y podían gobernar por sí mismos. Pero al mismo tiempo el comunismo era una dictadura, una privación de libertades individuales, y lo iría siendo aún más por razones internas —de Rusia— y externas —de defensa contra la presión de las otras naciones—. Esta contradicción creó muchos desgarramientos en la izquierda de los países occidentales, muchas actitudes de perplejidad. Pronto se creó un anticomunismo de izquierda. Había existido siempre de una manera ideológica, como lo probaban las escisiones y las rupturas en las sucesivas Internacionales y en los movimientos obreros, pero sin que los grupos anticomunistas de izquierda se reconciliasen entre sí; y ahora empezaría a funcionar de una manera más coherente. El anticomunismo de la derecha era consustancial con ella; pero cuando su forma de acción y su vanguardia se convirtieron en movimientos militares prefascistas, y luego fascistas, se produjo también en alguno de los sectores de la derecha movimiento de rechazo, y algunos de sus personajes o de sus pensadores se fueron a militar en el anticomunismo de izquierdas. La implantación del fascismo en Italia y del nacismo en Alemania supuso en algunas derechas moderadas la misma sensación de dualidad repulsión/atracción que el comunismo ruso supuso para las izquierdas. Más tarde, los fascismos cometerían sus excesos propios que tanto les perjudicarían: la persecución y exterminio de ideologías moderadas. Este fue precisamente el error político de Hitler con la persecución de los judíos. Si los judíos, como pueblo, habían producido alguno de los más grandes revolucionarios —y no solamente de las estructuras sociales y políticas, como Marx, sino del pensamiento cultural, científico y humanista, como Freud y Einstein y sus grupos respectivos—, la realidad es que las democracias europeas sostenían el armazón de la burguesía: bancos, industrias, periódicos, editoriales. La palabra «error» está probablemente desplazada al considerar la actitud de Hitler para con los judíos, puesto que, como queda dicho, era la base inevitable de su doctrina, procedía de un amplio pensamiento germánico y estaba firmemente arraigada; sin el antisemitismo a ultranza, Hitler no hubiese pasado de cabo. Los judíos que huían de Alemania, que todo lo habían perdido, los supervivientes de las primeras matanzas o encarcelamientos, llegaban al resto de Europa y se acogían al amparo de medios burgueses y de derechas en los que difundían una visión apocalíptica del nacismo. Mussolini no era antisemita, aunque más tarde colaborase con Hitler en este aspecto. Había intentado mantener una cierta moderación, implantar una dictadura burguesa que en teoría no debía ser excesiva, pero las mismas fuerzas que había desatado le superaron, como



Congreso de Escritores antifascistas celebrado en París en 1935. Bajo un inmenso retrato mural de Gorki, podemos distinguir a —de —izquierda a derecha— Vaillant-Couturier, André Gide, Jean Richard Bloch y (en el uso de la palabra) André Malraux. Los intelectuales franceses apoyaron decididamente la gestión del Frente Popular.

queda antes dicho, y comenzó también a producirse un exilio, una huida, que se canalizaba hacia Francia por la proximidad y hacia Estados Unidos —y en menor medida a Buenos Aires y otras capitales hispanoamericanas— por tradición, porque contaban allí los italianos con bases de familias y amigos de las anteriores emigraciones económicas. Comenzaron a llegar a los países democráticos no solamente socialistas y comunistas, sino católicos populares —Don Sturzo—, liberales, republicanos, demócratas cristianos, radicales... Las mismas procedencias políticas tenían los huidos de Alemania. Muchos de entre todos ellos habían sido considerados como derechistas. Por eso la burguesía moderada, que había favorecido los fascismos como simples grupos de defensa en la vanguardia, comenzó a ver que ella misma estaba amenazada, al mismo tiempo que por el comunismo, por el fascismo. Las circunstancias de la política internacional, las continuas reclamaciones de Hitler sobre territorios vecinos y aún lejanos, aumentó la sensación de pavor. Muchos, sin embargo, en los países vecinos —principalmente en Francia, en Bélgica— pudieron creer en la necesidad de una alianza con Hitler, y en que tal como los términos de la lucha política se estaban planteando, sobre todo a partir de la guerra de España, no tenían ya más opción que promover regímenes fascistas.

LA ACEPTACION DE LOS COMUNISTAS

El anticomunismo de izquierdas sufrió entonces una grave contracción. Los anticomunistas de izquierdas en los países europeos no pudieron tener duda de cuál sería su destino si se implantaban regímenes fascistas. Mientras creyeron que éstos se limitarían a combatir el comunismo y a implantar unas dictaduras donde pudiera sobrevivir, aunque larvada, una oposición de izquierda, sus protestas fueron reducidas, aunque *siempre presentes;* cuando vieron que eran sus vidas y haciendas las que estaban en juego tanto como las de los comunistas, se vieron obligados a reaccionar. Una parte de esta reacción consistió en crear el antifascismo, en ciertas formas orgánicas, como las Ligas o uniones de intelectuales antifascistas, los frentes unidos, los comités de defensa, las alianzas, los bloques, las coaliciones... Inevitablemente debían contraerse hasta aceptar a los comunistas en su seno. Sin ellos, las organizaciones hubieran sido inoperantes. Los partidos comunistas eran los mejor organizados. Contaban con gran parte de las masas obreras y por su historia de persecuciones y de acción estaban acostumbrados a la lucha. Dentro de estas agrupaciones, los izquierdistas reformistas y parlamentarios mantenían una actitud de reserva. Temían que les pasara lo que a las derechas, que habían aceptado y apadrinado el fascismo y se



Una de las propuestas del Frente Popular consistía en mejorar las condiciones impuestas a Alemania por el Tratado de Versalles, con el fin de intentar contener el revanchismo explotado continuamente por Hitler. Este grupo de viudas de la I Guerra Mundial, captadas por la cámara genial de Robert Capa, parecen esperar la cicatrización definitiva de aquellas heridas...



Leon Blum, Maurice Thorez, André Marty y Madame Blum figuran —de izquierda a derecha— en primera línea de esta imagen, tomada junto al «Muro de los Federados» del cementerio de Père Lachaise con motivo de la conmemoración de la Comuna parisina de 1871. Conmemoración celebrada como un acto unitario por todas las fuerzas que formaban el Frente Popular.

veían desbordadas y dominadas por él. Reservas, reticencias, maniobras de los reformistas, desconfianza de los comunistas, hicieron que el trabajo del antifascismo fuese menos eficaz de lo que se proponía.

NACE EL FRENTE POPULAR

Estas alianzas cuajaron en los Frentes Populares, que no llegaron a gobernar más que en dos países, en Francia y en España. Fueron necesarias situaciones de creciente amenaza para los demócratas parlamentarios para que llegasen a estas soluciones. En febrero de 1934 las organizaciones fascistas o parafascistas —las Ligas de Ex Combatientes, Acción Francesa, Cruces de Fuego, etc.— se manifestaron en la Plaza de la Concordia contra el nuevo gbierno Daladier y con intención de tomar por asalto la Cámara de Diputados. Hubo 17 muertos y unos 2.500 heridos. El Gobierno no pudo sostenerse. Tres días después, una contramanifestación de la izquierda —convocada por la «Asociación Republicana de antiguos combatientes»— quedó prácticamente en manos de los comunistas y se produjeron nuevos desórdenes. El día 12 de febrero se consiguió una acción común por medio de un paro general que sería el inicio de conversaciones entre agrupaciones políticas y sindicales de la izquierda que duraron más de un año. La expresión «Frente Popular» comenzó a aparecer en la prensa comunista coincidiendo con la firma de un pacto francosoviético. Este pacto iba a quitar a los comunistas su repugnancia a aliarse con los que se consideraba defensores del orden burgués —los socialistas—, y viceversa. Y el 14 de julio, en un gigantesco mitin, se instituyó el Frente Popular. Radicales, socialistas, comunistas, antiguos combatientes, grupos republicanos de diversa índole, adoptaron una unión basada en este juramento: *«Juramos mantenernos unidos para defender la democracia, para desarmar y disolver las ligas facciosas, para guardar nuestras libertades fuera del fascismo. Juramos en esta jornada que hace revivir la victoria de la República, defender las libertades democráticas conquistadas por el pueblo francés, dar pan a los obreros, trabajo a la juventud; y al mundo la gran*



El pacto del que emergió el Frente Popular quitaría a los comunistas su repugnancia a aliarse con los que se consideraba defensores del orden burgués —los socialistas—, y viceversa. Vemos aquí al dirigente comunista Jacques Duclos conversando con el escritor pacifista Romain Rolland (a la izquierda del lector).

Frente al hecho de la unión de la izquierda, la derecha fascista movilizó al máximo sus efectivos, ayudados por el expansionismo de Mussolini y Hitler. La foto recoge a uno de los líderes de este fascismo, el belga Leon Degrelle, cabeza del movimiento rexista, en 1936.

paz humana». El comité nacional de coalición mantuvo la unión táctica y elaboró un programa común de gobierno: amnistía general, desarme y disolución de las formaciones paramilitares, ley de incompatibilidades parlamentarias para evitar la corrupción, reforma de la prensa y la radio para conseguir una mayor libertad de expresión, derechos sindicales, gratuidad y extensión de la enseñanza y estudio de las circunstancias en los territorios de ultramar (aún el anticolonialismo no había aparecido como doctrina entera). La acción que requería este programa era la colaboración de las masas trabajadoras, la acción internacional en el seno de la Sociedad de Naciones («para la seguridad colectiva, la definición del agresor y la aplicación automática y solidaria de las uniones en caso de agresión»; la guerra de Abisinia no había comenzado aún, pero los incidentes fronterizos habían producido ya matanzas por parte de los italianos); el esfuerzo para el desarme, la nacionalización (en Francia) de las industrias de guerra, la supresión de la diplomacia secreta (se aludía a las cláusulas



secretas en los tratados internacionales, que no dejaban ver cuáles eran las alianzas reales, y hasta qué extremo, de los gobiernos), una ductilidad en la aplicación de los tratados «peligrosos para la paz mundial» (una fórmula para mejorar las condiciones impuestas a Alemania por el Tratado de Versalles, de la cual se esperaba una contención del nacionalsocialismo y del revanchismo de Hitler, al ofrecerle mejores condiciones) y la extensión de los «pactos abiertos» (como el francosoviético) a toda Europa. En otros puntos, los acuerdos eran menores. Los comunistas no concedían en principio la posibilidad de llegar al poder sin una nacionalización de industrias privadas y un reparto de tierras mediante la reforma agraria, pero aceptaron cambiarla momentáneamente por una serie de medidas de carácter social, de protección al trabajador industrial y agrícola y unas reformas de la organización bancaria y de nacionalización del crédito.

Con este programa llegó el Frente Popular a las elecciones de 1936 (mayo) y las ganó. En realidad, sus partidos constituían ya una mayoría procedente de las elecciones anteriores, pero no se sabía cuál podía ser la reacción ante el programa común y ante la alianza; los diputados habían sido elegidos como representantes de sus partidos y no de una coalición. En las elecciones de mayo de 1936, los candidatos se presentaron también con la etiqueta de cada uno de sus partidos políticos, pero con el programa conjunto, y la coalición obtuvo un éxito considerable: pasó de 322 diputados a 370. Pero había un perfil electoral muy importante: las organizaciones menos a la izquierda (como las radicales) perdían votos, mientras los ganaban las más avanzadas; el partido socialista se convertía en el mayoritario al pasar de 97 a 146 diputados. Y el comunista era el que más aumentaba sus fuerzas: de 10 diputados a 72. Si el partido comunista francés se enorgullecía de su avance, políticamente perjudicaba la situación del Frente Popular, iba a ser acusado (ya lo estaba siendo) de abrir paso al comunismo. En la propia Unión Soviética se consideraba como inconveniente este resultado. Su ministro de Asuntos Exteriores (Comisario del Pueblo para el Exterior), Litvinov, declaraba a un corresponsal francés su inquietud: *«El gran éxito de los comunistas franceses puede*



Ligas de ex Combatientes, Acción Francesa, Cruces de Fuego, ...eran algunas de las organizaciones fascistas o parafascistas que proliferaban en la Francia de los años treinta. También dentro del sector femenino tales grupos tenían sus equivalentes: ésta es una muestra de ello, con la imagen de un acto de mujeres fascistas ante las elecciones de 1936.

volverse como un bumerang contra la colaboración franco-soviética. Se trata de salvaguardar el pacto del 2 de mayo de 1935, de permitir el desarrollo de sus consecuencias, pero un éxito tan sumamente arrollador como el comunista francés, ¿sirve a este objeto? ¿No resulta un poco molesto? Un éxito de los radicales ¿no hubiera servido mejor a sus detractores?». «Lo esencial —añadía— *es que Francia no debe debilitar su potencia militar. Nosotros no deseamos que ningún disturbio interno pueda favorecer los planes del Reich».* (Declaraciones de Litvinov a Georges Luciani, «Le Petit Parisien» del 16 de junio de 1936, citadas por Georges Lefranc, «El Frente Popular», Oikos-Tau, Barcelona 1971).

GOBIERNO BLUM

El Frente Popular se hizo gobierno en Francia el 4 de junio de 1936, presidido por el socialista (judío) León Blum. La oposición de derechas se iba a radicalizar; en la izquierda, las masas obreras que lo habían ayudado con entusiasmo se iban a encontrar con menos reformas sociales de las que suponían, y los comunistas no formarían parte del gobierno, constituido a base de las tres tendencias principales (socialistas, USR y radicales). La no participación comunista se interpretaba como un deseo de mantenerse al margen, de conservar intacto su prestigio popular; las tímidas reformas sociales del gobierno no iban a saciar las necesidades del pueblo. Pero era también un signo de moderación y de no revolucionarismo que el Frente quería dar a la burguesía y al mundo. Fue, en realidad, un gobierno moderado. Cuando se encontró, mes y medio después de su instalación, con la guerra civil en España, se quedó perplejo.

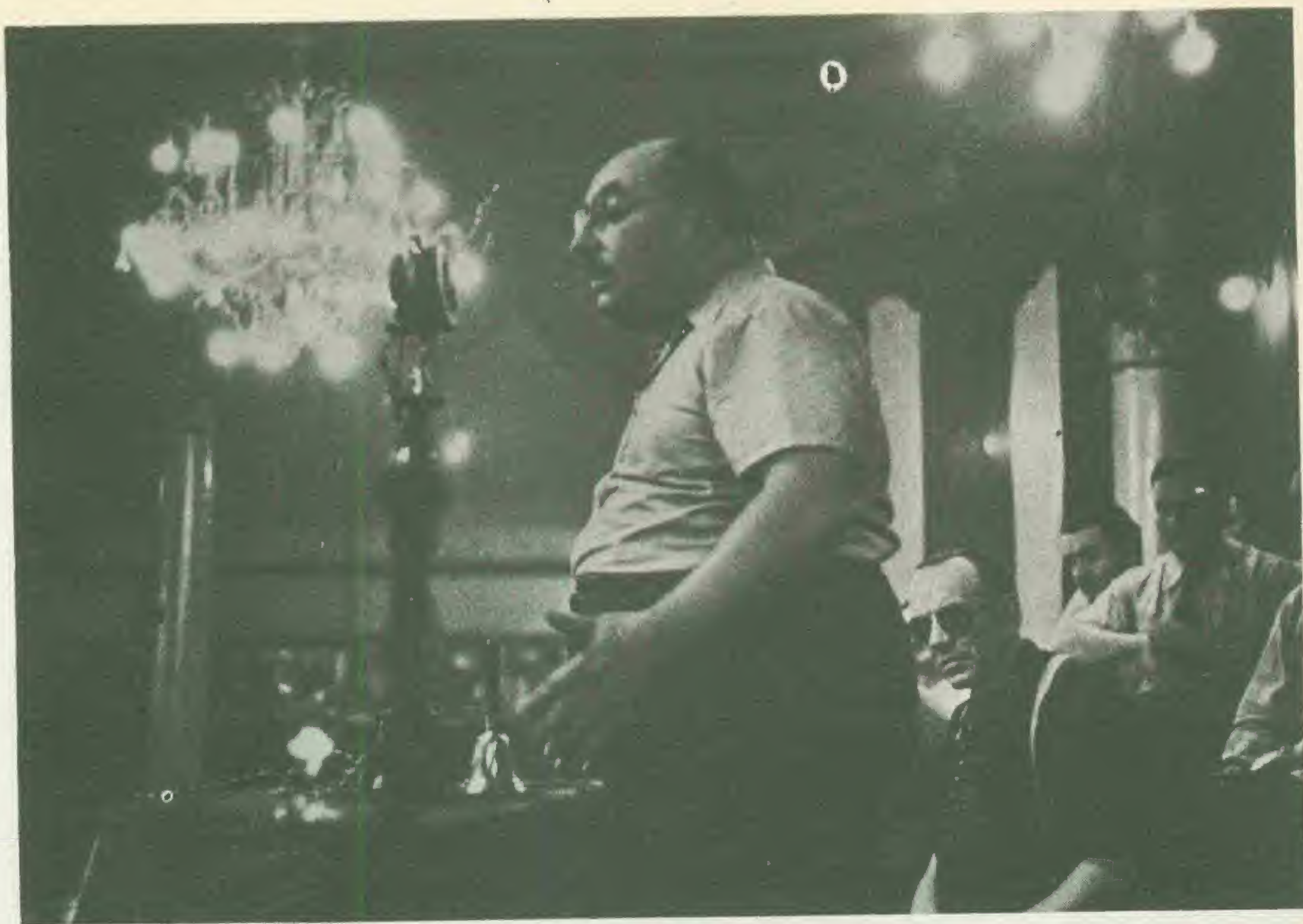
LA PRUEBA DE ESPAÑA

Cuando el Frente Popular español recabó la ayuda del Frente Popular francés, León Blum inició inmediatamente conversaciones con el Gobierno de Gran Bretaña y encontró una manifiesta y clara hostilidad de éste a toda ayuda a la República española. Winston Churchill escribía el 31 de julio de 1936: *«Estoy convencido de que si Francia envía aviones para ayudar al gobierno de Madrid y los alemanes y los italianos intervienen en el mismo sentido, los dirigentes británicos se pondrán de acuerdo con estos últimos y Francia quedará aislada».* (Citado por Georges Lefranc.) Blum encontró dificultades no solamente en su aliada sino en los grupos del Frente Popular (a excepción de los comunistas), muy especialmente entre los radicales. León Blum estuvo a punto de dimitir: se ha contado que cuando una delegación española fue a pedirle armas, se las negó con lágrimas en los ojos. Finalmente adoptó la política de no intervención, que no solamente aceptó Gran Bretaña sino también Alemania, Italia y la URSS. Nunca fue más que una ficción. El Frente Popular español concluyó con la derrota en la guerra civil. El Frente Popular francés había sucumbido antes. Si la guerra española y la actitud a adoptar respecto a ella fue una de las causas de la disolución, otros muchos motivos de incomprensión y de lucha interior se fueron manifestando. Los comunistas se abstuvieron ya de votar en una moción de confianza que presentó el gobierno. Los socialistas empezaban a manifestar la esperanza de que Mussolini llegase a aliarse con Francia frente a Alemania. Las clases obreras estaban decepcionadas; León Blum se vio forzado a dimitir en junio de 1937 por una votación de confianza y aunque volvió al poder después del breve intervalo del Gabinete Chautemps, no lo ocupó más de un mes. Le sucedió Daladier, que se inclinó hacia una política de centro izquierda. El Frente Popular francés se extinguió.

UN BALANCE

Es imposible calibrar ahora la importancia política del Frente Popular. Hay que acudir al recurso de la ucronía, a los supuestos. Uno de ellos es que sin la unión de las izquierdas con ese amplio espectro, y con el consenso electoral, podría haber ocurrido muy bien que los fascistas franceses tomasen el poder, como ya lo habían intentado en 1934: no hay por qué suponer que el destino de Francia hubiera podido ser distinto del de Italia o del de Alemania, y más bien puede imaginarse que las bandas hubieran tenido el mismo poder que los camisas negras o pardas, y que un coronel Larocque o un Doriot, en el mejor caso un Laval, hubiesen tomado el poder. A partir de ahí puede imaginarse otro destino para Europa distinto del que ha tenido. Hay opiniones contrarias: la de que los conservadores se hicieron más cerrados para resistir a esas dos amenazas que les obnubilaban: el comunismo y el *«petit juif»*, León Blum. Se llegó a decir por bienpesantes: *«Plutôt Hitler que Blum»*, y tal vez los alemanes encontraron menos resistencia en su avance y más colaboracionismo en su ocupación por la reacción de la derecha contra el Frente Popular que habían odiado.

Algo que la derecha no perdonó nunca al Frente Popular



El Frente Popular se lanzó decididamente a las elecciones de mayo de 1936, y consiguió ganarlas. Con 370 diputados representando a los partidos unidos, entre ellos era el comunista el que lograba un mayor aumento: de 10 diputados a 72. Jacques Duclos —líder de dicho partido, al que vemos durante un mitin para conseguir la semana de 40 horas— podía darse por satisfecho.

fue la nueva relación trabajo - capital a partir de los «*Accords de Matignon*»: la reunión en el Palacio Matignon —residencia oficial del Presidente del Consejo— de representantes patronales y empresarios. Es difícil que hoy se reconozca que Blum llegó a esa reunión para dominar la ola de huelgas producidas por el entusiasmo del Frente Popular y para encauzar la situación por una vía política y no revolucionaria. Los patronos cedieron entonces más que nada por temor a los obreros, y no al gobierno en el que veían un árbitro posible. Así se ganó la jornada de cuarenta horas, las vacaciones pagadas, el salario mínimo garantizado y el sistema de contratos colectivos: algo que ha seguido permaneciendo en el mundo. Como el sistema de los acuerdos, el principio de reuniones entre patronos y obreros con mediación gubernamental. En un principio, esta política social produjo un considerable desequilibrio económico. Pero suele callarse cuando se cita la dificultad de aquella situación —que obligó a Francia a abandonar el patrón - oro— la enorme influencia que tuvo la fuga de capitales hacia Suiza y otros países y la responsabilidad patronal al no acrecentar la producción. También fue el Frente Popular el que adoptó el principio de la nacionalización de la gran banca; pero no debió ser tan malo para el país cuando todos los gobiernos sucesivos lo han continuado manteniendo.

No consiguió en cambio el Frente Popular mantener una verdadera unidad entre los diversos partidos que lo formaban. La izquierda no cesó de ser un solo momento el campo de divisiones y contradicciones que ha sido siempre. Desde los radicales que se encontraban cerca de los patronos y se lamentaban de las «concesiones» hasta los comunistas que se debatían ellos mismos entre la contradicción que suponía querer mantener fuerte al país para hacer frente a Hitler en el caso de una guerra que se veía inminente y al mismo tiempo atender a las necesidades sociales del proletariado, pasando por los socialistas que trataban de forzar la paz y no alejarse de su alianza con Gran Bretaña y de

hacer toda clase de concesiones para que no hubiera guerra con Alemania.

Sin embargo, fue trágicamente grotesco el intento de culpar enteramente al Frente Popular y personalmente a Blum en el proceso de Riom de la derrota de Francia, por no haber acelerado el rearme y haber reducido los gastos militares para restablecer la economía. Parte de esta acusación se debe, sin ambages, a una derecha que necesitaba seguir acusando a los izquierdistas y a los judíos y comunistas de todas las catástrofes nacionales: parte, también, al ejército francés que quiso exculparse de su derrota acusando a los civiles, por una figura muy conocida en la historia: la misma que años antes había mantenido el Ejército alemán por la derrota de 1918 —la tesis de «la cuchillada por la espalda»—, que dio origen al nacismo, o la que sustentarían los mismos militares franceses, años después, con la cuestión de Argelia y la de Indochina: o los de Estados Unidos con la del Vietnam. En esta confabulación intervinieron tanto De Gaulle como Pétain, aunque De Gaulle no tuvo más remedio, cuando ocupó el gobierno provisional tras la liberación, que mantener en él a los comunistas, en un *breve remedo* del Frente Popular. El cual había resucitado de alguna manera en la resistencia, en el «maquis», en las guerrillas. Vista de esta manera, la misma II Guerra Mundial tuvo un aspecto de gran Frente Popular internacional, cuando reunió a las grandes democracias con la Unión Soviética para enfrentarse al nacismo creciente y ya dominante ■ **E. H. T.**

Fotos de ROBERT CAPA y DAVID SEYMOUR



Presidido por el socialista (judío) Leon Blum, el Frente Popular se hizo gobierno en Francia el 4 de junio de 1936. Constituido el Gabinete a base de socialistas, USR y radicales, los comunistas quedaban fuera de él. Pronto las masas obreras se encontraron con menos reformas sociales de las que suponían, esperanza previa de la que puede ser símbolo el baile de estos huelguistas durante el mes de junio de 1936.

El “Imperio liberal” de Napoleón III

Gonzalo Moya

«El agua no pasa nunca dos veces bajo el mismo puente», dice un adagio. Si esto es cierto en Geografía, también lo es en Historia, pero en ocasiones hay puentes que se parecen mucho entre ellos.



Napoleón III ejerció un poder absoluto, personal y directo. El golpe de Estado de diciembre de 1852, que le encumbraría, fue producto de la alianza de la burguesía alta y media —inquieta por la revolución de 1848 y por las exigencias de un proletariado en desarrollo— con el Ejército.

De la dictadura a la democracia formal

EXISTE un período de la dictadura de Napoleón III en Francia poco conocido entre nosotros: el denominado «Imperio liberal», en las postrimerías del régimen, puesto que abarca desde septiembre de 1869 hasta septiembre de 1870 (caída del Imperio después de Sedán), esto es, un año tan sólo.

Como es sabido, el acceso de Napoleón III al poder —poder absoluto de hecho, personal y directo— gracias al golpe de estado de diciembre de 1852 (antes el segundo Bonaparte era ya «Príncipe Presidente de la República»), se pudo llevar a cabo mediante la alianza de la burguesía alta y media —inquieta por la revolución de 1848 y por las exigencias de un proletariado en desarrollo— y del ejército, temeroso de perder sus privilegios tradicionales.

Tras el golpe de estado, el nuevo Emperador constituyó un «régimen fuerte», que conformaba en el papel —nada más que en el papel— los grandes principios de la Revolución Francesa, pero que creaba en realidad un «ejecutivo concentrado» y un legislativo de pura fórmula. El Emperador hacía y deshacía nombramientos «oído el Consejo de Ministros o el Consejo del Estado, etc...», era generalísimo de las fuerzas armadas de tierra y mar, podía gobernar por decreto-ley y convocar referendums. Los ministros no eran responsables sino ante él —y no ante el «Cuerpo Legis-



Bajo Napoleón III la alta burguesía logró un auge esplendoroso, sobre todo, debido a la industrialización que —como en otros países— vendría financiada por la Banca. Esta «Fiesta de las flores en el Bois de Boulogne», de G. Werthelmer, vale como símbolo de aquella burguesía feliz de enorme peso político en Francia.

lativo»—, y el Consejo de Ministros lo integraba una hábil dosificación de las distintas fuerzas políticas que apoyaban al dictador.

Subrayemos que, con tales «medidas de seguridad», Napoleón III podía permitirse el lujo de conservar el sufragio universal, procediendo —como De Gaulle lo hará un siglo después— a rectificaciones de las circunscripciones electorales adversas, amalgamando sus fragmentos con otras adictas para evitar elecciones «incómodas» y haciendo que los prefectos apoyaran económica y políticamente a las «candidaturas oficiales». Todo ello constituía una «democracia formal» que tranquilizaba los escrúpulos de los liberales y que tenía de democracia todo, salvo lo que etimológicamente —entre otras cosas— la define: no que cada cual pueda decir lo que quiera, sino que los candidatos populares puedan alcanzar el poder. Una clase media fuerte e inteligente, podía y puede permitirse lujos electorales de esta naturaleza. Tan sólo cuando bajo los Borbones de la Restauración de 1814 y bajo Luis Felipe la burguesía era aún enclenque necesitaba conservar el sistema censatario —voto limitado tan sólo a quienes pagaban más de una determinada cantidad de impuestos, esto es, a los más ricos—.

Bajo Napoleón III, por cierto, esta burguesía logró un auge esplendoroso gracias a la industrialización, que, como en otros países —en el nuestro casi un siglo después—, se lograría por intermedio de los Bancos, que durante un período serán los amos y señores de un elevado porcentaje de industrias de todo tipo: de esta época data la fundación del Crédit Commercial (1848, reformado en 1860), del Crédit Foncier (1856), del Crédit Mobilier (1852), del Crédit Agricole (1860) y del Crédit Lyonnais (1863), nada menos. «La Banca se transforma en el motor, el propulsor de la expansión industrial», escribía un financiero de aquella época.

Creó, por otra parte, el Emperador un Senado o Cámara alta, «guardián de la Constitución», integrado «eclécticamente» —dirá un pudibundo historiador—, esto es, formado por incondicionales del nuevo régimen.

Como botón de muestra de lo que significaba el «Cuerpo Legislativo», el más «representativo», elegido por sufragio universal —se reunía un par de veces al año—, basta un párrafo de su texto constitutivo: «Como los Ministros no serán responsables ante la Cámara, ésta no perderá el tiempo en vanas interpretaciones, en acusaciones frívolas; las deliberaciones serán, pues, libres, independientes y se habrán suprimido los motivos de agitación estéril. Los padres de la Patria se dedicarán a cosas serias». Hay textos que a falta de otras virtudes poseen por lo menos la de la claridad.

Después de estas medidas de base vino un alud de «reformas»: la «reorganización» de la Magistratura, la de la Universidad, la de la prensa —el sistema de «las tres

advertencias»: si un periódico publicaba noticias «tendenciosas» a la tercera vez era suspendido—, los viajes de propaganda del jefe del Estado por toda Francia con «claque» trashumante, los plebiscitos que lograban mayorías aplastantes a favor de todo cuanto pedía el Emperador y, por último, «la vuelta a la Iglesia» con fastuosas celebraciones en Nôtre Dame con ocasión de las fechas-clave del Régimen... La legitimación externa, internacional, le vino a Napoleón III —que era considerado en Europa como un «revolucionario» porque en su juventud fue carbonario en Italia, siendo además sobrino del «ogro de Europa», Napoleón I— dada por la visita solemne de la reina Victoria de Inglaterra, espaldarazo definitivo procedente de una de las monarquías a la vez más tradicionales y más «liberales» de Europa occidental.

Si a todo lo anterior añadimos la existencia —auténtica en este caso porque Napoleón III era un irresoluto— de una «camarilla de las Tullerías», constituida por familiares del Jefe del Estado —dos hijos ilegítimos de Napoleón I, Morny y Walewski—, por militares y civiles autoritarios —Persigny, Rouher—, por banqueros —Fould, que será Ministro de Hacienda—, agrupados alrededor de la emperatriz Eugenia de Montijo —por ello resultaba ésta tan impopular—, que se aprovecharán de su privanza para realizar negocios dudosos o francamente sucios con enormes beneficios, habremos completado el panorama de lo que fue esencialmente la estructura política del segundo Imperio.

Entre los años 1852 y 1860 este sistema funcionó a la perfección: «los intelectuales de izquierda», exceptuando a Victor Hugo («y si no queda nadie yo seré el postrero»), se dedicaron a escribir textos profundos y soporíferos en espera de que les entreabrieran la puerta de la política para volver al palenque; por el contrario, se endurecieron las medidas represivas y policíacas —ley de Seguridad General— con ocasión de distintos atentados, el de Orsini, por ejemplo.

Pero hacia 1860 las dolencias físicas de Napoleón —su grave litiasis renal—, el tratado de libre cambio entre Francia e Inglaterra que le enajenó en parte a los conservadores —y el crecimiento del proletariado que entonces apoyaba a los republicanos—, hizo que el régimen intentara adquirir mayor flexibilidad soltando algo de lastre: derecho de enmienda en la Cámara baja, discusión y voto del presupuesto anual por ésta, ley de prensa menos draconiana, todo ello para lograr preparar en vida del dictador una evolución «liberal». Esta se vio frenada en la práctica una y otra vez, porque bastaba una sugerencia del Emperaeor para que la Cámara o uno de sus miembros —inoportuno o ingenuo en exceso— se volviera atrás en cualquier moción «extravagante» que hubiera tenido la osadía de presentar.

Por último, al agravarse considerablemente el estado de salud del Emperador un «senatus-consulte» —decreto-ley— de septiembre de 1869 establecía que la Cámara podría poseer y desarrollar iniciativas propias, enmendar libremente las leyes discutidas, reduciéndose a la vez los poderes del Senado, de los «incondicionales».

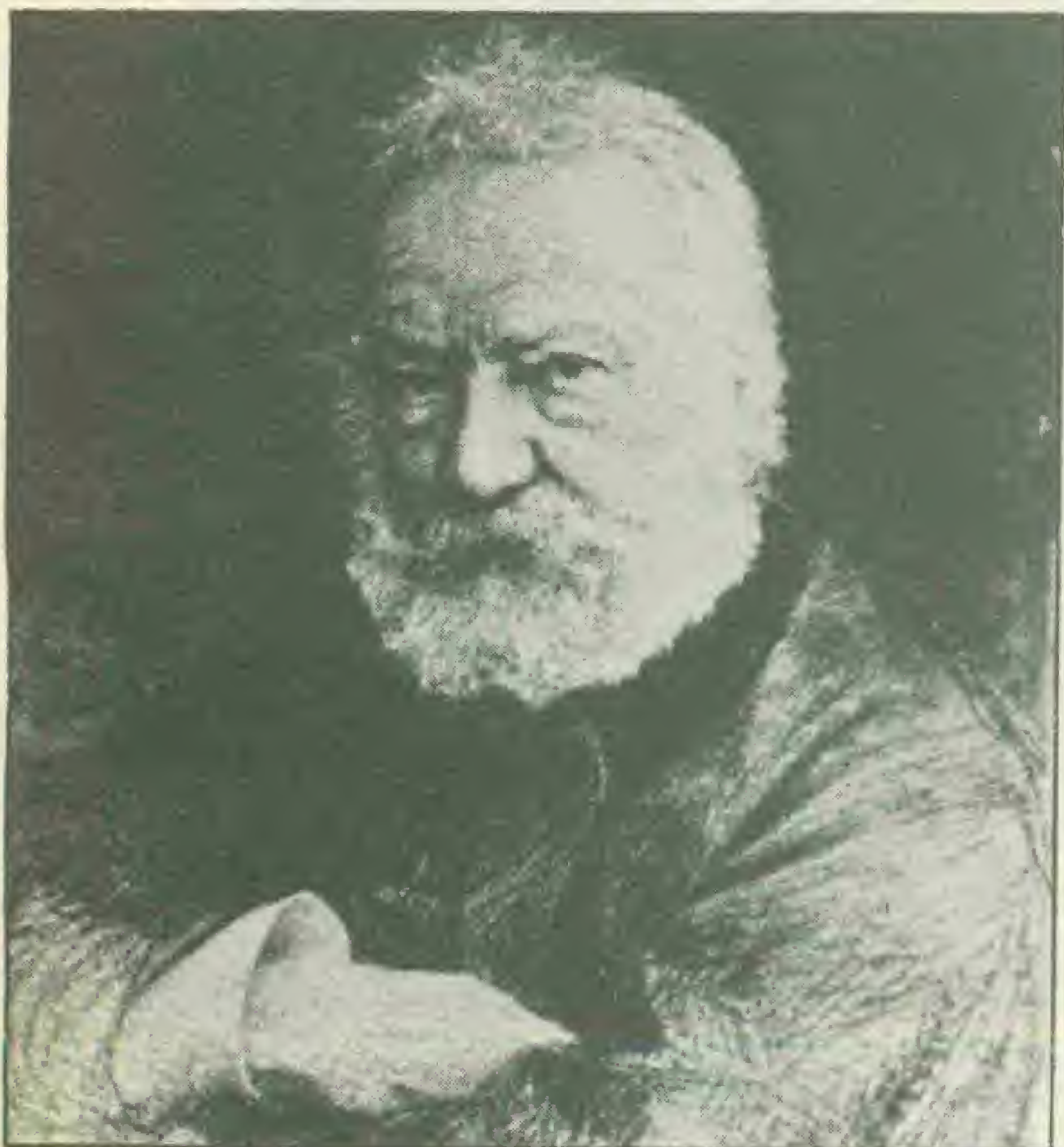
Naturalmente para esta «apertura» era necesario cambiar el equipo de gobernantes y Napoleón recurrió —su opción «atrevida» asustó a muchos— a Emile Ollivier, antiguo republicano que constituyó en enero de 1870 un gobierno integrado por «hombres nuevos», esto es, por una hábil mezcla de desertores —como él— del republicanismo y de desertores del autoritarismo, transformados de golpe



Agrupada alrededor de la emperatriz Eugenia de Montijo —esposa de Napoleón III, a la que vemos—, existía una «camarilla de las Tullerías» que se aprovechaba de su privanza para obtener todo tipo de beneficios mediante negocios dudosos o francamente sucios. Era el «búnker» de la época.

en liberales y demócratas y ademas —salvo algunas excepciones— grises, desconocidos, manejables. Cuando caiga el Imperio —enseñanza que no hay que olvidar—, no se volverá a hablar de ninguno de ellos en politica. Vivirán —segunda enseñanza— hasta su desaparición física haciendo pingües negocios a la cabeza de empresas privadas de primera fila —dorada jubilación ésta, por cierto—. Ya que el Estado, «republicano» formalmente, no iba a recompensarlos, lo hicieron con su propio dinero —hecho sorprendente dada la ineptitud de los candidatos— sus amos agradecidos. Lo normal en aquella época era situarlos a la cabeza de empresas públicas de segunda categoría, de modo que sus servicios anteriores los pagase el contribuyente anónimo.

No fue nada fácil para Ollivier su tarea de gobernante. Untuoso y suave por naturaleza, hubo de enfrentarse —y lo hizo con energía nada «liberal»— con la oposición «de izquierdas», los republicanos a cuyo grupo había pertenecido que lo acusaban de traición, y con los «ultras» apiñados más que nunca en torno de la Emperatriz. Ello le permitió afirmar —había que aprovechar de algún modo tanto bofetón por ambos lados y no hay mal que por bien no venga— que era el auténtico representante del centro, ponderado y equidistante en todo, situado por encima de las humanas debilidades, «partidario —son palabras suyas— a la vez de la libertad, del orden y de la constitución». De paso nombró presidente del Cuerpo Legislativo a un amigo suyo, el célebre Schneider, director de los Altos Hornos de Le Creusot, gran industrial metalúrgico y fabricante de armas, y se desprendió para mejorar su «imagen de marca» del Barón Haussmann, que a pesar de haber renovado París, se había llenado los bolsillos con dineros del Estado, «para hacer un ejemplo»... Pero sólo uno.



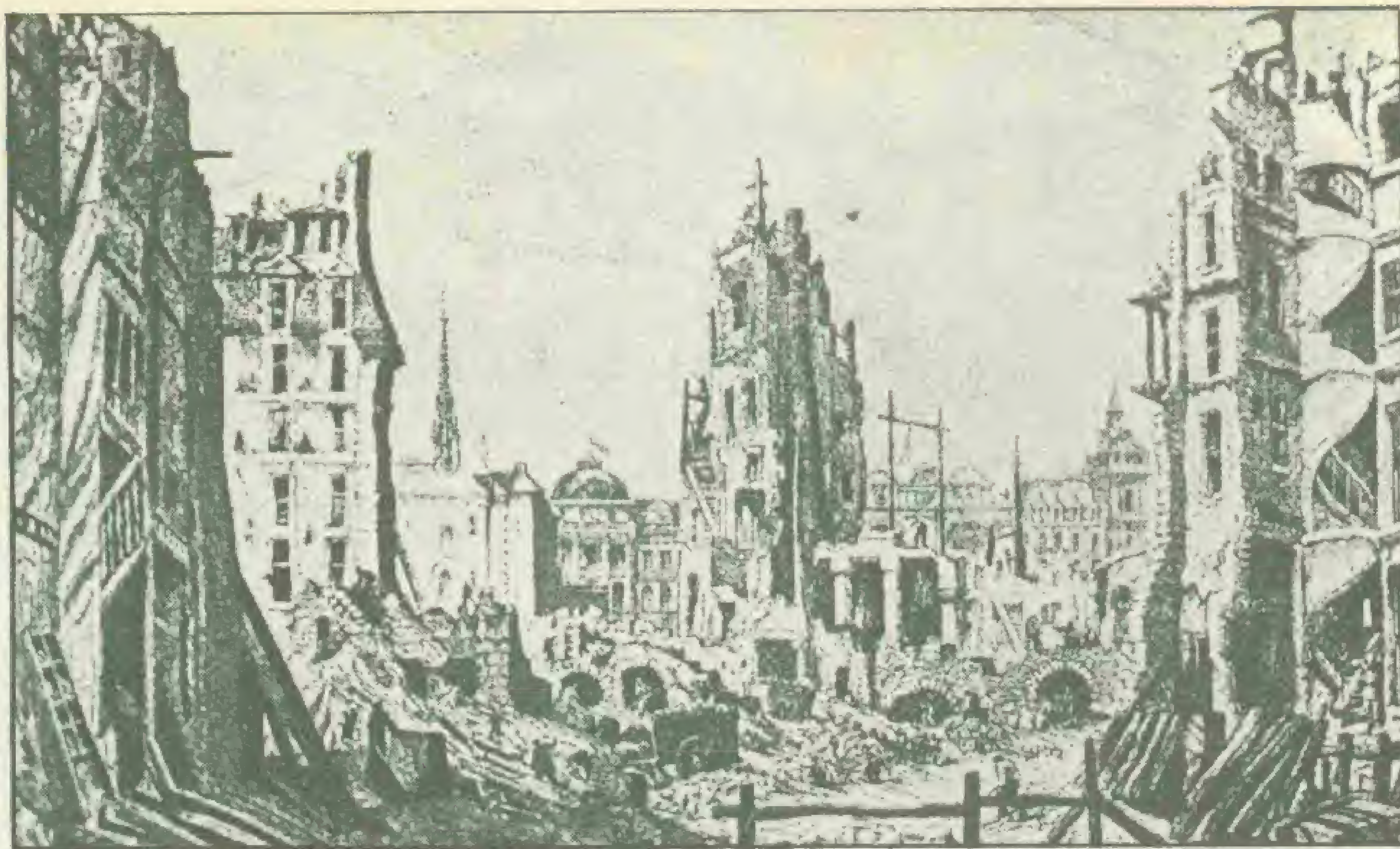
Exceptuando a Víctor Hugo (aquí, en retrato de B. Lepage), los «intelectuales de la izquierda» apenas criticaron el sistema político del II Imperio, especialmente fuerte entre 1852 y 1860. Parecían más interesados en acceder a la política oficial que en una labor de oposición.

La liberalización resultó difícil: las grandes ciudades votaban contra el gobierno, pero los campesinos y la burguesía le eran fieles. Estallaron huelgas mineras —Saint Étienne, Rocamarie, en donde hubo 12 muertos y 50 heridos—; Ollivier tomó contacto clandestino con la oposición —deseosa de no llegar tarde al reparto de escaños—, aunque públicamente incitase a acelerar seriamente dicha liberalización; se reconstituyeron los partidos políticos, pero un incidente —el duelo entre un periodista y un primo del Emperador que lo mató— desencadenó en París graves disturbios callejeros durante el entierro de la víctima.

Los jefes de la «Internacional» —unos 245.000 miembros— decidieron entonces —sólo entonces— movilizar al pueblo, que iba, por cierto, por delante de ellos y que no necesitaba que lo movilizasen; la prensa de izquierdas recordó incluso «famosas efemérides» jacobinas, como la ejecución —el 21 de enero— de Luis XVI —las había mejores—, y los intelectuales declararon «que si el gobierno tenía los fusiles, ellos tenían la ciencia y la razón».

Surgió la desilusión en aquellos ministros que habían pensado auténticamente en liberalizar el Imperio y las masas se desprendieron de sus dirigentes «pacifistas», aún sin caer en brazos de quienes, como Pyat, recurrían en soflamas anarquistas al atentado personal. Este emigrado dijo en una cena política: «Brindo por la pequeña bala liberadora, por la pequeña bala humanitaria, por la pequeña bala que todo el mundo espera». Nada se hubiera logrado con esto.

Ante tal situación, el Emperador recurrió a un referéndum —sin trucar su planteamiento en términos tales que hubiera que escoger entre «orden» y «desorden» («¿Aprueba o no usted las reformas liberales realizadas con la ayuda de los cuerpos legislativos de la nación?»)—, y se dirigió al pueblo francés haciendo el panegírico del sufragio universal. La propaganda de las izquierdas se desencadenó inmediatamente aparecieron de golpe veinte nuevos diarios y semanarios de este matiz político, la «Internacional» se dividió entre abstenerse y votar «no»; Ollivier intervino tan sólo para



Con el pretexto de embellecer París por medio de demoliciones como ésta que presenciamos en la isla de la Cité, el barón de Haussmann —prefecto del Sena— quiso evitar acciones revolucionarias en el centro de la capital francesa alejando al proletariado hacia las zonas suburbiales. Gracias a esta operación, Haussmann se llevó también sus buenos dineros del II Imperio.

hacer detener a quienes preconizaban la guerra civil. En junio tuvo lugar la votación: 7.000.000 «sí» contra 1.600.000 «no» y 2.000.000 de abstenciones.

Tres meses después de una victoria tan masiva en las urnas, el Imperio se derrumbaba tras la derrota de Sedán (ello estaría a punto de repetirse en Rusia en 1905 —derrota a manos japonesas— y se repitió allí en 1917 —derrota frente a Alemania— y en Portugal en 1975 —derrotas coloniales—, hechos que merecen reflexión), proclamando la ciudad de París la República.

Pero París —otra enseñanza más— no representaba a toda Francia, cuanto más a las grandes ciudades y a las zonas fabriles. Muchas veces, bastantes políticos y bastantes periodistas, llevados por sus deseos, extienden, generalizan «in mente» a toda la nación, lo que es tan sólo propio de los grupos ideológicamente más avanzados en las áreas económicamente más evolucionadas, sin tener en cuenta el peso de esa «mayoría silenciosa» que llevó a ls monárquicos Thiers y Mac Mahon a presidir la Tercera República francesa, nacida de la guerra franco-prusiana, o a Nixon en América, y que desfila en entierros de unos o de otros personajes sin necesidad —seamos realistas y serios— de que nadie les pague un bocadillo de jamón.

Este error es involuntario pero temible, porque la Comuna de París, que sucedió a la proclamación de la República, revolución inmadura —un célebre revolucionario afirmaría más tarde que constituía un excelente ejemplo de cómo no hay que hacer una revolución—, fue ahogada en sangre por Thiers con la colaboración «pasiva» —y «activa»— de las tropas de Bismarck, que ocupaban el territorio francés —otra enseñanza sobre la utilidad de contingentes extanjeros anclados de un modo u otro en el terririo nacional—. Las revoluciones deben madurar, enseña la Historia, como las manzanas en el árbol, gracias a las aguas que Dios envía, aunque, como también enseña, para muchos no haya que desdeñar la manga del jardinero, de un buen jardinero.

Durante la Tercera República francesa, la oposición de izquierdas —no nos referimos ahora ya a los republicanos, en el poder— no logró mediante la evolución pacífica que los últimos años del siglo XIX y los primeros del veinte trajeran consigo sino el éxito —fragmentario— de parte de sus exigencias puramente laborales y prácticamente ningun e sus reivindicaciones políticas. Habrá que esperar a 1936 con el Frente Popular —46 años pues— para que el partido socialista llegue realmente al poder —por poco tiempo además— y a que se instauren medidas tan «revolucionarias» como las vacaciones de verano pagadas. Mientras tanto reinó en Francia una de las «democracias formales» más amplias y liberales que han existido: hasta los «chansonniers» podían reírse del Presidente de la República, pero el «Comité des Forges», el patronato francés, se cuidaba mucho de que en lo esencial todo siguiera como Dios —y ellos— mandaban.

En estas evoluciones pacíficas —hay que reflexionar sobre ello— la clase que tiene en sus manos el timón del dinero —y con él el del poder, naturalmente— se arregla de modo totalmente democrático, claro está, mediante mil maniobras plenamente legítimas en el cuadro de la «democracia formal» para evitar la plasmación de las reivindicaciones de quienes nada, o bien poco, poseen. Tales manio-



La derrota de Sedán frente a las tropas de Bismarck motivó el derrumbe del II Imperio y la subsiguiente procamación de la República. El dibujo de Antonio von Werner que figura sobre estas líneas recoge el momento en que el barón de Wimpffen, generalísimo del Ejército francés, solicita la capitulación ante el mariscal Moltke y el propio Bismarck.

bras van desde la subvención —totalmente permitida («cada uno hace con su dinero lo que quiere»)— de unos partidos y no de otros, desde las coaliciones entre «enemigos» de ayer y amigos de anteayer, hasta el soborno mediante el poder —la «pasión de mandar» de la que hablaba Marañón— (el socialista Millerand y el republicano Clémenceau, que antiguo hombre de la Comuna hizo disparar, siendo ministro de la República, a los soldados del célebre 17° regimiento de línea contra los viticultores del mediodía arruinados por la filoxera, y que dijo en plena Cámara que lo había ordenado, porque entonces se hallaba «du bon ôté de la barricade», esto es, con la clase dominante), etc., son buenos ejemplos de ello. Ralph Milliband, en su obra realmente clásica «El Estado en la sociedad capitalista», ha desmontado con precisión de relojero los múltiples mecanismos micrométricos utilizados por los que se «anexionaron» a Clémenceau. Cuando los partidos de izquierda se hallan en la oposición o cuando, por azar, llegan al poder, se encuentran con un Estado cuya estructura y personal les son ajenos u hostiles, y no tienen tiempo —o deseos— de desmontarlos. Así ocurrió en la Gran Bretaña en un estúpido ciclo de nacionalizaciones realizadas por los laboristas, deshechas por los conservadores a su regreso al poder y vueltas a decretar por los laboristas al ganar otras elecciones, todo ello después de largos e infructuosos años de combates electorales, por lograr una mísera circunscripción tras otra.

Este tipo de «lucha» posee, evidentemente, muchas «ventajas». Como decía Cajal del deporte, la fatiga que origina aquélla, procura lo que los franceses denominan «bonne conscience», esto es, tranquilidad por el deber «cumplido» y la lucha —que es sólo por sí misma un medio, un escalón— se transforma insensible e inconfesadamente en el fin, perdiéndose de vista —a veces con un respiro de alivio— la auténtica finalidad —dura y difícil—: la obtención de un poder duradero y las obligaciones —de auténtico gobernante— que ello impondría.

Durante la Tercera República francesa, se puso en práctica además un nuevo medio de anestesia política —y de instrumento de gobierno— que sigue haciendo correr mucha tinta (el deporte no había nacido todavía entonces como espectáculo de masas): el aumento «dosificado» —sabiamente dosificado— del nivel de vida. Y decimos dosificado, porque constituía el «residuo a nivel nacional» de los enormes beneficios logrados en sus negocios por quienes habían invertido sus capitales en explotaciones agrícolas coloniales, en empréstitos rusos o en la Compañía del Canal de Panamá —los dos últimos negocios resultaron no serlo finalmente. Ello desarrolló el espíritu pequeño burgués del francés medio y del obrero, que pensaron durante toda su vida en su jubilación, en una casita —en la que se gastarán los ahorros de su existencia íntegra—, aunque sea sin jardín —con un manzano— y al lado del ferrocarril —con mucha

carbonilla—. Pero este método se extendió bien pronto a la «vente a crédit» —la venta a plazos—, a las «rebajas» periódicas en los grandes almacenes que comenzaron a aparecer ya durante el Segundo Imperio (le Bon Marché, 1852; le Louvre, 1855; La Belle Jardinière, 1856; Le Printemps, 1865), invenciones todas ellas francesas y no americanas como muchos creen. Es lo que hoy denominamos en bloque «sociedad de consumo», que —gracias además a los medios de difusión de masas que llevan por televisión la propaganda de los juguetes a los niños, para que éstos hostiguen a sus padres (lo que constituye un magnífico refinamiento táctico-psicológico)— impplic, complica/envuelve en sus redes a lo largo de una escalada de «falsas necesidades» que dura toda la vida, soborna psicológicamente de hecho, en una palabra, a las masas —proletarias o de técnicos—, incluyendo en éstas a numerosos revolucionarios (o mejor dicho pseudorrevolucionarios), sobre todo aquellos que lo son, como la democracia, de modo puramente formal, que adquieren coches de lujo —no utilitarios—, residencias secundarias, «para tomar un poco de aire fresco tras un trabajo extenuante», a artistas «progres», «in» o «pop», cuyas obras no son particularmente progresistas en su contenido ideológico y que reciben sumas fabulosas por sus intervenciones, pero que se hacen «de lo que se lleve» y «que suenan», condición ínfima para una «propaganda por el ejemplo» auténticamente eficaz. Algunos grupos de izquierdas coleccionan tales personas como se coleccionan sellos de correos, con esa pasión que se pone en adquirir el sello verde de Egipto que falta en el álbum. El entonces Secretario general del Partido Comunista Francés, Maurice Thorez, le convenció, por el contrario, amistosa pero firmemente a André Gide de que no ingresara en su partido, ya que las pompas, las obras —y las costumbres— del escritor no correspondían al comportamiento de un partido revolucionario. El número no supone calidad por sí mismo, pero este es un concepto que hoy no parece privar demasiado.

La «liberalización» fracasó, pues, en vida de Napoleón III, pero triunfó en la forma —lo esencial, repetimos, dolorosamente– al cambiar el régimen y no existir ya el obstáculo físico del dictador del 2 de diciembre. «La República será conservadora o desaparecerá», dijo públicamente uno de sus progenitores. Fue conservadora y no desapareció.

En el juego de la «democracia formal» existe, por parte de lo que en sociología se denomina clase dominante —la Tercera República es un buen ejemplo de ello, pero uno sólo—, una experiencia por impregnación insensible —desde las conversaciones oídas de niño en la mesa hasta la transmisión explícita de técnicas de mando de padres a hijos —llamemos a todo esto «costumbre de gobernar»— que no poseen sus interlocutores o adversarios en este terreno. Se comprende el interés que por este tipo de democracia muestran sus beneficiarios...

Y le dejamos al lector que opine por su cuenta y riesgo en el difícil juego —si juego puede llamársele a este aspecto esencial del problema— de las posibles analogías y diferencias entre un tiempo y otro, entre un país y otro. Pero tal vez existan puentes muy parecidos bajo los que el agua pasa, sin duda sorprendida al hallarlos tan similares entre sí, de ver qué pocas diferencias separan al siguiente del anterior. Y es que los han tendido primos hermanos... ■ **G. M.**



La «liberalización» fracasó en vida de Napoleón II, pero, paradójicamente, triunfó al cambiar el régimen. Era la victoria de la «democracia formal», del «cambiar algo para que nada cambie», táctica en la que Thiers (primer presidente de la República, al que vemos pronunciando un discurso en la Cámara de Diputados) fue un verdadero maestro.

Autoritarismo y Revolución

En torno a la concepción leniniana de la «Revolución Democrática» (*)

Mauricio Pérez Sarabia



Monumento a Lenin en el Kremlin de Moscú.

(*) Este artículo se centra principalmente en los trabajos elaborados por Lenin durante la revolución de 1905-1907. Esta preferencia se justifica por la intención de evitar, en la medida de lo posible, cualquier tendencia a reinterpretar la originaria elaboración teórica y política, que a menudo aparece en todo discurso «a posteriori», y que culmina, necesariamente, en una distorsión de los «hechos históricos». Las citas de Lenin están tomadas, de no señalarse otra cosa, de la edición alemana de las Obras Completas, publicada por la editorial Dietz, de Berlin. Esta edición, basada en la cuarta rusa, ha sido corregida y ampliada de acuerdo con la quinta y última edición rusa.

DENTRO del contexto general de la problemática leniniana de la revolución y muy específicamente en la concreta revolución de 1905-1907, por lo tanto, dentro de la primera experiencia revolucionaria «directa» de Lenin, es posible individuar un amplio y coherente discurso en torno a la temática de la Revolución Democrática. Para los revolucionarios las revoluciones son los campos, los laboratorios, donde contrastan y experimentan los nudos teóricos y prácticos de sus concepciones. Son piedra de toque de las «razones» de su ser revolucionarios y, al mismo tiempo, agentes propulsores, motores, de nuevas demandas y respuestas, de nuevas elaboraciones teóricas y de nuevas prácticas políticas. Por ello no puede extrañar que la concepción «general» de la revolución de Lenin gravite en torno a los acontecimientos de las revoluciones de 1905 y 1917 (febrero y octubre) y que su concepción «especial» de la Revolución Democrática, burguesa, encuentre su génesis, y elementos fundamentales, en la de 1905.



El concepto de Revolución Democrática lo elabora Lenin especialmente durante la revolución de 1905-1907 —cuando el pueblo ruso se echa a la calle en demanda de sus reivindicaciones—, refiriéndose directamente al proceso en acto y a las elaboraciones hechas en la época anterior.

EN los últimos tiempos se asiste, a nivel internacional, a una auténtica explosión y florecimiento de estudios de y sobre la concepción de la revolución de Lenin. Estudios que, no por casualidad, se centran particularmente en la problemática de la Revolución Democrática, y de su versión en los países del llamado Tercer Mundo (1), y que, a menudo, nos ofrecen una «lectura» de la Revolución Democrática que, al margen de su pretensión de ortodoxia, por lo menos cabe calificar de «peligrosa».

No descubrimos ningún mediterráneo cuando afirmamos que la teoría es un arma de la lucha de clases, de la lucha política. Un arma que puede tener filo o estar embotada, que puede tener «dos filos» y resultar peligrosa precisamente por su ambigüedad. No extraña, pues, que se multiplique el interés, y las exégesis, por las elaboraciones teóricas más sobresalientes y que los grandes pensadores y luchadores tengan casi tantos epígonos como falsificadores. Separar unos de otros es tan difícil como necesario y algunas veces, por lo extendido de la confusión, hasta tarea urgente, máxime cuando la buena fe, heurística y política, suele andar también por medio.

La interpretación más difundida de la concepción de la Revolución Democrática de Lenin, la más importante por sus implicaciones y «experiencias» políticas, puede quedar resumida en el esquema siguiente: a) la revolución rusa de 1905-1907 «fue la primera revolución democrático-burguesa en la época del imperialismo» (2); b) Lenin realizó el análisis de esta revolución dentro de la óptica de «la nueva época del imperialismo» (3); y c) «en ese período de significación especial... Lenin fundamentó, en todos los sentidos, las leyes de desarrollo a que está sometida la revolución democrático-burguesa en la época del imperialismo» (4).

(1) A manera de ejemplo, por la transcendencia política que encierra, citamos el trabajo de A. I. Sobolev. «Problemas de estrategia y táctica de la lucha de clases en la etapa actual de la crisis general del capitalismo», aparecido en la revista soviética «La clase obrera y el mundo actual». Moscú, 1975. Cuaderno n.º 1 (en ruso). Sobolev amplia el planteamiento en el artículo «El proletariado de los jóvenes Estados nacionales y el progreso social» (n.º 3 de la citada revista, de la que es redactor jefe) presentando la tesis como la opción política revolucionaria por excelencia.

(2) A. M. Pankratowa. «Die erste rusische Revolution von 1905 bis 1907». Berlín, 1953, pg. 9.

(3) «Sozialismus Theorie und Praxis». Moscú, 1975. Cuaderno n.º 8, pg. 23 (en alemán).

(4) Instituto de Marxismo-Leninismo, adjunto al Comité Central del PCUS. «Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética». Tomo 2.º (1904-1917). Moscú (sin fecha), pg. 8. Cito de la edición alemana, publicada por la editorial moscovita Progreso, que tampoco tiene fecha pero vio la luz en 1973.

Como fácilmente puede apreciarse nos encontramos ante un tipo de «lectura histórica» con una determinada clave interpretativa y que, por lo mismo, nos ofrece una estrategia, con pretensiones de validez universal o «modelo», para la Revolución Democrática. Se trata de una clave que determina: a) el tipo de partido y el carácter de la actividad de la clase obrera; b) la actuación socio-política, con privilegiamiento de la lucha armada (5); y c) la «forma del paso», y técnica específica, de la Revolución Democrático-burguesa a la Revolución Socialista (6). Estamos, pues, ante un planteamiento que se desenvuelve dentro de la más exquisita valoración ideológico-política radicando su importancia, más que en las pretensiones teóricas, en la fuerza enorme que puede desarrollar, caso de ser aceptada, como «instrumento» de la lucha política (7).

Como la base de este planteamiento arranca y se centra en la concepción leniniana de la revolución de 1905, resulta imprescindible que nos acerquemos a la propia fuente para delimitar en qué medida esas afirmaciones pueden ser ciertas y establecer el grado, y en su caso el «límite», de su parentesco, teórico y político.

En Lenin, la categoría «revolución» se presenta de la mano de la propia vicisitud personal, revolucionaria, por lo que sería conveniente realizar un análisis de la vida y la obra del líder político para poder comprender el **porqué, cómo** y **cuándo** de las elaboraciones concretas y de las correspondientes generalizaciones teóricas. Pero ante la imposibilidad de abordar este trabajo en profundidad vamos a utilizar la técnica del «corte transversal» para aproximarnos a la problemática y poder presentar, en panorama, los elementos esenciales de la génesis y desarrollo de su concepción, estrategia y táctica, de la revolución de 1905. Vamos, pues, a centrar el discurso en los nudos esenciales de la Revolución Democrática intentando resaltar la existencia, o ausencia, de los «nexos» que Lenin establece entre la revolución de 1905 y la democracia política, entre la revolución rusa y



En 1899, Lenin (sentado en la foto, dos años antes, junto a otros compañeros de la Liga para la Liberación del Trabajo, formada en Petersburg) se ocupa y preocupa del carácter de la futura revolución rusa y de las formas de acceso al poder. Era el año en que comenzaba la crisis económica mundial.

---

(5) H. Gebauer. «Ein Fanal für das Weltproletariat», en Horizont. Berlín, 1975, n.º 50, pg. 8.

(6) A. L. Ugrjumow. «Rusischer Sieg ist internationales Sieg», en Horizont, n.º citado, pg. 29.

(7) Por lo extendido del planteamiento y por presentarse como punto de referencia oficial y obligado, al que debe conformarse todo esquema que se precie de ortodoxia.

el imperialismo, en fin, entre revolución y «modelo». Esperamos que este tipo de exposición ayude a comprender tanto la concepción de Lenin como su interpretación «abusiva».

THEORIA CUM PRAXIS

El primer planteamiento que hace Lenin, de cara a la crisis económica mundial (1899-1903) que azotaba cruelmente a Rusia, de la revolución se presenta acompañado del convencimiento profundo de que el movimiento obrero ruso tiene que afrontar previa y necesariamente es grupos de problemas. Estos son: a) los relativos a la conciencia teórica de su rol histórico; b) los relacionados con la clarificación estratégica de la problemática rusa; y c) los correspondientes al corolario organizativo (8). En 1899 Lenin se ocupa y preocupa del carácter de la futura revolución rusa y de las formas de acceso al poder. Esto es, de la tipología de la revolución, de la correspondiente forma de actuación y de la organización adecuada de la conquista del poder. En aquellos momentos el movimiento obrero ruso se encontraba en embrión, fragmentado en pequeños grupos, y su organización, «concentración», no podía realizarse, de manera efectiva, nada más que en relación con las tareas concretas de clase. La solución de este problema sobre la base de módulos exclusivamente abstractos, con total desprecio de la lucha reivindicativa cotidiana que se imponía «históricamente» al proletariado, se había revelado inoperante. Los primeros síntomas de la crisis del régimen autocrático (Máximo Gorki profetizaba ya en 1901 que «pronto vendrá la tempestad») urgían a los líderes revolucionarios a encontrar solución a estos problemas. En estas condiciones la problemática de la revolución, la estrategia y táctica del movimiento obrero, se presentaba como algo inmediatamente concreto que tenía que ser «asumido» por el partido marxista ruso y «reflejado» a nivel programático y organizativo.

La primera aproximación teórico-política de Lenin a la problemática específica del «acceso al poder» de la clase obrera y de las clases y capas sociales populares, aunque se realiza dentro de una situación de crisis y en lucha contra un sistema autocrático, se hace en una perspectiva «pacífica». La clase obrera, decía en 1899, naturalmente preferiría una «toma pacífica del poder pero muy probablemente la burguesía no estará dispuesta a hacer concesiones y utilizará la violencia para defender sus privilegios. En ese caso no quedaría a la clase obrera, para realizar sus objetivos, otro camino que el de la revolución» (9).

Como puede apreciarse, Lenin utiliza aquí la expresión «revolución» como sinónimo de «fuerza», y no en el sentido de una categoría histórica o política, pero lo hace en relación directa con la toma del poder (táctica) y los objetivos de clase (estrategia) del proletariado y con los intereses y la «forma» de defenderlos de la burguesía. Se trata, pues, de un planteamiento hecho fundamentalmente en clave de «relación de fuerzas sociopolíticas», donde la iniciativa de la violencia radica en la defensa de privilegios y en la clase «opresora», detentadora del aparato represivo del Estado. El «escepticismo» relativo de Lenin, de cara a una eventual «defensa pacífica» de los privilegios de la clase explotadora aparece más que justificado, sobre todo si se tiene en cuenta que el sistema autocrático zarista era un régimen autoritario de tipo terrorista.

La sustancia teórica del planteamiento de Lenin, el acento que pone en los intereses de clase, etc., es rigurosamente marxista pero, al mismo tiempo, la fuerza que pone en la referencia a la «voluntad» de las clases caracterizan ya a un Lenin «político», preocupado en «subrayar» el valor y peso de la «dimensión subjetiva» del proceso revolucionario (10). El problema de la violencia queda en las manos y entera responsabilidad del adversario de la clase obrera; apuntando aquí Lenin un discurso de dimensión ética. Efectivamente, si hay violencia obrera, de los oprimidos, es sólo defensiva e impuesta, es resultado y no causa. La violencia, en cuanto tal, ni se defiende ni se justifica, es una realidad a tomar en cuenta, por desagradable que resulte, y que se «resuelve» al interior de un análisis socio-político de coordenadas exquisitamente marxistas.

La unificación, puramente formal, de los grupos marxistas que habían dado nacimiento al POSDR (11) preci-

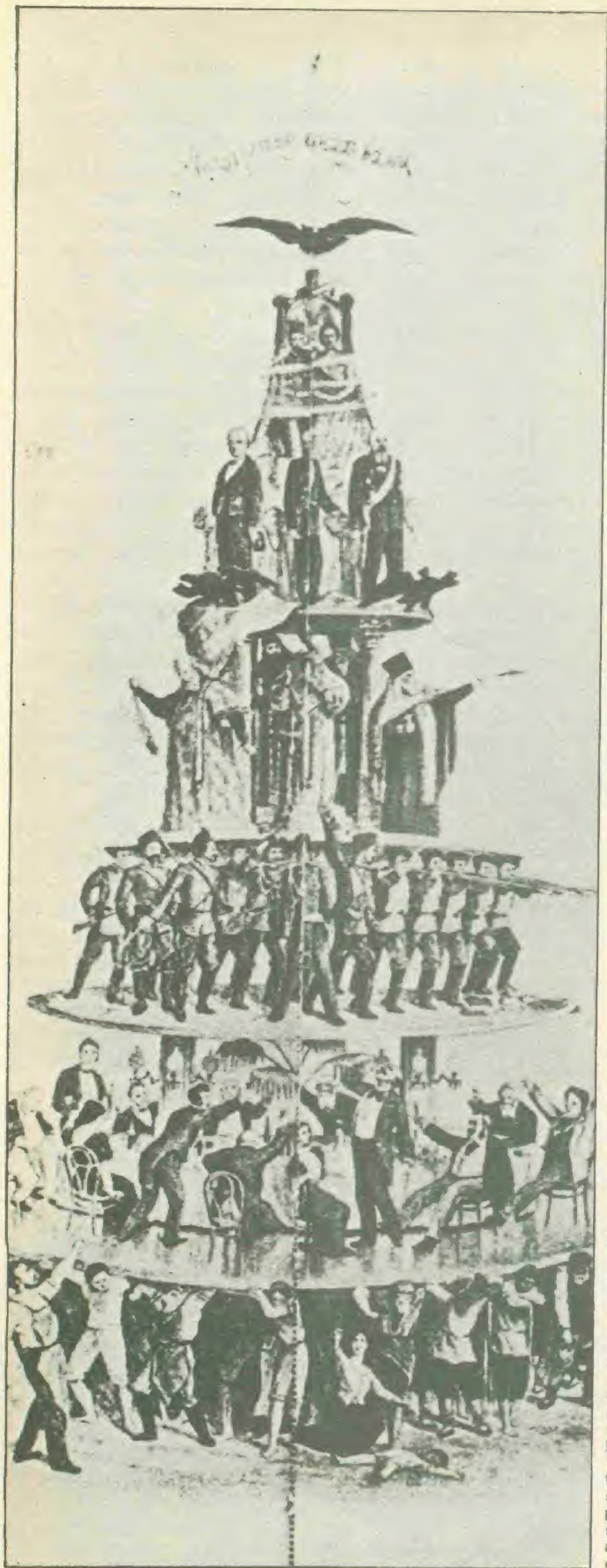
---

(8) Este es el resultantn u opción politica, deducida de la suma, y de la solución dada, de los puntos a y b.

(9) W. I. Lenin. Werke. Bd. 4, pgs. 270 y 271. En lo sucesivo las obras de Lenin serán citadas como LW.

(10) Ante las tendencias deterministas, predominantes en amplios sectores de la socialdemocracia internacional, este aspecto del discurso de Lenin adquiría, sobre todo en la eventualidad de una crisis, un significado claramente antidogmático. La misma problemática llevaría, bajo condiciones distintas, a Gramsci a revalorizar y desarrollar esta temática. En los últimos tiempos se han hecho importantes aportaciones a esta problemática por parte de revistas como «Crítica Marxista», «Rinascita» y «Dialectiques».

(11) El Partido Obrero Social Demócrata Ruso (POSDR) celebró su primer congreso del 1 al 3 de marzo de 1898 en Minsk.



La opresión de la clase trabajadora rusa, vista por un dibujante socialista: «Nosotros os gobernamos» (el zar); «Nosotros os guiamos» (el Gobierno); «Nosotros os atontamos» (los sacerdotes); «Nosotros os disparamos» (el Ejército); «Nosotros comemos gracias a vosotros» (la burguesía)... Y al final del triángulo social, el pueblo sosteniendo a las demás clases.

saba de un soporte efectivo, de una organización eficiente y de un programa ideológicamente coherente y realista, susceptibles de promover una auténtica movilización en defensa de los intereses de la clase obrera. La multiplicidad e importancia de los problemas a resolver exigían la convocación de un congreso y un minucioso trabajo previo. La preparación del II congreso del partido ponía pronto de manifiesto la complejidad de los problemas y las diferencias de enfoque al vértice socialdemócrata. Plejánov (12) elaboraba un proyecto de programa que no satisfacía a Lenin y éste respondía con otro donde se subrayaba la lucha de clases y se incluía la noción de «dictadura del proletariado». Las diferencias no eran de poca entidad y las contradicciones resultaron tan ostensibles que el periódico Iskra (13), uno de los centros aglutinadores más dinámicos, se veía obligado a nombrar un comité de coordinación que mediase entre los dos planteamientos. Al fin se lograban superar algunas discrepancias, obteniéndose un compromiso entre los grupos encabezados por Plejánov y Lenin, apareciendo en el número 21 de Iskra (junio de 1902) un proyecto de programa en el que se había incluido la noción de dictadura del proletariado.

---

(12) J. V. Plejánov (1856-1918) había publicado obras como «La ley del desarrollo económico de la sociedad y las tareas del socialismo en Rusia» (1878), «Socialismo y lucha política» (1883), «Las tareas políticas de los socialistas rusos» (1889), «Anequismo y socialismo» (1894) y «Sobre problemas de desarrollo de la concepción monista de la historia» (1895), que influyeron mucho en el movimiento revolucionario ruso. Fue fundador del grupo «Liberación del trabajo» y puede considerársele como el padre espiritual de la cultura socialdemócrata rusa.

(13) «Iskra» (La Chispa), periódico marxista cuyo primer número salió el 11 de diciembre de 1900. Siendo el único que abarcaba todo el territorio zarista, fue pronto considerado como el órgano del Partido. Sus redactores iniciales fueron Plejánov, Lenin, Sasulitsch, Axelrod, Martov y Petrov.

Paralelamente a este debate, también de cara al congreso, se discutía acaloradamente en torno a los problemas de organización. Esto es, si la organización del partido debería ser de tipo federal o de tipo unitario, y sobre la libertad u obligación de que los miembros militasen en una organización regular del partido. Por su parte, el discurso que se iba desarrollando en torno a la política de alianzas ponía progresivamente el acento principal en el papel que desempeñaba el campesinado en la revolución y en el tipo y formas de relación, dentro del proceso de la revolución democrático-burguesa, entre la clase obrera y la burguesía, de cara al régimen autocrático.

La posición de Lenin en torno a todo este debate quedaba claramente explicitada en su trabajo «¿Qué hacer?» (1902), donde se solicitaban toda una serie de problemas que la socialdemocracia debía necesariamente abordar, y responder acertadamente, si quería estar, en la situación revolucionaria que se avecinaba, a la altura de las circunstancias. El centro del discurso leniniano se articulaba en torno a la **concepción del partido** y a la **función** que éste debía absolver en relación con el proletariado. Según su planteamiento, el partido debía organizar la «lucha por la democracia», interesando en ella a todo el pueblo, y colocar su actividad, al mismo tiempo, en una clara **posición de clase;** lo que necesariamente significaba asumir connotaciones antiburguesas en sus planteamientos estratégicos y realizaciones tácticas. La aparente contradicción entre una **propuesta democrática,** que interesa a «todo el pueblo», y un **discurso político** que no renuncia a su carácter y contenidos ideológicos **de clase,** quedaba superada, en un planteamiento exquisitamente marxista, al establecer una **conexión dialéctica** entre la relación **democracia** (interés de todo el pueblo), y por lo tanto propuesta de carácter general o «nacional», y la **praxis política.** En ésta el partido estimulaba y articulaba: a) la independencia política, b) la educación revolucionaria y c) la lucha reivindicativa del proletariado.


La preparación del II Congreso del POSDR puso ya de manifiesto las diferencias entre Lenin y Plejánov, en la foto. La inclusión del concepto «dictadura del proletariado» fue entonces uno de los caballos de batalla de la disputa entre ambos dirigentes.

El grupo plejanovista se resistía a admitir los planteamientos organizativos y las tesis que hacían referencia, enlazando con Marx, a la depauperación de la clase obrera y a la dictadura del proletariado; puntos fuertes de la argumentación de Lenin (14). No obstante, en el II congreso del POSDR (15) se aprobaba un programa que contenía la noción de dictadura del proletariado (16) y se sentaban las bases para el desarrollo de lo que habría de denominarse, posteriormente, partido de «tipo nuevo» (bolchevique). Después del congreso la actividad de Lenin se incrementó, perfilando en «Un paso adelante dos pasos atrás» (1904) su concepción programática y organizativa; tal como él deseaba verla anclada en los estatutos del partido (17).

Al compás de la guerra ruso-japonesa (1904-1905) y de la correspondiente crisis social, las contradicciones en el seno de la socialdemocracia rusa se agudizaban en vez de irse superando. La carga de las tropas zaristas contra una demostración pacífica de trabajadores en Petersburg (22-I-1905) precipitaba los acontecimientos pasando la violencia a ser, cada vez más, un elemento determinante de la crisis política rusa y llegando a configurar decisivamente el proceso revolucionario (18).

La matanza del «Domingo sangriento» (19) actuaba de catalizador del movimiento huelguístico, patente ya desde el otoño de 1904 (20), radicalizándole y dotándole de un carácter claramente antirrégimen. La huelga general de Petersburg se propagaba a Moscú, Riga, Varsovia, Bacú, Kovno, Odesa... 66 ciudades y cerca de medio millón de trabajadores tomaban parte, durante el mes de enero, en huelgas. El carácter autocrático

(14) LW. Bd. 6, pg. 489.

(15) El segundo congreso del partido se celebró en Bruselas y Londres del 17 de julio al 10 de agosto de 1903.

(16) Durante las labores del congreso Akimov, que se opuso a Lenin, dejó constancia de que se trataba del primer partido socialdemócrata que incluía dicha noción en su programa.

(17) LW. Bd. 7, pg. 205.

(18) La relación entre terror represivo y el peso, cada vez mayor en el proceso revolucionario, de la violencia había sido apuntada ya por Lenin en su artículo «La autocracia y el proletariado», publicado (22-12-1904) en el periódico Wperjod (Adelante). La relación guerra-crisis y la dependencia del proceso revolucionario de las formas violentas de lucha fueron tratadas por Lenin en diferentes momentos y desde distintas angulaciones pero con fidelidad, siempre, al esquema fundamental. Ver al respecto Bd. 7, pg. 194, Bd. 8, pg. 10, Bd. 9, pg. 88.

(19) Son varias las evaluaciones hechas sobre el número de víctimas, pero la mayoría de las fuentes coinciden en calcular entre 4 y 6.000 el número de muertos y heridos.

(20) Por ejemplo, en Petersburg que, con sus 220.000 trabajadores industriales, era el centro fabril más importante de Rusia.

del Estado y la base aristocrática de su economía, predominantemente rural, propiciaba la utilización de la violencia como fórmula política postulando la instrumentación del aparato represivo contra todo acto que pudiera poner en peligro los intereses de la clase dominante y la base autoritaria del régimen. Esta actitud, básicamente violenta del régimen, se ponía pronto de manifiesto al destituirse al «liberalizante» ministro del interior Svajatopolk-Minski, sustituyéndole con el «intransigente» Bulygin, y nombrar al general D. F. Trepov como gobernador general de Petersburg. Estas medidas mostraban claramente que el Estado autoritario estaba decidido a utilizar «todos» los medios represivos con el objeto de acabar con el movimiento reivindicativo y con cualquier «veleidad democrática».

Paralelamente a esta política de «palo y tente tieso», el poder nombraba una Comisión de Investigación (21) encargada de examinar los sucesos del 22 de enero y de proporcionar a la autocracia el barniz de un Estado de Derecho, el prestigio de una legalidad democrática. El clamor público exigiendo reformas profundas era tan elocuente que finalizaba manifestándose dentro de la propia Comisión de Encuesta que, ante el rechazo de sus propuestas políticas, convocaba a los trabajadores de Petersburg a la huelga. La respuesta del Gobierno no se hizo esperar: convocaba elecciones (18-II-1905) para un parlamento (Duma) con voz solamente consultiva y disolvía (20-II-1905) la Comisión de Encuesta, que se había revelado para él tan inoperante como peligrosa.

La política del Gobierno autocrático consistía en la aplicación de la violencia contra el pueblo y cualquier fuerza verdaderamente democrática y, al mismo tiempo, en tender la mano, con promesas de «liberalización», a una parte de la burguesía, conservadora. Como puede apreciarse se trataba de la vieja versión de la «política del látigo y del terrón de azúcar», tan bien utilizada por Bismarck, adecuada a la mentalidad y situación del Estado ruso. El «reformismo» ruso, o azúcar zarista, era la salida «constitucional» de la clase y sistema dominante hecha a costa de los intereses de los trabajadores, de la ciudad y del campo. Los problemas fundamentales de la sociedad rusa, esto es, una auténtica democracia, la reforma agraria, etc., quedaban soslayados, continuando el sistema socio-político exactamente igual.

Bajo la directa influencia del movimiento huelguístico obrero comenzaba, en el mes de marzo, a desarrollarse en el campo un amplio movimiento protestatario que culminaba en los levantamientos de los departamentos de Orjol, Kursk, Saratov, etc., y en el incendio de algunas residencias rurales de la aristocracia (22). La eventualidad de una convergencia del movimiento obrero y del movimiento campesino, bajo influencia predominantemente socialrevolucionaria, y con ello la posibilidad de transformación de la protesta agraria en una auténtica acción revolucionaria apareció, en esos momentos, tan clara a la autocracia que el Gobierno se apresuró a desarrollar una campaña propagandística y a hacer ciertas concesiones formales (23). Los propios límites de clase y la incapacidad del sistema hicieron imposible que estas concesiones cristalizasen en una política claramente reformista. De esta forma el propio régimen preparaba el camino a la revolución.

Arrancando del análisis de la sociedad rusa y del carácter absolutista del Estado, Lenin había indicado, en «¿Qué hacer?», la necesidad de «preparar» la revolución, precisando, antes del domingo sangriento, que se trataba de un proceso revolucionario que habría de culminar en «una lucha armada» contra la tiranía (24). Ante esta perspectiva urgía a Lenin superar las discrepancias en el seno del POSDR ya que, en una situación revolucionaria, revertía al partido de la clase obrera una gran responsabilidad en la marcha de los acontecimientos políticos. Pero las diferencias eran tan agudas, especialmente en lo que respecta al carácter y fuerzas motrices de la revolución y sobre las formas de acción y organización, que su proposición de celebrar rápidamente un congreso, en el que estuviesen representadas todas las tendencias, encontró poco eco (25). Cuando, al fin, el tercer con-

(21) La comisión la formaban 300 delegados representativos de los más diversos sectores sociales y estaba presidida por el senador N. V. Schidlovski.

(22) Según el manual de historia publicado por la Academia de Ciencias de la URSS y la Universidad Lomonosov de Moscú, en los primeros meses de 1905 hubo levantamientos campesinos en 74 comarcas, produciéndose casos de violencia contra propiedades aristocráticas sólo en 8 casos. Cito de la traducción publicada por la Academia de Ciencias de la RDA. «Geschichte, der UdSSR». Bd. 11, 1861-1917. Die Epoche des Kapitalismus. Berlin 1967, pg. 315. En lo sucesivo consignada como G/UdSSR.

(23) Todo quedó limitado a hablar de la necesidad de hacer una reforma agraria, a la condonación en el mes de abril de una parte de las deudas de los campesinos, y a nombrar una comisión encargada de estudiar los desperfectos causados, en los bienes de la nobleza, por los levantamientos campesinos.

(24) «El principio de la revolución en Rusia», en LW. Bd. 8, Berlin 1972, pg. 87, Lo mismo en un artículo aparecido en el n.º 7 de Wperjod, idem, pgs. 155-64.

(25) En la carta a S. I. Gusev (11-2-1905) reconocía Lenin que su tendencia era minoritaria. LW. Bd. 8, pg. 133.

greso del POSDR daba comienzo (26) se ponía claramente en evidencia que las discrepancias resultaban insalvables; encontrándose presentes casi sólo representantes del sector de Lenin.

Cualesquiera que fuesen las diferencias que separaban a los diversos sectores del partido, el boicot al congreso significaba postular el desinterés de la clase obrera por la revolución, el aceptar de hecho la falta de interés del proletariado por la revolución «democrático-burguesa». Rosa Luxemburg (27), cuya posición sobre problemas organizativos no podía precisamente identificarse con la de Lenin (28), criticaba enérgicamente las posiciones «oportunistas» de los socialdemócratas rusos abstencionistas (29) acusando a Plejánov, Axelrod (30) y otros de «dogmáticos» (31). La posición adoptada por Kautsky (32), al informar sobre el tercer congreso del POSDR, fue bastante diferente dando lugar a una protesta de Lenin (33) y al primer distanciamiento entre ambos.

En contra de las previsiones de Mehring (34), el problema interno del partido y la revolución rusa se convertían en un nudo teórico y político que afectaba a todo el movimiento socialdemócrata (35), contribuyendo a profundizar las diferencias y a polarizar las ten-

(26) El congreso se celebró en Londres del 25 de abril al 10 de mayo de 1905. El sector plejanovista, y afines, celebró en Ginebra una conferencia de responsables del partido. Hasta el V congreso (abril-mayo de 1907) no volverían a reunirse las diferentes tendencias, ya en la agonía de la revolución.

(27) R. Luxemburg (1871-1919), dirigente eminente del movimiento socialdemócrata internacional. Miembro del Partido Socialista Revolucionario del Proletariado (Polonia), del Partido Socialdemócrata Alemán (1898), representante del ala izquierda en el Congreso de Stuttgart (1907) de la Internacional Socialista, fundadora del grupo «Internacional» (1916) y del Partido Comunista Alemán (1919), murió asesinada por la reacción. Con su actividad publicística y teórica contribuyó, especialmente con sus trabajos «¿Reforma social o revolución?» (1899) y «La acumulación del capital» (1913), al enriquecimiento del marxismo.

(28) «Organizatorische Fragen der russischen Sozialdemokratie», en R. Luxemburg. Gesammelte Werke. Bd. 1, 1893-1905. Zweiter Halbband. Berlín 1972, pg. 435. En lo sucesivo citado como RL/GW. Bd. 1/2.

(29) Idem, pg. 439.

(30) P. B. Axelrod (1850-1928), cofundador del POSDR, redactor de Iskra (1900) y desde 1903 menchevique.

(31) «Die Revolution in Russland», en RL-GW. Bd. 1/2, pg. 483.

(32) K. Kautsky (1854-1938), miembro del Partido Obrero Socialdemócrata de Austria (1875) y director de la revista socialista alemana «Neue Zeit» (1882). Autor de obras como «El programa de Erfurt» (1892), «El problema agrario» (1899), «La revolución social» (1902), «Etica y concepción materialista de la historia» (1906), etc. Fue uno de los teóricos más sobresalientes de la Internacional Socialista.

(33) En junio de 1905 escribía Lenin una carta abierta a la redacción del «Leipziger Volkszeitung» protestando por la información dada por Kautsky sobre el congreso; la carta no fue publicada por el periódico. A pesar de las crecientes divergencias, la influencia teórica de Kautsky se puede detectar en Lenin al menos hasta 1909.

(34) F. Mehring (1846-1919), filólogo e historiador, miembro del Partido Socialdemócrata Alemán (1891) y redactor del «Leipziger Volkszeitung» (1902-1907). Representante de la izquierda socialdemócrata, perteneció al grupo «Internacional», al movimiento espartaquista, siendo uno de los fundadores del Partido Comunista Alemán. Autor de importantes e influyentes trabajos, como «La leyenda de Lessing» (1893), «Historia de la Socialdemocracia Alemana» (1897), «K. Marx-Historia de su vida» (1910), etc.

(35) Mehring, en un artículo aparecido en «Neue Zeit» (5-7-1905), había subrayado el carácter internacional de la revolución rusa señalando que contribuiría a la unificación del movimiento obrero europeo y de los partidos socialdemócratas. F. Mehring. Gesammelte Schriften. Bd. 15, Berlín, 1973, pg. 57.



Pese a la propaganda patriotera que —como en este caso— mostraba a una Rusia devoradora de un inofensivo Japón, la guerra entre ambos países (1904-1905) tuvo un desenlace totalmente opuesto, que llevó a la derrotada Rusia a una gravísima crisis social. Al mismo tiempo, las contradicciones en el seno de la socialdemocracia se agudizaban.

La matanza del «Domingo rojo» o «Domingo sangriento» (22 de enero de 1905) —representada aquí gráficamente en el momento en que las tropas disparan contra el pueblo— actuó de catalizador del movimiento huelguístico, patente desde el otoño de 1904, radicalizándole y dotándole de un carácter claramente antirrégimen.



dencias, reformistas-revolucionarias, que se agitaban en su seno desde la década del noventa.

Es precisamente en el seno de este enrarecido contexto donde Lenin se dedica a analizar la revolución rusa (36) y, en «relación directa» con la situación internacional, a la elaboración de una estrategia y táctica del movimiento «ruso» en la revolución democrático-burguesa. Su planteamiento básico consistía en colocar el estadio de la revolución democrático-burguesa rusa dentro del cuadro general de una situación capitalista mundial, y del correspondiente movimiento obrero, en un plano de «transición». La perspectiva que surgía de este cuadro era la de una revolución que servía de detonador para un proceso revolucionario de carácter internacional (37).

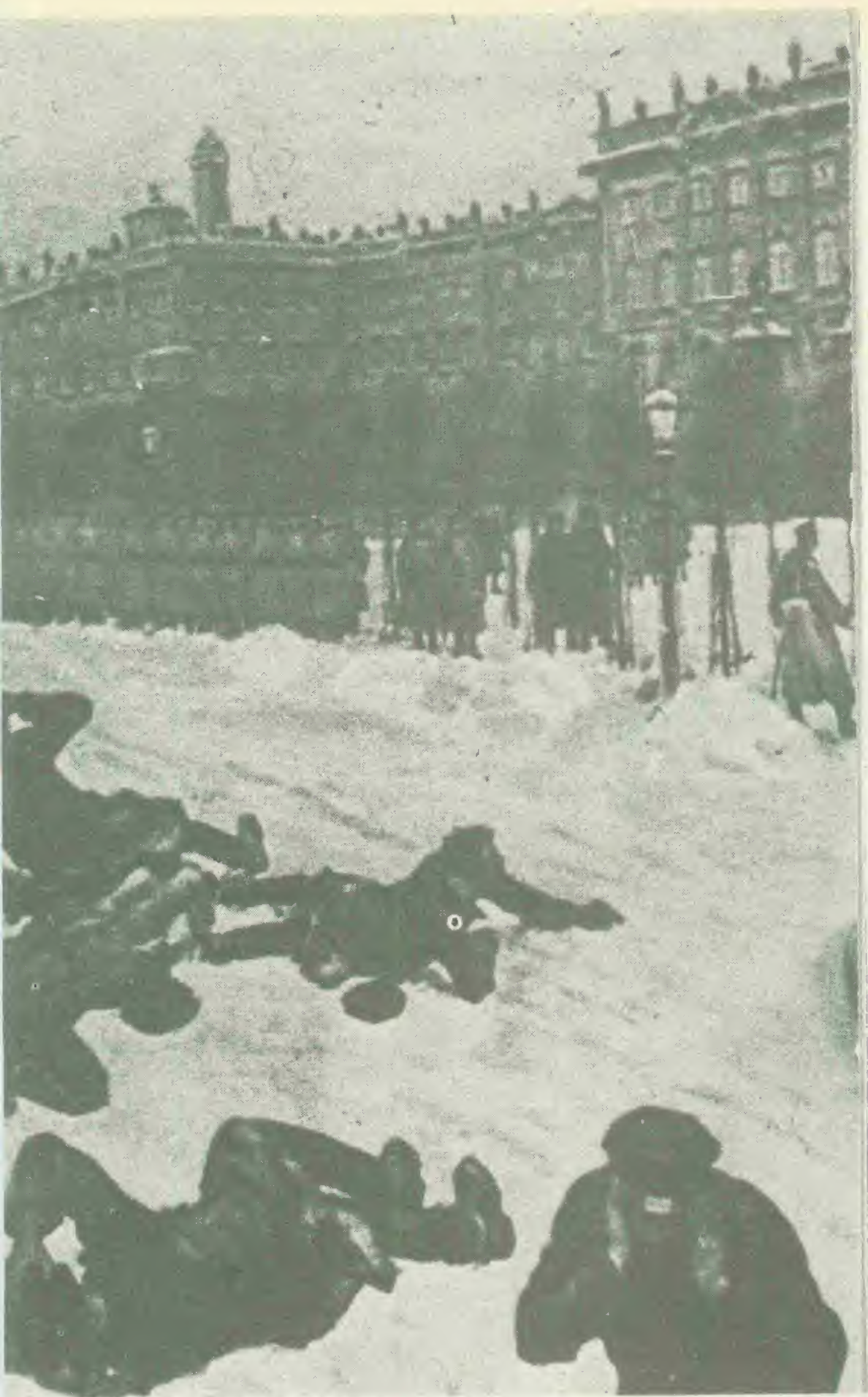
En el mes de julio se publicaba el trabajo de Lenin «Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática» (38), donde quedaba bien clara su concepción de la revolución rusa como parte de la revolución internacional, afirmando que la caída del zarismo sería una piedra miliar en la historia de todos los países, facilitando la causa de todos los trabajadores de todas las naciones, en todos los Estados y en todas las partes del globo. Arrancando de este planteamiento nacional-internacional el discurso teórico quedaba centrado en los siguientes puntos: a) la revolución democrático-burguesa puede transformarse en revolución proletaria (39); b) la hegemonía proletaria de la revolución democrático-burguesa posibilita esta transformación; y c) la estrategia obrera debe abarcar todo el

(36) La problemática específica del capitalismo ruso había sido tratada ya minuciosamente por Lenin en trabajos como «Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas» (1894), «El desarrollo del capitalismo en Rusia» (1899), «Nuevas formas en la vida campesina» (1903) y «El llamado problema del mercado» (1903).

(37) Este pensamiento es de origen marxiano y resulta común a la izquierda socialdemócrata. Ver al respecto RL/GS. Bd. 1/2, pgs. 537-540. Lenin aborda la problemática durante la revolución (Bd. 8, pgs. 88, 259, 341, etc.) y una vez concluida (Bd. 13, pgs. 72, 84, etc.) estudiando siempre la revolución rusa como parte de la internacional (Bd. 8, pgs. 41, 249, etc. Bd. 9, pgs. 45, 87, etc., etc.).

(38) LW. Bd. 9, pgs. 3-130. El esquema que aquí desarrolla Lenin fue la piedra fundamental de todo su planteamiento estratégico de la revolución de 1905.

(39) R. Luxemburg había señalado que el proletariado ruso hacía «su propia revolución» en el «espíritu de Marx» y que en las calles de Petersburg se había librado la primera batalla por la «libertad rusa». RL/GS. Bd. 1/2, pg. 484.



período revolucionario, subdividiéndole en dos fases claramente diferenciadas. En la primera fase el proletariado debería practicar una política de alianzas tendente a atraer al campesinado y a la pequeña burguesía, neutralizando a la burguesía y paralizando la resistencia reaccionaria. En la segunda fase el proletariado realizaría transformaciones políticas y sociales profundas, atrayendo al semiproletariado y elementos pequeñoburgueses ciudadanos, neutralizando al campesinado y paralizando la resistencia burguesa (40).

Este planteamiento no se orientaba a convertir la revolución burguesa en una revolución socialista; por el contrario, su objetivo consistía en transformar la revolución burguesa, more progresiva democratización, en una revolución proletaria (41). Lo específico de esta revolución rusa era su carácter de revolución «popular», esto es, que su base social más amplia (campesinado) y su fuerza motriz (proletariado) no eran burguesas, planteaba objetivos que, en línea de «principios», no desbordaban lo puramente burgués. Precisamente por esto la estrategia de Lenin se orientaba a **diferenciar** la revolución rusa de los planteamientos de la **revolución en Occidente** (42), constatando la **posibilidad** de una **solución de continuidad** en el proceso revolucionario, y a **delimitar** los «elementos necesarios» para convertir la posibilidad en realidad.

A esta altura del discurso, conviene subrayar que, al margen de lo específico e inmediatamente político, este planteamiento de Lenin adquiría al generalizarse, esto es, a nivel teórico, unas connotaciones que desbordaban lo «sui generis» ruso para embestir la problemática «global» de la revolución (burguesa y proletaria). Esta inci-

---

(40) LW. Bd. 9, pg. 90.

(41) Se trata de un planteamiento básico del marxismo revolucionario. R. Luxemburg se refería a ello hablando de una revolución burguesa con medios de lucha proletarios y socialistas (RL/GS. Bd. 4, pg.116). K. Zetkin se refiere a una revolución con objetivos burgueses constitucionales pero proletaria, porque la clase obrera actuaba como factor independiente y fuerza dirigente (K. Zetkin. «Ausgewählte Reden und Schriften». Bd. 1, pg. 340). El propio Lenin se refiere, en retrospectiva, a una revolución que «por su contenido era burguesa-democrática y por sus instrumentos de lucha proletaria» (LW. Bd. 23, pg. 246).

(42) En marzo-abril escribía Lenin un artículo («¿Una revolución del tipo de 1789 o del tipo de 1848?») donde afirmaba el carácter «sui generis» de la problemática rusa. Este planteamiento fue desarrollado en numerosos trabajos posteriores (LW. Bd. 9, pgs. 47, 126, etc. Bd. 10, pgs. 62, 127, etc. Bd. 11, pgs. 212, 344, etc.). F. Mehring, comparando las revoluciones de 1789, 1848 y 1905, subrayaba que Lenin había desarrollado la categoría de Marx de la «revolución en permanencia» (ver MEW. Bd. 7, pg. 89) apoyado en la hegemonía del proletariado, que era la «diferencia fundamental» de la revolución rusa (F. Mehring, obra citada, Bd. 15, pg. 84). En análoga perspectiva, R. Luxemburg definía la revolución de 1905 como «de tipo totalmente especial» (RL/GS. Bd. 1/2, pg. 479).

dencia adquiría especial importancia en torno a cuestiones como el carácter del partido, la huelga general, la «organización» de la revolución, etc., y en la medida que se aceptase la existencia de condiciones para la solución de continuidad impelía al «descubrimiento» y «utilización» de los elementos necesarios, verdadero «eje» de la transformación, patrocinando el activismo revolucionario (43). Está claro que un planteamiento tal de la revolución «revolucionaba» aspectos esenciales de la «perspectiva política» de la socialdemocracia y que, por lo mismo, incidía en todo el movimiento obrero y socialista internacional.

La problemática de la revolución era vivida por Lenin en un doble contexto: a) como revolución del pueblo ruso; y b) como revolución «de» y «en» el POSDR. Cada una de estas dimensiones condicionaba, en primera persona, su forma de acercarse a la realidad política. El político integraba el revolucionario y el hombre de partido. Una constante, cada vez más acentuada a partir de 1902, de su discurso político era la polémica interna de la socialdemocracia rusa, orientada a articular un programa, y la correspondiente organización, adecuado a la situación y a las tareas de la revolución rusa. Dentro de esta perspectiva el nudo político central consistía en «organizar» la revolución, una revolución ya en marcha, para «asegurar» su victoria. La superación de este nudo «práctico» exigía que se clarificase «teóricamente» qué se entendía como «victoria decisiva» sobre el zarismo y cuáles eran los «medios» adecuados para asegurar la «irreversibilidad» del proceso revolucionario. Así pues, había que encontrar una clara formulación de los objetivos inmediatos a medio y a largo plazo de la clase obrera y de sus eventuales aliados y establecer el adecuado nexo, teórico-práctico, que asegurase la continuidad del proceso revolucionario y los intereses de la nueva alianza hegemónica. Este nexo pasaba necesariamente, a nivel específicamente político, por la relación entre el carácter de la revolución, dialéctica cotidiana, y el carácter del órgano ejecutivo central o gobierno. La importancia de este ejecutivo, o «gobierno provisional revolucionario», postulado por los mencheviques y aceptado por los bolcheviques, radicaba en que era concebido como el vértice que aseguraba la relación entre la realidad inmediata, de la revolución en la calle, y el nivel dialéctico de lo «específicamente político» haciendo con su «función» posible tanto la transición del antiguo al nuevo régimen como que el

(43) El partido de la clase obrera, programa político, medidas de organización, métodos de lucha, etc., adquiría una relevancia especial a la hora de «organizar» la revolución. El planteamiento organizativo-estratégico de Lenin había quedado muy claro, por lo menos desde la aparición en Wperjod (21-2-1905) de su artículo «¿Debemos de organizar la revolución?» (LW. Bd. 8, pgs. 155-164).



La respuesta del Gobierno del Zar ante el clamor de protesta que se extendía por toda Rusia, consistió en una serie de medidas inútilmente reformistas. Entre ellas, la creación de un parlamento (Duma) con carácter sólo consultivo, una de cuyas reuniones vemos en la imagen.

movimiento revolucionario se desenvolviese en dirección a la «completa libertad política» (44).

Para Lenin la estrategia y táctica de la clase obrera tenía que plantearse y «resolver» el nudo político de la **transición del autoritarismo a la democracia** y para ello tenía que subrayarse continuamente el **carácter democrático del proletariado.** La lucha de la clase obrera por una «libertad completa» no era una simple cuestión de táctica, era una cuestión que afectaba a los «intereses fundamentales» de la clase y por lo tanto a la estrategia y a los «principios» de la clase obrera.

El discurso leniniano sobre la revolución de 1905 y sobre el gobierno provisional demuestra (con toda claridad desde julio de 1905) que se concibe la revolución como una **relación dialéctica** (lucha de clases) de la **problemática de la libertad** (contenido de la revolución) con la **forma** (República Democrática) **del proceso revolucionario emancipador.** Significativo al respecto es la importancia que se concede a la toma de conciencia por la clase obrera de la «necesidad» de hundir al régimen autocrático, estructuras y sistema de valores, el énfasis que pone en subrayar que se trata del programa «mínimo» del proletariado y que tiene que desenvolverse como una lucha por la libertad que permanece, con una serie de transformaciones políticas y sociales necesarias, en el cuadro de la sociedad burguesa (45).

Este planteamiento estratégico se apoyaba en el análisis de las condiciones concretas de la revolución rusa. Para Lenin estaba claro que las condiciones objetivas (desarrollo económico) y las subjetivas (nivel de conciencia y grado de organización de la clase obrera y masas populares) no permitían la conquista del poder y menos aún proceder a «transformaciones socialistas» de la sociedad (46). La lucha de clases se realizaba «necesariamente» dentro de un contexto burgués (estructuras, sistemas de valores, etc.) en relación con un modo de producción y con un Estado predominantemente burgueses y, precisamente por ello, el interés inmediato de la clase obrera consistía en el desarrollo de las libertades políticas, obteniendo así una modificación de la correlación de fuerzas políticas y una base social más favorable al proletariado (47).

A nuestro modo de ver merece especial atención el hecho de que Lenin aborda la relación democracia-socialismo en clave de desarrollo-transformación, cogiendo así un momento central del discurso de Marx en su «Crítica a la Filosofía del Derecho de Hegel» (1844) y, manteniendo la sustancia marxista tanto en el plano teórico como en el específicamente político, extendiéndole y precisando respecto a los objetivos intermedios. En el plano de lo político inmediato se diferenciaba cuidadosamente entre niveles y momentos diferentes, postulándose «sólo» la liquidación del sistema autoritario, del régimen monárquico, y la elección «por todo el pueblo» de una auténtica Asamblea Nacional (48).

No puede quedar lugar a dudas de que este tipo de planteamiento se desenvuelve en el cuadro de las relaciones socio-económicas burguesas,



Junto a Plejánov, y frente a Lenin, Axelrod —en la foto— mantuvo una postura de boicot al III Congreso del POSDR. Rosa Luxemburg calificó entonces desde Alemania a estos socialdemócratas rusos abstencionistas de «oportunistas» y «dogmáticos».

dentro del más «estricto capitalismo». Se trata de un proceso esencial y predominantemente «político» en el que la revolución que hegemoniza el proletariado no sólo expresa los intereses de esta clase «sino también de toda la burguesía» (49). La existencia de una «comunidad de intereses», bien definidos, de la burguesía y proletariado, la correspondencia entre algunos intereses importantes de una y otra clase, no sólo era admitida sino que además se postulaba, como «fundamento» sobre el que basar la lucha común contra el antiguo régimen. Era el punto de arranque del que partía su razonamiento sobre la «necesidad» de que el proletariado hiciera la revolución burguesa. Para llevar a efecto esta revolución democrática, para asegurar su éxito, se precisaba que la clase obrera asumiese conscientemente los «valores» de ese tipo de revolución «política», que la realizase consecuentemente, liquidando no sólo los restos feudales, principalmente en la agricultura, sino todo el sistema autoritario,

(44) *LW. Bd. 9, pg. 11.*

(45) *Idem, pg. 13.*

(46) *Idem, pg. 14.*

(47) *Idem, pg. 16.*

(48) *Idem, pg. 24.*

(49) *Idem, pg. 36.*



La huelga general de los trabajadores textiles de Ivanovo-Vosnessenk (que crearon el primer Soviet de obreros de la Historia, al que contemplamos sobre estas líneas) durante el mes de mayo de 1905, daba inicio a un nuevo ascenso revolucionario que se iría incrementando por toda Rusia a lo largo de los meses siguientes.

desarrollando coherentemente el «democratismo» (50).

Lenin es consciente de los «peligros», teóricos y prácticos, inherentes a todo planteamiento «interclasista» de la revolución; por ello pone sumo cuidado en la delimitación de espacios y niveles y califica los diferentes elementos desde un punto de vista de clase, eliminando así toda posibilidad de confusión. En este aspecto llega incluso a señalar que la clase obrera no tiene interés en que las transformaciones revolucionarias se realicen de un «modo» reformista sino revolucionario; volviendo así a un viejo planteamiento de Marx (51). Para Lenin, en contra de una opinión bastante extendida, el «modo» revolucionario no es un equivalente de violencia sino de «profundidad», de velocidad y ritmo del proceso revolucionario (52), en relación directa con la concreta dialéctica burguesía-proletariado. De lo que se trata es de que dado que el carácter de clase de la burguesía, «en la sociedad capitalista, produce in*mediatamente* su inconsecuencia en la transformación democrática», la clase obrera tiene la «obligación» de «impulsar» a la burguesía a ser «consecuentemente democrática», a llevar la «revolución hasta el fin» (53).

La necesidad de realizar la revolución hasta el fin implicaba, para la clase obrera, la táctica de desarrollar incesantemente iniciativas políticas tendentes a movilizar al pueblo, a la propia burguesía, lo que no estaba exento de ciertos peligros y proclividad al activismo. Este planteamiento llevaba «in nuce» el peligro de que se comprendiese la revolución como una serie de actos «in crescendo» que, desbordando los límites de la revolución democrático-burguesa, acabaría en la instauración de un régimen proletario. Pero al hacer este planteamiento Lenin no abordaba la problemática de la dictadura del proletariado o régimen de transición, tal como había hecho Marx en las «Randglossen» (1875); por el contrario subrayaba, una y otra vez, que no se podía eliminar el marco democrático-burgués de la revolución, que de lo que se trataba era de «ampliarlo». Por ello, y para ello, el proletariado se veía en la necesidad de definir teóricamente no sólo el cuadro social de la revolución sino también **los elementos hegemónicos del proceso político.**

Lenin aborda esta «necesidad», obligación del partido político de la clase obrera, comparando el régimen monárquico-liberal con el republicano-democrático, señalando que no se trata de una diferencia de grado, o de for-

(50) Idem, pg. 38. El término «democratismo», utilizado por Lenin en el mismo sentido que Marx y Engels, presenta connotaciones que hacen referencia a un proceso de «democratización popular»; entendiéndose como «pueblo» un conjunto de clases «no privilegiadas». En este sentido la revolución democrática presenta elementos populares que apuntan a una trascendencia de lo puramente burgués y que interesan, en alguna medida, a la problemática de la «transición».

(51) MEW. Bd. 4, pg. 489.

(52) LW. Bd. 9, pg. 38.

(53) Idem, pg. 39.

mas accesorias; que de lo que en realidad se trata es de una comprensión en claves distintas de la democracia. Es, pues, un problema capital porque la revolución para triunfar tiene que darse una «dirección democrática» que posibilite una «solución democrático-progresista» (54). En el cuadro monárquico-liberal la burguesía se encuentra dentro de un sistema de poder autoritario o, en el mejor de los casos, restrictivo, lo que facilita su inclinación en sentido contrarrevolucionario. Para decirlo con las propias palabras de Lenin, como consecuencia de su posición de clase (ligada a la propiedad rústica, medios de producción, capital, etc.) tiene demasiado plomo en el ala para poder conducir una lucha decidida contra el sistema autoritario. Precisa demasiado del aparato represivo del Estado y de las instancias burocráticas para combatir las reivindicaciones de la clase obrera, para aspirar a conducir una lucha inexorable y eliminar totalmente el sistema autoritario (55). En la revolución de 1905 las únicas fuerzas sociales que podían hegemonizar el proceso revolucionario burgués y llevarlo a feliz término eran la clase obrera y el campesinado. El primero, por ser la clase política y revolucionariamente más consciente y organizada; el segundo, por ser la clase más numerosa; ambos, por ser las clases más explotadas y dominadas. La hegemonía de estas clases en la revolución era definida por Lenin como una **dictadura revolucionaria-democrática del proletariado y campesinado** (56).

La nueva noción política hacía referencia al proletariado-campesinado, a la revolución-democracia y a la dictadura, términos demasiado heterogéneos y numerosos para no producir una cierta confusión y, a veces, hasta juicios apresurados (57). Por ello parece necesario subrayar que las tres problemáticas esenciales de la nueva noción política se encuadraban al «interior» del amplio discurso de Lenin sobre la revolución de 1905. Esto es, de una Rusia que era: a) el país más grande y atrasado de Europa y b) un país con carácter euro-asiático, en lo económico e «histórico» (58). La alusión al proletariado-campesinado se refiere al **portador social** de la hegemonía política en una revolución que es burguesa y popular. La alusión a la revolución-democracia indica el **contenido político** de las formas y dialéctica del proceso. Finalmente, la expresión dictadura hace referencia a un tipo de **comportamiento político** que el propio Lenin, parafraseando a Marx, definía

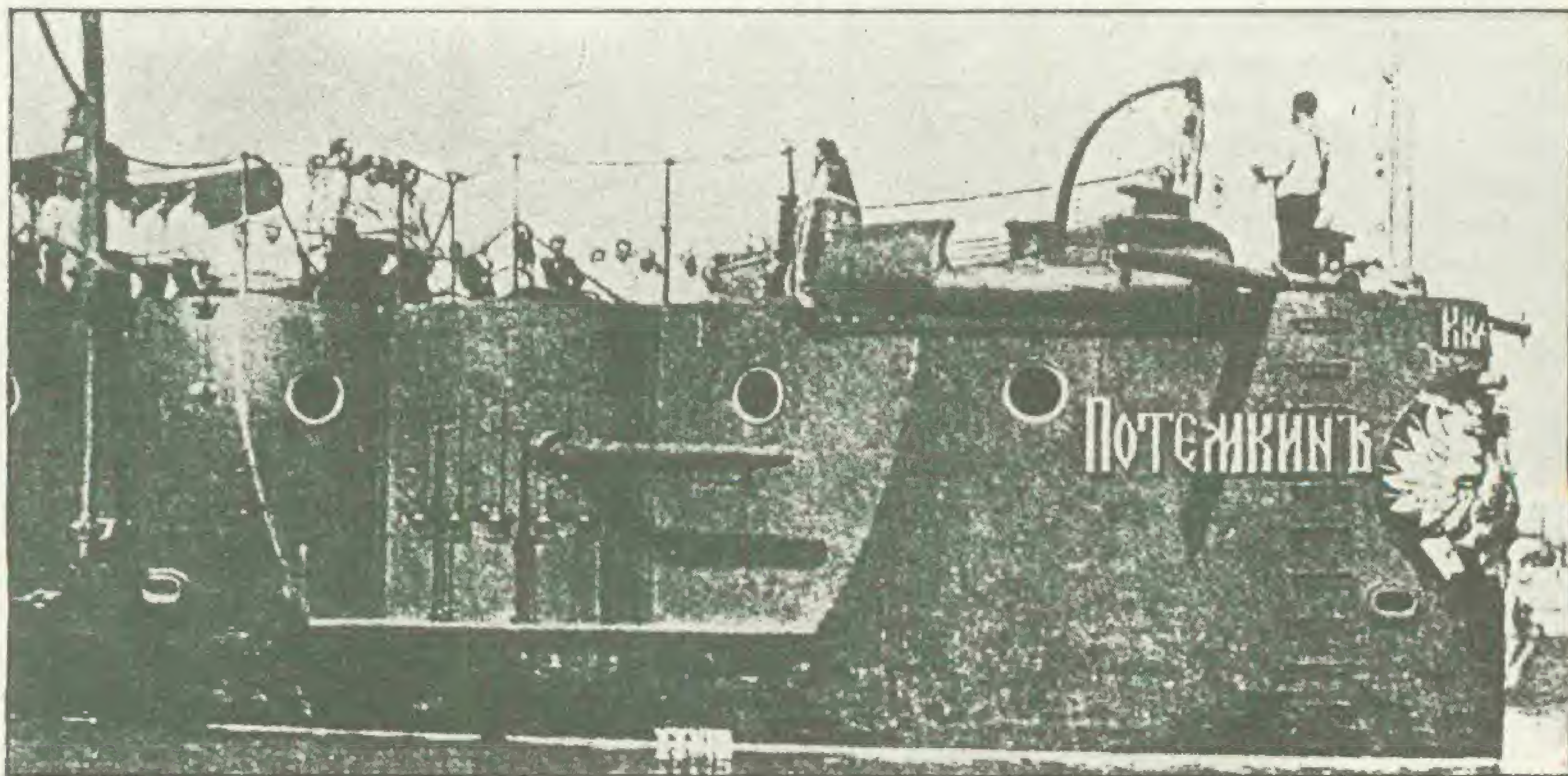
(54) Idem, pg. 40.

(55) Idem, pg. 43. La problemática del carácter contrarrevolucionario de la burguesía rusa había sido tratada ampliamente por Lenin en febrero de 1905 (LW. Bd. 8, pgs. 158, 219, etc.). El discurso fue, posteriormente, proseguido (Bd. 10, pgs. 11, 45, etc.) abarcando problemas concretos (Bd. 11, pgs. 8, 30, 32, etc.) y de específica coyuntura política (Bd. 12, pgs. 47, 49, 93, etc.).

(56) LW. Bd. 9, pg. 44.

(57) Los mencheviques motejaron a Lenin de «confusionista» sin llegar a comprender que él no replanteaba simplemente la problemática de la dictadura del proletariado que Marx había tratado en las «Randglossen». Lo que Lenin abordaba en realidad era la problemática de una situación «anterior» a la «fase de transición».

(58) Este pensamiento, clave del planteamiento global, quedaba resumido en términos muy claros en la conferencia que Lenin pronunció (22-1-1917) ante la juventud trabajadora de Zurich (LW. Bd. 23, pgs. 244-266).



Simultáneamente a los levantamientos armados de Lodz, Varsovia y Odesa, se produjo en junio de 1905 la rebelión del acorazado «Potemkin», ahogada en sangre por el Ejército zarista, uno de los episodios revolucionarios que han tenido mayor difusión en la Historia, en buena parte debido al inmortal film de S. M. Eisenstein.

«modo revolucionario» propio de la revolución francesa de 1848 o «maneras plebeyas» de una revolución burguesa (59).

Este era el cuadro esencial, las coordenadas fundamentales del discurso de Lenin para todo el período revolucionario. La incorporación de nuevos temas y elementos enriquecen, pero no modifican, el planteamiento básico de acuerdo con el acontecer histórico.

La huelga general de los trabajadores textiles de Ivanovo-Vosnesenk (mayo de 1905), los levantamientos armados de Lodz, Varsovia, Odesa y del acorazado Potemkin (junio de 1905) ilustran el ascenso revolucionario (en los momentos en que Lenin elaboraba lo esencial de su teoría) y hacía surgir en numerosos lugares «comisiones de trabajadores», que se ocupaban de la organización y desarrollo de las huelgas. La elección de los trabajadores más representativos de las comisiones y su envío, como diputación, a constituir Consejos de Trabajadores (junio de 1905) llevaba «in nuce» el germen de una alternativa democrática al autoritarismo y habría de convertirse, poco después, en la práctica en las estructuras e instancias más efectivas de esa alternativa.

La radicalización de la lucha, con la huelga de Moscú (septiembre de 1905) y la huelga general política de toda Rusia (octubre de 1905), extendía la acción de los Consejos Obreros (Soviets) y, tras represión gubernamental, los transformaba en órganos de preparación y dirección de la lucha armada. La inconsecuente política reformista, con el Manifiesto «constitucional» del Zar (17-10-1905) que permitía organizarse a los partidos burgueses, contribuía aún más, contra su voluntad, a polarizar las fuerzas políticas deviniendo los Soviets auténticos órganos de un «doble poder».

El levantamiento armado de soldados y marinos en Sebastopol (noviembre de 1905) y del proletariado de Moscú (diciembre de 1905), punto culminante del proceso revolucionario, movía a los bolcheviques a hacer un llamamiento a la huelga general política y a su transformación en un levantamiento armado. Dentro de este cuadro, de la correspondiente radicalización de la perspectiva, el POSDR celebraba su congreso en Tammerfors (12-XII-1905) y tomaba, entre otros, dos acuerdos que nos merecen especial significación. Se modificaba el programa agrario, para estrechar la cooperación con los campesinos, en vista de que éstos en su congreso de Moscú (julio-agosto de 1905) habían decidido declarar las tierras «propiedad de todo el pueblo», y se exigía la unificación y la reorganización, sobre la base del centralismo democrático y con el mantenimiento del viejo aparato conspirativo del partido.

Cualquiera que pueda ser la opinión que estos acuerdos merezcan, el hecho indudable es que llegaban tarde. Efectivamente, a partir del levantamiento armado del proletariado de Moscú comienza a decrecer el ímpetu revolucionario. A partir de 1906 comienza la etapa descendente de la revolución. Los movimientos armados se van haciendo cada vez más esporádicos, las huelgas van descendiendo en número e intensidad y los «fracasos» de las de carácter económico van en aumento.

Año	*Miles de huelguistas*	*Porcentaje de huelgas económicas fracasadas*
1905	2,863	29,0
1906	1,108	33,5
1907	0,740	58,0
(60)		

(60) Fuentes: W. Markov, A. Andele, E. Werner, «Weltgeschichte». Leipzig, 1971, pg. 574. G/UdSSR. Bd. 11, pg. 384. El movimiento campesino sigue la misma tendencia. En 1905 hubo 3.200 acciones; en 1906, 2.600, y en 1907, 1.907. S. Titarenko, «Die Revolution von 1905-1907 in Russland», en Gesellschaftswissenschaften (revista de la Academia de Ciencias de la URSS), Cuaderno n.º 1, Moscú 1976, pg. 143.

Los dos intentos obreros para relanzar la ofensiva revolucionaria con motivo de la lucha político-parlamentaria, en torno a las elecciones para las Dumas de 1906 y 1907, fueron incapaces de cambiar el curso de la revolución, que se iba acercando al ocaso.

Fracasada la «cooperación revolucionaria» propuesta a los campesinos, ante el poco eco que encontró (61), y sin sufi-

(59) *LW. Bd. 9, pgs. 44 y 46. Toda interpretación de esta noción de dictadura en sentido de impugnación de la libertad resulta insostenible. Lenin postula la dictadura con las siguientes palabras: «Sin dictadura es imposible romper la resistencia, blocar los golpes de la contrarrevolución. Pero naturalmente no se trata de una dictadura socialista, sino de una dictadura democrática. Se trata de un medio político para liquidar la amenaza autocrática. Todo peligro de involucionismo autoritario. Las características asiáticas de las relaciones de servidumbre en la vida, no sólo de los pueblos sino también de las fábricas». Conviene subrayar que la expresión, no marxista, «dictadura socialista» tiende a dejar bien claro que en ningún caso se trata de una dictadura que transcienda el cuadro de una sociedad capitalista.*

(61) *La organización de los grupos agrarios socialdemócratas y la actividad intensiva en el campo comenzó a fines de 1905, por lo tanto con retraso, y cuando se avecinaba la etapa del descenso revolucionario. La expresión «cooperación revolucionaria» es de Trotsky («Der Arbeiterdiputiertenrat und die Revolution», en «Neue Zeit», Bd. 11, pgs. 377-85. El propio Trotsky, en su discurso al V congreso del partido, subrayó el poco eco encontrado en el campo.*

ciente apoyo militar «no se pudo fundir el movimiento obrero con el campesino y con los soldados» (62). Cuando el V congreso del POSDR (abril-mayo de 1907) se reunía para estudiar la marcha de la revolución ésta se encontraba ya derrotada. El golpe de Estado del Zar (3-VI-1907) que oficializó su muerte sólo fue un trámite, un gesto propio de la autocracia, poco menos que innecesario.

Las causas principales del fracaso de la revolución pueden ser resumidas como la suma de: a) la insuficiente conciencia revolucionaria del campesinado; b) el insuficiente eco encontrado entre los oficiales y suboficiales del ejército; c) la insuficiente incorporación de la burguesía y d) la insuficiente organización de la clase obrera.

El corolario crítico que de esta suma de insuficiencias se desprende no puede menos de apuntar a la falta de unidad del propio POSDR y, sobre todo, a fallos esenciales en el planteamiento y aplicación de la política de alianzas con la burguesía, especialmente de los sectores más modestos.

Sintetizando podemos decir que el proceso revolucionario se divide en dos etapas y en cuatro períodos claramente diferenciables. En cada momento Lenin fue realizando análisis de la situación concreta y elaborando los correspondientes temas teóricos y políticos. Con los riesgos que toda simplificación conlleva nos atrevemos a señalar, esquemáticamente, los tres principales temas de análisis y de teorización leniniana en los correspondientes períodos de la revolución.

(62) *E. Bibov, «Zu einigen Aspekten der theoretischen und praktischen Tätigkeit del Bolchewiki für das zustandekommen des Bundnises zwischen Arbeiterklasse und Bauernschaft während des Revolution von 1905 bis 1907», en Jahrbuch für Geschichte. Bd. 11, Berlín 1967, pg. 155.*

ETAPA ASCENDENTE DE LA REVOLUCION (enero-diciembre de 1905)

PRIMER PERIODO (enero-junio de 1905)

TEMATICA REVOLUCIONARIA ANALIZADA

a) RELACION ENTRE GUERRA Y CRISIS POLITICA (carácter determinante de la guerra como factor propulsor final de la revolución).

b) ORGANIZACION DE LA REVOLUCION, estrategia-táctica-praxis (en controversia con los mencheviques).

c) LUCHA CONTRA LA BURGUESIA, fuerza «no democrática» (carácter especial de la burguesía rusa, en última instancia aliada zarista).

TEMATICA TEORICA ELABORADA

a) LA ORGANIZACION DEL LEVANTAMIENTO ARMADO (en las ciudades y dentro del ejército).

b) LUGAR Y FUNCION DEL PROLETARIADO Y CAMPESINADO EN LA REVOLUCION (como hegemón y fuerza motriz respectivamente).

c) FUNDAMENTACION DE LA HEGEMONIA DEL PROLETARIADO Y CAMPESINADO (como democratismo consecuente).

SEGUNDO PERIODO (junio-diciembre de 1905)

TEMATICA REVOLUCIONARIA ANALIZADA

a) CREACION Y DESARROLLO DE SOVIETS (como democracia directa y centros de poder revolucionario).

b) DESALOJO DE LA INFLUENCIA SOCIALREVOLUCIONARIA EN EL AGRO (creación de centros aglutinantes socialdemócratas en los pueblos).

c) TRANSFORMACION DE LOS MOVIMIENTOS HUELGUISTICOSECONOMICOS EN POLITICOS (y desarrollo de la huelga general política).

TEMATICA TEORICA ELABORADA

a) CARACTER DEL PROCESO REVOLUCIONARIO (problemática del «nuevo tipo»).

b) ESTABLECIMIENTO DEL NEXO REVOLUCION DEMOCRATICO BURGUESA - REVOLUCION PROLETARIA (a través de la hegemonía y objetivos centrales).

c) UNIFICACION Y REORGANIZACION DEL PARTIDO (con base en el centralismo democrático y en los métodos conspirativos).

ETAPA DESCENDENTE DE LA REVOLUCION (enero de 1906 - mayo de 1907)

TERCER PERIODO (enero-junio de 1906)

TEMATICA REVOLUCIONARIA ANALIZADA

a) INCORPORACION MASIVA DE SOLDADOS A LA REVOLUCION (desarrollo de agitación y propaganda, etc., en el ejército).

b) INCORPORACION DE TODO EL CAMPESINADO A LA REVOLUCION (sobre la base de la modificación del programa agrario del partido).

c) TRANSFORMACION DE LOS SOVIETS (como alternativa de poder democrático).

TEMATICA TEORICA ELABORADA

a) OPONER LA ALIANZA OBRERA-CAMPESINA AL BLOQUE ARISTOCRACIA-BURGUESIA (haciendo inviable la opción «reformista»).

b) AMPLIAR LA ALIANZA A SECTORES BURGUESES (que postulaban un parlamentarismo democrático).

c) DESCUBRIMIENTO Y POTENCIACION DE NUEVAS FORMAS DE LUCHA (desterrando cualquier dogmatismo y esquematismo).

CUARTO PERIODO (junio de 1906 - mayo de 1907)

TEMATICA REVOLUCIONARIA ANALIZADA

a) AMPLIACION DE LAS ALIANZAS A TODOS LOS BURGUESES DEMOCRATAS (ante la eventualidad del colapso democrático y derrota de la revolución; facilitar una salida «parlamentarista»).

b) BLOQUE O FRENTE DE TODAS LAS FUERZAS REVOLUCIONARIAS (último intento de revitalización del proceso revolucionario).

c) DESCONFIANZA Y DESCOMPOSICION DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO (unidad de puntos de vista, relaciones dirigentes-dirigidos, etc.).

TEMATICA TEORICA ELABORADA

a) MANTENIMIENTO DE LA CLARIDAD POLITICA (ante la inquietud de los dirigentes por la derrota).

b) INCORPORACION DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO AL AREA PARLAMENTARIA (oponiendo el constitucionalismo al «reformismo» de la Duma).

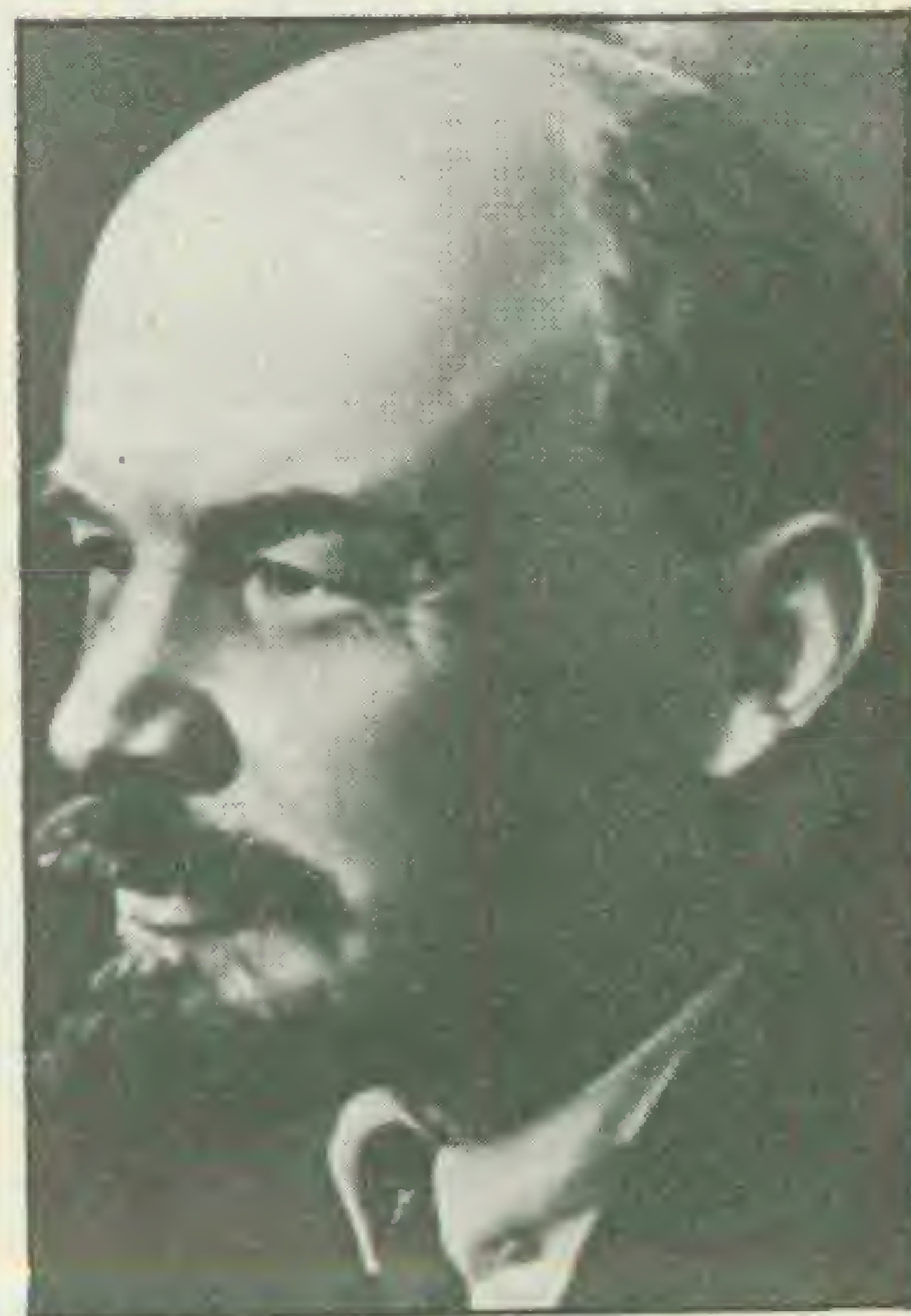
c) ORGANIZACION DE LA SALIDA A LA CRISIS REVOLUCIONARIA (guerra de guerrillas, etc.) (63).

(63) Lenin comienza a ocuparse de las guerrillas en noviembre de 1905, estando todavía en Ginebra (Bd. 9, pgs. 338-39), lo prosigue en Rusia (Bd. 10, pgs. 106, 136, etc.) con un tinte cada vez más «defensivo» (Bd. 11, pgs. 112, 153, etc.) para finalizar, en diciembre de 1906, buscando por esta vía una «salida» a la inevitable derrota revolucionaria (Bd. 11, pgs. 202-213 y 343-44).

Este simple esquema nos ofrece ya la riqueza del discurso, la agilidad conceptual de Lenin, la demostración palpable tanto de las dotes del dirigente como del esfuerzo del militante por corresponder a la creciente movilidad política con un tipo de discurso que permita al movimiento obrero incidir «inmediatamente» sobre la realidad, transformándola en favor suyo. Este discurso se nos presenta como una relación teoría-proceso que buscaba, en la dialéctica de los hechos, la referencia y el contraste de su propia elaboración. Una elaboración teórica que, reencontrando un fundamento esencial de la metodología dialéctica de Marx, **se sabía y quería políticamente productiva.**

CONCLUSION

Resumiendo el discurso de Lenin sobre la definición de la revolución se nos ofrece el siguiente cuadro:



En ningún momento, Lenin presentó su análisis de la Revolución de 1905 —ni su concepción global de la Revolución Democrática— como un arquetipo, no siendo aceptable, por tanto, que —en sentido teórico o filológico— sus conclusiones se tomen como «modelo».

DEFINICION DE LA REVOLUCION RUSA DE 1905-1907

a) Como REVOLUCION BURGUESA, por objetivo social central de eliminar los restos feudales permaneciendo dentro del marco del sistema capitalista.

b) Como REVOLUCION DEMOCRATICA, por su objetivo político central de eliminar la autocracia.

c) Como REVOLUCION POPULAR, porque las fuerzas hegemónicas y motrices son el proletariado y el campesinado.

d) Como REVOLUCION PROLETARIA, porque esta clase era la vanguardia de la revolución.

e) Como REVOLUCION CAMPESINA, porque el movimiento campesino expresaba, junto a la clase obrera, la lucha de «liberación nacional» de los pueblos «rusificados».

La suma de todas estas características arrojaba la definición «global» de **revolución democrático-burguesa,** con su concreto y específico carácter (64). El discurso leniniano de las problemáticas revolución-dictadura, revolución - imperialismo y revolución - «modelo» aparece tan suficientemente claro que hace innecesario todo comentario. Pero a pesar de esto, de cara a la interpretación «sui generis» a que aludíamos en la introducción, parece oportuno precisar y subrayar, otra vez, los tres aspectos esenciales siguientes:

Primero, la propuesta estratégica leniniana se encuadra perfectamente dentro del planteamiento teórico que Marx había formulado al filo de la revolución de 1848-1849 (65), tomando incluso su idea de «dictadura democrática revolucionaria» (66). En las nuevas condiciones, de lugar y tiempo, esta noción adquiere ciertas connotaciones específicas, debido al carácter de país atrasado y euro-asiático. La problemática de la dictadura expresa, en el cuadro general de la revolución democrática, una directa relación entre la revolución permanente de Marx y la revolución ininterrumpida de Lenin, sin que esto deba hacer olvidar la diferencia de ciertas matizaciones, de valoración y realización (67). Diferencias que, posteriormente, en un determinado contexto habrían de desarrollarse y consolidarse como la revolución de 1917.

Segundo, la afirmación de que la revolución rusa de 1905 fue la primera revolución democrático-burguesa de la época del imperialismo y entender que ya fue elaborada conceptualmente por Lenin «dentro» de su concepción del imperialismo no responde a la verdad, ni resiste la más ligera crítica. Lenin no analiza «la primera revolución democrático-burguesa de la época del imperialismo» **dentro de su teoría del imperialismo,** por la sencilla razón de que todavía no había elaborado ésta. Cuando en el tercer congreso del partido y en su trabajo sobre las dos tácticas de la socialdemocracia aborda el desarrollo de los fundamentos de la estrategia y táctica de la revolución, no trata la problemática del imperialismo. Más aún, hasta ese momento su planteamiento y utilización del concepto de imperialismo no habían desbordado la noción «clásica», refiriéndose a su agresividad exterior (68), contribuciones y repartos coloniales (69) y guerras de conquista (70). Su análisis de la dimensión económica, piedra angular de su teoría del «estadio superior del capitalismo», apenas había apuntado a la internacionalización (71), conquista de mercados (72), exportación de capital (73) y esferas de influencia (74). La concentración de la producción y el desarrollo monopolista había sido mencionado sólo de pasada (75) faltando todo el entramado

(64) Lo específico de la revolución rusa en relación con la colocación y función del partido había sido ya abordada por Lenin en noviembre de 1904 (Bd. 8, pgs. 9, 58, etc.) y proseguido consecuentemente (Bd. 9, pgs. 1-130, 143, etc. Bd. 10, pgs. 3-12, 16, etc.).

(65) Este planteamiento puede sintetizarse en: a) teorización del paso, more revolución de París, de la revolución democrático-burguesa a la revolución proletaria; b) carácter internacional, «europeo», de la revolución; y c) salida del movimiento obrero de la Sociedad Democrática y formación de un organismo de clase o «sociedad» obrera.

(66) Este aspecto del discurso de Marx se sitúa dentro de las coordenadas concretas de la revolución en Prusia y de la pugna entre la Asamblea Nacional, surgida de la revolución, y el Rey absoluto. Marx sostiene que la Asamblea Nacional tiene derecho a desafiar al Rey porque el derecho «más grande» está al lado del «poder más grande» (Die Berliner Krise, en Neue Rehinische Zeitung, 9-11-1848). Lo que cuenta en cada Estado «no constituyente», precisa, no es este o el otro principio, sino la «salut public», por eso ante la amenaza cotidiana de la contrarrevolución surge la necesidad para la Asamblea Nacional de «dictar» ella misma «medidas de salud pública» (MEW. Bd. 5, pg. 403). En este contexto Marx hace referencia a la dictadura necesaria en «cada situación estatal provisional, después de la revolución» (Idem, pg. 402).

(67) Tanto en lo que respecta a la conquista del poder y la hegemonia del proletariado (Bd. 8, pgs. 11-13, 66, etc.) como a las formas de lucha (Bd. 8, pgs. 129, 364, etc.) y a la problemática específica de los soviets (Bd. 8, pgs. 238, 241 etc. Bd. 9, pgs. 79, 119, etc.).

(68) LW. Bd. 4, pg. 372.

(69) Bd. 5, pg. 83.

(70) Bd. 8, pg. 40.

(71) Bd. 2, pg.101.

(72) Bd. 4, pg. 372.

(73) Bd. 4, pg. 92.

(74) Bd. 5, pg. 281.

(75) Bd. 4, pg. 197.



teórico propio de su concepción del imperialismo (76).

Tercero, nada autoriza a sostener que Lenin fundamentó «en todos los sentidos» las leyes del desarrollo de la revolución democrática en la época del imperialismo ya que su planteamiento es esencialmente determinado y concreto afectando, por lo tanto, a un proceso que él mismo ha calificado como de «carácter especial» (77).

Resumiendo todo lo que antecede, podemos llegar a las siguientes conclusiones:

(76) Es harto conocido que Lenin profundizó sus estudios sobre el imperialismo al compás del debate abierto en la socialdemocracia alemana, de la guerra de 1914 y de los trabajos de Bujarin, quedando su posición formulada, finalmente, en 1916. Ver al respecto el prólogo de Lenin al folleto de Bujarin, «Economía mundial e imperialismo» (1915) (LW. Bd. 22, pgs. 101 y siguientes) y «El Imperialismo como estadio supremo del capitalismo» (1916). Bd. 21, pg. 78 y siguientes.

(77) LW. Bd. 15, pg. 45. Esta clara calificación, basada en las peculiaridades del Estado y sociedad rusa, coincide sustancialmente con la interpretación de la Luxemburg (RL/GS. Bd. 2, pgs. 5-10) y con el planteamiento posterior de Gramsci, que definía la sociedad rusa como diferente. Esto es, conformada como «gelatina histórica» (Gramsci, Quaderni del carcere, Einaudi, 1975, pg. 1525).

Sobre estas líneas, manifestación estudiantil en los muelles de Petersburg; a la derecha, obreros armados dirigiéndose en Presnia al encuentro de las tropas del Zar. Dos aspectos de las luchas de 1905 que reunieron a diversos estamentos sociales en busca de una libertad y una democracia que les estaban vedadas dentro del sistema político zarista, caracterizado por la autocracia y el feudalismo.



a) El concepto de revolución democrática lo elabora Lenin especialmente durante la revolución de 1905-1907, en referencia directa al proceso en acto y a las elaboraciones hechas en la época inmediatamente anterior.

b) Los posteriores desarrollos del concepto no afectan al carácter de la matriz teórica ni a sus fundamentos políticos.

c) El esquema conceptual de la revolución democrática culmina en una elaboración estratégica de revolución ininterrumpida.

d) Es evidente el nexo teórico entre la revolución ininterrumpida de Lenin y la revolución permanente de Marx.

e) Las coordenadas fundamentales del discurso teórico de Lenin sobre la revolución democrática son comunes a la izquierda marxista europea.

f) La concepción de la revolución democrática es elaborada por Lenin en el contexto de un discurso sobre la «revolución internacional».

g) La revolución democrática es una revolución de transición, de tipo nuevo, caracterizada por la hegemonía de la clase obrera.

h) Esta revolución de tipo nuevo no es desarrollada dentro de la teoría del imperialismo de Lenin, que es posterior.

i) La revolución democrática es una revolución burguesa, predominantemente política, que no depasa la sociedad capitalista.

j) La revolución rusa de 1905 es un fenómeno histórico, y no «lógico», específicamente ruso, basado en la alianza obrera y campesina, parcialmente consolidada, elaborada a lo largo de una guerra y crisis y en el seno de un país de tipo euro-asiático.

k) La concepción de la revolución democrática de Lenin posee elementos y contenidos «nuevos» y, en este sentido, es un desarrollo teórico-práctico «diferenciable» de las elaboraciones de Marx o Engels.

l) La revolución de 1905 en general, y la concepción de la revolución democrática en particular, no es presentada en ningún momento por Lenin como un arquetipo, no siendo aceptable por lo tanto, en sentido teórico o filológico, como «modelo».

Ponemos aquí punto final al discurso de y sobre Lenin con el convencimiento de no haber agotado el tema, de haber expuesto solamente un «momento» del quehacer teórico y de la praxis revolucionaria de Lenin. Un momento que, aunque importante, ni agota la teoría de la revolución democrática ni la problemática específica de 1905. Pero esta «parcialidad», particularidad si se prefiere, no la entendemos como un «límite» sino más bien como un intento de acercamiento a la propia «historicidad del marxismo». ■

M. P. S.



La Revolución de 1905 culminó en diciembre con la huelga general realizada por los obreros de Moscú, cuyos Soviets llegaron a controlar totalmente la ciudad. Como digna solución de su política dictatorial, el Zar decidió entonces enviar un fortísimo contingente del Ejército para que reprimiera el levantamiento. Moscú se vió bañada en sangre, no sólo por las víctimas inmediatas de la acción represiva, sino por los fusilamientos que la siguieron, los cuerpos de cuyas víctimas aparecen en la imagen. Faltaban doce años para la Revolución victoriosa de 1917...

Frente al frenesí patriotero con que los restauradores intentaban convencer al pueblo español, hombres como Sagasta denunciaron la corrupción dominante en la administración española de Cuba, cuyos gastos suponían la tercera parte del presupuesto de la península. Los políticos canovistas sólo veían una salida: el envío continuo de tropas contra los insurrectos, como este contingente llegado a La Habana en el vapor «Antonio López».



Cuba, antes de su independencia

Valentín Medel Ortega

«Irrita leer u oír uno y otro día, que es preciso mandar a Cuba regimientos sobre regimientos, a fin de acabar con los rebeldes y dejar allí bien implantada y establecida la soberanía de la Nación. Para que no se pudiera calificar de falso patriotismo, deberán, los que tal dicen, ir con sus hijos a la vanguardia del ejército. Es cómodo quedarse en casa y mandar a los demás al matadero; lo es, sobre todo, no conocer la guerra sino por los relatos de los combates que se leen en invierno al amor de la lumbre, y en verano a la sombra de las alamedas.»

ESTAS líneas fueron escritas en la última década del siglo XIX por Pi y Margall como uno de los escasos contrapuntos que se alzaron frente al frenesí patriotero con que los restauradores intentaban, y lo consiguieron en alguna medida, insuflar al pueblo español, y nos sitúan frente al 24 de febrero de 1895, fecha en la que se inicia en la isla de Cuba el definitivo movimiento insurreccional conocido como el «Grito de Baire». Si tenemos en cuenta que en 1878 se había logrado la firma de la «Paz de Zanjón», gracias a la cual se ponía fin a la llamada «guerra chiquita», podemos preguntarnos, con toda razón, sobre las probables soluciones que hubieran podido tomarse para evitar que «la perla de las Antillas» tuviera que separarse de la metrópoli gracias a una guerra que destrozó a la futura República, por un lado, y por oro, hundía a España en una de las crisis más profundas de su Historia.

Las posibles soluciones eran bien conocidas de todos e iban desde la pura y simple independencia a la anexión de la isla al poderoso vecino del Norte, pasando por una gradual autonomía que hubiera ido transfiriendo a la colonia derechos y obli-

gaciones; y eso sin contar con la venta de la isla como pretendieron los americanos en varias ocasiones y de la cual el Manifiesto de Ostende de 1853 es una buena prueba (1).

Sin embargo, hubo una opción distinta, que es la que pretendo analizar en este artículo: me refiero a la campaña lanzada por la Prensa mexicana para que Cuba entrara a formar parte de la República Mexicana y que es un buen exponente de cómo se enfocaban ya, en aquel entonces, las relaciones con el vecino del Norte. Los distintos artículos, ignoro si son la totalidad, fueron recogidos en un pequeño libro editado en México en 1896 y cuyo expresivo título era **«Cuba mexicana»**.

Uno de los precursores de la campaña, ya que fecha sus reflexiones en 1883 aunque no se publican hasta 1896, y que al parecer deseaba mantener el anonimato, hace un análisis de la sociedad cubana que, por parcial, no deja de tener interés. Para él, el poder más sólido y mejor constituido de este desmoralizado país es el de los defraudadores de la Hacienda Pública, «ya que si ayer se robaba en los hospitales militares y civiles, en las casas de beneficencia, en las contratas de efectos para la marina y en la de víveres para el ejército, ahora se falsifican recibos de contribución por considerables sumas y se descubre el delito después de haber huido el autor a extranjeras tierras en busca de impunidad y de reposo...»; y es que el desorden reina en la isla (recuérdese que nos estamos refiriendo a un período de paz), desorden que favorecía única y exclusivamente a los grandes latifundistas dedicados a la explotación del tabaco y del azúcar, a los cuales se han unido las capas burocráticas y cuyo reflejo es el diferente trato tributario que reciben las propiedades de éstos, que verán gravadas sus propiedades con un 5 %, mientras que la contribución directa de las utilidades líquidas de la propiedad urbana, rústica (excepto aquellas), industria, comercio, etc., ascenderá a un 16 %.

Sin embargo, con ser graves estos desajustes hacendísticos, no lo son tanto como la corrupción que el propio Sagasta expone en el Congreso: «*¿Qué resultado ha de dar reforma alguna con una administración como la de Cuba, que no administra; con una administración que no tiene contabilidad; con una administración que no sabe lo que se cobra; con una administración que no sabe lo que se gasta; con una administración que no sabe lo que se debe; con una administración, en fin, que no sabe más que consumir un grandísimo presupuesto de gastos, ascendente a la enorme cantidad de 800 millones de reales, que es la tercera parte del presupuesto de la península?*»

Si el aspecto económico era descrito con tan sombrías tintas, las libertades de las que gozaban los cubanos (tomando el término en el sentido amplio) tampoco debían de ofrecer un aspecto demasiado halagüeño. Repasando las diversas libertades formales, nuestro anónimo comunicante señala que existe efectivamente libertad de Prensa pero limitada excesivamente por una serie de trabas y requisitos que la recortan, a su juicio en demasía, señalando que «el editor tiene el deber de presentar dos ejemplares de cada número a la fiscalía de imprenta, dos horas antes de repartirse el periódico, lo cual es peor que la previa censura, que ha sido abolida...».

El Derecho de Reunión parece que tampoco ofrecía demasiados alicientes, ya que aunque estaba vigente el artículo 13 de la Constitución, para Cuba estaba restringido por Real Orden de 1.º de noviembre de 1881, en la que se señalaba que para que pudiera celebrarse cualquier reunión se exigiría el permiso previo de la autoridad y la presencia de un representante de ésta en la reunión. La seguridad personal tampoco debía de estar demasiado asegurada cuando en aquella isla afortunada pasa como cosa corriente, como lo más natural del mundo, que en Santiago de Cuba y en la plaza más céntrica, a las doce de la noche, una pareja del Orden Público matase a tiros de revólver a un preso que conducían a la cárcel...

Efectivamente, parece que las tintas han sido cargadas y que el fin perseguido, demostrar la imposibilidad de convivir en Cuba, le ha hecho ser demasiado parcial en su relato, y que no conviene olvidar la fecha en que fue elaborado el informe: 1883, fecha en la que España controla perfectamente la situación y los insurrectos todavía no han logrado recuperarse de los tropiezos que les llevaron a firmar la paz.

(1) Sobre las diversas tentativas de compra y, en definitiva, sobre la postura norteamericana frente a Cuba, existe un excelente trabajo de José Manuel Allende Salazar, titulado **«El 98 de los americanos»**. *Edicusa, 1974.*

El problema está planteado, Cuba necesita una serie de reformas. Pero, ¿estaba la metrópoli en condiciones de llevarlas a cabo? Bajo la óptica anexionista mexicana, no; y no porque la metrópoli no haya demostrado casi siempre predilección por Cuba, hasta el extremo de que los Gobiernos más absolutos de la península han sido aquí templados, sino porque de la falta de libertades quienes son responsables son los peninsulares residentes en la isla (una gran parte de la población) que, apoyados por las autorida des locales, se han opuesto siempre a toda reforma liberal al estimar que cualquier modificación del «statu quo» comprometería la causa de España en América. La metrópoli no puede, por tanto, conceder las reformas necesarias aunque quisiera, ya que además de la oposición de los peninsulares se encuentra con el handicap de la enorme distancia que separa a ambas y sobre todo con el carácter del régimen imperante. Con agudeza señala nuestro autor: «¿Con qué derecho se negaría a las otras colonias y aun a las mismas provincias españolas, a las Vascongadas por ejemplo, que acaban de perder sus fueros, lo que a Cuba se concediera?»

No, al parecer no es psible la continuación de las relaciones coloniales, pero España tampoco puede consentir en la separación de la isla sin atender a tres cosas: a la suerte de Cuba después de su separación; a dejar suficientemente garantizadas las vidas y propiedades de los españoles que allí residen; y a que la separación se verifique sin desdoro de la honra nacional.



En 1883, España todavía controlaba perfectamente la situación cubana, ya cinco años antes se había firmado la Paz de Zajón. Sería el 24 de febrero de 1895 cuando se iniciase el definitivo movimiento insurreccional conocido como el «Grito de Baire». (En el grabado, partida insurrecta preparando la comida en su campamento.)

Las posibles alternativas desde la óptica mexicana son: anexión a los Estados Unidos, independencia o anexión a la República de México.

La anexión a los Estados Unidos se considera como una unión «contra natura», ya que se encuentran divorciadas en la raza, idioma, religión, costumbres, etc., y esto haría que su incorporación se realizara en términos de subordinación con el resto de los Estados de la Unión. Y haciendo de nuevo las veces de profeta, señala el anónimo escritor: «Nada, absolutamente nada liga a Cuba con los Estados Unidos. Ellos son los antagonistas de nuestra raza y Cuba no habría de querer contribuir a la ruina de la América española». A su vez, España no podría consentir pacíficamente, ya que sería tanto como «consentir una traición a su propia raza, que no sería otra cosa la cesión de Cuba a los Estados Unidos».

Por otro lado, los articulistas de periódico muestran, en diversas publicaciones norteamericanas, juicios casi coincidentes con los suyos. Recogemos solamente dos, **The Republican** y **The Press.** El primero dice que si Cuba estuviera inhabitada, sería una gran adquisición para nosotros, pues entonces podría poblarse de americanos y sus leyes e instituciones tendrían un carácter netamente anglosajón; pero con su población, sus instituciones y sus leyes españolas, esa isla siempre sería extranjera en la Unión Americana. Mientras **The Press** sostiene que «las anexiones normales que deben procurar los Estados Unidos, son las de pueblos de lengua inglesa, es decir del Norte. Las radicales diferencias de razas y de lenguas hacen que no sean de desear las adquisiciones de territorios por el Sur».

«La Patria» será el periódico promotor de toda la campaña y para ello usará y abusará de la enciclopedia, como señalará **«El Correo Español»**, su gran oponente metropolitano, de citas de políticos aun a sabiendas que el contexto sociopolítico ha sufrido cambios radicales. Este mismo periódico se encargará de exponer toda una serie de razones por las cuales la anexión, que a Cuba nada perjudica sino todo lo contrario, es algo imprescindible para que México cumpla su destino histórico de «estado tapón» de los norteamericanos.

Recordando el enciclopedismo del que hablamos anteriormente, **«La Patria»** busca en el pasado las razones que legalicen la

anexión, y así señala cómo Cuba dependió hasta 1820 de Nueva España, ya que si en el aspecto militar la Capitanía General de Cuba dependía del Virreinato de México el presupuesto se enviaba anualmente desde las cajas de Nueva España y la «intelligentsia» cubana fue formada desde siempre en la Universidad de La Habana, para pasar a continuación a exponer los verdaderos motivos de la fiebre anexionista: México necesita a Cuba como base, que le falta, para el comercio naval en el Atlántico, ya que a este lado carece de los puertos necesarios debido a la configuración de sus costas; pero, tanto o más que esa necesidad propia, influye la angustia que les produce la idea, en aquellos momentos pujante, de que Cuba entrara a formar parte del temido vecino, dándoles así el control total y absorbente sobre un Golfo que los mexicanos necesitan para su desarrollo. La posesión de Cuba daría a México el dominio casi exclusivo del Golfo (que no sería sino un lago mexicano), mayor importancia política, militar y marítima, un aumento considerable de población y los medios de aumentar su comercio y su Marina mercante.

Puestos a llevar los planteamientos hasta sus últimas consecuencias, los anexionistas tras demostrar que la anexión no puede ser mal vista en la península (ya que ¿qué interés puede tener para España la conservación de la Grande Antilla, cuando ésta le impone diarios y concretos sacrificios, obligándola a despoblarse para llevar a las insalubres regiones tropicales lo más brillante de la juventud española?), y considerar factible la mediación de los yanquis, pasan a exponer, primero, las condiciones de la anexión para terminar con el ofrecimiento a los cubanos de un paraíso mexicano.

Cuba mexicana sería dividida en tres Estados libres y soberanos, teniendo por capitales respectivas La Habana, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba, que serían autónomas salvo en la obligación de adoptar la forma republicana y de reconocer como ley suprema del Estado la Constitución federal de la República. El Estado y la Iglesia serían independientes; los títulos de nobleza, prerrogativas y monopolios, abolidos; suprimidas las costas judiciales, etc. Si esto se refiere al orden político, en el económico la unión permitiría la entrada en el resto de los



México y Estados Unidos rivalizaron en su política anexionista respecto a Cuba, a la que querían convertir en una prolongación de sus dominios. «La Ilustración Artística» —por medio del lápiz de R. Cilla— satirizó así los intentos norteamericanos por apoderarse de la colonia española.

Estados federados de la producción cubana, sin ningún tipo de trabas, así como el poderse beneficiar de los tratados comerciales suscritos por México, en especial con los Estados Unidos (no hay que olvidar que el 95 % de la producción cubana del azúcar y el tabaco tiene este mercado exclusivamente).

Sin embargo, la anexión no es vista de la misma manera por todos. Los anti-anexionistas tendrán como portavoz otro periódico, **«El Partido Liberal»**, a través del cual entablan polémicas con **«La Patria»**, órgano de los anexionistas.

Para **«El Partido Liberal»**, a México no le conviene la anexión de Cuba porque, «produciendo esa isla artículos similares a los de nuestros Estados del Pacífico y del Golfo, Cuba sería un rival y rival más poderoso y afortunado, que haría la competencia muy difícil para nosotros».

Por último y para terminar, conviene señalar cómo la política «nacional» está movida por los intereses de los grupos dominantes (más exactamente de las facciones hegemónicas de éstos) y según correspondan a sus intereses de cada momento. Sin embargo, ni anexionistas ni anti-anexionistas tuvieron en cuenta un factor muy importante, como era el propio pueblo cubano, poseedor ya de una ideología propia, aunque incipiente, como la que aportaría el deportado Martí, así como de *unos programas revolucionarios* a cuya cabeza se habían situado caudillos de la talla de Gómez y Maceo. ■ **V. M. O.**

El peronismo: Balance final

Teófilo Ruiz Fernández



Durante treinta años se ha mantenido en Argentina el «mito Perón», en sus diversas formas y ramificaciones. Las grandes concentraciones de masas en la Plaza de Mayo y el saludo de Isabel Martínez de Perón y López Rega desde el balcón presidencial —recogidos en las fotografías de esta doble página— vienen a ser como los dos extremos de un mismo período político: el máximo auge y la caída del peronismo

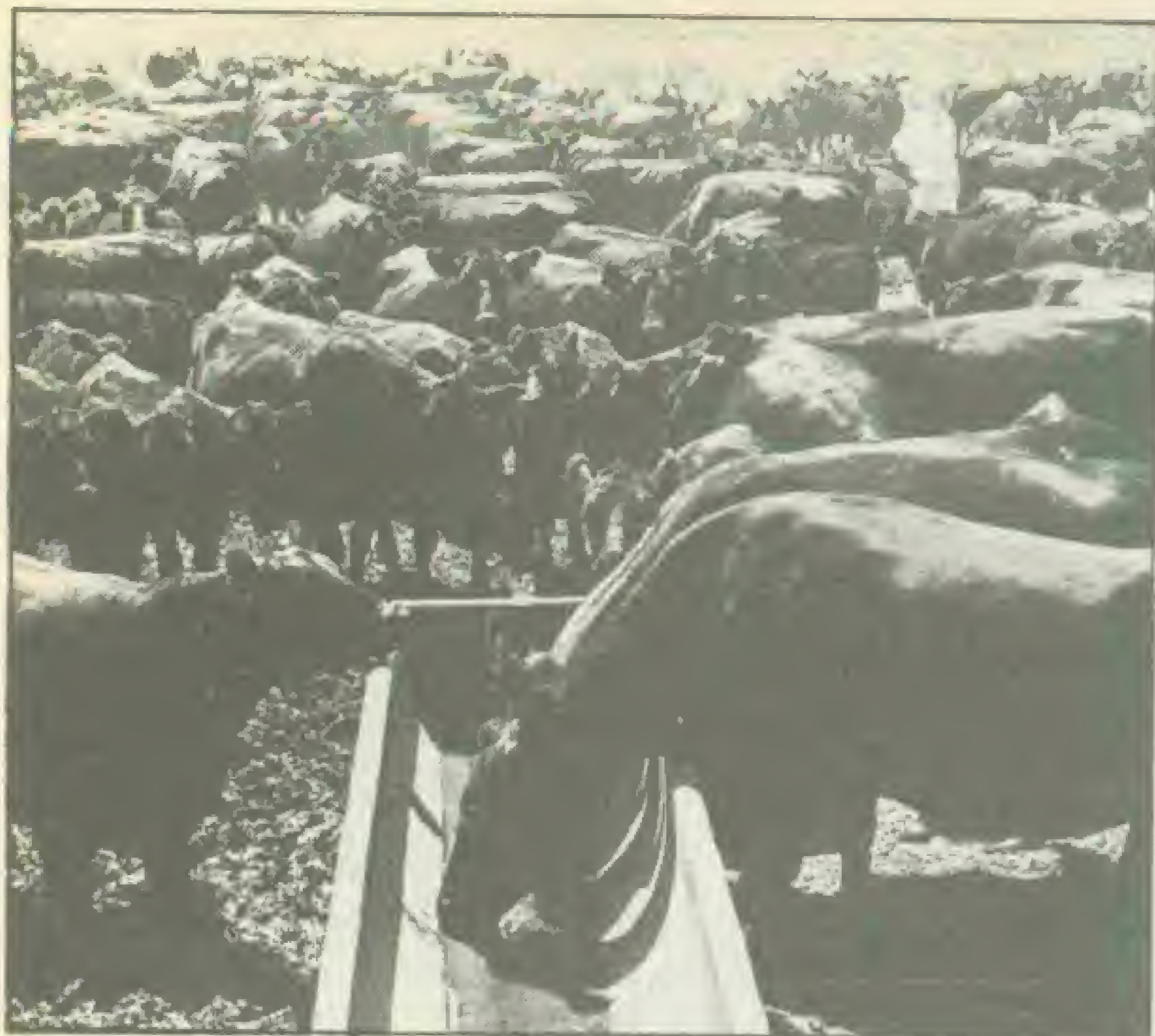




EL 24 de marzo, las Fuerzas Armadas ponían fin al régimen de Isabelita Perón. La situación caótica por la que discurría el país (inflación galopante, corrupción pública y guerrilla) movieron a los altos oficiales del Ejército a dar el golpe de Estado que todo el mundo esperaba. La descomposición había llegado a tal punto que varias publicaciones anunciaron la fecha del «cuartelazo» con bastante anticipación.

A pesar de las múltiples declaraciones de los dirigentes sindicales y de los peronistas ortodoxos, nadie movió un dedo en favor de la Presidente derrocada. Por su parte, la CGT también se desentendió de una causa que de antemano se veía perdida.

Sin embargo, Argentina ha cerrado un paréntesis de su historia (el peronismo), pero, en contra de lo que muchos pudieran crrer, la crisis social no se ha resulto con el regreso de los militares. La sociedad rioplatense padece un problema que podríamos llamar de «identidad». Este confusionismo social se ha desarrollado a lo largo del presente siglo, pero ha sido el peronismo su principal protagonista.



La ganadería ha sido siempre uno de los sustentos básicos de la economía argentina, aunque sus beneficios los recibiera exclusivamente una oligarquía radicada en Buenos Aires, favorecida una y otra vez por acuerdos tan positivos para ella como el famoso pacto Roca-Runciman, de mayo de 1933.

LAS RAICES

La crisis económica de 1929 perjudicó en gran medida al comercio argentino, tan ligado a las exportaciones. Las soluciones más apropiadas estaban fuera del alcance de Yrigoyen y su Partido Radical. En septiembre de 1930 se ponía fin al proceso democrático.

Los nuevos «revolucionarios» no poseían una afiliación política clara, pero su inclinación hacia las formas fascistas era cada vez más evidente. Sin embargo, Inglaterra —el gran cliente— no veía con entusiasmo estas veleidades. Pero el gobierno del general Justo se cuidaba muy bien de contrariar los intereses de la gran burguesía y, como señala A. G. Frank, «el famoso pacto Roca-Runciman, de mayo del 33, garantizó a Inglaterra la importación, y a Argentina la exportación, de carne congelada producida por la gran burguesía del litoral, más bien de la provincia de Buenos Aires, ligada a los frigoríficos y a los intereses financieros y los invernadores de ganado de Buenos Aires y, debido a las limitaciones que en él se establecieron, casi excluyó la exportación de carne congelada, que era producida en provincias por productores más pequeños y más débiles» (1).

Con una orientación económica de este tipo, no cabe duda de que los desajustes en el desarrollo eran cada vez más importantes. El efecto inmediato fue el aluvión de gentes del interior en busca de trabajo en Buenos Aires.

La subida al poder del presidente Castillo acentuó la tonalidad fascista del sistema, pero el curso de los acontecimientos guerreros en Europa le hicieron cambiar de simpatías. Esto no fue tolerado por el Ejército y el 4 de junio de 1943 las fuerzas de «Campo de Mayo» depusieron a Castillo. A pesar de la fachada del general Pedro Pablo Ramírez, la sublevación estaba dirigida por el GOU (Grupo de Oficiales Unidos). Su inspiración era netamente fascista y sus intenciones eran las de prestar apoyo a las potencias del Eje.

El 26 de enero de 1944, ante la marcha de la guerra y la presión de los Aliados, el gobierno de Ramírez decide romper con los nazis. Esta operación obliga a un cambio en la Presidencia, ocupada ahora por el general Farrell, que nombra al coronel Perón vicepresidente y ministro de la Guerra.

1. EL MITO PERON.

Las normas y leyes dictadas por Perón desde la Secretaría de Trabajo fueron el punto de arranque desde donde se labró su mito y su fuerza carismática entre la masa obrera argentina.

La mayor parte de los obreros que llegaron a Buenos Aires, ante las circunstancias económicas creadas por la Segunda Guerra Mundial, fueron encuadrados en la CGT, que Perón vertebró y reorganizó a su antojo.

La Central Obrera surge a raíz de la «revolución» de 1930, para agrupar a las tendencias sindicalista y socialista del proletariado bonaerense. Sin embargo, su actitud empieza siendo muy moderada, hasta llegar a aceptar una rebaja del 20 por 100 en el sueldo de los ferroviarios. Pero en 1935 un bloque formado por los comunistas y los socialistas se apodera de la dirección, potenciando la actividad y el número de afiliados. La llegada de Perón corta de raíz esta tendencia, volviéndose a la moderación y a las actitudes pactistas de los comienzos.

La oposición a Perón y a sus medidas sociales va en aumento, alcanzando a las Fuerzas Armadas que, en septiembre de 1945, se sublevan en Córdoba, pero fracasan. Sin embargo, el 8 de octubre, las fuerzas de «Campo de Mayo» exigen la destitución de Perón. Farrell no tiene más remedio que acceder.

La reacción de los obreros, en apoyo de su líder, fue impresionante: el 17 de octubre la

---

(1) André Gunder Frank: «Lumpenburguesía: lumpendesarrollo».

CGT convocó a los trabajadores en la Plaza de Mayo para exigir la libertad de Perón, que había sido detenido.

Ante la creciente impopularidad del gobierno militar, hubo que convocar elecciones a la Presidencia de la República para febrero de 1946.

En estos comicios Perón se presentaba como uno de los candidatos con mayor número de posibilidades de triunfo. Para lograr éste, al lado de Perón se alineaban fuerzas tan dispares como miembros escindidos del radicalismo, laboristas, católicos, Policía, Iglesia y Ejército. Esta alianza era poco consistente, pero de momento servía a los intereses particulares de cada uno.

En el campo opuesto se formó la Unión Democrática, integrada por el Partido Radical, los socialistas y los comunistas.

A pesar de lo igualado de la pugna, la balanza se inclinó del lado peronista y el 4 de junio de 1946 Juan Domingo Perón llegaba al cargo de Presidente de Argentina por primera vez. Con anterioridad, se casó con Eva Duarte (destinada a desempeñar un importante papel en la vida de su país) y ascendió al grado de general.

2. EL PERONISMO, PRIMER ACTO.

A. LA CREACION DE UN ESPEJISMO.

El nuevo gobernante no podía empezar mejor: el comercio argentino se encontraba en pleno auge y vendía a Europa, destrozada por la guerra, todos sus productos. Basándose en la buena situación, se emprendió una orientación económica que acarreó amargos resultados.

En el aspecto político, las fuerzas que habían apoyado la candidatura triunfadora fueron encuadradas en el Partido Unico de la Revolución, posteriormente Partido Justicialista.

Las ideas de Perón, acerca de cómo debería ser el Estado y sus organizaciones, empezaron a ponerse en marcha: el Partido Justicialista se fue verticalizando y desconectando de las masas; la CGT era incorporada al proceso unificador y su Secretario General, contrario a esta medida, fue reemplazado en 1947. Las formas de aplicación de la Justicia, y su consabida independencia, no encontraban un punto en común entre Perón y los miembros de la Corte Suprema. Para enmendar este fallo se inició, en 1946, un proceso contra cuatro de los cinco miembros de dicha Corte.

Prosiguiendo en la idea de un Estado fuerte e intervencio-



Tras las elecciones de junio de 1946, el coronel Juan Domingo Perón llegaba por primera vez al cargo de presidente de Argentina. Le ayudaron en su empeño fuerzas muy dispares, que iban desde miembros escindidos del radicalismo hasta laboristas y católicos, pasando por componentes de la Policía, la Iglesia y el Ejército. A ellos Perón les agradece aquí su apoyo en la conquista de la presidencia.

nista, se creó el IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio). Por medio de este ente estatal se pretendía controlar el crédito y el comercio exterior. Al mismo tiempo, era el único comprador de cereales y se encargaba de su venta en el exterior. Se controlaban las exportaciones, que hasta ese momento habían estado en manos de empresas particulares, pero el perjuicio se reducía al asegurárseles la venta de sus productos.

Las medidas económicas de corte nacionalista continúan a todo lo largo de 1946, con la creación de las empresas Gas del Estado, Flota Aérea Argentina (luego Aerolíneas Argentinas) y expropiación de elevadores de grano. Asimismo, se efectúa la compra de los ferrocarriles que están en manos de empresas francesas y en febrero de 1947 se hace lo mismo con los de propiedad británica. Esta medida interrumpe el proceso de modernización ferroviaria que se iba a realizar.

Todas las nacionalizaciones y compras reseñadas anteriormente suponían, ya en 1947, alrededor del 32 por 100 de las reservas de divisas del Tesoro argentino (2).

Para coordinar el desarrollo económico, se idea un «plan quinquenal», que da comienzo en 1946. Uno de los principales objetivos es la revitalización de la infraestructura del país, pero los resultados se alejan de los propósitos y sólo cabe destacar la construcción del gaseoducto Comodoro Rivadavia-Buenos Aires, la construcción del aeropuerto de Ezeiza, el dique de Nuhuil y el de Florentino Ameghino (terminado en 1950). Se promociona la flota Mercante (idea de Castillo) y la creación de un buen número de escuelas y hospitales, pero los ferrocarriles y las carreteras siguen en su estado de abandono. Por otra parte, el plan siderúrgico de 1947 no se lleva a cabo y la economía argentina permanece atada a las exportaciones.

El 9 de julio de 1946, en uno de sus múltiples discursos, Perón proclamaba fanfarronamente que la Argentina tenía asegurada su independencia económica. Sin embargo, se refería a una situación ficticia y pasajera que no tardando mucho se habría de notar.

(2) *Félix Luna: «De Perón a Lanusse».*

Empeñado por el apoyo de una clase obrera que esperaba mejoras salariales, el gobierno peronista estaba obligado a conceder los aumentos exigidos desde los sindicatos. Sin embargo, los precios, a pesar de los controles, no dejaron de subir. La incoherente política económica seguida por el peronismo tendía a fomentar las exportaciones agrícolas y el desarrollo de la industria liviana, pero esto acarreaba una espiral de dependencia con respecto al mercado exterior, a la vez que agudizaba un proceso de incapacidad para desarrollar la necesaria infraestructura de base que serviera para potenciar un desarrollo mucho más profundo y estable.

A pesar de la creación del ente estatal YPF, para la explotación de los yacimientos petrolíferos, la actividad en este sector puede considerarse nula y la sangría de divisas, que por el concepto de combustible tenía que pagar Argentina, fue en aumento.

Lentamente, la presión política de Perón y el Partido Justicialista se va acentuando, hasta llegar a la detención del líder radicalista Ricardo Balbín, que en 1950 es despojado de su inmunidad parlamentaria y sometido a juicio.

El control sobre los medios de comunicación es total: las emisoras de radio y los periódicos más importantes se encuentran en manos del justicialismo o son silenciados. Puede decirse que a partir de 1950 el organismo de propaganda del partido era perfecto y se confundía con el del Estado. Aunque hay que señalar que los peronistas estaban moviéndose con el apoyo de un consenso electoral masivo.

"Soy anticomunista por naturaleza y por convicción"

"Nunca permitiré la infiltración comunista en la República Argentina"

"Con los soviets deseo relaciones económicas, pero no políticas"	"Las relaciones entre los EE. UU. y la Argentina mejoran de día en día"

Declaraciones de Perón al corresponsal en Buenos Aires del "Daily News"

El nacionalismo de Perón se vio teñido por las ideas fascistas que habían dominado en Europa durantae la década de los treinta. Pocos meses después de ser elegido presidente, confirmó en estas declaraciones su anticomunismo furibundo, que los peronistas «de izquierda» quisieron olvidar después.

Como lo prueba su triunfo en las elecciones a diputados en 1948, donde se apuntan un gran triunfo al conceder el voto a las mujeres. La figura de Eva Duarte (Evita) cobró, a partir de estos instantes, unas dimensiones mitológicas, apoyada en la rama femenina del Justicialismo.

Viendo la atracción carismática que ejercía Perón, un grupo de diputados propuso una reforma de la Constitución que contemplase la reelección presidencial. A pesar de la oposición de los miembros del Partido Radical, esta maniobra se llevó a buen término. No obstante, parece ser que Perón no era partidario de esta idea, pero Evita y sus colaboradores terminaron por convencerle de que era el único que podía gobernar al país y conducirlo hacia grandes metas. Junto a la reelección se agregó el famoso «Artículo 40» que declaraba de propiedad nacional los yacimientos, los minerales, el petróleo y todas las demás fuentes de energía, así como los servicios públicos. Esto pudo considerarse como una medida «revolucionaria», pero no lo era tanto puesto que la gran mayoría de los sectores nacionalizados quedaron paralizados y el capital extranjero, que en esos momentos se disponía a invertir, fue bloqueado. Asimismo, el Gobierno, como se vio después, carecía de medios, personal e inventiva para explotar de forma adecuada las fuentes de riqueza que se ponían bajo su control.



Desde 1948, en que se concede el voto a las mujeres, la figura de Eva Duarte de Perón (Evita) cobró unas dimensiones mitológicas. Apoyada en la rama femenina del Justicialismo y pasando por ser la defensora de los «descamisados», constituyó —con la CGT— el sustento esencial del peronismo.

Por otra parte, la reforma constitucional dejaba en el olvido la cuestión agraria y la situación de ese ejército de peones obligados a emigrar hacia las grandes ciudades en busca de mejores salarios.

La normalización de la situación en Europa vendría a poner de manifiesto lo endeble de la política económica del peronismo: las exportaciones de carne, que entre 1945 y 1949 habían llegado al 35 por 100 del total mundial, descendían de forma vertiginosa entre 1950 y 1954, para colocarse en el 18,9 por 100. El efecto sobre una economía cuya fuente de ingresos más importante son las exportaciones no es difícil de imaginar.

En otro orden de cosas, la situación de los obreros era digna de tenerse en cuenta. Se encontraban protegidos por

El anuncio de la fórmula electoral Juan Perón-Eva Perón para la votación de 1951 provocó que los altos oficiales del Ejército pusieran el grito en el cielo. Pero, tras un fallido golpe de Estado militar, el matrimonio —al que vemos victorioso— triunfó por más de dos millones de sufragios de diferencia.



unos sindicatos fuertes que eran la expresión de la política social del Gobierno. Sus salarios crecían de forma regular. Por un instante pareció que el modelo ideal se había encontrado. Pero esta rara unión y concordia se fue a pique y en enero de 1951 el triángulo empresarios-Perón-obreros se rompió con la huelga de ferroviarios. El Gobierno reaccionó militarizando a los huelguistas.

El anuncio de la fórmula electoral Juan Perón-Eva Perón hace que los altos oficiales del Ejército pongan el grito en el cielo. El 28 de septiembre de 1951 la guarnición de «Campo de Mayo», al mando del general Menéndez, intenta el golpe de Estado. Sin embargo, la oposición de los suboficiales hace fracasar la empresa.

La campaña para las elecciones presidenciales comienza con una gran actividad de los radicales, que presentan la fórmula Balbín-Frondizi. Por su parte, Perón no se molesta en hacer propaganda. A última hora pronuncia algunos discursos por radio. Los resultados de las elecciones del 11 de noviembre de 1951 le dan la razón: unos 4.500.000 votos frente a los 2.300.000 de sus rivales son prueba más que suficiente de que su prestigio e influencia permanecen.

B. EL SEGUNDO MANDATO.

El 4 de junio de 1952 Perón jura el cargo de Presidente de Argentina por segunda vez. El entusiasmo justicialista se ve truncado por la muerte de Evita, el 26 de julio.

Ya en 1953 los síntomas de deterioro económico son muy evidentes: las reservas de divisas están agotadas y el aumento del consumo ha provocado un incremento de las importaciones, colocando a la economía del país en una difícil situación. Las obras emprendidas por el régimen peronista no han sido siempre las más apropiadas y se han llevado el dinero acumulado en la época anterior. Todo esto revela la insuficiencia industrial de Argentina, que cada día se ve más obligada a efectuar compras en el exterior. Para colmo, los productos que antes encontraban fácil salida se enfrentan con dificultades y competidores. Las investigaciones realizadas entre diversos funcionarios, ante el caso insólito de escasez de carne, revelan la complicidad de Juan Duarte, hermano de Evita, que opta por el suicidio. La CGT convoca una manifestación en apoyo de su líder. Varias bombas causan cinco muertos entre los peronistas que reaccionan asaltando las sedes de los partidos de la oposición.

En torno al peronismo todo va hundiéndose: la falta de capitales inversores obliga a las autoridades a introducir modificaciones que permitan la entrada de los intereses extranjeros. La productividad de la industria ligera se ve afectada por las huelgas y la orientación del Gobierno, que no facilita el necesario proceso renovador. En octubre de 1954 se produce la ruptura entre Perón y la Iglesia, a la que se le acusa de torpedear la acción gubernamental. La represalia se traduce en la retirada de las subvenciones a los colegios católicos y en la aceptación del divorcio. En mayo de 1955, con el pretexto de realizar la separación oficial entre la Iglesia y el Estado, se acomete el intento de acabar con el enojoso «Artículo 40», para permitir la entrada de capitales extranjeros que ayuden a levantar la desfallecida economía del país. La contradicción entre el proclamado nacionalismo eco-



nómico y la petición de ayuda al extranjero alcanza en estos momentos su cota máxima, poniendo de manifiesto la incoherencia ideológica del justicialismo y de su líder.

El enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado llega a su grado de mayor virulencia cuando el 11 de junio se prohibe la procesión del Corpus. El descontento penetra en las Fuerzas Armadas y el 16 de julio unidades de la Aviación arrojan varias bombas sobre la Casa Rosada, con la intención de matar al presidente. Sin embargo, Perón había sido avisado por el embajador yanki y pudo escapar al atentado.

Ante el progreso de la oposición, Perón preparó un golpe de teatro: anunció su dimisión. La respuesta de los obreros encuadrados en la CGT fue rápida y el líder se vio «obligado» a retirar su renuncia. Al mismo tiempo lanzaba amenazas a la oposición, por rechazar sus ofertas de diálogo.

El 8 de septiembre la CGT, por medio de su Secretario General, da un paso en falso de extrema gravedad, al ofrecerse como milicia popular a las Fuerzas Armadas. Esta idea es rechazada con horror por los militares, que se encuentran preparando la conspiración.

Entre el 15 y el 16 de septiembre, las fuerzas militares de Córdoba, al mando del general Leonardi, se sublevan al mismo tiempo que la Marina. La reacción de las tropas leales al Gobierno parece que va a tener éxito. Sin embargo, las unidades procedentes de Mendoza se niegan a enfrentarse a los rebeldes y se unen a la conjura. Al poco tiempo, el ministro de la Guerra hace público un comunicado en el que se dice que el Presidente de la República deposita sus responsabilidades en las Fuerzas Armadas. Es la dimisión y el camino del exilio.

Perón había tomado al país con una economía próspera y lo condujo a la bancarrota. Proclamó la independencia económica, al principio de su mandato, y al final se iniciaba la penetración del capitalismo extranjero, que, sin embargo, no llegó a tiempo para salvarlo. Proclamó su postura neutral y se encontraba aliado, de forma más o menos clara, con el poderoso vecino del Norte. En definitiva, no había sabido romper con el lazo de dependencia que desde hace tiempo maniata a América latina con respecto a los países de capitalismo avanzado. Cuando la economía argentina dejó de tener peso específico en el suministro de productos alimenticios a los diversos países capitalistas, su falsa prosperidad se reveló con toda su crudeza. Sobre todo teniendo en cuenta que el peronismo no aportaba ninguna orientación concreta. Lo único que se perseguía era la afirmación del nacionalismo —sentimiento bastante arraigado en Argentina— y la perpetuación del poder.

Inspirado en los regímenes fascistas europeos, el peronismo también llegó al poder mediante elecciones, pero si en Europa fue la burguesía media, en Argentina fue el lumpenproletariado quien prestó el mayor apoyo a esta versión del «populismo» latinoamericano (3).

---

(3) En los «populismos» latinoamericanos hay una constante: la frustración. Junto al caso del Peronismo, hay que colocar al «Velasquismo» ecuatoriano de Velasco Ibarra (cinco veces presidente y siempre depuesto por las FF. AA.). En igual línea se sitúa el caso de Getulio Vargas y su Partido Social Demócrata. Otro ejemplo interesante es el de Haya de la Torre y el APRA: constituido en una especie de Kuomintang latinoamericano, en 1924, se transformó en partido político pequeño burgués, pero nunca pudo llegar al poder.

El único caso de triunfo, aunque posteriormente escamoteado, fue el del MNR (Movimiento Nacional Revolucionario) boliviano. La guerra civil de 1952 puso de relieve que las fuerzas populares (el ejército minero, en este caso) podían vencer a un ejército regular, como luego volvería a confirmar el caso cubano.

Sin embargo, nacidos como consecuencia de la crisis de 1929, en algunos casos (peronismo, aprismo y velasquismo) han

Las características propias de los totalitarismos, que Gino Germani describe, también se dan en el caso peronista: identificación de las masas con su líder, comunicación directa, a nivel personal, sentimiento de participación, prestigio jerárquico y sentimiento de superioridad nacional y racial (4). Estas, entre otras, son las razones por las que el proletariado argentino, y de forma especial el bonaerense, se encuentra tan poco penetrado de las ideas izquierdistas. El derrocamiento de su líder lo consideraron como algo personal, íntimo. Desde ese momento, el carisma, que el tiempo debió borrar, fue acrecentándose. La necesaria interiorización para realizar un análisis sobre la estrategia obrera no se produjo y se continuó en un ideario que a la única definición que responde es a la de «confusionismo».

logrado mantenerse vivos en la conciencia de las masas, que siempre les vio como a los representantes de un momento mejor.

(4) Gino Germani: «Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas».



Un golpe de Estado de la Fuerzas Armadas terminó en el otoño de 1955 con el mandato presidencial de Perón, caracterizado por la corrupción y el deterioro social. En noviembre de ese mismo año, el general Pedro Eugenio Aramburu (en la foto) es designado jefe de la «revolución libertadora».

3. EL INTERMEDIO.

A. LA «REVOLUCION LIBERTADORA».

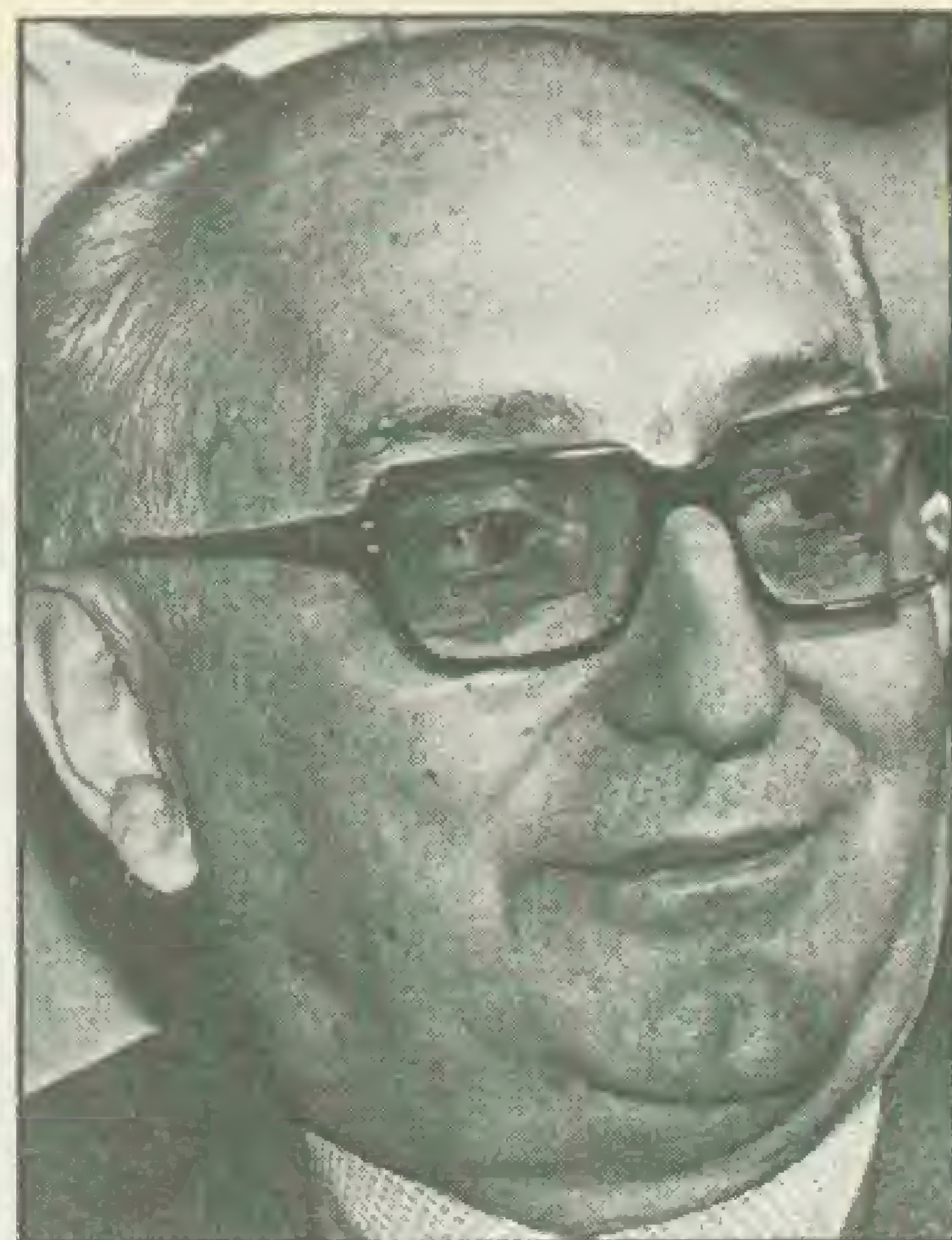
La corrupción y el deterioro social que había producido el régimen peronista no pudo ser vencido por los gobiernos que le sucedieron. El factor común a todos ellos fue, por encima de cualquier otro, la incapacidad.

El 13 de noviembre de 1955 el general Aramburu reemplaza al general Leonardi en la jefatura de la «revolución libertadora». El nuevo mandatario se muestra mucho más dispuesto a emprender el castigo de los miembros del régimen anterior, como se demostró en el fusilamiento de los militares peronistas sublevados en junio de 1956.

La actitud del Gobierno «revolucionario» y la marcha de Perón provocaron la división en el movimiento obrero. Los socialistas y radicales se agruparon en los «32 gremios democráticos» y los peronistas en las «62 Organizaciones».

El balance económico de la «revolución libertadora» no fue muy superior al del sistema precedente. El especialista Raúl Prebisch, llamado a emitir un informe, manifestó que se había realizado un desaprovechamiento de las reservas de divisas y aconsejó una devaluación de la moneda y otras medidas que tendieran a liberalizar la economía.

Se terminó con el control comercial del IAPI, pero se mantuvo la vigilancia sobre el comercio exterior de cereales. La producción agropecuaria del período 1956-57 fue la más provechosa que se conoció. Sin embargo, en la mayoría de los casos, se continuó con la misma orientación del peronismo. El ingreso de Argentina en el Fondo Monetario Internacional facilitó el proceso de penetración del capitalismo extranjero, iniciado por Perón.



Los militares entregaron el poder en mayo de 1958, con el fin de dar paso a unas elecciones presidenciales. Vence en ellas Arturo Frondizi —sobre estas líneas—, líder radical «desarrollista» que da vía libre al capital extranjero y que se mantiene en el poder hasta el 18 de marzo de 1962.

Al entregar el poder, en mayo de 1958, los militares no podían ofrecer un buen balance económico. En su descargo cabe decir que no disponían de las posibilidades y tiempo que tuvo el peronismo.

Las elecciones para la Presidencia de la República, en la que participaron todos los partidos políticos a excepción del Justicialismo, enfrentó a los líderes radicales Ricardo Balbín y Arturo Frondizi. El triunfo se decantó en favor del último, que estuvo apoyado por los votos peronistas.

B. LOS «CUARTELAZOS»

A partir de estos instantes la Historia de Argentina se reduce a una serie ininterrumpida de «cuartelazos» que dificultarán el normal desarrollo de la vida nacional, pero en definitiva iban a marcar a la sociedad en dos opciones bien claras: peronistas y antiperonistas.

Con Frondizi se daba vía libre al capital extranjero. A los dos años el país era autosuficiente en hidrocarburos. A partir de 1960 empiezan a sentirse los resultados de la nueva orientación económica, pasándose de nación importadora a exportadora de petróleo. Asimismo, aumentaba el Producto Nacional Bruto y la fabricación de automóviles de todo tipo. Por otro lado, se producía una reducción del gasto público, al someterse el aparato administrativo a una racionalización eficaz. En 1961 se inauguraba el primer alto horno, idea peronista de 1946, y se iniciaban las obras de las presas de Cadillal y Salto Grande. Sin embargo, la acción de Frondizi y su «capitalismo desarrollista» era entorpecida por todos los sectores del país. Los peronistas esgrimían la amenaza de la huelga, ante el incumplimiento del pacto electoral, y los conservadores le acusaban de entregar el país al capital extranjero.

Ante los atentados perpetrados por los peronistas, las Fuerzas Armadas impusieron a Frondizi el «Plan Conintes», que extendía la jurisdicción militar hasta los acusados de terrorismo.

Las elecciones celebradas el 18 de marzo de 1962 habrían de provocar la caída de Arturo Frondizi, al permitir la participación de los peronistas, que triunfaron en los principales centros de población, incluida la provincia de Buenos Aires. La negativa a intervenir federalmente las provincias donde se produjo el triunfo del peronismo decidió a los tres comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas a dar el golpe de Estado y el 29 de marzo se hacía público el derrocamiento de Frondizi, que era conducido a la prisión de Martín García.

Sin embargo, y a pesar de su propósito de acabar con los «pecados» del régimen anterior, las Fuerzas Armadas no supieron qué hacer con el poder tan fácilmente logrado. Viendo sus dudas, el magistrado de la Corte Suprema, José María Guido, exigió el cargo de Presidente en nombre de la legalidad constitucional.

Para enmendar el rumbo económico y devolver a la oligarquía exportadora todo su poder, entró en el nuevo gobierno el ministro Federico Pinedo, que enunció sus propósitos al decir que «la vida económica del país gira alrededor de una gran rueda maestra que es el comercio exportador. Nosotros no estamos en condiciones de reemplazar esa rueda maestra, pero estamos en condiciones de crear, al lado de ese mecanismo, algunas ruedas menores que permitan cierta circulación de la riqueza, cierta actividad económica, la suma de la cual mantenga el nivel de vida del pueblo a cierta altura» (5).

La puesta en práctica de las medidas del ministro Pinedo motivaron la caída del peso de 82 a 150 por dólar USA. Se suspendieron las ayudas a la industria motriz y se estableció una barrera de aranceles proteccionistas. Ante esta política tan impopular, la caída de Pinedo fue fulminante: dos semanas al frente del Ministe-

(5) Declaraciones recogidas por M. Murmis y J. C. Portantiero.



Retirado el apoyo de las Fuerzas Armadas al presidente Illia, se produce en 1966 un nuevo golpe militar. De él surge el «hombre justo», el «necesario», el «individuo prodigio»: se llama Juan Carlos Onganía, quien cree ser el dirigente elegido «para llevar a Argentina a grandes metas», e instaura una dictadura. (En la foto, Onganía recibe en Madrid la Gran Cruz del Mérito Militar español.)

rio de Economía. Para sustituirle se nombró a Alvaro Alsogaray. Si el primero fue nefasto, el nuevo ministro no lo fue menos. Las consecuencias se tradujeron en un vertical descenso de la capacidad adquisitiva de la población, hundimiento de la Bolsa y el endeudamiento total de un buen número de empresas.

A la intervención federal de las provincias le siguió una larga serie de «cuartelazos» que terminaron en la actuación del general Juan Carlos Onganía, para restablecer la autoridad presidencial.

Para las elecciones presidenciales de 1963 se presentan varias opciones: el general Pedro Aramburu, apoyado por las Fuerzas Armadas; la Unión Cívico Radical del Pueblo, con el doctor Illía; la Unión Cívico Radical Intransigente, con Oscar Alende, que intenta ganarse los votos peronistas. Sin embargo, Perón ordena que se vote a la candidatura Solano-Sylvestre, del Frente Nacional y Popular. Pero a última hora el peronismo y las «62 Organizaciones» deciden la abstención.

Los resultados de las elecciones celebradas el 7 de julio de 1963 dieron dos millones quinientos mil votos a Illía; un millón seiscientos mil a Oscar Alende; un millón trescientos mil al general Aramburu y un millón setecientos mil votos en blanco, pertenecientes al peronismo.

Illía, totalmente vinculado a la oligarquía nacionalista, se había comprometido a la anulación de los contratos suscritos por Frondizi con las compañías petrolíferas extranjeras. Llevó a cabo su palabra, pero supuso un descenso vertiginoso de la producción de los yacimientos.

El programa económico emprendido no coincidía con las necesidades reales del país y los problemas se agravaron cuando la CGT, por medio de su líder José Alonso, presentó un programa de exigencias al Gobierno. El Presidente y sus consejeros no se dieron por enterados y la central obrera decretó un plan de lucha para conseguir sus proposiciones.

La Administración Illía se dispuso a desandar el camino recorrido durante la época de Frondizi. Como consecuencia consejeros no se dieron por enterados y la central obrera decretó un plan de lucha para conseguir sus proposiciones. de las nuevas medidas, decayó el ritmo de las explotaciones petrolíferas, se retrasó el proceso de renovación industrial y se paralizó la reorganización de la red ferroviaria. Sin embargo, a pesar de estas decisiones, se tuvo a favor las buenas cosechas de 1964 y 1965, con lo que la oligarquía cerealista y exportadora quedaba plenamente satisfecha del nuevo mandatario y su gobierno. No obstante, las consecuencias se presentaron de forma rápida y al año siguiente Argentina se veía en la necesidad de importar combustible, se producían diez devaluaciones monetarias y la inflación alcanzaba el 32 por ciento.

La CGT vuelve a la carga para protestar contra la política gubernamental, pero en estos momentos se encuentra dividida en dos facciones. Los «ortodoxos» siguen fieles a las indicaciones peronistas, pero los «independientes», encabezados por Augusto Vandor, planean una nueva estrategia. El prestigio de Vandor es tan grande que en 1965 llega Isabelita, la nueva esposa de Perón, para atajar la influencia de los «independientes». Un año antes Perón había intentado el regreso, pero su vuelo fue interceptado en Río de Janeiro, donde se le comunicó que no podía volver a Argentina.



El orden impuesto por la dictadura de Onganía se rompe cuando, en abril de 1969, un grupo de jóvenes ataca un puesto de guardia en «Campo de Mayo». Es el comienzo de la actividad de las guerrillas (Montoneros, ERP, FAL, FAP), combatidas a muerte por el Ejército como testimonia esta imagen.

ONGANIA

Ante el cúmulo de desaciertos de la Administración, las

Fuerzas Armadas retiran su apoyo al Presidente Illía y el 26 de junio de 1966 varias unidades del Ejército se sublevan contra el Gobierno. En este momento hace su aparición el «hombre justo», el «necesario», que recibe el apoyo —sorprendentemente— hasta de los obreros. Este individuo prodigio es el general Onganía, que ocupa la Presidencia de la República. Acto seguido, se procede a proclamar los «Estatutos de la Revolución Argentina». Como medida complementaria quedaban disueltos los partidos políticos. También eran intervenidas las Universidades, acusadas de «nido de comunistas».

Onganía, al igual que Perón, padece la ilusión de creerse el hombre propicio para llevar a Argentina a las grandes metas político-económicas que sus potenciales recursos ,hacen afirmar a todos. Su idea autodidacta de la política se centra en el orden, luego la cuestión económica y, posteriormente, las libertades políticas. Trata de separar tres conceptos que se complementan y se unen por sus íntimas relaciones.

Con el nombramiento de Krieger Vasena, para la cartera de Economía, se produce otra designación tan lamentable como la de Pinedo o Alsogaray. Vasena elabora su plan y al país no le queda más remedio que sufrirlo.

En principio, el «plan Vasena» parece funcionar: aumento del Producto Nacional Bruto y disminución de las tasas de inflación que ahora se sitúan en el 29 por ciento, para 1967, y en el 7,6 por ciento para 1969. Pero la contrapartida no es muy esperanzadora, teniendo en cuenta que se genera una disminución de la productividad y una reducción considerable de las inversiones públicas, así como una nueva devaluación. Esto se traducía en un desequilibrio en la balanza de pagos que en 1967 era positiva en 800 millones de dólares y en dos años alcanzaba un déficit de 200 millones.

El orden impuesto por la dictadura de Onganía se rompe cuando, en abril de 1969, un grupo de jóvenes ataca un puesto de guardia en las instalaciones de «Campo de Mayo». A partir de estos momentos las organizaciones extremistas ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), Montoneros (izquierda peronista), FAL (Fuerzas Armadas de Liberación) y FAP (Fuerzas Armadas Peronistas) harán su aparición para desarrollar una táctica de guerrilla urbana y una serie ininterrumpida de atentados.



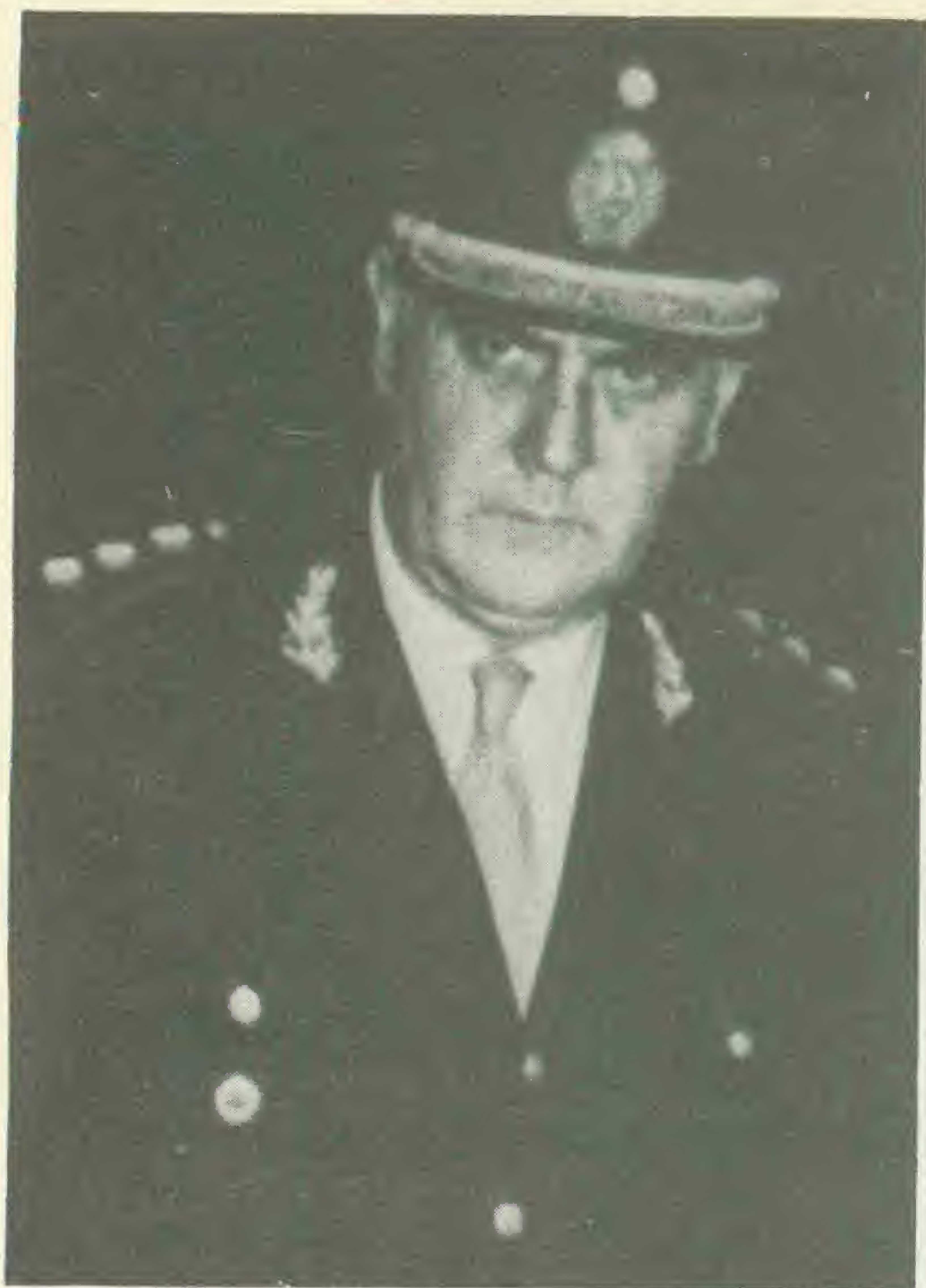
El 30 de junio de 1969, cae asesinado en Buenos Aires Augusto Vandor —al que vemos—, líder de los sindicatos «independientes». Dada la situación de violencia e inestabilidad que culmina este hecho, las Fuerzas Armadas deciden sustituir a Onganía por el también general Levingston.

Un hecho de escasa importancia, la subida de los comedores de la Universidad de Corrientes, vino a desencadenar la larga serie de conflictos que acabaron con Onganía y su dictadura. Los enfrentamientos entre los universitarios y la Policía terminan con la muerte de un estudiante. Esto provoca la confraternización de los obreros de Córdoba. El 29 de mayo de 1969 aparecen los francotiradores y las barricadas. Córdoba recuerda al París del año anterior y se hace necesaria la intervención del Ejército. El balance del «cordobazo» es de catorce muertos. Pero la ola de violencia no se extingue. Pasa hasta la Capital Federal y el 30 de junio Augusto Vandor, el líder de los sindicatos «independientes», cae asesinado. Ante la gravedad de los hechos, el Gobierno interviene la CGT y declara el «Estado de Sitio». La víctima que se ofrece a la opinión pública es el ministro Vasena. Pero esto ya no convence a los principales jefes de las Fuerzas Armadas y deciden sustituir a Onganía. Su lugar lo ocupa el general Levingston, que prosigue en la actitud de su antecesor. Las tres huelgas generales decretadas por la CGT en 1970 y la repetición del «cordobazo» provocan la caída de Levingston, que es reemplazado por el general Lanusse, Jefe de la Junta de Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas.

4. EL PERONISMO, SEGUNDO ACTO

A) LANUSSE Y CAMPORA

El 26 de marzo de 1971 Lanusse tomaba posesión del cargo de Presidente. El nuevo mandatario estaba más dispuesto que sus antecesores al diálogo con todas las fuerzas de la Nación. Su idea central consistía en que era necesario salir de la situación en que se encontraba la sociedad argentina. Para enfrentarse con esta tarea se debía contar con todo el mundo, sin ignorar a nadie. Sin embargo, también estuvo tentado de permanecer en el



Alejandro Lanusse, que desde la cabeza de la Junta de Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas pasaría a la presidencia de la nación el 26 de marzo de 1971, sustituyendo al general Levingston. El nuevo mandatario intentó apoyara el retorno a una situación democrática.

poder, con el apoyo del Ejército. No obstante, abandonó esta idea rápidamente y se procedió a los preparativos para realizar unas elecciones libres, en las que los argentinos eligieran a la persona adecuada para enderezar al país. Pero, como se había demostrado en anteriores comicios, la fuerza política que contaba con mayor clientela electoral era el peronismo. Esto significaba un fuerte inconveniente para un buen número de militares. No obstante, la autoridad presidencial logró imponerse y convenció a las Fuerzas Armadas para que aceptasen cualquier resultado electoral. A pesar de todo, la situación de deterioro era de tal magnitud que unas elecciones iban a resolver bien poco. De otro lado, los partidarios de las soluciones violentas —ERP, Montoneros y Juventud Peronista— no se mostraban dispuestos a cesar en sus actividades. El asesinato de 21 guerrilleros, por fuerzas de la Marina, en agosto de 1972, terminó por establecer la guerra total entre el Ejército y los grupos revolucionarios.

Prosiguiendo en su decisión de apoyar el retorno a una situación democrática, Lanusse procede a la convocatoria de elecciones. Hay una especie de compromiso mediante el que Perón no podrá presentarse como candidato, pero el peronismo sí tenía garantizada su participación.

Las diversas organizaciones de tendencia peronista se agruparon en el denominado FREJULI (Frente Justicialista de Liberación) para luchar contra la Unión Cívica Radical del Pueblo, que apoyaba a Ricardo Balbín. Desde su exilio de Madrid, Perón ordenó que Cámpora fuera el candidato de FREJULI.

El 11 de marzo de 1973 se realizaron las elecciones que dieron el triunfo a Héctor José Cámpora, representante de lo que se ha dado en llamar «izquierda peronista», el sector que desde las filas del peronismo, y en nombre de este movimiento, ha tratado de buscar un poco de congruencia en su ideario y actuación política (6). Puesto que se recababa el apoyo de los obreros, había que tender hacia una ideología que interpretase correctamente los problemas de esa clase social. Evidentemente, el peronismo no era la doctrina más apropiada para llevar a cabo esta tarea de acercamiento e identificación. Si a este intento de toma de contacto, libre de subjetivismos carismáticos, le agregamos las piruetas diplomáticas de lazos más estrechos con Chile, Perú y Cuba, es lógico suponer que el «jefe máximo» retirase su apoyo a Cámpora. Para colmo, se produjo el enfrentamiento entre la derecha y la izquierda peronistas cuando Perón regresa a Argentina: el 20 de junio de 1973 los miembros de la Juventud Peronista, que acuden al aeropuerto de Ezeiza para recibir al líder, son ametrallados por comandos del ala derecha del Justicialismo.

Ante esta serie de enfrentamientos y la falta de apoyo que Perón le presta, Cámpora presenta su dimisión. Muchos opinan que todo estaba preparado, sólo que los acontecimientos habían acelerado la transmisión de poderes. En cualquier caso, la tragicomedia peronista se disponía a re-

---

(6) Con anterioridad se había producido un hecho importante de superación ideológica por parte de un grupo de peronistas. En 1959, después del triunfo guerrillero en Cuba, el ala revolucionaria del peronismo intenta la instalación de un foco guerrillero en la provincia de Tucumán. Inspirado por John William Cooke, lugarteniente de Perón en los últimos años del Justicialismo, el grupo «Uturuncos» desaparece al fallarles el apoyo del peronismo ortodoxo, que no creía en estos métodos revolucionarios.

presentar su segundo acto. Si el primero resultó bastante deslucido, el segundo se iba a mostrar grotesco y lamentable.

B) EL TRIUNFO DEL MITO

Lo que no se consiguiera en el primer mandato, se conseguiría en el último intento: la presentación de la fórmula electoral Perón-Perón. Es decir, él y su mujer Isabelita.

No sabemos demasiado acerca de la opinión de los altos oficiales de las Fuerzas Armadas —tan contrarios otras veces a estas cosas—, pero nos imaginamos que no tenían nada que objetar. Sólo deseaban que el desprestigio terminase con un movimiento que nunca habían visto con buenos ojos.

Como de costumbre, en las nuevas elecciones, los radicales fueron derrotados por el peronismo. El porcentaje de votos en favor de Perón alcanzó un 70 por ciento, cifra jamás lograda por nadie en Argentina. Muy detrás quedaban las candidaturas de Balbín, Manrique y Alende.

Una vez más el mito y el carisma, con toda su fuerza de atracción, habían vencido al juicio crítico y a la verdad histórica. Y los votos favorables demuestran que en este espejismo estaba envuelto la mayor parte del pueblo argentino. Un viejo líder, que en un tiempo lejano adoptó posturas reformistas y nacionalistas, se hacía con los votos de la mayor parte del electorado. Pero sigue lo incongruente: estaba claro que Perón no comulgaba con las ideas de izquierda de su Partido. Sus posiciones no rebasaban un centrismo. Es más, aspiraba a desempeñar el papel de árbitro de todas las tendencias políticas, imbuido en su idea de «hombre necesario». Esto debió servir de alerta a las clases trabajadoras, que decía defender. Pero los votos que cayeron de su lado no provenían del electorado conservador y derechista, sino de las clases más bajas. Según la clasificación expuesta por J. F. Marsal, podemos decir que el 66,4 por ciento de los votos de las capas inferiores de la sociedad argentina se dirigieron al peronismo; el 46,6 por ciento de la clase media inferior también optó por Perón; y sólo el 18,3 por ciento de la clase media intermedia se decidió por la candidatura justicialista. Como contrapartida, las clases altas y media superior concedían el 36,2 por ciento de sus votos a los candidatos considerados de izquierda. Pero la clase baja sólo depositaba en la izquierda el 2,4 por ciento de sus sufragios (7).

Esta repartición de votos ponía de relieve que, después de una ausencia de casi veinte años, las ideas parafascistas de Perón se mantenían en pie, en buena parte debido al desgobierno de sistemas anteriores y a la tremenda debilidad de los partidos de izquierda clásicos, a su incapacidad para salir de un estado larvado, a un estancamiento que se remonta a principios de siglo (8). A pesar del indudable prestigio de su autoridad, Perón no pudo evitar que los grupos Montoneros y Juventud Peronista se apartasen cada vez más del tronco del Justicialismo, de los denominados «ortodoxos». Unicamente la CGT parecía mantenerse inatacable por la división.

La tercera presidencia de Perón se inicia en octubre de



Convocadas las elecciones por Lanusse para el 11 de marzo de 1973, dieron el triunfo a Héctor José Cámpora, representante de la llamada «izquierda peronista» y hombre cuyo papel consistía en allanar el camino para el regreso de Perón (en cuya compañía aparece sobre estas líneas), que se produjo en junio de ese mismo año.

(7) Juan Francisco Marsal: «Revoluciones y contrarrevoluciones».

(8) A pesar de que el Partido Socialista de Argentina se funda en 1896, su acción es escasa. Unicamente cabe resaltar el intento de crear un gobierno de soviets en Buenos Aires, en 1919. Sin embargo, el radicalismo no duda en emplear a las Fuerzas Armadas para combatir este intento socialista. La «Semana Trágica» se cierra con varios cientos de víctimas y con el desmantelamiento de las organizaciones del proletariado bonaerense. De esta catástrofe puede decirse que no se ha recuperado.

1973. Durante este período y hasta su muerte, en julio del año siguiente, el viejo líder asiste al derrumbamiento de su obra. El peronismo salta por los aires fragmentado en mil pedazos, en mil tendencias. Sin embargo, la gente todavía se aferra a él. Es la única ideología política que se ha mantenido a lo largo del tiempo y muchos recuerdan que los días prósperos coincidieron con su mandato.

La muerte de Perón marca, sin duda, la extinción de su movimiento político, por mucho que algunos intentasen recoger su antorcha. El peronismo sin Perón no tiene sentido. La ideología del movimiento político es el propio líder. Despojado del carisma, del paternalismo que envolvía a Perón, su movimiento, en manos de sus secuaces, se vuelve incongruente y etéreo.

C. ISABELITA

Como tenía previsto la Constitución, Isabelita llega al cargo de Presidente, pero es el ministro de Bienestar Social, López Rega, quien dirige las riendas del Gobierno. Ya ha-



Lo que apenas se consiguiera en el primer mandato por la muerte de Evita, se logra por fin desde la primavera de 1973: el doble apellido Perón en el poder, al unirse al general, como vicepresidente, su nueva esposa, Isabelita. He aquí la ceremonia del juramento de ambos, derrotados ya Balbín, Manrique y Alende. Una vez más el mito y el carisma habían vencido al juicio crítico y a la verdad histórica.



La muerte de Perón —cuyo féretro contemplamos— marca la extinción de su movimiento político, por mucho que algunos intentasen recoger su antorcha. El peronismo sin Perón no tiene sentido, pues la ideología de tal movimiento es el propio líder, su carisma, su paternalismo. Falto de él, el peronismo se vuelve incongruente y etéreo.

cía tiempo que su influencia era importante, pero a partir de la muerte de Perón, este aprendiz de brujo posee un inmenso poder, que utiliza para su beneficio particular. Al final logra poner en su contra a toda la opinión pública, incluidas las «62 Organizaciones» de Lorenzo Miguel y la CGT de Casildo Herreras. Termina por salir del Gobierno y emprender el exilio hacia Madrid, ante la desesperación de la Presidente.

Continuando el proceso de descomposición social, parte del Justicialismo retira su apoyo a Isabelita y la oposición, encabezada por Balbín, no quiere otra cosa que su renuncia.

Las investigaciones sobre la actuación de López Rega y sus seguidores ponen de manifiesto una corrupción administrativa que llega hasta las más altas cimas del Estado. Todo esto va generando el aislamiento de la Presidente, que sólo confía en los ministros lopezreguistas. Las Fuerzas Armadas se muestran cada día más escépticas por la marcha de los acontecimientos y empiezan a pensar en volver a la no muy antigua costumbre del «cuartelazo».

Por su parte, las fuerzas revolucionarias han logrado mantenerse en el campo desarrollando una táctica de guerra de guerrillas, en las provincias de Tucumán y Chaco, que pone a prueba la capacidad operativa de las unidades especiales del Ejército. En cuanto a la guerrilla urbana, hay que decir que una vez más se ha demostrado su incapacidad de «extensión». Se ha generado un clima de fuerte violencia, pero sólo se ha conseguido la aparición de los comandos de la A. A. A. (Alianza Anticomunista Argentina), que de las amenazas pasan al asesinato (9).

La crisis definitiva entre la Jefe del Estado y las Fuerzas

---

(9) Como la experiencia y los teóricos señalan, el lugar apropiado para la guerrilla es el campo. Sin embargo, en Argentina, después de intentos tan importantes como el del Ejército Guerrillero del Pueblo, en 1964, no se ha conseguido ningún progreso estimable, si bien es verdad que actualmente el ERP se logra mantener en la provincia de Tucumán.

Por su parte, la guerrilla urbana en América latina ha demostrado sobradamente su insuficiencia. Los ejemplos de los guerrilleros venezolanos o el de los Tupamaros deberían ser suficientes como para considerar este método de lucha inadecuado. Lo único que se consigue es provocar una intensa represión policial, lo-

Armadas surgió cuando fue nombrado el coronel Vicente Damascopara ocupar el cargo de Ministro del Interior, en un intento de atajar la ola de violencia que asolaba el país. Los comandantes en Jefe de los diversos Cuerpos de Ejército se opusieron a este nombramiento, alegando que Damascocomprometía a las Fuerzas Armadas. El Comandante en Jefe del Ejército, Numa Laplane, apoyaba el nombramiento. Surge la crisis cuando Delia Larroca destituye a Numa Laplane y se autonombra en su lugar, con el apoyo de los demás altos oficiales. El Jefe del III Ejército, y ahora autonombrado Comandante en Jefe, es sustituido por el general Jorge Videla, para salir del punto muerto en que se encontraba la situación. Angel Robledo ocupa el lugar de Damasco y pasa esta primera crisis. Las Fuerzas Armadas reconsideraron sus posibilidades de golpe al ver las manifestaciones que se hacían en favor de la Presidente.

Después del intento del general de aviación Capellini y viendo que Isabelita no accedía a las peticiones de la oposición y de buena parte del Justicialismo para que cesara en su cargo, las Fuerzas Armadas, una vez más, decidieron intervenir para derrocar al Gobierno. La aceptación y el fatalismo general eran tan evidentes que varias publicaciones dieron a conocer hasta los nombres de los implicados y la fecha del «cuartelazo». Sin embargo, la autoridad del Gobierno era tan escasa como grande el desprestigio de Isabelita. El día 24 de marzo el general Jorge Videla tomaba el mando de las tropas y derrocaba el gobierno peronista.



Al fallecer Perón, Isabelita llega al cargo de presidente, pero es el ministro de Bienestar Social —el «brujo» López Rega— quien realmente domina el Gobierno. Su actuación es tan escandalosamente fraudulenta para la nación, que llega a poner en contra del régimen a toda la opinión pública, como ejemplifica la protesta de estos huelguistas bonaerenses.

5. AL CERRARSE EL PARENTESIS

El peronismo, y la crisis social que se ha desarrollado en Argentina durante su existencia, han desaparecido. El movimiento político que debió pasar al olvido en 1955, pervivió gracias a los desaciertos constantes de los gobiernos que le sucedieron y, sobre todo, a la incapacidad de las Fuerzas Armadas para crear un orden social estable y justo. Tanto unos como otros defendieron los intereses de la misma clase social: la oligarquía exportadora.

Si en 1955 el peronismo ya era un cadáver que se descomponía, nadie en Argentina supo ser su enterrador. Hizo falta que el fantasma volviera de la ultratumba del exilio para que de nuevo se pusiera de manifiesto su ineficacia y lo inapropiado de su leyenda. Si durante el primer período se había despilfarrado el tiempo y las posibilidades de la Nación en discursos demagógicos y corrupciones administrativas, el segundo acto habría de ser peor, aumentándose la descomposición social hasta límites incalculables. Sin embargo, hay que hacer justicia y señalar que ninguno de los gobiernos que sustituyeron al peronismo, a excepción de Frondizi, logró dar un paso coherente en sus gestiones. Esto sirvió para que gran número de argentinos sufriesen el espejismo de confundir a Perón con el gobernante adecuado.

Afortunadamente, el tiempo suele colocar las cosas en su sitio y dar a cada uno el papel que le corresponde. Y el regreso del peronismo sirvió para desprestigiarlo en tal forma que hace imposible su recuperación. El golpe de Estado del 24 de marzo puede decirse que supone la última paletada de tierra sobre la tumba del peronismo, pero al mismo tiempo trae como consecuencia que la CGT y el movimiento obrero se vean liberados de una dirección corrupta y alejada de las masas.

---

grar la aparición de grupos con inclinaciones parapoliciales (tipo triple A) y producir un gran desgaste síquico de los combatientes. A todo esto hay que añadir la repulsa que entre la población civil generan los atentados.

Como acción de hostigamiento, en combinación con las fuerzas revolucionarias del campo, la guerrilla urbana puede ser eficaz, aunque este método ha sido poco empleado en América latina.

A nuestro entender, la misión principal que puede desarrollar una organización revolucionaria urbana es la de establecer una red de enlace y apoyo a la guerrilla campesina.

A partir de ahora, y cualquiera que sea la política del Gobierno, la central obrera podrá adoptar una estrategia y una orientación más acorde con sus dimensiones y necesidades. Porque es inconcebible que la unión sindical más numerosa de América latina sea, al mismo tiempo, la menos revolucionaria.

Cerrado el paréntesis de una crisis social que arrancaba desde el radicalismo de Yrigoyen, ahora se abre la interrogante de un futuro imprevisible. Las declaraciones de los principales protagonistas del nuevo gobierno militar no hacen albergar demasiadas ilusiones (10). La política económica del ministro Martínez de Hoz parece recordar a la de Federico Pinedo, de tan negras consecuencias. La congelación de los salarios y la subida vertiginosa de los precios, así como la permanencia de la subversión terrorista, indican que aún no se ha salido del viejo «estilo». Todo ello podría conducir al país a un fatal enfrentamiento, pero esto ya no pertenece a la Historia, sino al futuro. ■ **T. R. F.**

(10) N. de la R.— *Lo que ha quedado, por desgracia, plenamente confirmado en los seis primeros meses de actuación del Gobierno de Videla.*



Viendo que Isabelita no accedía a la continua petición de que cesara en su cargo, las Fuerzas Armadas decidieron intervenir una vez más en la vida política argentina. Y el 24 de marzo de 1976, el general Jorge Videla (en el centro, rodeado por el almirante Massera y el también general Agosti) derrocaba el Gobierno peronista. Pero no por ello la realidad de Argentina ha mejorado.

El padre Aguayo

Un clérigo posconciliar del siglo XIX

Francisco Pérez García



Nacido en Motril el 18 de diciembre de 1836, el padre Antonio Aguayo se esforzó de manera posconciliar por transmitir a la Iglesia de su tiempo un contenido social del que carecía. Muy por el contrario, esa Iglesia gozaba de unos privilegios que quedan satirizados en este dibujo, donde la Constitución de 1812 es pasada al poder eclesial para su aprobación.

EL padre Aguayo fue bautizado en la Iglesia Colegial y Parroquial Mayor de Motril, centro geográfico de la Costa del Sol, el 18 de diciembre de 1836. Los Aguayos, que entroncan por las misteriosas frondosidades de la genealogía con los Reyes de Asturias, aparecen en Motril en el siglo XVII. El padre de Antonio Aguayo quiso que aprendiera su oficio de sastre. Prevaleció la decisión materna de dedicarlo a la Iglesia, sin contar con la vocación del hijo, cuyas aptitudes naturales apuntaban al cultivo del arte de la pintura. En el contexto de la época, era habitual que muchos jóvenes sin recursos para costear los estudios, ingresaran en los Seminarios. A los padres les agradaba tener un hijo cura en la familia, y la «carrera» de sacerdote era una profesión que mejoraba su «status» social.

Se ordenó de sacerdote y celebró su primera misa en el Real Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, patrona de la ciudad, situado pintorescamente en la cumbre de un cerro, aledaño al caserío, y que proporciona una bellísima vista de la vega, el mar y Sierra Nevada al fondo: perspectiva hoy barrida por las moles de cemento, bloques de colmenas urbanas, levantados como prueba de que Motril no se ha quedado rezagada en la pugna por la destrucción del paisaje.

El padre Aguayo que, como hijo del pueblo, gozaba de simpatías generales, pronto las perdió por su comportamiento, fuera de las costumbres tradicionales. No asistía a los refrigerios que alternaban las señoras presidentas de la Congregación de San Vicente y el Ropero de Santa Rita. Obligó a un señor que tenía un escudo heráldico borroso sobre la puerta de su mansión solariega, a devolver la llave de una capilla de la Iglesia de Los Hospitalicos, hoy desaparecida, de la que se había adueñado por el regalo de una imagen del santo de su devoción y una cancela de hierro dorado coronada por una leyenda con su piadoso donativo y el nombre ilustrísimo del donante.

Motril, conocido por la «pequeña Cuba», padecía una aflictiva situación económico-social, a causa del caciquismo rural y el monocultivo de la caña de azúcar, labores de tierras sometidas al vasallaje colonial o la esclavitud, que apenas produce cien jornales al año. El resto, paro y hambre. Cuando a las tareas de la zafra o recolección del fruto acudían varios miles de trabajadores forasteros, eran alojados en cuadras y aperos, donde vivían hacinados y revueltos con las caballerías para el transporte. El padre Aguayo intervino para aliviar este inhumano espectáculo, ganándose la enemiga de terratenientes y fabricantes, quienes con lenguaje que parece de hoy, le advirtieron que no interviniera en problemas terrenales y que su puesto estaba en la sacristía. Le amenazaron, caso de reincidir, en elevar la queja al Arzobispado de Granada. Esta causa de desafección de la alta clase económica y social, como sus visitas a los suburbios y otras que omito por la brevedad, le valieron el apodo de «padre de los pobres», con ironía peyorativa.

En el año 1865, el padre Aguayo marchó a Madrid, con motivo de una epidemia de cólera desatada en la capital de España, y participó abnegadamente en la extinción de ella. Estando allí organizó la sociedad «Los amigos de los pobres», de la que fueron miembros Práxedes Mateo Sagasta, Cristino Martos, Sedeño y Becerra, entre otros.

El día primero de agosto de 1864 publicó Aguayo una «Carta a los Presbíteros Españoles», que era una denuncia del rango y prosopopeya de la jerarquía eclesiástica y de las facultades y atribuciones que se habían abrogado Obispos y Arzobispos, para transformarse de pastores del rebaño cristiano en grandes señores de la tierra. Los razonamientos de dicha Carta y la entereza con que los sostenía, motivaron una amplia difusión de ella por todo el territorio nacional. Como es de presumir, supuesta nuestra identidad ideológica y religiosa, pronto hubo una división radical de juicios y comentarios sobre el texto de la carta, herético para unos, revelador de las fuentes originarias de la Iglesia para otros. La Carta fue combatida por numerosos presbíteros y los periódicos «El Pensamiento Español», «La Regeneración» y «La Esperanza» de Madrid; y apoyada por «El Reino», «La Democracia», «La Política», «El Progreso Constitucional», «Las Novedades», «El Eco del País», «La Patria», «La Iberia», «El Pueblo», «El Gil Blas», «La Soberanía Nacional», «La Razón Española» y otros periódicos madrileños y de varias capitales de provincias (1).

Aprobaron o condenaron la Carta numerosos Arzobispos y Obispos, convirtiéndola en tema polémico nacional. Entonces el padre Aguayo imprimió la «Historia de una Carta», con el contenido de la que dirigió a los Presbíteros, los juicios favorables y adversos de los Prelados y la Prensa, las felicitaciones recibidas del pueblo cristiano y las réplicas para defenderse de sus oponentes. Un libro en cuarto, con trescientas páginas, que cerró con una Exposición Final dirigida al Señor Cardenal, Arzobispo de Toledo, Primado de España, de la que transcribo literalmente los párrafos siguientes:

«Hace ocho meses que me hallo rodeado de bendiciones y de anatemas, sin que las primeras me engrían, ni las segundas me amendrenten: ocho meses hace que mi voz, débil, como acostumbrada a alzarse en los tranquilos círculos de los templos, se esparce por todos los ámbitos de España, con gran contento de muchos, con escándalo de algunos: ocho meses, en fin, que soy para unos poco menos que un ángel y para otros poco menos que un diablo; y tiempo es ya de que me presente a los ojos de todos tal cual soy, sin las exageraciones de amigos o de adversarios.»

«Quizá los más equivocados respecto a mí, Excmo. señor, son los prelados que, con vos, han llevado más allá de sus justos límites, según mi pobre parecer, la severidad de sus juicios, tratándose de escritos en los cuales no hay para el dogma sino veneración profunda; pero esto me mueve a creer que tanto vos como los demás

(1) Para las fechas, textos y notas de las Cartas me he valido de la biografía publicada por don Francisco Rodríguez Martínez, Cronista Oficial de la Ciudad, fallecido hace años, quien, con el seudónimo de Juan Ortiz del Barco, publicó varias obras de costumbres y genealogías, y entre ellas una obra de consulta titulada «Cartas Maritimas».

obispos, cuyo ministerio es de tan múltiples atenciones, han sido mal informados por los elegidos en sus respectivas iglesias para emitir dictamen sobre ellos, porque no puedo concebir la idea de que los obispos hayan condenado mi Carta por mala fe o ignorancia, ni quiero tampoco acoger el pensamiento, que con tanta tenacidad me asalta, de que no son mis errores los que se condenan, sino el simple hecho de haber manifestado una opinión libre, pero contraria a la de S.S.I.I.»

«Lo que pretendo, pues, con el auxilio del adjunto libro, es daros a conocer el verdadero estado de la cuestión y facilitar el medio de una reconciliación honrosa y justa, o si, por desgracia, no fuese esta reconciliación posible, como no es de esperar, saber al menos que debo cambiar la túnica de apóstol por la blusa del obrero, hasta que Dios quiera echar una mirada comprensiva sobre la Iglesia española.»

«No podrá decirse en adelante que mis opiniones están condenadas por heréticas y yo privado de las funciones sacerdotales por rebelde a mis superiores, que dicho está cien veces en el curso de esta Historia, que no ha sido mi ánimo ofender al dogma ni a la disciplina, y que, si algo he dicho que pueda interpretarse en este sentido, desde luego lo rectifico o lo retiro de la manera más solemne. Podéis creer, Excmo. Señor, que si soy tenaz enemigo de la bajeza servil de los neocatólicos, soy tan amigo como el que más de la amable humildad de los cristianos, con quien no tiene aquélla punto alguno de contacto, como no lo tiene ni puede tenerlo el vicio con la virtud.»

«Yo espero así, que luego que veáis refutadas las razones en que apoyan sus censuras los obispos de Burgos y Jaén, sin duda las idénticas en que se apoya la vuestra, daréis orden de **levantar la suspensión** *que sobre mí pesa, o que, si todavía quedase duda alguna sobre mis proposiciones, no tendréis inconveniente en indicarla, a fin de rectificarla en el buen sentido católico. Me parece que no puede ofrecer más un presbítero que, preciándose de ortodoxo, se siente ofendido en lo más vivo, ni corresponde otra cosa a un obispo que no castiga con irritación y odio, sino que, mal informado como vos, ha creído ver en mis escritos la aparición de una nueva herejía, y por consiguiente el deber imperioso de herirla en su cabeza con toda suerte de armas,* **menos con la evangélica, según costumbre desde hace mil cuatrocientos años.»**

«Y aquí debo dolerme, Excmo. Señor, de ese exagerado amor que **la Iglesia Oficial** *profesa a la* **quietud,** *dando así lugar a que* **la Iglesia Católica** *la empuje en su marcha a través del tiempo o que presente el espectáculo triste que debe ofrecer una hermosa cabeza figurando como cola de la humanidad; y debo dolerme con tanto más motivo, por cuanto lejos de conseguir esa quietud, camina de bueno o mal grado, y sólo consigue, dentro de una circunferencia cada vez más estrecha, ver con lágrimas en los ojos cómo se separan de ella los pueblos de América y Europa. Porque, en efecto, para que la Iglesia escriba en el Tridentino su* **breve capítulo de la Reforma,** *es menester que Lutero haya establecido ya los soberbios cimientos de la suya; para que consienta en la desamortización de sus bienes, es preciso que antes se haya consumado a pesar de sus anatemas; y para que reconozca la soberanía popular, será necesario, no sólo que todas las nacionalidades se constituyan en virtud de este principio, sino que se vea arrojada de su* **trono temporal** *por el derecho y la fuerza de sus vasallos mismos.»*

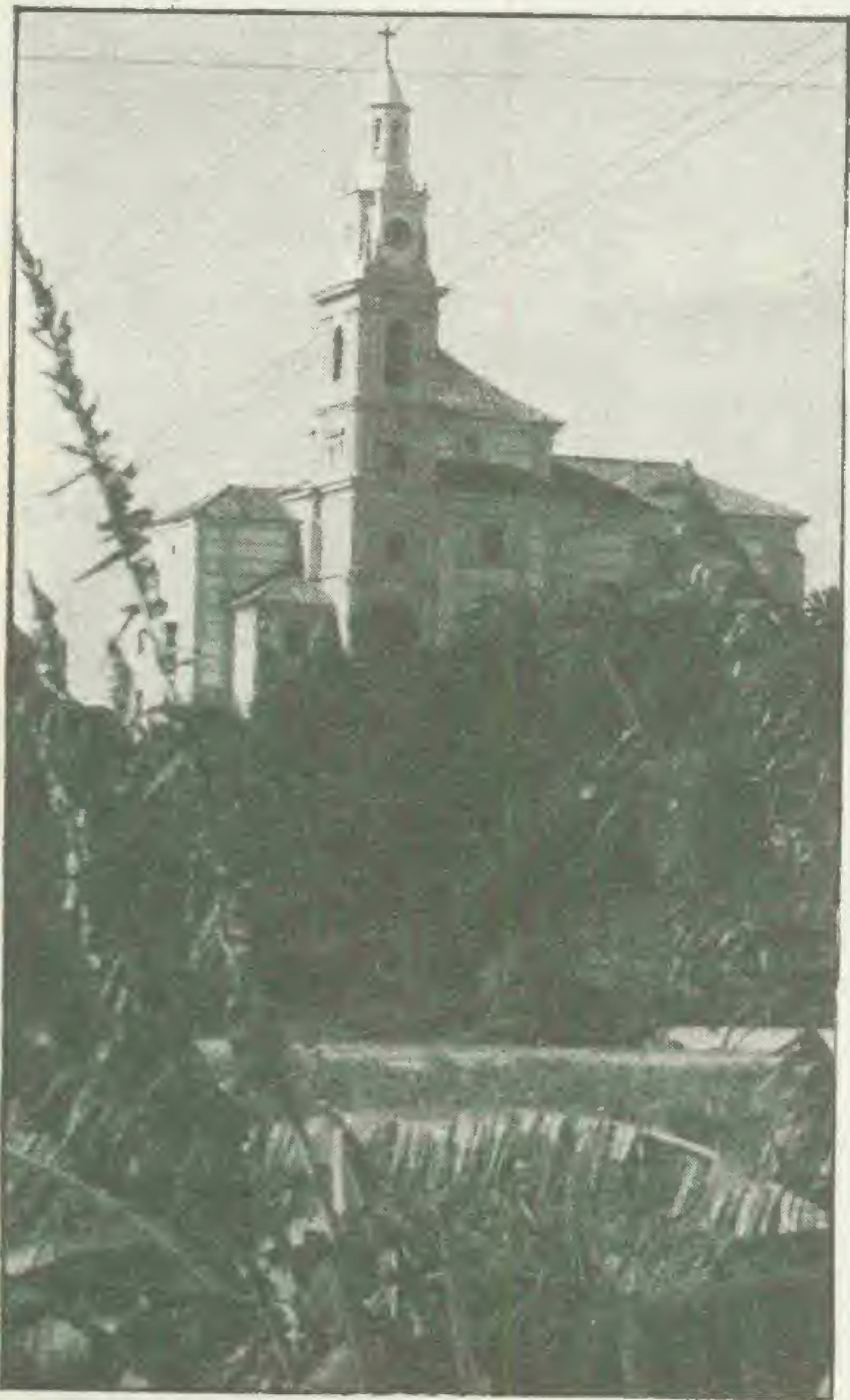
«Esta tenacidad infructuosa, este odio a toda suerte de reformas sobre la disciplina externa y sobre cualesquiera temporalidades que, desde muy antiguo, distingue a la Iglesia entre las demás instituciones que se vienen desenvolviendo y perfeccionando conforme a la ley universal del progreso, es, Excmo. Señor, lo que no puedo conciliar con el espíritu cristiano, de la doctrina cristiana, por excelencia civilizador, activo y revolucionario.»

«La historia dice que el gran éxito del Catolicismo ha sido siempre comprometido y **más que comprometido** *por ciertas miras secundarias a que la Iglesia ha dedicado sus fuerzas, o por los objetos materiales que con decidido empeño ha querido conservar; y si las lecciones del pasado suelen ser profecías del porvenir, quizás pueda asegurarse, previo examen del presente, que no tardarán mucho en confundir sus escombros el Capitolio y el Vaticano.»*

«Y es que no parece sino que Dios se ha propuesto demostrar, con la lógica concluyente de los hechos, que así como favorece a su Iglesia cuando trabaja en pro de los bienes espirituales y eternos, así la contraría **cuando se dedica a amontonar tesoros transitorios y materiales.** *Pobre y perseguida durante cuatro siglos, pudo comprender en el redil de Cristo al rebaño universal;* **rica y perseguidora** *por espacio de quince siglos, contempla al rebaño disperso por mil iglesias particulares. Como si esto no fuese bastante, todavía permite observar de qué modo tan indefectible y sorprendente se malogran los bienes materiales, por excelentes que sean, cuando la Iglesia los llega a poseer. Toledo es, respecto a la Iglesia española, lo que Roma es*

para la Iglesia universal: montones de ruinas donde se ven los esqueletos de grandes ciudades devoradas por la teocracia.»

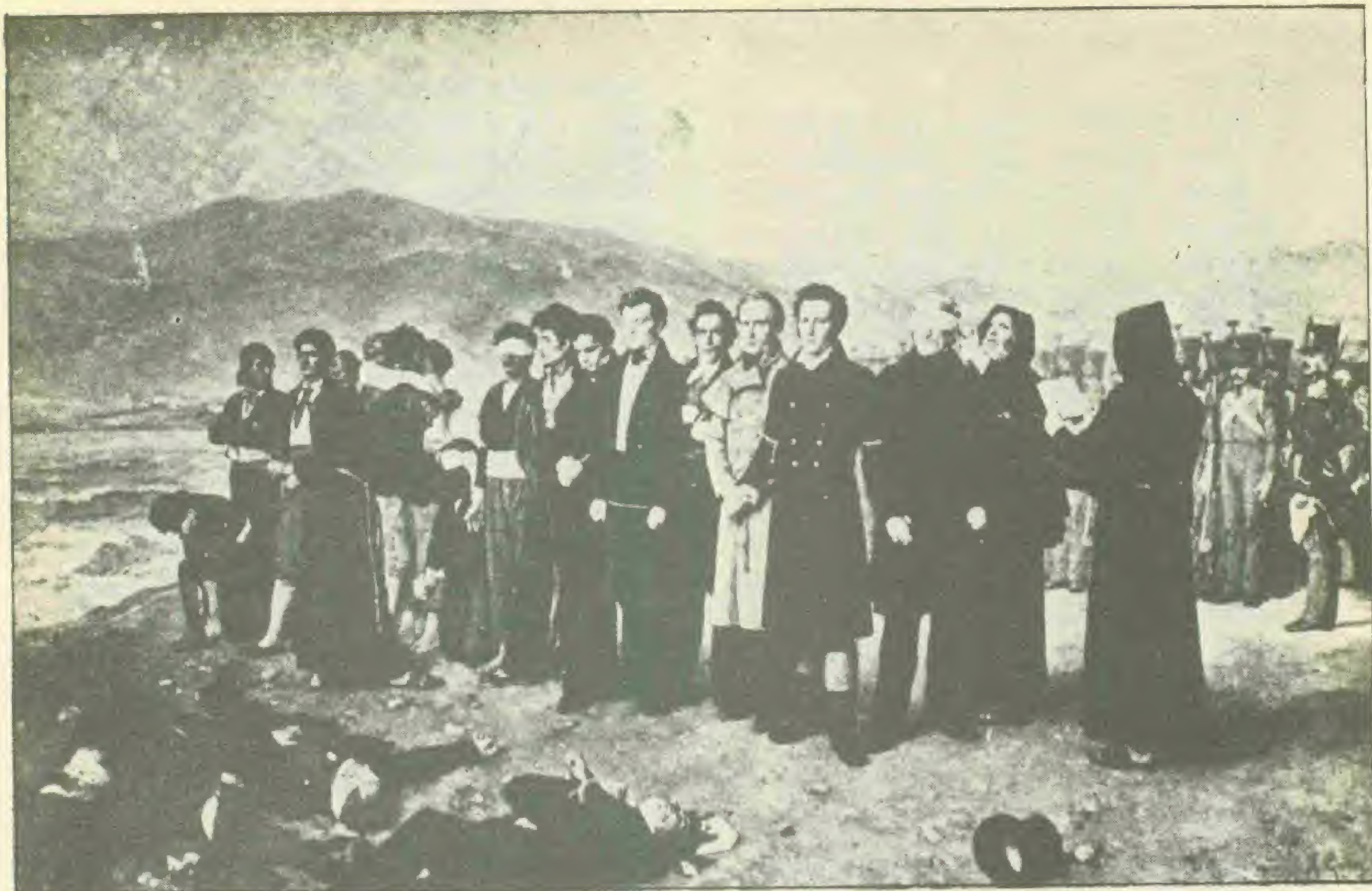
«Hubo un tiempo en que los obispos de Roma, árbitros entre los Reyes que se disputaban las fracciones del gran imperio deshecho, y rodeados de inmenso prestigio, llegaron a ambicionar la monarquía universal y a adquirir sobre los demás obispos derechos y prerrogativas que antes se reducían a la convocatoria y aprobación de los Concilios para asuntos dogmáticos y de disciplina general, pues para la disciplina particular bastaba que los presbíteros se reuniesen bajo la iniciativa y presidencia de su primado u obispo. En los principios de la Iglesia se consideraban como sinónimas las denominaciones de **obispos y presbíteros,** *y aún en el día no son los primeros sino presbíteros, que tienen sobre los otros el primado de honor y jurisdicción, así como el Papa no es otra cosa que un obispo, que tiene sobre los otros un primado semejante, siendo así que en la jerarquía sacerdotal el presbítero es el orden supremo, el orden que imprime mayor carácter y confiere de un modo permanente las facultades más altas. En aquel tiempo, pues, en que* **el primado general** *se llamó* **Papa y Rey**, *los primados particulares se llamaron también* **obispos y señores,** *y aquí es donde precisamente debe buscarse la causa de la perturbación que se observa en la economía interior del clero y en las relaciones de la Iglesia con el siglo, sin olvidar para ello ese afán conservador cuyas consecuencias lamentamos».*



Santuario de la Patrona de Motril, donde fue bautizado el padre Aguayo. Motril padecía entonces una aflictiva situación económico-social, a causa del caciquismo rural y el monocultivo de la caña que conducían a los trabajadores a una situación de vasallaje, paro continuo y hambre.

«No sólo se llamaron y fueron **Señores** *los* **obispos** *cuando gozaban de los derechos del feudalismo, sino que en el día, sin tener en cuenta que la ilustración disipa, cual vanas sombras, los privilegios de la nobleza, imponen los Señores, Ilustrísimos, Excelentísimos y Eminentísimos los suyos, principalmente a los clérigos con un rigor de que no hubo ejemplo en las costumbres del paganismo. Lo digo ingenuamente, Eminentísimo Señor: evito cuanto puedo las ocasiones de dirigirme a los prelados, así de palabra como por escrito, por no verme obligado a tributarles unos títulos que, serán muy bellos y muy adecuados para enaltecer a los que ocupan puestos de importancia, para expresar la distinción de altos funcionarios; pero que me parecen impropios de los hombres que, instruidos en el Evangelio, deben marchar rectos por las vías de la justicia, sin más títulos que los que suministra, para el respeto de todos, la amable virtud, que es la única y verdadera nobleza.* **A nadie llaméis padre sobre la tierra, porque uno es vuestro Padre que está en el cielo, y todos vosotros sois hermanos; a nadie llaméis señor sobre la tierra, porque uno es vuestro Señor que está en el cielo, y todos vosotros sois iguales; y a nadie llaméis maestro sobre la tierra, porque uno es vuestro Maestro, el Cristo y todos vosotros sois discípulos.** *Estas son las palabras del Hombre-Dios, que resuenan constantemente en nuestros oídos, y, sin embargo, estos títulos exigen los obispos a los presbíteros,* **con esos superlativos tan contrarios,** *por lo que significan,* **a la humildad y a la justicia.»**

«Por otra parte, el Estado, con beneplácito de los obispos, retribuye a una pequeña parte de los presbíteros con una dotación tan insuficiente y mezquina, que sin bastar para cubrir sus más perentorias necesidades, los rebaja mucho ante el concepto público y, con ella, a todos los de la clase, dándonos, con el carácter de empleados, la categoría más ínfima de los que cobran el presupuesto. Nada digo del **estipendio forzoso,** *asignado a cada una de las funciones parroquiales, ni sobre si tiene o no un sabor muy marcado de*



En su Carta al Cardenal Arzobispo de Toledo y dentro de un contenido que postulaba abiertamente por la reforma de la Iglesia española, el padre Aguayo se refería a «la vil matanza de Torrijos y sus compañeros, felicitada por clérigos» (fusilamiento reproducido en el grabado adjunto), como símbolo de la actitud beligerante y partidista de diversos sectores eclesiásticos.

simonía, *pues sabido es que a la* **masa del clero** *corresponde muy poco del producto de esa especie de comercio, tan odiado por clérigos y seglares, como costoso y molesto para las clases proletarias.»*

«Los presbíteros, pues, somos pobres, muy pobres, y apenas obtenemos del altar lo necesario para cubrir las atenciones comunes (altari serviens, de altari vívere debet); pero así y todo, los obispos, ricos y con tantas pretensiones en la Iglesia como en el Estado, **pueden quitarnos siempre** *que les parezca ese poco de pan, quizás tomado con rubor y humedecido con lágrimas, que nos acercamos a los labios;* **es menester solicitarles cada semestre** *o cada año las* **licencias de predicar, celebrar y confesar,** *es decir: que aún las facultades propias del presbiterado, el ejercicio de esas funciones católicas, adquiridas en el acto mismo de la ordenación, tenemos que pedirlas en calidad de préstamo, y con* **no poca usura** *en verdad, y aún pedirlas* **de rodillas,** *pues no de otra manera es permitido a los presbíteros acercarse a los obispos.»*

«¡Cómo! dice el pueblo: ¿es lícito a los sacerdotes protestar contra los actos meramente políticos del gobierno, contra la enseñanza puramente científica de las Universidades, contra el uso estrictamente legal de la prensa, contra todo progreso material o intelectual de los pueblos; y, sobre no encontrar jamás una palabra contra la infame esclavitud que, con escándalo de las naciones cultas, conservamos en Ultramar; y, sobre permitirse que políticos de mal género trafiquen con las cosas santas; y sobre tolerarse que los hombres de paz cambien la Cruz por la espada, la bandera de Jesucristo por la bandera del absolutismo; sobre tolerarse y aún premiarse todas esas iniquidades, hemos de ver con calma que se persiga de todos modos a quien, respetando la legalidad existente, dirige una palabra de consuelo a los que sufren?»

«¡Ah!, Excmo. Señor: no puedo decir todo lo que mil y mil voces repiten por esas poblaciones, donde aún se ven las ruinas de los conventos manchados con sangre de sus moradores, con sangre de nuestros hermanos! ¡Ha visto tanto el pueblo desde el alzamiento de 1827, capitaneado por clérigos, y desde la vil matanza de Torrijos y sus compañeros, felicitada por clérigos, hasta nuestros días!»

«¿Caben dentro de la Iglesia católica los clérigos y los seculares que, admitiendo el símbolo de los Apóstoles y todas las definiciones dogmáticas, el culto interno y externo, los cánones y la disci-

plina vigente, creen que deben preferirse los bienes espirituales a los materiales, lo sagrado a lo profano, lo eterno a lo temporal; y opinan que la libertad política, todas las libertades en fin, todos los beneficios, la igualdad y la fraternidad son derivaciones lógicas del origen mismo de todo el género humano?»

Los hechos posteriores, que pudieran servir de tema de otra crónica, se resumen así: En 25 de julio de 1866, en la Sala Abacial del Sacromonte de Granada, ante el señor Arzobispo, el Abad, canónigos, Secretario Capitular y Notario Apostólico, el padre Aguayo, puesto de rodillas, leyó de «verbo ad verbum» una declaración confesando que creía en todo lo que la Iglesia cree y enseña por sus legítimos Pastores y principalmente por el Romano Pontífice, y que se retractaba de todos sus folletos, pues quería que las oposiciones y doctrinas contrarias a la Iglesia y a los Obispos se tuvieran como no dichas. (La retractación fue publicada en el Boletín Oficial del Arzobispado de Granada, número 1.105, del 28 de julio de dicho año).

En 31 de agosto, al mes de haberse retractado, el Padre Aguayo dirigió una exposición al señor Arzobispo, ratificándose en todas sus opiniones y doctrinas, y protestando una y mil veces contra su retractación, que atribuía a falta de razón y sobra de violencia ejercida contra su persona, y que le obligaron a firmarla. Desde Lisboa mandó otra carta a los presbíteros «para que todos sepan y entiendan que ha revocado y revoca su retractación». ¿Quién ejerció esta violencia y en qué grado sobre Antonio Aguayo, para determinarle a una declaración abjurando de sus errores? ¿Fue un auténtico arrepentimiento o efecto de los mafiosos poderes que, conjugados con el caciquismo político andaluz, empleaban procedimientos muy persuasivos para torcer o yugular las conciencias disidentes?

El Boletín Eclesiástico de 8 de diciembre de 1866 condena los errores y doctrinas del Padre Aguayo, ordena que se recojan los ejemplares impresos que circulan clandestinamente en la diócesis, y que se lea en el Ofertorio de la misa mayor, en día festivo, en todas las iglesias.

El Padre Aguayo publicó en Madrid, en el año 1870, una revista con el título de «La Iglesia Española», revista religiosa, filosófica y política, enciclopedia popular, de la que imprimió pocos números. Según sus detractores trataba de proclamar la Iglesia Católica Española, siendo calificado de cismático, réprobo, hereje y maldito. Posteriormente marchó a la República Argentina, concretamente a Buenos Aires, donde dirigió un periódico republicano, ignorándose los últimos años de su vida y la fecha de su muerte. Tampoco he podido hacerme de su retrato, a pesar de las investigaciones practicadas.

Juan Ortiz del Barco, en su biografía del padre Aguayo, le censura con acritud por sus extravíos teológicos, si bien reconoce que nació con facultades y talentos para haber sido un hombre útil a la sociedad y destacarse por su cultura; que no había nacido para sacerdote y hubiera sido un buen seglar, de seguir su vocación por las artes.

El beneficio del padre Aguayo fue ocupado por otro coadjutor, que se ciñó cuidadoso a las normas consagradas por la costumbre, y no dejaba de acudir a los refrigerios que, por turno semanal, se ofrecían en las casas de las presidentas de Congregaciones y Roperos, así como de paladear la jícara de chocolate, alimento que debe estar poseído de alguna gracia especial, ya que sobre su consumo hubo cierto encrespado litigio, que resolvió el Papa Pablo V con esta sentencia: «Hoc non frangit ieiunium», o sea que no rompía o quebrantaba el ayuno ■ **F. P. G.**



Francisco Rodríguez Martínez, Cronista Oficial de Motril y biógrafo del padre Aguayo (del que no parece conservarse ningún retrato), quien se daría a conocer con el seudónimo de Juan Ortiz del Barco. El trataría la figura de este poco conocido eclesiástico, verdadero adelantado a su tiempo.

LA VANGUARDIA ESPAÑOLA

BARCELONA
Martes 24 de septiembre de 1946

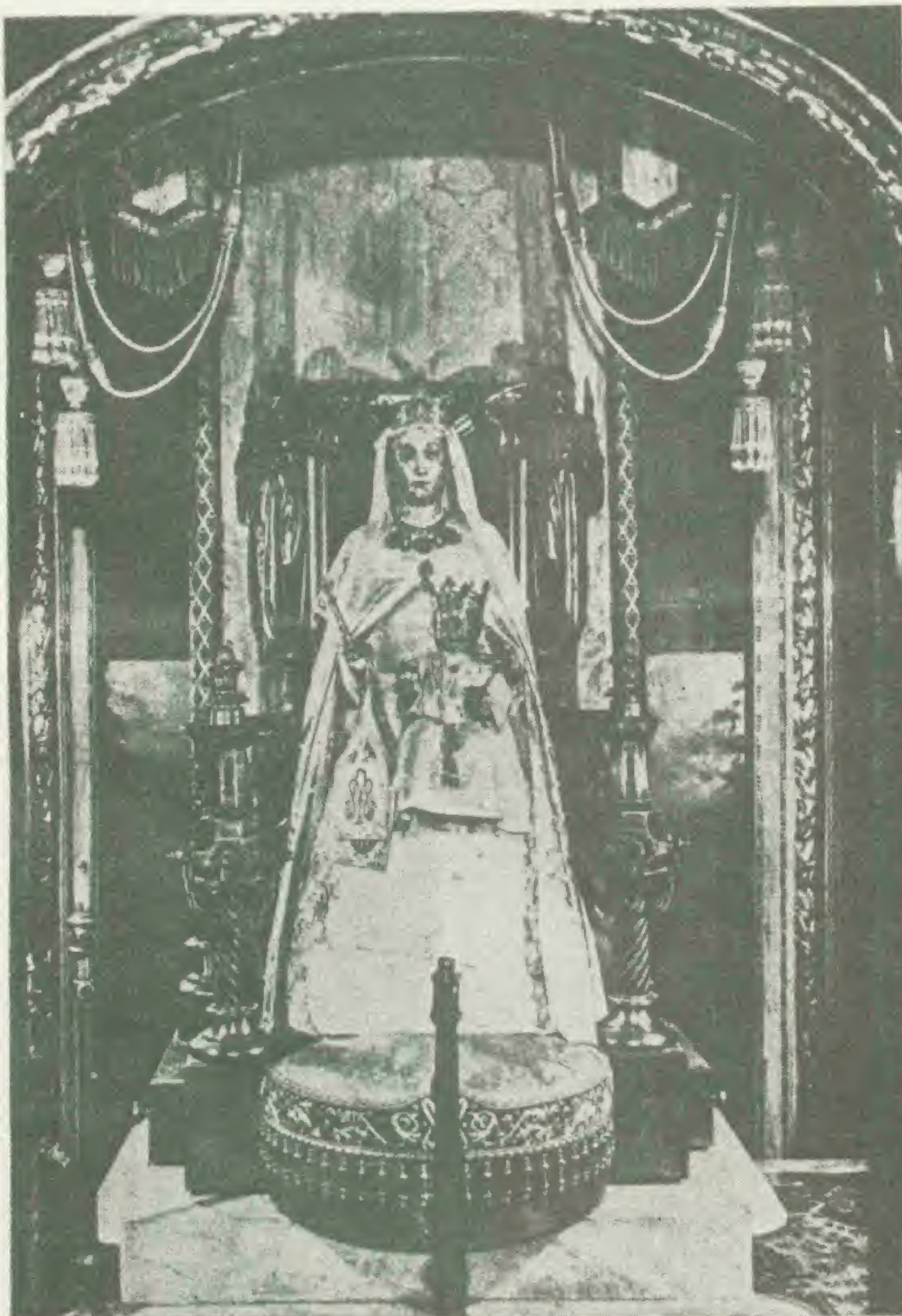
40 cénts Precio de este ejemplar
Teléfono 14135
Redacción y Admon.: PELAYO 28

FUNDADORES: DON CARLOS Y DON BARTOLOMÉ GODÓ — Año LXII. - Número 24.975 — DIRECTOR: LUIS DE GALINSOGA

BARCELONA MERCEDARIA

SI es de esencia de la Iglesia católica ser misionera a tenor del estricto mandato de Cristo: «Como mi Padre me ha enviado, así os envío a vosotros», no puede extrañarnos que en los áureos tiempos de la patria religiosidad se inflamara el corazón de nuestros mayores a favor de la propagación de la fe y de la heroica caridad. Recordemos. De Mallorca y a impulsos del iluminado Ramón Lull surgió la iniciativa de los Colegios de Lenguas y el fantástico proyecto de una «Ars magna» para lograr el asentimiento de la razón a la verdad revelada; de Castilla, el forjador de la Orden de predicadores, Santo Domingo de Guzmán, de Barcelona y tras el portento de la triple aparición de la Santísima Virgen, la Orden de la Merced, militar en un principio, mendicante luego, destinada a la tarea de la redención de los cautivos.

¡Eficacia múltiple y maravillosa de la circulación de la savia sobrenatural! Ora tiende a conservar la fe para que no se pierda la caridad, ora dispara a derramar la caridad en prueba de la propia fe y para conservar la de aquellos desgraciados caídos en las osadas manos de piratas e infieles. Este último fué el «ideal de la Merced» que fascinó, a un tiempo, al carcasonés Pedro Nolasco, barcelonés de adopción, al gran jurista Raimundo de Peñafort y al Conquistador Jaime I. Ideal enorme que no se satisfizo con la dura peregrinación mendigando recursos para el rescate, ni tan siquiera con las aventuradas incursiones en tierras de infieles para consolar a los afligidos cautivos y fortalecerlos en los explicables peligros de apostasía, sino que llegó al caso límite de entregarse, los propios mercedarios, como rehenes para evitar la claudicación de los tibios o conseguir la



menor que a la exultación. Y, sin embargo, Barcelona mercedaria no ha muerto. Sólo está aletargada. Pruébanlo sus brillantes reacciones al oportuno aldabonazo. Por lo mismo, todos, a porfía, hemos de procurar despertarla para que muestre de nuevo al mundo su latente intención de caridad. Ante el espectáculo del mal con apariencias de triunfo, ante el universal cautiverio del espíritu, cabe aún refugiarse en una Barcelona caballeresca, hidalga de espirituales blasones.

Sí, barceloneses. La caridad cala más hondo que el mal. Llega hasta las simas de lo divino, de las que mora infinitamente alejado el espíritu de las tinieblas. Para reconducirnos a las profundidades de Dios se nos ha ofrecido la Inmaculada que ha descendido aureolada de misericordia, con el blanco escapulario de los mendicantes de la Merced. Su divisa es: ir derechos a la batalla de la generosidad para ahuyentar el pavoroso problema de la «miseria social» causada por la «penuria de la vida religiosa». Sin regateos, excusas ni tergiversaciones. El heroísmo de la caridad debe convertirse en la forma «corriente» de nuestra vida si queremos que nuestra ciudad recobre el vetusto título de «armoniosa». Y el heroísmo cristiano tiene solamente un nombre: «santidad». En ausencia de la «vida sobrenatural» la dadivosidad será escasa, nunca generosa, enjuta filantropía. De rechazo, recibida con desprecio, desagradecida. Ni apaciguará el descontento ni engendrará la convicción del deber cumplido. Es urgente, cada vez más, restablecer el tono de modestia y simplicidad en nuestras costumbres. Que desaparezca el boato, la ostentación provocativa de los poderosos, no por cauteloso disimulo sino por una sincera disminu

(«La Vanguardia», 24-IX-1946.)

GIRAL, OTRA VEZ AL HABLA...

Ya tenemos otra vez a Giral previniendo sus alforjas insolentes de boticario y librepensador, tipo Monsieur Homais, y disponiéndose, como horterilla trashumante del republicanismo histórico, a acomodar sus doctrinas decimononas a una dialéctica más moderada y mendiga. Quiere abaratar su mercancía, y ofrece al extranjero una Republiquita humilde, «pobre, pero honrada», y sin chafarrinones ostentosos de comunismo antidemocrático y sindicalismo anárquico. Se presenta al mundo como un franciscano laico, recibido con aprobación y beneplácito de Moscú, y rodeado de acólitos heterogéneos —buen testimonio de confraternidad—: comunistas a ultranza y hasta renegados, republicanos «de toda la vida», socialistas, separatistas y católicos sin religión. Es decir: el mismo monstruo conglomerado que imperó en España, para deshacerla, de febrero a julio del año 1936. Quieren todos ellos presentarse ante el mundo con las garras embotadas, como lobos disfrazados de ovejas, y plantear, de nuevo, ante la O. N. U., el «caso de España».

A título de que las deliberaciones de la O. N. U. estuvieron esta primavera recluidas y enclaustradas en el Consejo de Seguridad, donde la atmósfera es un poco mefítica, y la controversia, esterilizadora, Giral y su coro de ursulinas quieren ahora que el Consejo se inhiba y que sea la gran Asamblea la que acometa, con todos los honores de una magna orquestación, el tema de la ruptura con España. Pero a los rusos verdaderos parece que les atrae el cebo de la variedad, y que les interesa más en estos momentos el problema de Grecia, porque saben muy bien que si la murmuración malévola hubiera de estar siempre ceñida a las acciones de una sola nación, no habría murmuración ni calumnia eficaces. Giral sabe que el momento no es oportuno, y por esta razón atenúa el lastre de su nave, e insiste, vociferando, en que su Gobierno vive alejado de la influencia comunista, aunque Negrín y Alvarez del Vayo no se atrevan a desmentir su mercenaria sumisión al Kremlin.

Curándose en salud, en unas declaraciones que acaba de hacer, anunciando su viaje de París a Nueva York, dice que «cualquiera

·RARO DILEMA!

Por MENENDEZ CHACON



—Hemos decidido que no nos gustan nada los zapatos que lleva usted. Están llenos de bultos.

—¡Pero si no puedo gastar otros, de momento! ¡Tengo los pies llenos de durezas!

—Pues o se los cambia U NO cuente usted con nuestra amistad.

(«Informaciones», 12-IX-1946.)

que fuere la suerte que haya de correr luego nuestro Gobierno después de la restauración de la República en España», las naciones extranjeras, dirigidas por los Estados Unidos, deben, a ciegas, apoyarle para que pueda volver a España. Ya se advierten los recelos del mismo Giral. Ni a él ni a nadie puede ocultársele que el viejo republicanismo histórico —y honesto, a la manera de Castelar—, un republicanismo que el boticario tipo Homais pretende encarnar, sacudiéndose la responsabilidad directa y personal en el asesinato de los 400 jefes y oficiales de la Marina española, no tiene en España representación y arraigo. Un simple empujón de sus compañeros de Gobierno, de una u otra ala, daría rápidamente al traste con la veleidad de estadista sin Estado que le ha puesto en la pendiente del ridículo.

Estamos en el terreno etéreo de las hipótesis, sin contacto con la realidad española. Giral sabe que sus maniobras tenaces en los corrillos extranjeros, podrán, en todo caso, soliviantar a algunos grupos naturalmente inclinados, por ignorancia, al sectarismo bullicioso, podrán arrastrar a gente previamente comprometida, pero no vencerán nunca la voluntad robusta de vivir con dignidad e independencia que los españoles expresaron inequívocamente en el mes de julio de 1936. El Gobierno desterrado del Frente Popular se ve en la triste obligación de ir mendigando, puerta por puerta y grupo por grupo, en las reuniones internacionales. Allí donde hay cuatro personas barbullando en idiomas de extranjis, allí están ellos, sombrero en mano, desenlazando cartapacios. Se han doctorado ya en el oficio de ganapanes. De ello viven. Pero, ¿qué relación tiene todo eso con las realidades de España? Alejarse de ellas y pretender que desconocen el desvío airado de los españoles, es un «modo más de vivir, que no da para vivir». Sólo aspiran a ir tirando, y a que el papel de Rusia, que fomenta, en la sombra, sus manejos, no caiga tan bajo que llegue a privarles de la pitanza cotidiana.

(«ABC», 6-IX-1946.)

ACTUALIDAD INTERNACIONAL

Democracia soviética

La radio de Moscú se ha limitado a emitir un extracto del discurso de Mr. Byrnes, sin comentario de ninguna clase. Pasarán probablemente unos días antes que la prensa se lance a una campaña desaforada contra los Estados Unidos, cuyos primeros síntomas asoman ya a las planas de «Izvestia» y «Pravda».

Siguiendo la práctica acomodaticia de emplear las palabras en un sentido completamente distinto al que se les da en el resto del mundo, la Unión Soviética ha calificado a la política norteamericana de «fascista» y a las personalidades como Mr. Byrnes de «reaccionarios imperialistas», enemigos acérrimos de la «democracia» soviética.

Uno de los principios de la democracia es la libertad de expresión, y los que hablan tanto de la libertad en Rusia acaban de organizar, después de la depuración de comunistas tibios en Ucrania, una violenta acción contra los escritores y periodistas rusos. Uno de los satíricos más conocidos en la Unión Soviética, Zoschenko, y una de las poetisas más populares, Achmatova, han sido condenados a no publicar una sola obra más. El presidente de la «Asociación de Escritores de Leningrado» y de la «Sociedad Literaria de Leningrado», Tichonof, ha sido condenado también por descuidar las publicaciones en su sector y permitir que la literatura en Leningrado «perdiera su tendencia política». No existe prueba mejor de que en la «democrática» U. R. S. S. está prohibido escribir, no ya algo contrario a lo soviético, sino algo que no sirva de medio para propagar la idea comunista.

Hasta tal punto trata de explotar el Kremlin a los escritores para su propaganda política, que los periódicos para niños «Murzilka» y «Pionero» han sido acusados de publicar «tonterías increíbles». Estas tonterías eran cuentos de hadas, políticamente inocuas, que en opinión de los acusadores «no se ajustaban fielmente a la vida real soviética». Un corresponsal del «Daily Mail» da fe de estos hechos, monstruosos para quien sea miembro de cualquier nación civilizada y respetuosa para con los ciudadanos, y otros muchos periodistas han caído en desgracia por «haberse tomado la libertad de abandonar la ideología soviética en su trabajo».

De fuente británica autorizada llega, pues, la explicación del por qué la U. R. S. S. mantiene su telón de acero. Cualquier infiltración de la realidad en que viven los pueblos de Occidente sería una revelación para los ciudadanos soviéticos que podría sublevar al pueblo en contra de quien los mantiene tan miserablemente engañados, sojuzgados y empapados de una doctrina que incluso a las hadas las hace pertenecer al paraíso soviético.

(«Ya», 8-IX-1946.)

GENIO Y FIGURA

Por VICTOR DE LA SERNA

Alemania, la entidad Alemania, el genio alemán, lejos de haber sido derrotado, guarda entre las ruinas en que yacen calcinados los cerebros más videntes de Europa, la única posibilidad de rescate de una cultura y de una hegemonía que han durado en el mundo desde los días del Imperio romano: la cultura y la hegemonía de Europa. Y si sobre las ruinas de aquel Imperio edificó el genio continental toda la Edad Media, el Renacimiento y la Nueva Cultura, fue con manos, sangre y raza germánica. Nadie creerá que los rubios artífices de la cultura medieval —San Isidoro de Sevilla, visigodo de Cartago Nova, entre ellos— o los tiranos de ojos azules del Renacimiento eran descendientes directos de la Roma cesárea.

Pero, ¡ay!, ¿quién es el que lleva en sus manos la antorcha del futuro que ha de subir a la cumbre de Europa y del mundo en la próxima centuria? La chispa primigenia salta ya entre las ruinas del que fue férreo Berlín. Tal vez la piqueta necrófora que busca cadáveres ilustres entre los escombros ha excitado esta luz. ¿Quién la va a tomar para convertirla en hoguera? Porque con las culturas ocurre lo que con las armas nuevas: que son eficaces cuando las emplea el que las vence: o el que las roba. En la Historia como en el Amor, como en todo lo que es importante y decisivo para la criatura humana, un mínimo y a veces un máximo de violencia y de rapto es necesario.

¿Qué pueblo, después del silencio que sigue a la destrucción total, hurga apasionadamente en los escombros de Alemania en busca de su genio? ¿Quién le llama, con voces en unas ocasiones bronca y encelada y en otras acariciadora e insinuante? ¿Quién le enamora, al filo de un alba incierta, unas veces rugiendo y otras susurrando? ¿Y quién, por el contrario, le desprecia y se ríe o pretende alquilarle sin honor, o le dispersa con desdén, o quiere domesticarle en una servidumbre humillante?

Estamos leyendo y meditando sobre nuestras palabras a medida que las escribimos. Las hallamos un poco magicas y un poco campanudas, pero sentimos en el mismo pulso que las traza una especie de ímpetu iluminado que quisiéramos detener. Nos parece especialmente peligroso el oficio de profeta. Y nos parece sobre todo antipático cuando se cae en el treno. Pero si hemos disipado la niebla de los ojos; si se ha cesado

ya de correr como simios detrás de los supuestos vencedores; si los vencedores mismos se han dado cuenta de que no lo son y de que tienen descubierto el flanco más vulnerable, habrá que sentarse un momento a meditar. No pretende la pluma modesta que estô escribe exhumar sus propios textos de 1945, cuando el grito de «¡Victoria!» acallaba nuestra voz, que por muchos fue considerada la voz de un orate. Nosotros gritábamos «¡Alto!». Y todos gritaban: «¡Adelante!». Pero esto es agua pasada...

Mientras los pueblos de estirpe occidental hijos de la cultura europea prosiguen la suicida tarea de pulverizar el genio alemán, empeño tan inútil como el del que quiere aprisionar su propia imagen en el agua, los pueblos eslavos, tan fascinados por el genio alemán como los alemanes estaban fascinados por el misterio y la vitalidad de Rusia, contienen el aliento en el borde de la gran noche continental y hacen cantar sus sirenas. Igual que las esclavas circasianas cantaban en los ríos sagrados de la ancha Rusia para atraer a los príncipes occidentales hacia la celada del atamán. A veces la esclava circasiana, como aquella Sophia de Uman, engañaba al atamán y huía con el príncipe... para luego abandonarle, atraída al fin por el reclamo de la estepa, con esa especie de trágico masoquismo asiático que, en el fondo, necesita del «knut».

Ahora es cuando se ve que los pueblos occidentales no luchaban contra el fascismo alemán, sino contra el genio alemán, para destruirle, con un frenesí inconsciente. El distinto trato que se ha dado al fascismo italiano es una prueba palmaria. ¿Dónde está el Nüremberg italiano? ¿Dónde están las reclamaciones y persecuciones contra los partidarios de Mussolini en el extranjero?

Tampoco Rusia luchaba contra el fascismo alemán, sino contra el genio alemán. Pero mientras los occidentales luchaban para destruirle y anonadarle, los rusos han luchado para raptarle y poseeerle. La diferencia es sustancial.

Desde los laboratorios de Jena, donde se funden y tallan cristales transparentes como gotas de rocío para sorprender la vida infinitamente pequeña del microcosmos o formular la estelar matemática del cielo, hasta las gigantescas ferrerías de Silesia, los rusos sonríen como los únicos verdaderos conquistadores. Y tienen en jaque al mundo, entreteniéndole con cabriolas, fintas y discursos mientras ordenan, sistematizan y digieren sin prisa el botín intelectual que han conquistado. Y mientras los beatos de la democracia ven con una sonrisa tonta cómo se desmontan fábricas, se disuelven escuelas y se dispersan sabios, los otros, los bárbaros, le pegan un tiro en la nuca al primero que toque un microscopio alemán.

No preguntemos ya más qué es lo que pasa detrás del «telón de acero». Pasan muchas atrocidades. Pero pasa algo más grave. Pasa que la pugna entre la barbarie asiática y el genio alemán puede terminar en bodas. Treinta y dos millones de combatientes (1) montarán la guardia de estas nupcias trágicas.

¿Detrás de qué Campos Catalaúnicos, detrás de qué Poitiers, de qué Navas de Tolosa o qué Lepanto se alzará el San Miguel que sofoque la rebelión de los ángeles convertidos en demonios armados de bombas atómicas, vestidos de hierro y del fuego coronados?

¡Un momento, lector! Si hemos llegado hasta aquí con este paso funeral anunciándote apocalípticos males que llegarán hasta tus puertas inexorablemente; si te anunciamos que toda la volatería y toda la quincalla pintadas al «ducco» que el hombre proteico opondrá al cataclismo se van a ir a la porra como un «Packard» que choca contra un tanque, es porque de ti, de tu sangre y de tu estirpe está naciendo lo que Schúbart, esa especie de Isaías báltico, llama el hombre «yoánico», apasionado, trascendente y religioso, pura llama, puro amor, pura sangre, puro gemido...

En el nombre de Jesucristo y de Santa María su Madre, como un San Juan —de ahí que Schúbart lo ha llamado «yoánico»—, el genio de nuestro linaje que hoy habita entre el Pirineo y el Ande arrojará a los infiernos al espíritu maligno, ensoberbecido y proteico.

Esto no es solamente un augurio de un pobre orate.

Es que el aire es tan fino aquí, junto al Monasterio de El Escorial, que se «ve» el futuro igual que se «ve» entre secanos, vides, bosques y castillos, la ruta de Don Quijote, allá, lejos.

---

(1) Everet M. Dirksen: «El comunismo en acción». Informe presentado al Congreso de E. U. en 31 de agosto de 1946. Según este informe, la U. R. S. S. dispondrá en 1970 de 32 millones de combatientes entre veinte y treinta y cuatro años, sin contar los países satélites.

(«Informaciones», 16-IX-1946.)

EL COMUNISMO PREPARA SU "QUINTA COLUMNA" PARA EL MOMENTO QUE LLEGUE LA GRAN NOCHE QUE PRONOSTICO LENIN. EN LOS PAISES COMUNISTAS, POR CONTRASTE, NI SE PROMUEVEN CONFLICTOS SOCIALES NI SE PERMITEN HUELGAS, NI LA MENOR INFLUENCIA EXTERNA SOBRE LOS NATURALES. SON SOLO EL ARTICULO DE EXPORTACION QUE SE OFRECE A LA FELICIDAD DEL MUNDO.

(«Diario de Barcelona», 9-VIII-1946.)

Sombras chinescas

Autonomía de exportación

Con el consentimiento de las autoridades francesas, «que han multiplicado sus pruebas de atención, de gentileza y de afecto, efusivamente agradecidas», el «Gobierno autónomo vasco» se ha reunido en Bayona para tratar con petulancia y cinismo «de la política a seguir en el exterior y en el interior del país», como si a ese coro de náufragos que se titula «Gobierno autónomo» le fuera dable otra cosa que secundar lo que le mandan, ni representar otro papel que el de malditos con arreglo al reparto acordado por los histriones de más talla.

Pero mejor que a los autónomos, invitados de cuota, conviene observar a los mayordomos o cebaderos que los reciben, aposentan, colman de honores y les brindan facilidades para que a dos pasos de España celebren sus conciliábulos, conspiren contra nuestra paz y seguridad y estudien la manera de volver para colgar otra vez sobre el país aquel epitafio que dejaron el día de su fuga: «El Gobierno de Euzkadi ensangrentó, arruinó y deshonró al pueblo vasco».

A tal extremo han llegado en sus consentimientos las autoridades francesas, que no han tenido inconveniente en que esas reuniones se celebraran en Bayona. En Bayona, capital del Laburdi, Estado vascofrancés, que el Gobierno autónomo considera irredento, y lo reivindica como tierra propia, según puede comprobarse en los mapas fantásticos de la fabulosa nación euzkérica.

Pero las autoridades francesas saben dos cosas: que ese reino mítico nunca saldrá del limbo de lo utópico y que ayudar a los secesionistas españoles es cooperar a la maniobra internacional contra la unidad y fortaleza de nuestra Patria. Por eso, porque se ríen del peligro separatista, y también porque nos envidian, consienten la conspiración de los autónomos españoles en la misma tierra en litigio, a juicio de los ilusos. Debemos recordar que en las últimas elecciones francesas asomó, precisamente en Bayona, un candidato separatista llamado Marc Legasse, que dirigió a sus electores un manifiesto en el que hablaba de la región vasca sojuzgada por el Poder central absorbente y tiránico de París. En seguida dio con sus huesos en la cárcel, acusado como responsable «de un atentado a la seguridad exterior del Estado».

Separatismo, como artículo de exportación, bien. Pero en casa, ni en broma.

Ya lo sabíamos. Siempre hemos creído, sin embargo, que unos residuos de pudor y de buena crianza no consienten realizar a plena luz ciertas acciones innobles. Los franceses tienen una espléndida galería de políticos, maestros en el arte de la hipocresía. Y ni Talleyrand, que es el pontífice máximo. Y aunque no nos puede sorprender que sus gobernantes se mantengan en la tradicional trayectoria de arruinar y debilitar a España, sí nos tiene que producir asombro, en gracia a lo que apreciamos aquel magisterio, que esta vez ni un leve y ruboroso velo oculte maniobras inicuas.— **A.**
(«La Vanguardia», 7-IX-1946.)



(«La Vanguardia», 6-IX-1946.)

No se sestea en Meirás...

Madrid, 4, 12 noche. (Crónica telefónica de nuestra Redacción.)— El problema del abaratamiento de la vida invade todo el interés en esta ciudad, y es de suponer que en todas las demás. Todo un período anecdótico de casos y cosas relacionados con el interesante tema informan los comentarios y las conversaciones en los centros donde la gente se reúne y conversa. Las copiosas informaciones de la Prensa alimentan esta disposición de espíritu de las gentes, reflejando el panorama del país entero. Una vez planteada la cuestión por el propio Caudillo y puesta en medio de la calle, es sumamente difícil soslayarla. Muchas de las cosas de que ahora nos quejamos se han podido mantener al amparo del silencio. Franco ha roto aquella arbitraria situación con su habitual y honrada sinceridad. Se puede señalar una falta o denunciar un abuso en tono mayor sin que los ciudadanos se sientan cohibidos en su derecho. Ya es mucho que se puedan formular interrogantes sobre temas de esta índole. Todavía no se ha conseguido que se fije el deber de contestar a los interrogantes; pero tras eso vamos. Porque las gentes están convencidas de que detrás de esta campaña hay algo más. Para muchas personas, aunque Franco no está en Madrid, es indudable que sigue con atención el problema del abastecimiento, y las miradas de millones de españoles están fijas en el Pazo de Meirás, que se considera como el laboratorio donde se preparan las fórmulas complementarias de tan importante cuestión. Allí radica toda la fuerza dinámica de toda esta campaña y de allí habrán de surgir los remedios que la coronarán definitivamente. ¿Cuándo? Tal vez más pronto de lo que muchos esperan.

El Gobierno aspira a resolver el problema en su totalidad, convencido de que una solución

El decreto-ley que establece las normas legales y procesales para reprimir los delitos contra el régimen de abastecimientos

Los delincuentes no podrán disfrutar de los beneficios de redención de penas por el trabajo ni de libertad condicional

Se dota a los Tribunales de un procedimiento rápido adecuado al alcance de las sanciones

(«La Vanguardia», 22-IX-1946.)

fragmentaria no sería útil para nadie.

No es fácil ni sería prudente recoger rumores y conversaciones de café, ya que en los tiempos actuales suelen tener escasísimo valor. Pero, sin embargo, todos convienen en que allí, en los campos de Galicia, se conversa, se estudia, se compulsan opiniones, se examinan proyectos y se ahonda en todos estos asuntos con el ánimo y la resolución firme de abordarlos de un modo definitivo y urgente. Posiblemente crujirán algunos andamiajes de los complicados en esta cuestión, pero esto no será obstáculo, ya que todos estamos convencidos de la necesidad de que la cirugía política sustituya a la actuación ineficaz de la medicina.

Tiene escasa importancia señalar el precio de este o del otro artículo en relación con tal o cual período. No se trata de eso solamente. Algunas gentes que se consideran bien enteradas afirman que esos precios inusitados tal vez hayan sido el fulminante, pero el remedio que se señala y que se efectuará tiene dimensiones insospechadas y alcanzará el más impresionante volumen. Aunque de tales apreciaciones se rebaje, como es natural, bastante, dejándolas en términos de la mayor prudencia, es seguro que el período de vacación del Caudillo este año quizá quede señalado por alguna resolución importante que respalde la actitud de la actual campaña de un modo terminante. Esta certeza no se obtiene de tal o cual afirmación; está en el ambiente público y ofrece una densidad tal que casi nadie pregunta ni por su calidad ni por sus derivaciones. Esa es la fuerza del convencimiento, y se aprecia en que todo lo que Franco disponga no será nunca para las gentes una sorpresa. Para todo están preparadas. Saben que las cosas no pueden seguir como están, y la voluntad del Caudillo tiene sobrados recursos para ponerles adecuado término, y según sus últimas manifestaciones, no habrá ninguna liga de intereses que lo perturbe.

La disposición señalada en el espíritu público presta una destacada actualidad al pintoresco Pazo de la provincia de La Coruña con más fuerza que en ninguna otra temporada.

(«La Vanguardia», 5-IX-1946.)

A DIOS ROGANDO Y CON EL MAZO DANDO

La democracia necesita, sobre todas las cosas, una vehemente autodefensa. Los pueblos que no han caído detrás del «telón de acero» y son auténticamente libres, apartan, de un modo inexorable, el gran peligro del «caballo de Troya». No hablamos de Inglaterra y los Estados Unidos, en la plenitud de sus regímenes políticos y con amplia sabiduría para impedir la invasión de cualquier idea disolvente, sino de otros países en trance de transformación o constitución, en esta hora crítica del mundo. Ahí tenemos, por ejemplo, el Brasil, cuya proyección en América nadie puede desconocer o negar.

Brasil es hoy una nación profundamente democrática. Y en este clima discute ahora su futura Constitución, que deberá ser promulgada el día 7 del próximo mes de septiembre. En el proyecto, obra perfectamente equilibrada a nuestro juicio, no se olvida un solo derecho humano. El cuadro de las garantías individuales es perfecto: desde aquellas imprescriptibles que ningún Fuero, Carta otorgada o Constitución niegan, hasta el Habeas Corpus, *que prevé la sombra*

CASA DE EJERCICIOS CRISTO REY

La próxima tanda de ejercicios para caballeros, jóvenes y sacerdotes tendrá lugar del domingo día 1 de septiembre, a las seis de la tarde, al domingo día 8, a las nueve de la mañana.

Para las inscripciones dirigirse al reverendo padre director de la Casa Cristo Rey, Arturo Soria, 485, Ciudad Lineal (Madrid), teléfono 52639.

(«El Alcázar», 29-VIII-1946.)

"El único crimen hoy en Yugoslavia consiste en no compartir las ideas de Tito"

Editorial de "Osservatore Romano" sobre la detención del arzobispo de Zagreb

CIUDAD DEL VATICANO, 28.—Por tercera vez, el periódico "Osservatore Romano", órgano de la Santa Sede, dedica un editorial a la detención del arzobispo de Zagreb, monseñor Stepinac, y dice que el único crimen hoy en Yugoslavia consiste en no compartir las ideas del mariscal Tito. "El mariscal liberador—añade el periódico—no puede pretender que la carta pastoral firmada por el arzobispo de Zagreb constituye un crimen porque no coincide con su

(Agencia «EFE», 28-IX-1946.)

misma de un abuso de poder. Y esta amplitud de ideas informa los capítulos que se refieren a la sociedad y sus relaciones, y al ejercicio del poder judicial, sin olvidar un gran sentido de protección y ayuda a los trabajadores, que no es tan profundo y extenso como el nuestro, sin embargo. Pues bien: la Constitución brasileña negará, si el proyecto se aprueba, cualquier propaganda para subvertir el orden público y social; entregará a la Justicia militar a quienes realicen crímenes contra la seguridad externa del país, y contra las instituciones militares, y prohibirá «la organización, registro y funcionamiento de cualquier partido político o Asociación cuyos programas o acciones sean contrarios al régimen democrático o a los derechos fundamentales del hombre».

Un largo período de tiempo lleva el Brasil soportando los ataques del comunismo militante. Huelgas políticas, que nada tienen que ver con las reivindicaciones obreras, algunas de tal gravedad, que persiguen el desabastecimiento del pueblo, nada menos: rebeldías contra la autoridad, resueltas a veces en sucesos sangrientos y activísima propaganda en las instituciones básicas del país. Los transportes terrestres y marítimos son hasta ahora el punto de mira del partido de Prestes, ya que su desorganización interrumpe la relación económica en el interior y con el exterior y añade nuevos sufrimientos a los inevitables de las clases humildes, creando un clima revolucionario, propicio. Y cuando la autoridad se encara con los agitadores, demuestra, documentalmente, que obedecen consignas de Moscú, y afirma que llegaron a la nación agentes secretos amparados por la representación diplomática, ellos y sus simpatizantes se revuelven airados, protestan en nombre de la libertad y la democracia de lo que llaman una persecución inaudita, y tachan de fascistas y reaccionarios a quienes cumplen con el primordial deber de defender a su patria de los ataques extranjeros. Y es peregrino, sin duda, que pueda más el fantasma de una mentida democracia que la misma realidad de los ataques en algunos espíritus ingenuos, débiles o simplemente fariseos.

La futura Constitución brasileña es liberal y democrática, pero se defiende. Sabe que el «caballo de Troya» tiene el vientre lleno de explosivos y no quiere dejarlo entrar. Que es poco más o menos lo que hacen todos los pueblos que no han caído detrás del «telón de acero» y ventean el gran peligro de la Humanidad en estos instantes críticos y, sin duda, cruciales.

(«ABC», 4-IX-1946.)

PERON ES UN VERDADERO CRUZADO DEL IDEAL

Desde su infancia ha sacrificado su vida al estudio y a la preparación

La mayoría de sus quince obras militares han sido traducidas a numerosos idiomas, especialmente al ruso y al inglés

Era exactamente el 20 de febrero de 1944, mes que en las latitudes americanas los campos y las montañas están cubiertos de flores, cuando tomé el avión que me conduciría de Santiago de Chile a Buenos Aires para informar a la opinión pública chilena, a través de la cadena de diarios que representaba, cuáles eran las causas de la revolución del 4 de junio de 1943. Hacía tiempo que se venía hablando en todo el Continente del coronel Perón, que hacía varios meses que había llegado a su país, después de un largo viaje por Europa estudiando, en representación del Ejército, los problemas económicos, políticos, sociales y militares del Viejo Continente. Se decía que este militar, que ocupaba la jefatura del ministerio de la Guerra, era el alma y cerebro de una institución que él creó con el nombre de G. O. U. (Grupo de Ofi-



El Presidente de la República Argentina, general Perón, conversando con el autor de este artículo

(«Arriba», 11-VII-1946.)

Actos en las prisiones en honor de Nuestra Señora de la Merced

El próximo martes, festividad de Nuestra Señora de la Merced, Patrona de cautivos, se celebrarán los siguientes actos en las prisiones de Madrid:

Prisión de mujeres de Ventas.— A las diez de la mañana, misa solemne; a las once, entrada de los hijos de las reclusas; a la una, comida extraordinaria.

Prisión-Escuela de Madrid (Yeserías).— A las diez y media, misa; a las once, entrada libre de los hijos de los reclusos; a la una, comida extraordinaria.

Prisión Provincial de Madrid (Carabanchel).—A las siete, diana floreada; a las ocho, desayuno extraordinario; a las nueve y media, velada literariomusical; a las once, misa cantada; a las doce, entrada de los hijos de los reclusos y concierto por la rondalla de la Prisión; a las trece treinta, comida extraordinaria; a las quince, emisión radiofónica retransmitida a todos los departamentos de la Prisión; a las dieciséis, concierto por un sexteto y por la rondalla; selección de cante regional, selección de cante de zarzuela, parodia de los hermanos Clíper y otros números cómicos; a las veintiuna, retreta floreada.

Los días 22 y 23 habrá partidos de fútbol, carreras de salto y otras pruebas deportivas, exposición de artesanía y reunión pugilística.

9.699 RECLUSOS POLITICOS EXISTEN ACTUALMENTE EN TODAS LAS PRISIONES DE ESPAÑA

A 2.000 de ellos se les concederán también los beneficios de libertad condicional

Los restantes reclusos son, en realidad, autores de delitos comunes

(«Ya», 28-IX-1946.)

Hermandad de ex Cautivos

En homenaje a Nuestra Señora de la Merced, y organizado por la Delegación Nacional de ex Cautivos, se celebrará el día 24, en la iglesia de la Buena Dicha (Silva, número 25), una solemne función religiosa, a las once de la mañana, ocupando la cátedra sagrada el reverendo padre José Saavedra, superior de la residencia de padres mercedarios.

La Delegación Nacional espera que los ex cautivos acudan a esta fiesta con puntualidad.

El mismo día, y siguiendo la costumbre de años anteriores, se distribuirá entre los ex cautivos y familiares de caídos más necesitados una comida extraordinaria y donativos en metálico.

En Barcelona

BARCELONA, 21. — Con motivo de celebrarse el próximo martes la festividad de Nuestra Señora de la Merced, Patrona de Barcelona, se organizan solemnes actos. En la basílica, donde tiene su trono la Virgen, habrá el día 24 una solemne misa, a cargo del obispo de la diócesis, con asistencia de todas las autoridades. Por concesión del Sumo Pontífice, desde las doce horas del día 23 hasta las veinticuatro del día 24, tantas cuantas veces visiten los fieles a la Virgen de la Merced en su basílica titular, debidamente preparados, podrán ganar indulgencia plenaria, aplicable a los difuntos, como en la Porciúncula.

La Delegación Provincial de ex Cautivos festejará asimismo a su Patrona con brillantes solemnidades, y también en la Cárcel Modelo se han organizado diversos actos dedicados a la Virgen redentora de cautivos.

(«Ya», 22-IX-1946.)

ESPAÑA ODIA EL DELITO Y COMPADECE AL DELINCUENTE

La reforma del sistema penitenciario de nuestro país ha hecho de él uno de los más avanzados del mundo

JURISTAS Y MEDICOS EXTRANJEROS LO HAN RECONOCIDO Y LO PROCLAMAN

(«Informaciones», 24-IX-1946.)

Desmintiendo una información tendenciosa sobre la zona española de Marruecos

La vida en Tetuán es absolutamente tranquila y la abundancia de abastecimientos superior a ningún otro lugar del mundo

«Debemos seguir guiados por España y no separarnos de ella», ha dicho un prestigioso moro notable

Tetuán.—Recientemente han circulado numerosos telegramas de Prensa e informaciones de radio sobre disturbios en Marruecos que no corresponden a la realidad, pues si bien estos telegramas no están inspirados por una mala intención, sí pecan en cambio, de mal informados, como por ejemplo, uno muy reciente de una agencia extranjera que se refiere especialmente a la zona española y está fechado en Madrid. Se habla en él de manifestaciones callejeras en Tetuán, cuando lo cierto es que la única concentración habida fue el día final de Ramadán, y tenía como fin expresar al Jalifa, como representante del Sultán, la adhesión del pueblo, pero nunca llegó a constituir dicha reunión una amenaza contra el orden público.

Por tanto, puede desmentirse la información de que un líder nacionalista de Tetuán se halla refugiado en Tánger. Nadie ha buscado refugio en Tánger, porque nadie ha sido perseguido, pues nunca ha sido atacada la legalidad.

El reciente viaje del alto comisario por la zona del Rif y Melilla, en que ha recibido aclamaciones de miles y miles de cabileños, demuestra claramente la adhesión leal e inquebrantable del pueblo marroquí a España, representada aquí por el teniente general Varela. Las manifestaciones de caídes prestigiosísimos de la Zona lo manifiestan así; y en una de las visitas al alto comisario, el caíd Chel-Lai, de Beni Buifrur, ha dicho: «Debemos seguir guiados por España y no separarnos de ella». Este es un ejemplo del sentir verdadero del pueblo de Marruecos, pues la manifestación de palabra y de obra del alto comisario ha sido expresada por centenares de miles de marroquíes y excede de todo lo que pueda relatarse en una información.

Si ha habido y aún hay desórdenes en la zona francesa y Tánger, son también de otro tipo. De manera que no puede achacárseles directamente a partidos nacionalistas. En Argelia y Túnez, por ejemplo, ha habido huelgas de gran consideración. Está suficientemente probado, y el corresponsal en París, Juan Pedro Luna, lo ha puesto así de manifiesto, que tienen carácter puramente comunista, y todo el mundo sabe que el comunismo es, en esencia, ajeno a toda idea de nacionalismo.

En Tánger las manifestaciones se hicieron con tres peticiones. Primera: protestar contra la inmigración extranjera que hacía que la escasez de trabajo fuera considerable; segunda: por la escasez de alimentos y carestía de la vida, y tercera: por una pretendida corrupción de las costumbres de las mujeres musulmanas.

Es innecesario insistir en que la vida en Tetuán es absolutamente tranquila, sin incidentes de ninguna clase, y que el nivel de vida y la abundancia de abastecimiento difícilmente se podrían encontrar en ningún otro lugar del mundo.

(Agencia «Cifra», 21-IX-1946.)

Sobre el escritor Jacinto Benavente

Ignoro en absoluto qué será ni qué parecerá «Titania», la nueva obra que de don Jacinto Benavente estrenarán mañana Lola Membrives y su Compañía abriendo, en todo caso con doble prestigio, la temporada teatral de Barcelona. Pienso que tal vez «Titania» aluda a la Titania de Shakespeare, Reina de las Hadas, que se enamora del hombre a quien Puck ha transformado en asno. Pero igual es posible que no tenga nada que ver con eso. Vive uno en otro mito, el del veraneo, y hasta los verdes campos pirenaicos de Camprodón, como hasta el estudio estival del gran Morell, donde paso buena parte de las tardes hablando de pintura y viéndole pintar —léase no dejándole pintar—, no llegan otras actualidades que las que traen los periódicos, o sea la actualidad ya consumada y muchas veces ya consumida.

Y esto que podría ser el inconveniente para que hablase de don Jacinto es lo que me induce, con urgencia, a querer hablar antes, precisamente del estreno, y no esperar a unirme al más que probable cortejo de las enhorabuenas.

El nombre de Benavente está tan unido a nuestra vida nacional, que ya sólo mencionarle es convocar en la memoria medio siglo largo de acontecimientos y anécdotas, de juego de la inteligencia que acumulando categoría llega a hacer de Benavente el puro mito de sí mismo, la estatua viva de su figura, la cifra y el valor entendido de su personalidad. En las letras españolas Benavente tiene la representación y el eco internacional que unos años antes no llegó a tener siquiera Pérez Galdós. Esto, teatralmente, ya sé que no es ningún elogio; pero hablo simplemente de la «extensión territorial» que puede alcanzar un nombre literario.

¿Un nombre literario o un nombre teatral?, me preguntarán algunos. Y éste es exactamente el nervio y la razón del artículo: un nombre literario en la vida teatral. Cuando más se procura —es el tópico de nuestro tiempo— distinguir bien los límites abstractos de las artes y de los géneros, más me convenzo de que el gran secreto del artista auténtico está precisamente en todo lo contrario de lo que se pretende con ese afán de rigor separatorio y de aduana exigente. Se habla entre pintores con un gratuito desprecio, en el que ninguno se cree a sí mismo aludido, de «pintura literaria». (Me decía el pintor Morell, hace unas tardes: «En cuanto usted pone más de una figura en una tela, ya está perdido y le dicen que es pintura literaria o decorativa.» ¡Bueno! ¿Y desde qué momento la inspiración o la preocupación literaria estorban y se prohíben en la pintura? Porque el Greco es tan «literario» como Solana, y el Bosco es tan «literario» como Dalí, y toda la pintura italiana, si vamos a poner las cartas boca arriba, es decorativa.)



El teatro, según algunos, es algo aparte de la literatura, y el cine está fuera de la literatura y del teatro. Y la poesía tampoco debe ser literaria, etc. Yo no veo tan concretas estas fronteras, la verdad. Al teatro de don Jacinto Benavente no «le sobra literatura», sino que es literatura de su tiempo, y esto, precisamente, es lo que le tiene en pie, lo que no ocurre con el teatro puramente bien logrado en eso que se llama «técnica teatral», y que literariamente es malo o inexistente. Parece que estoy oyendo la oposición a esto: «Es que el teatro se representa, se ve y se escucha.» ¡Ah, usted perdone! El teatro que no se puede leer está condenado a muerte desde que nace, aunque tenga una adolescencia de éxito. Las variedades y el circo no son un arte porque no se pueden leer o contemplar en cualquier momento o en cualquier época. La voz de la oposición vuelve a clamar: «¿Y la danza, señor mío?» ¡Ah, usted perdone otra vez! La danza es para mí como la belleza: fugitiva; tampoco es un arte, sino un acontecimiento emotivo. En esto no paso. El arte es perdurable, transportable, «sólido».

La obra literaria de don Jacinto Benavente, la más considerable en calidad y en cantidad proporcionadas, del teatro español contemporáneo, ha sido escrita para representarse y para leerse. Afronta el aplauso, pero resiste la lectura, que es mucho más importante como prueba.

En estos momentos de justa apoteosis de don Jacinto, «autor» celebrado por todos y escritor teatral del que han hablado relativamente muy poco los escritores, yo he querido simplemente suscitar este tema y enviárselo, desde estos prados lejanos, al escenario, con el testimonio de mi estimación «literaria». Y a Lola Membrives, que vuelve entre nosotros, con la intención de un ramo de rosas, esa delicia evidente que no puede leerse ni puede guardarse: hermosa y trágica condición de la belleza fugitiva. Pero que hace temblar.

César GONZALEZ-RUANO

(«La Vanguardia», 5-IX-1946.)

ANTE EL PROXIMO «DOMUND»

En varias ocasiones hemos hablado en estas columnas de la labor trascendental de las misiones. La Historia de España, cuando no está por ellas labrada, con ellas se entrelaza, y el último Congreso de Burgos ha puesto de relieve la importancia espiritual e histórica del tema. Es, por otra parte, tema tan actual y vivo que en la propaganda de las misiones han colaborado las plumas más ilustres de la literatura y el periodismo contemporáneo, rasgo, por cierto, que merece ser resaltado, porque es una prueba más de que nuestras nobles tradiciones toman a diario una virtualidad nueva y entrañable. Patria y misiones son términos correlativos. El año pasado se convocó el primer concurso periodístico dedicado al tema, y afluyeron con tan caudalosa riqueza los trabajos que, durante más de un mes, los artículos y reportajes especiales crearon en el público esa misma conciencia misionera que los Pontífices han recomendado siempre.

Nos congratulamos hoy haciendo resaltar que el concurso periodístico de este año se convoca con tiempo suficiente para convertir esta campaña en el perfecto testimonio de adhesión a las consignas de Roma. El número y la cuantía de los premios sufragan la generosidad de los organizadores. Los artículos y reportajes pondrán, sin duda, de manifiesto la inmensa labor de reconstrucción y de paz que las Misiones de hoy realizan, heroica y santamente, a lo ancho de la tierra. No hay en la Historia de España una palabra más sugestiva y evocadora que esta de las Misiones. Si hemos difundido una civilización inmarcesible, a ellas se lo debemos. Si en los albores de la civilización del Extremo Oriente, la China y el Japón empiezan un día a incorporarse al cristianismo, y a ser conocidas en el Mundo, a ellas se lo deben España y Europa. El nombre glorioso de Francisco Javier aparece en todos los libros, viejos y nuevos, que hablan de aquellas tierras vírgenes y paganas. Y nuestro Imperio y el triunfo de la civilización cristiana en América y Oceanía, obra fueron, tanto de nuestros aguerridos y legendarios conquistadores, cuanto de los humildes y anónimos misioneros, que derrochando heroísmo, tacto y ciencia teológica, inmolaban la vida por Dios y por España. No hay tema tan amplio y donde la documentación sea tan inagotable como este de glosar y cantar las glorias de las Misiones. No hemos sido, ciertamente, los únicos, pero tampoco nos ha superado el mundo en el número y en el ardor místico de nuestros misioneros. De unos misioneros que, evangelizadores y maestros sobre todo, han dejado también en más de un lugar la huella de una sabiduría y una prudencia políticas nada comunes, en forma de verdaderas constituciones políticas, de avanzado contenido social, como aquella del Paraguay, que por mucho tiempo rigieron.

Al comenzar la campaña intensiva del Domund se vislumbra ya una espléndida labor entusiasta y eficaz. La simple lectura de esa curva ascendente en las recaudaciones del Domund, es símbolo elocuente de la espontánea, jugosa, generosa participación del pueblo español en esta tarea.

Tarea recomendada filialmente por el Sumo Pontífice y vinculada con las más nobles tradiciones españolas. Tarea civilizadora y cristiana por excelencia.

(«ABC», 4-IX-1946.)

Exito de un poeta



Ramón M. Alvarez, "Luis Ramón", poeta que en el festival organizado por la Asociación de Palabra Culta y Buenas Costumbres ha dado un recital de poesías originales. El recitador fué muy felicitado y aplaudido por la numerosa y selecta concurrencia que asistió al acto.

(«Ya», 28-IX-1946.)

El ministro de Educación impone la corbata de Alfonso X el Sabio al pendón de la ciudad de Vigo

El señor Ibáñez Martín prometió apoyar el intercambio cultural de Galicia con Portugal

VIGO, 7.—El ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín, acompañado de autoridades provinciales y locales, visitó esta

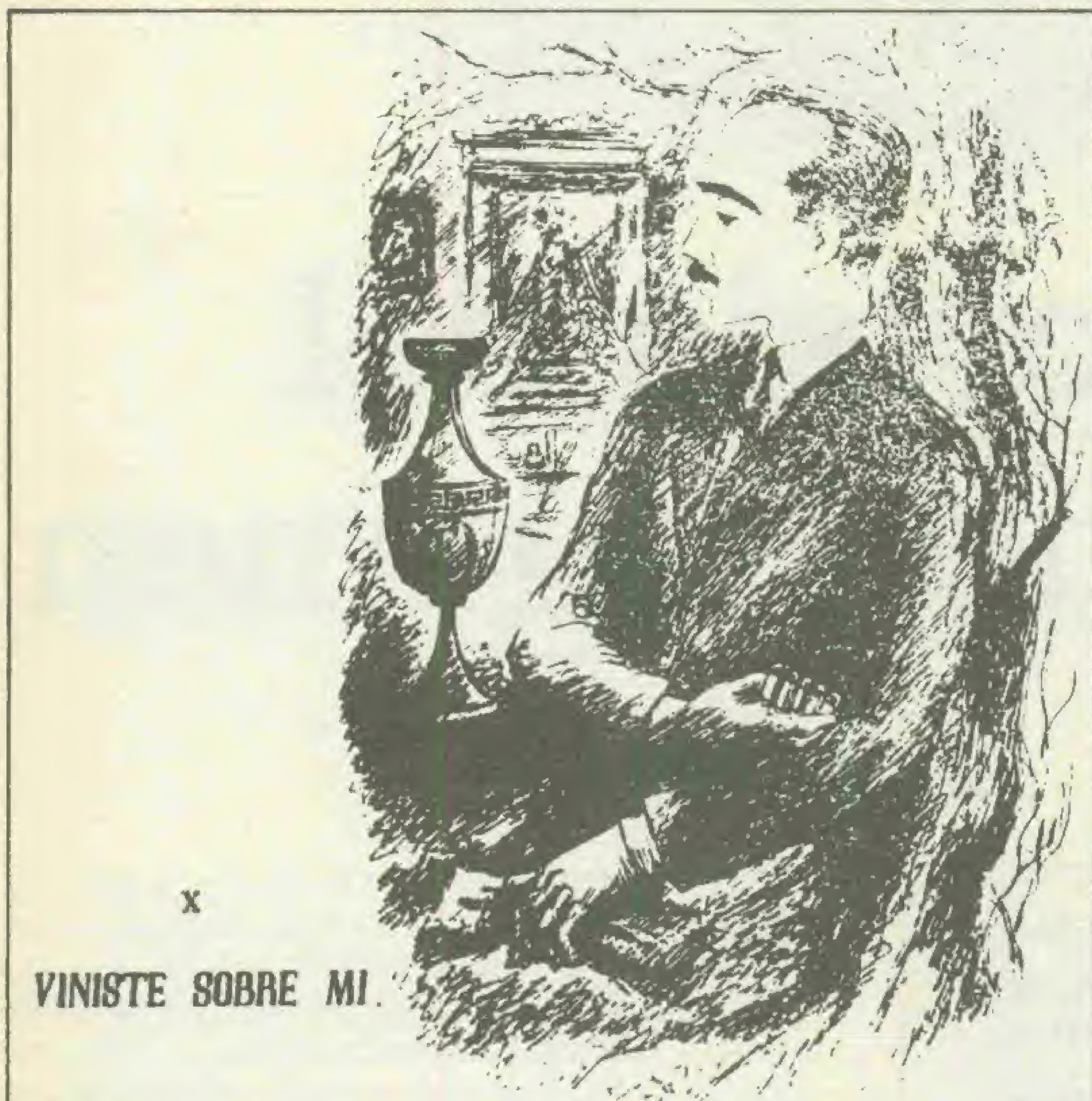
(Agencia «Cifra», 7-IX-1946.)

ANIVERSARIO DEL BOMBARDEO ROJO CONTRA EL PILAR

● Diversos actos en conmemoración de las bombas que no estallaron milagrosamente

Zaragoza. Hoy se cumple el décimo aniversario de la incursión sobre el templo del Pilar por un avión rojo que, en la madrugada, arrojó sobre la basílica tres bombas, ninguna de las cuales llegó a estallar, si bien dos de ellas perforaron la bóveda. El atentado fue motivo de una de las más imponentes y fervorosas demostraciones de fervor mariano que recuerda la historia del Pilar. Este año, los zaragozanos han hecho objeto a su Patrona de renovados homenajes. Por la mañana, la misa llamada de Infantes, a las seis, estuvo concurridísima y después, a las diez, se ha celebrado, dispuesta por el Cabildo, una misa solemne, a la que asistió también numerosísimo público. El desfile de fieles por el Pilar es intenso e ininterrumpido, y son continuas las ofrendas de flores que se depositan en la santa capilla. El Ayuntamiento ha enviado también, en nombre de la ciudad, según acuerdo tomado ayer, una monumental canastilla de flores naturales. Por la tarde, el popular Rosario de los Devotos revistió igualmente especial solemnidad. Durante todo el día, la imagen del Pilar ha lucido el rico manto bordado en oro, donado por la reina madre doña María Cristina.

(Agencia «Cifra», 3-VIII-1946.)



X

VINISTE SOBRE MI...

VINISTE sobre mí...
Hoy es tu aniversario.
No quisiste oírme
y mi voz se rompió
al llegar a tus ojos.
Hoy que no estás aquí
¿llegán a ti mis gritos?
¿Atraviesan mis voces,
ese aplastante cielo
de las quietas estrellas?

Hoy es tu aniversario.
Las flores del recuerdo
perfuman mi dolor
con aromas de noche,
y sobre el epitafio
de mi corazón roto,
no temblará la estrella
de la alegre esperanza...
Tus ojos,
en el cielo de aquel día pasado.

(«Fantasía», quincenario de la invención literaria, número 38.)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: DIEGO GALAN Y FERNANDO LARA

Guipúzcoa:



La crisis del Antiguo Régimen

Luis Galiano

Cuando la existencia de una nacionalidad vasca es una realidad incontrovertible, pese a una larga tradición de intentos asimilistas, y el proceso de euskerización de Euskalerria un hecho, quedan aún buen número de fenómenos relevantes sobre el tema que no han sido suficientemente estudiados.

FRECUENTEMENTE se olvida que el nacionalismo no es un hecho estático, sino dinámico, ya que los rasgos comunes del carácter nacional se forman sobre la base de la comunidad de la vida económica, el contacto permanente de grandes masas de población y el desarrollo de los medios de comunicación, factores que hacen posible que nazca una cultura nacional común para sus formas.

Este carácter dinámico es el que obliga, al abordar cualquier tema en relación con las nacionalidades, a considerar las diversas modificaciones que sufre el nacionalismo, y a que se deba hablar de nacionalismo señorial, nacionalismo burgués o nacionalismo proletario, según la clase social en la que despierte el nacionalismo frente a intentos centralizadores.

En este sentido, el trabajo realizado por **Pablo Fernández Albadalejo** (1) tiene un especial interés, pues en él se pone de manifiesto que la conflictividad social en la que parece surgir el nacionalismo vasco de la segunda mitad del pasado siglo, tenía sus orígenes en una crisis latente del sistema cuyo momento de definición fue la primera guerra carlista; conflictividad que una rápida industrialización vendría a acentuar. Estudio que, de este modo, permite analizar algunas de las modificaciones sufridas por el nacionalismo vasco en general, y en concreto, en el caso guipuzcoano.

La obra, que ha servido al autor como tesis doctoral en la Universidad Autónoma de Madrid, en octubre de 1974, se articula básicamente en dos partes.

La primera parte aborda el problema de la génesis y organización de la Provincia de Guipúzcoa, y plantea cómo esta formación se realiza en determinadas circunstancias históricas, y en su construcción intervienen —a favor o en contra— grupos y clases sociales bien concretos. Como el propio autor señala, esta parte primera constituye un «pretexto algo necesario para poder abordar la segunda», en la que un mejor y más abundante material permite al autor la realización de un tratamiento más interpretativo que descriptivo.

La segunda parte es la que estudia en profundidad las transformaciones económicas —y la gama de conflictos que originan— que, haciéndose perceptibles a partir de 1766, culminaron en la crisis de 1833.

Si bien el autor no se propone en principio una investigación sobre la génesis del carlismo como movimiento político, sino un intento por descubrir las razones de localización espacio-temporales del fenómeno carlista (lo que le lleva a concluir que el período 1766-1833 señala el tránsito del Antiguo Régimen a la crisis del mismo), el análisis de las clases sociales ante la primera guerra carlista y sus vinculaciones en la misma supone ya de por sí un análisis del carlismo en sus orígenes.

Emiliano Fernández de Pinedo, al estudiar especialmente el caso de Vizcaya en «Crecimiento económico y transformaciones sociales del país vasco 1100-1850», afirmó: «En el conflicto, el bando carlista, estaba compuesto por campesinos y notables. Los combatientes los proporcionaron aquéllos; éstos la ideología y los cuadros». Pablo Fernández Albadalejo lleva aún más adelante el análisis y, tras afirmar que la ultraderecha absolutista estableció conexiones con un sector de los interesados en mantener el sistema foral, precisa que «al menos el inicio del conflicto sirvió para clarificar posiciones: grandes propietarios, comerciantes e industriales estuvieron por un lado; arrendatorios, comerciantes e industriales estuvieron por un lado; arrendatarios, pequeños propietarios, jornaleros y asalariados urbanos —en líneas generales— por el otro». Lo que supone la existencia de una nobleza «moderna» con aspiraciones concurrentes con las de los comerciantes e industriales; y de otra nobleza «feudalizante» que no ha sabido adaptarse a la evolución de los tiempos, rentista en su mayoría, cuya situación se deteriora por momentos y que trata de capitalizar en beneficio propio el descontento existente entre arrendatarios, jornaleros y asalariados urbanos, para que sean éstos quienes en definitiva carguen con los costos sociales del conflicto. Por ello, el planteamiento nacionalista que sustentó en ese momento este segundo grupo que mencionamos,



Los nobles «rancios» guipuzcoanos vieron deteriorarse su situación debido al descenso de los precios durante todo el reinado de Fernando VII —retratado aquí por Goya—, lo que además afectaría a aquellas familias que vendían gran parte de la cosecha o vivían de las rentas cobradas en especie.

(1) **«Guipúzcoa, 1766-1833: Cambio económico e historia».**



La conflictividad en que parece surgir el nacionalismo vasco de la segunda mitad del pasado siglo, tiene sus orígenes en una crisis latente del sistema social y político cuyo momento de definición fue la primera guerra carlista. (Sobre estas líneas, caricatura liberal en contra del carlismo).

debe calificarse de «nacionalismo señorial», pues ésta es la característica que mejor define las aspiraciones del sector dominante del movimiento.

Pero, ¿cuáles eran las causas de las tensiones que llegaron a situar en un mismo campo a nobles «rancios» y campesinos?; ¿de dónde su fuerte impregnación anticentralista?..., porque el régimen foral fue el marco en que se insertó el conflicto, lo que nos da las peculiaridades de su organización, pero no su causa.

Para poder dar una respuesta a estas preguntas, es necesario analizar cuál era la situación de las distintas clases sociales con anterioridad al conflicto, y así lo ha comprendido Fernández Albadalejo.

La evolución del sistema económico planteó, por un lado, un enfrentamiento secundario entre nobles «rancios» y «modernos». Estos últimos, provenientes de la burguesía rural y aspirantes a la nobleza, habían conseguido ampliar su capital merced a las compras de tierras desamortizadas, en buena parte bienes del común que quedaban de este modo separados del uso comunal, pero cuyo poder económico no correspondía a su peso político, y fracasando en todos sus intentos por acceder al poder municipal, pues solamente con la invasión francesa pudieron hacerse con algunos puestos. Por el contrario, los nobles «rancios» vieron deteriorarse su situación debido al descenso de los precios durante todo el reinado de Fernando VII (lo que afectaría especialmente a aquellas familias que vendían gran parte de la cosecha o vivían de las rentas cobradas en especie, como era el caso de muchos pequeños notables), y a la menor posibilidad de usar en beneficio propio las tierras comunales. No ocurría así, sin embargo, con su actuación en las Juntas, que estos señores manejarían a su gusto.

El autor ha señalado, en torno a los comerciantes, la difícil situación por la que atravesaba —ya en 1757— la Compañía de Caracas, y con ella el comercio colonial, lo que se agravaría con la liberación para importar a España algunos productos coloniales sobre cuyo suministro tenía hasta ese momento la Compañía derechos de monopolio. Esto hizo que, de 1750 a 1780, los comerciantes guipuzcoanos abandonaran progresivamente la empresa colonial para dedicarse a otras más remunera-

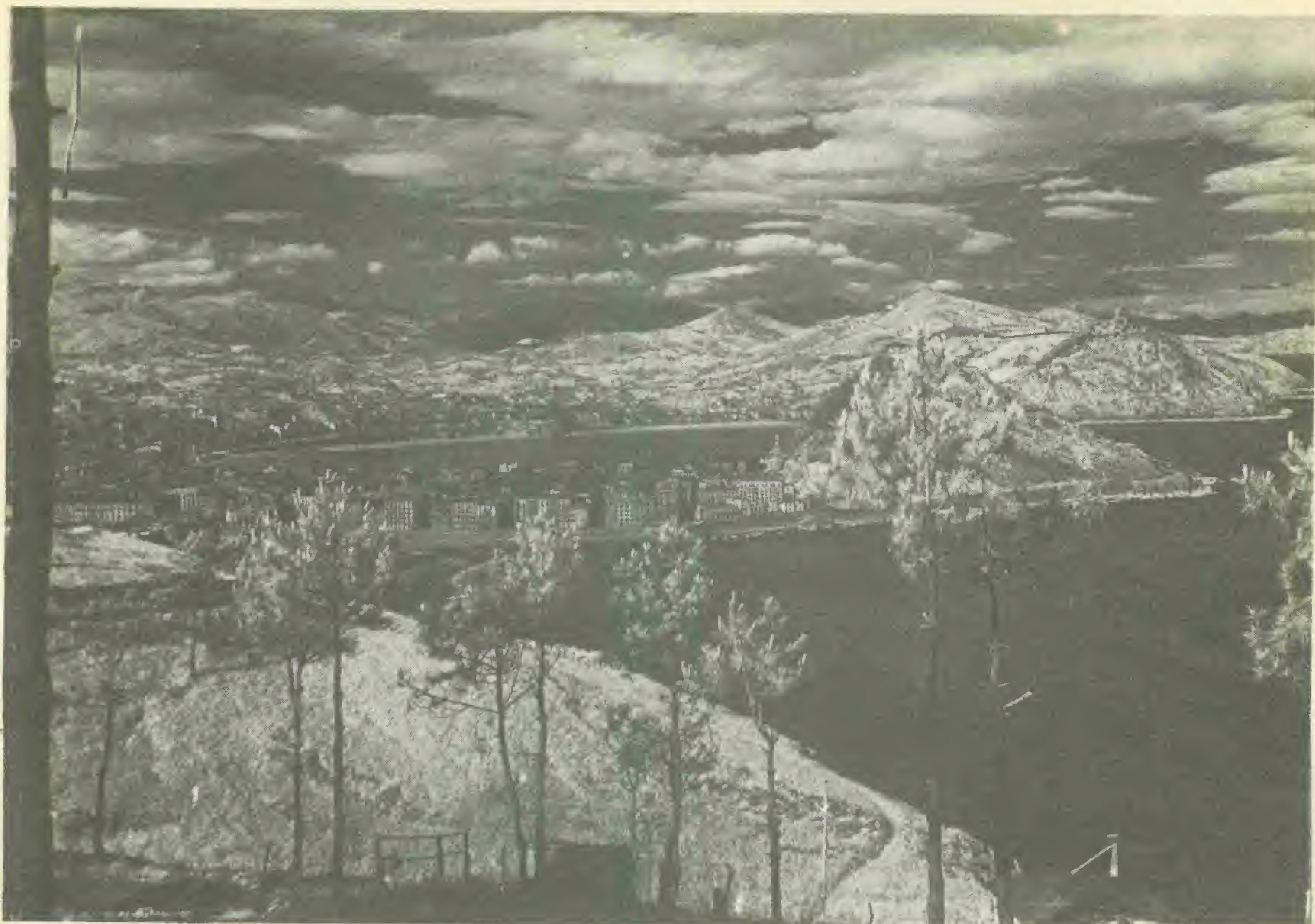
doras a corto plazo. Su interés creciente ante la formación de un mercado interior hipotecó su propio futuro, pues, como ha señalado el autor: «... en este mercado nacional en vías de formación no cabían zonas francas», es decir, ello conllevaba la unificación arancelaria.

Para los notables, la unificación, al trasladar la aduana interior a la costa, suponía un encarecimiento de las compras, sin compensación inmediata en las ventas, ya que ellos, hasta el momento, se abastecían del mercado provincial y de géneros de importación y, al mismo tiempo, vivían de la venta en este mercado, lo que determinó el inmediato rechazo del planteamiento centralista por parte de este grupo.

Para el comerciante, por el contrario, la misma medida, una vez renunciado al comercio exterior, suponía la única salida inmediata, la posibilidad de penetración competitiva en el mercado nacional, por lo que apoyará decididamente este tipo de medidas del poder central.

Los industriales, fundamentalmente ferrones, conocen en la segunda mitad del siglo la incidencia de una tecnología nueva que puso de manifiesto la necesidad de renovar la propia si se deseaba competir en el mercado internacional, al tiempo que la política arancelaria sustentada hasta el momento por el Estado dejaba sus productos en situación de no competitividad en el mercado castellano. No es de extrañar, pues, que cuando a la industria guipuzcoana se le ofrezca la posibilidad de traslado de las aduanas a la frontera, vea en esta medida una tabla de salvación y su apoyo al Poder central sea decidido, al tiempo que trata de arrancar medidas proteccionistas para sus productos.

De cara a la burguesía rural y al campesinado, conviene precisar que ya en 1810, en que merced a los estadillos de contribución ha podido realizar el autor un riguroso análisis estadístico, se ponen de manifiesto notas muy a tener en cuenta de cara al fenómeno carlista. En primer lugar, se ha podido constatar la existencia, centro del mundo de los propietarios, de un predominio de pequeña y media propiedad. En segundo lugar, ha sido posible verificar la existencia de arrendatarios, cuyo número oscila cuando menos en el 50 por 100 de la población de cada municipio. En tercer lugar, la desamortización «abre el camino a la extensión del concepto burgués de propiedad de la tierra». La acción desamortizadora tuvo características propias en el país vasco, pues



Guipúzcoa fue atravesando diversas crisis coyunturales hasta llegar a la gran crisis estructural que supone la ruptura con el Antiguo Régimen. Momento en que también se pone de relieve las tensiones existentes en la modificación del nacionalismo señorial, albergado en buena parte dentro de la capital guipuzcoana, San Sebastián, una panorámica de la cual contemplamos.

en los grupos de compradores «hubo muy pocos que compraron mucho, pero además hubo muchas personas que compraron muy poco», ello debido al modo en que se realizó allí la desamortización. La tendencia abierta de los precios hizo que muchos invirtieran sus caudales, lo que no pudieron prever fue la fase de descenso de los precios que correspondió a un auténtico cambio de tendencia.

Este cambio de tendencia supuso: para los terratenientes, el intento de amortiguar la baja por medio de una subida de los arrendamientos y el intento de reorientar el mercado hacia el interior; para los pequeños y medianos propietarios que hubiesen podido invertir en tierras desamortizadas (y que sin duda se llevaron la peor parte del pastel), unas pérdidas que difícilmente podían sufragar, con el deterioro consiguiente de las condiciones de vida; y, por último, para aquellos que no pudieron o no supieron aprovechar la desamortización supuso el verse privados de unos beneficios comunales (bosques, frutales, pastos...), precisamente cuando los momentos se hacían más difíciles, lo que representó para la nobleza antigua una deteriorización del valor real de sus ventas y, para el resto del grupo, la proletarización creciente.

Tras estas notas, no nos queda sino señalar, ya para concluir, que el libro de Pablo Fernández Albadalejo es una obra básica para estudiar las distintas crisis coyunturales por las que atravesó Guipúzcoa hasta llegar a la gran crisis estructural que supone la Ruptura con el Antiguo Régimen, y que además viene a poner de relieve las tensiones existentes en la modificación del nacionalismo señorial, cuyas últimas manifestaciones lastrarán posteriormente algunos aspectos del nacionalismo burgués de la segunda mitad del siglo XIX y, en especial, cierto carácter integrista, como puede deducirse del análisis realizado por el autor sobre la situación del bajo clero y que aquí no hemos considerado por limitación de espacio.

A esta obra sólo cabe oponerle un quizá excesivo desarrollo de la primera parte en detrimento de la segunda, y una no excesiva facilidad de lectura, lo que sin lugar a duda proviene de su carácter inicial de tesis doctoral. ■

L. G.

El primer Congreso de Historia de Andalucía

Del 14 al 19 de diciembre se celebrará un congreso de Historia de Andalucía, organizado por las Universidades de Córdoba, Granada, Málaga y Sevilla, y coordinado por la Facultad de Filosofía y Letras cordobesa. El Congreso, primero en su amplia especialidad, tendrá carácter itinerante y recorrerá media Andalucía. El día 14 de diciembre es la apertura en Sevilla; la clausura, el 19 en Granada. Entre esas dos fechas, tres días de sesiones de trabajo en Córdoba y una en Málaga.

Parece ser que existen dificultades para reunir el dinero preciso, unos cuatro millones de pesetas aproximadamente. Sin embargo han llegado ya algunas aportaciones de entidades cordobesas. Y aunque no están superadas las dificultades, se podrá mantener el carácter itinerante del Congreso, según nos declara D. Francisco Martín López, miembro de la comisión organizadora que preside el decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba, D. José Manuel Cuenca Toribio.

De amplio temario, el Congreso entiende que «la concepción de la Historia en nuestros días se caracteriza por el objetivo de elaborar una explicación integral del pasado humano, superando el viejo concepto del predominio de un solo factor. El enfoque tradicional de narrar los hechos tal y como sucedieron ha sido superado por el criterio de buscar en el pasado la clave del presente. Por ello, la ciencia histórica se encuentra hoy en el umbral de la consecución de su objetivo: construir la historia total». De acuerdo con este ambicioso criterio se han creado seis secciones de trabajo, más una interdisciplinaria. Dichas secciones son: Medio geográfico, época prehistórica y protohistórica, Andalucía romana y visigoda, Andalucía medieval: islámica y cristiana, Andalucía moderna y Andalucía contemporánea. La interdisciplinaria, bajo el título de «Andalucía hoy», tiene por objetivo «la problemática andaluza actual y futura en sus diversos aspectos». La preside D. Manuel Clavero Arévalo, de la Universidad de Sevilla y del Instituto de Desarrollo Regional, y forman parte de la misma Aumente, Cazorla, García Añoveros, García Barbancho, Jiménez Sánchez, Lacomba, Martín López y Lasarte.

Además de las sesiones de trabajo está previstas dos exposiciones (una bibliográfica y otra de pintura andaluza actual), un recital de poesía y varias representaciones teatrales.

Dentro de los aspectos que en las secciones se tratarán (demografía, sistema económico, estructura social, organización política, administrativa y religiosa, lengua, humanidades y arte, medicina, ciencia técnica y tecnología) se han solicitado veintidós ponencias a especialistas en los diversos temas. Así, Bosque Maurell y Benito Arranz tratan del medio geográfico; Jordi Nadal, de la industrialización; Domínguez Ortiz, del siglo XVIII; Sánchez Agesta del siglo XX; Gil Munilla y Cepeda, del XIX; Alvar, de lingüística; García Gómez, de la Andalucía Islámica; Blázquez, de la romana, etc.. Las comunicaciones pasan de las ciento veinte y figuran entre ellas los nombres de Tuñón de Lara, Martín Almagro, Aguilar Piñal, Juan Velarde, Vicenta Cortés, Emilio de la Cruz, García de Diego, Lacomba, Manuel Moreno, Stanley Payne, Rodríguez Alcaide, Voltes Bou, etc... ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**



EL TALLER DEL HISTORIADOR

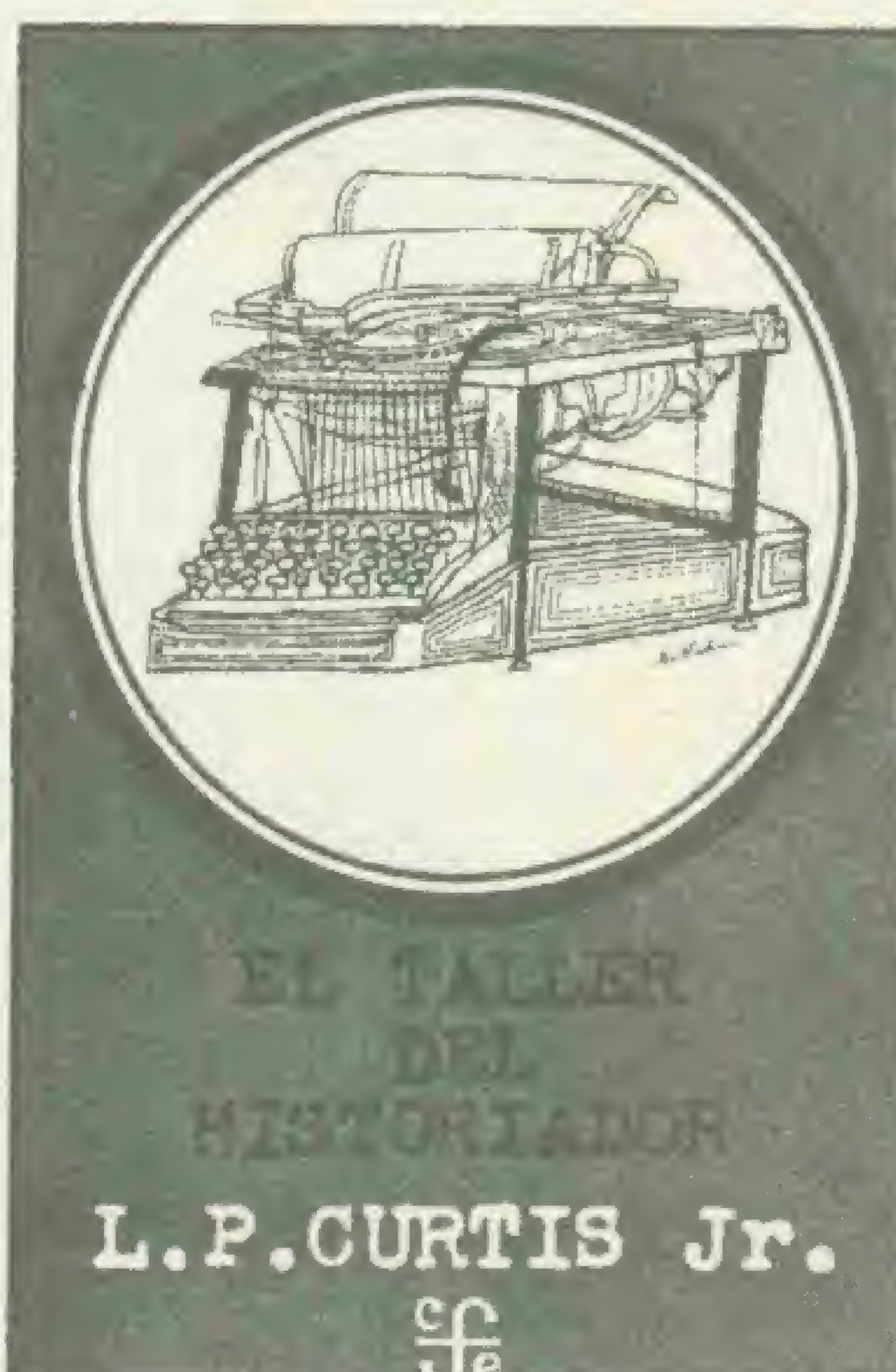
Ciencia triplemente humana, la historia. Pues si, como ya señaló Bloch, su objeto son «los hombres en el tiempo», hombres son también —como en toda ciencia— sus creadores y sus directos destinatarios. Ahora bien, ¿qué es lo que empuja precisamente a los segundos a ahondar con obstinación en el pasado, a inventariar, ordenar y buscar sentido a las huellas más diversas dejadas por quienes los precedieron, a recrear modos de vida e instituciones ya periclitados, a buscar leyes y establecer relaciones entre culturas distantes en el espacio y en el tiempo?

Acaso la respuesta esté en la observación que al propio Bloch le hizo en cierta ocasión Henri Pirenne y que aquél cita con religiosa devoción en ese maravilloso librito que es «L'Apologie pour l'Histoire»: «Soy historiador porque amo la vida».

Porque ama la vida, el historiador trata de resucitar, de rescatar para la memoria del hombre lo que una vez fue y ahora está muerto. Pero ¿lo está realmente? ¿Acaso todo lo que ha sido no sobrevive de mil maneras en lo que somos? E incluso en el caso de instituciones o culturas prematuramente abortadas, ¿no resultará su conocimiento igualmente positivo aunque sólo sea por la vía del contraste?

Mas lo fascinante y lo terrible al mismo tiempo del pasado es su carácter de inevitable. Se trata de un material bruto que el historiador podrá pulir o iluminar según su bies particular, pero que de ninguna manera podrá modificar a su antojo. El pasado está ahí, y sólo cabe aceptarlo.

De acuerdo con eso, ¿qué es lo que hace que de esa cantera riquísima y prácticamente inagotable, un historiador privilegie tal o cual aspecto mientras que otro atiende exactamente al opuesto? ¿Según qué criterios juzga este o aquel estudioso la pertinencia de unos datos, de unos testimonios? ¿Qué incita a uno a bucear en la conciencia de un personaje excepcional mientras que su colega intenta recrear la conciencia de una colectividad en un momento determinado del acontecer histórico? ¿Por qué razón un historiador se fija, por ejemplo, en la evolución del estribo o de la forma del badajo de las campanas mientras que otro se interesa por las corrientes migratorias o las tasas de cambio?



¿Hasta qué punto todo relato, incluso el más objetivo en apariencia, está lastrado ideológicamente? ¿En qué medida influyen el entorno, las circunstancias históricas y hasta los traumas infantiles del estudioso en su selección de temas o en su tratamiento del material a su disposición?

Preguntas de este tipo movieron a un historiador, **L. P. Curtis, Jr.**, a pedir a algunos de sus colegas de más prestigio dentro del mundo académico que, violando un viejo tabú, abrieran por una vez al público sus **talleres** tan celosamente custodiados. No se trataba de ninguna manera de utilizar y contrastar las posibles respuestas para elaborar un método que pudiese servir a futuros historiadores a la hora de iniciar sus investigaciones, empresa imposible habida cuenta de la heterogeneidad de los planteamientos respectivos, sino, mucho más modestamente, de descubrir las motivaciones, los modos diversos de enfrentarse a los problemas, las génesis de sus distintas hipótesis (1).

Como quiera que el responsable de la edición dejase a los historiadores que aceptaron colaborar libertad suficiente para que cada cual enfocara a su manera las condiciones de gestación de su «obra más importante u original», las respuestas habían de ser por necesidad variadas.

Así, mientras éste se centra en la influencia del decorado sobre su estado de ánimo a la hora de sentarse a escribir, aquél señala la influencia del azar en la elección de sus temas, un tercero hace una valiente autocrítica, señalando las vacilaciones y temores que le asaltan al releer su obra, y aquel otro se queja de las presiones que obligan al historiador a publicar continuamente como único modo de ganar prestigio en la universidad.

Si el resultado de la encuesta es, pues, obligadamente heterogéneo, precisamente por ello nos comunica una mayor impresión de vida, tal y como si se tratase de confirmar las palabras de Pirenne. No era otro el propósito del autor ■ **JOAQUIN RABAGO**

(1) Entre los historiadores que atendieron la invitación, casi todos ellos del mundo anglosajón: **Vivian H. Galbraith, Robert Brentano, Jan Vansina, Joseph R. Levenson, G. F. E. Rudé,** y el propio **recopilador.** Del traductor vale más no acordarse.

LOS ESCRITOS SOCIALISTAS DE UNAMUNO

Recopilados y presentados por **Pedro Ribas,** que realiza un amplio estudio preliminar, esta selección de **artículos de Unamuno** supone un intento serio de poner en claro algunas de las características del **pensamiento unamuniano en su vertiente socialista,** así como de resaltar algunos de sus rasgos característicos.

Este aspecto de la actividad de Unamuno, que habia quedado precisamente olvidado como consecuencia de la evolución política posterior del autor y principalmente por el oscurantismo cultural practicado en la posguerra («Unamuno ha sido visto casi exclusivamente a través del existencialismo, del vitalismo o lo que es peor, de la simple difamación»), fue sacado de nuevo a la luz, en los años 60, por los estudios de Pérez de la Dehesa, Pizán y Blanco Aguinaga. En esta tendencia se inscribe la obra de Pedro Ribas, autor de una importante tesis doctoral sobre el pensamiento de Unamuno que aún permanece inédita (Ribas, P.: «Unamuno y la filosofía alemana», tesis leída en la Universidad Autónoma de Madrid en el año 1973), pero cuya elaboración ha hecho que podamos ver hoy recogida y seleccionada, en esta obra que publica la **Biblioteca de Textos Socialistas,** una documentación básica para poder plantear lo que fue la influencia unamuniana en la evolución del pensamiento socialista español.

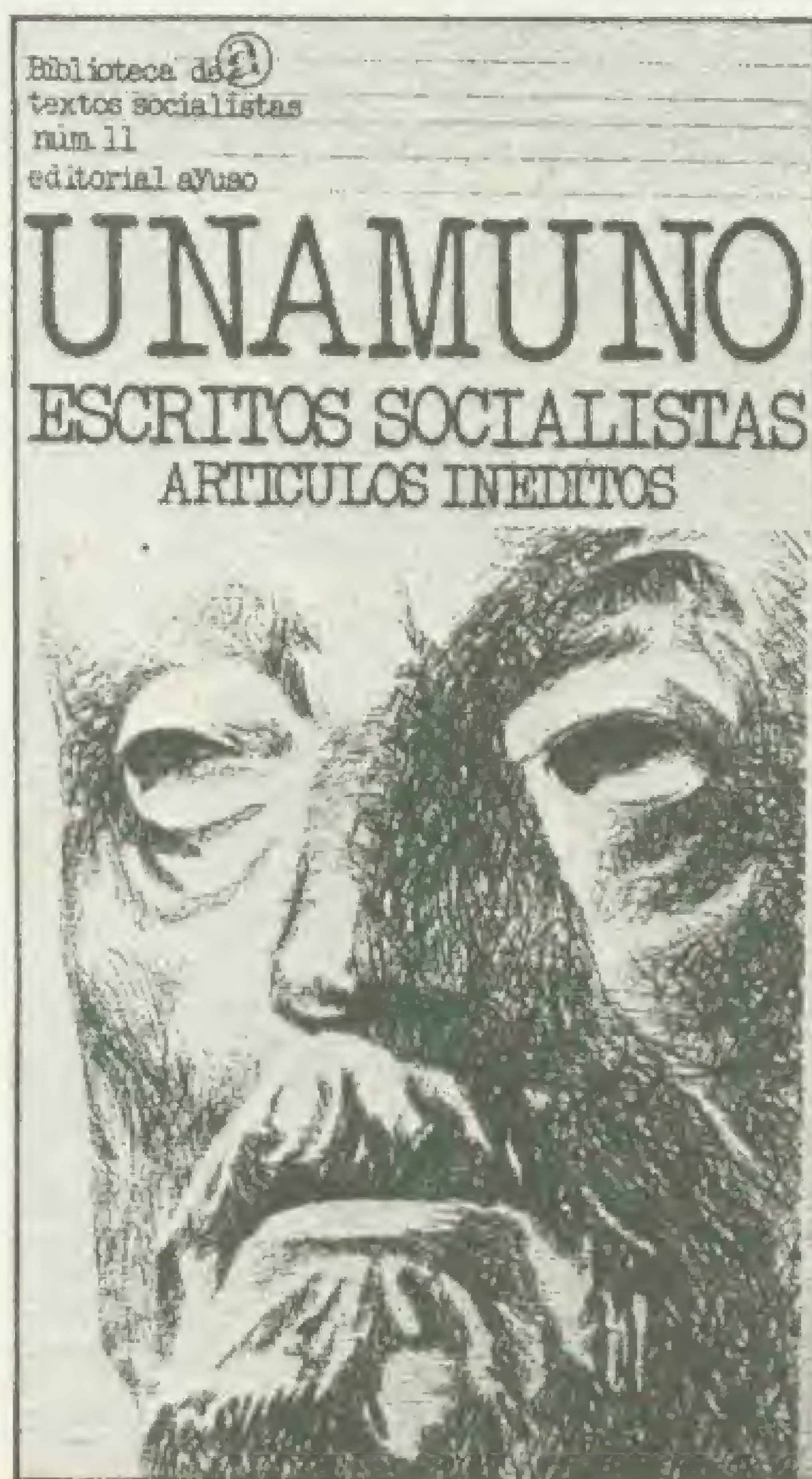
Los artículos, en buena parte inéditos, pertenecen fundamentalmente a «La Lucha de Clases», correspondientes la mayor parte de ellos al período **1894-1897.** Como señala el autor, aparecieron sin firma y su identificación ha sido realizada teniendo en cuenta las peculiaridades del estilo de Unamuno y especialmente el contenido de su obra editada.

En el estudio introductivo que Manuel Pérez Ledesma realizó en su «Pensamiento socialista español a comienzos de siglo», señalaba que en la década 1890-1900 comienza a hacerse visible la dicotomía entre la teoría revolucionaria y la práctica reformista del socialismo español, obligando esta orientación de la praxis a progresivas matizaciones teóricas, así como también el papel que jugó en esta etapa la obra de Deville «Principios Socialistas», la publicación del primer tomo de «El Capital» y los escritos de Unamuno bajo la influencia de A. Loria o F. Nitti. Como allí se señalaba, la influencia unamuniana no fue quizá la más importante, pero él fue quien examinó con mayor detenimiento en los años finales de siglo, en España, los problemas de los salarios y de la lucha reivindicativa.

En esta línea se orienta el trabajo de Pedro Ribas, quien ha recogido abundantes textos concernientes a algunos de los teas más tratados por Unamuno en sus escritos para «La Lucha de Clases». Organizados sobre dos ejes: primero, aspectos más personales del planteamiento de Unamuno: problema agrario, patria y Ejército, la educación, nacionalismo vasco. Segundo, aspectos que contribuyen a aclarar su ulterior trayectoria, de los cuales se han resaltado aquellos escritos que responden a la pregunta ¿qué es el socialismo?, y aquellos otros que permiten en cierto modo resolver la cuestión sobre cómo ve Unamuno el paso de la actual estructura socioeconómica a la sociedad en la que se edifique el socialismo tal y como él lo concibe.

En líneas generales, podemos decir que el pensamiento de Unamuno en su etapa socialista responde a aquella mentalidad que Pérez Ledesma calificó, en la obra que antes mencionamos, como «menchevique» y que hacía especial hincapié en el retraso industrial de España y en la necesidad de favorecer el desarrollo económico del pais como paso previo a la construcción del socialismo.

En este sentido, Unamuno abona la idea de que el socialismo viene por sí solo como término en el que necesariamente desemboca el capitalismo, de tal modo que «emancipará a los obreros de su esclavitud, de su tiranía a los que explotan», «redimiendo por igual al rico que al pobre, de unas miserias a éste, de otras a aquél».



Como afirma Pedro Ribas, esta concepción donde se presenta al explotador como víctima, lo mismo que a aquel que tiene que vender su fuerza de trabajo, dando a entender que tanto uno como otro son víctimas de una circunstancia que les es externa, evidencia el carácter reformista de la tesis de Unamuno. Tesis que no hace sino diluir la explotación, llegándose a afirmaciones moralizantes y a concluir que nadie es culpable. El citado carácter reformista del enfoque unamuniano se pone tanto más en evidencia si, como ha dicho el autor de esta selección, se la contrasta con el planteamiento de Marx, cuyo análisis, donde el sistema no es ajeno a sus componentes, llega a la conclusión final de que la explotación surge no de que explotador y explotado sean víctimas de un algo que les es externo, sino de que existe una clase dominante que hace valer su fuerza para conservar las cosas como están, y otra que es revolucionaria en tanto que lucha por acabar con la explotación y transformar la sociedad existente en una sociedad sin clases en la que no haya explotadores ni explotados, acabando de este modo con la explotación del hombre por el hombre.

No querríamos concluir sin poner de manifiesto el extraordinario interés que tienen los textos seleccionados que hacen mención al nacionalismo vasco: textos como «Bizkaitarrismo», «Los antimaquetos», «El antimaquetismo», en los que se ataca cierta vertiente pequeño-burguesa del nacionalismo vasco, nacida como consecuencia del descontento existente entre la clase obrera autóctona y entre cierta «clase media» de las zonas afectadas por la fuerte industrialización, descontento que un pequeño grupo de la gran burguesía tratará de capitalizar a su favor conduciendo a un programa de corte regionalista.

Una obra, pues, de interés, en cuyo estudio inicial nos hubiera gustado se incluyesen algunas referencias a las relaciones entre las ideas de Unamuno aquí recogidas y la praxis socialista del momento, así como a las conexiones y diferencias entre el pensamiento unamuniano y el de otras figuras de interés del socialismo español, como Pablo Iglesias o García Quejido. Pese a ello, obra importante tanto para el estudio de una etapa poco conocida del ideario de Miguel de Unamuno, como de algunos aspectos de la evolución teórica del pensamiento socialista español ■ **LUIS GALIANO**

LA INTERVENCION ITALIANA EN ESPAÑA

Este libro (1), que sin decir muchas cosas nuevas viene a ratificar y aun a sobrepasar datos estadísticos que hasta hace poco eran descartados en España como pura propaganda, demuestra la evolución que los historiadores del régimen están sufriendo y que, sin duda, va pareja a la evolución que se manifiesta en la Prensa. Si se repasan algunas publicaciones españolas desde los años cuarenta hasta hoy y, al mismo tiempo, lo publicado por esos historiadores, puede verse que la evolución es la misma, habida cuenta de la diferencia que hay entre un periódico y un libro, y el hecho diario y la compilada síntesis histórica de éste. Sin embargo, las conclusiones a que **Alcofar Nassaes** llega, a la luz de sus investigaciones, da la impresión de que chocan con «su» verdad y que trata de aderezarlas y canalizarlas para que sigan moviendo la rueda de su molino.

Porque creemos en su honradez, como en la honradez de todos los historiadores que siguen una línea similar, pensamos que no es posible ser juez y parte, porque una predisposición mental, ideológica e histórica, les impide, por mucho que quieran evitarlo, interpretar un hecho con la misma imparcialidad que lo haría un historiador no español. De ahí el éxito de los Thomas, Jackson, Carr, Broué... que algunos historiadores españoles han dado en llamar «vacas sagradas».

Veamos algunos ejemplos en apoyo de nuestra opinión, extraídos de este libro sobre **la intervención italiana:** p. 207: «...fue atacado el 'Dewllin' (léase 'Dellwin') contumaz contrabandista inglés». Pero aunque da docenas de barcos italianos transportando hombres y material, jamás les da un trato igual, sino que «cooperan a la generosa ayuda italiana». Más aún, en la línea siguiente, y utilizando el relato de un marino italiano, refiere: «Poco después fue apresado el petrolero 'Burlington'... por el 'Barletta' (italiano) al que se le cambió el nombre por el de 'Rio'... que se acercaba a los barcos sospechosos... con los cañones ocultos bajo grandes lonas y que únicamente se alzaban en el último momento... izando la bandera de la marina de guerra española...». Aquí tampoco hace uso de su batería de adjetivos, a pesar de que el hecho tiene todas las características descritas por Emilio Salgari en el Caribe siglos ha. Ni tampoco hace comentario alguno sobre el «Adriático», también italiano, que realiza la misma clase de operaciones, bajo el nom-



bre de «Lago». En la página 244 dice: «Muchos barcos neutrales resultaron hundidos (después de un bombardeo aéreo), entre ellos el «Arlow» (léase «Arlon»), el «Fraham» (léase «Farnham»), el «Lake Luzano» (léase «Lake Lugano»)... No hace ningún comentario; pero se indigna y censura a Hugh Thomas, en p. 179, al relatar el bombardeo del «Barletta», antes mencionado.

En la página 106 presenta el acta de una reunión del Estado Mayor de la Marina italiana y dos agregados navales de la embajada alemana en Roma, donde se planearon las operaciones submarinas contra los republicanos. El autor considera este documento «extraordinariamente interesante (pero) de autenticidad cuestionable». Esto a pesar de que *confiesa haber consultado* a dos almirantes italianos, quienes «lo consideran correcto». ¿Por qué, pues, la duda? Porque en el artículo tercero se acuerda «no facilitar información alguna a los 'blancos'». Lo cual quiere decir que, por lo menos en aquella época, actuaban por cuenta propia. Y, aunque fuimos nosotros quienes le enviamos este documento, que previamente traducimos al español, da como fuente «De Spaanse burgeroorlog en zijn gevolgen», que no es más que el título, en holandés, de un libro publicado por la Universidad de Leiden que recoge una conferencia que allí dimos, en inglés, y en cuya lengua presentamos este documento, que se encuentra en Washington National Archives, bajo el título: «German Naval Records, T-426-B, PG 80773». La autenticidad, así como su contenido, está corroborada por otros dos, que también le hemos mandado, pero no publica, y que también se encuentran en el mismo lugar.

En el hundimiento del «Komsomol», p. 102-103, da la versión generalmente aceptada de que «no parece existir la menor duda que fue el «Canarias» quien lo hundió». Sin embargo, y sin mencionarnos, repite lo que le dijimos en una carta: «No todo está claro en el hundimiento del «Komsomol», y en esta misma carta añadíamos: «¿No le parece sospechoso que el barco fuera hundido a cañonazos en vez de ser apresado como hicieron con tantos otros?».

La verdad es que no fue el «Canarias» quien lo hundió, sino su propia tripulación para evitar que fuera apresado, siguiendo órdenes de Pakhomov, comisario de la Marina. Y su tripulación (35 hombres y una mujer) fue encarcelada en Cádiz, durante diez meses, y puesta en libertad en la primera semana de octubre, mediante la gestión de la diplomacia italiana.

La intervención del «Canarias» consistió en cortarle la ruta, intentar apresarlo, para lo cual arriaron dos chalupas con marinos y oficiales, y lanzarle unos cañonazos de gracia cuando ya estaba en llamas y hundiéndose. De esto damos una referencia detallada en nuestra tesis doctoral, presentada y defendida en La Sorbona, cuyo título es: «Guerre ci-

vile espagnole 1936-1939. Interventions étrangères sur mer».

Lo que más sorprenderá en toda la obra es la intervención de cincuenta y siete submarinos italianos. Esto demuestra la lentitud con que llegan al público, e incluso a algunos historiadores, hechos tan importantes como éste, a pesar de que en 1963 fue publicado en Roma, por el Ufficio Storico della Marina, «I sommergibili italiani, 1895-1962», donde aparecen nombres y datos con un total de 1.155 días de mar; lo que equivale a un promedio de más de veinte días por unidad. Nosotros también damos esta información en el libro más arriba citado, publicado por la Universidad de Leiden.

Como el autor del libro que comentamos (a quien dimos estos datos) no creía en tan gran número de submarinos, escribió al Ufficio Storico della Marina. La respuesta, del contraalmirante Gino Galuppino, fue: «I dati citati nel volume «I sommergibili italiani» sono esati.» Esta confirmación, que nosotros consideramos importante, no aparece en el libro.

Las características principales de este libro son: un buen resumen estadístico, presentado en apéndices; un exceso, muy deshilvanado, de rodeos en torno al tema; falta de síntesis, y un descuido muy grande en los nombres de personas y barcos. Por ejemplo, en la p. 80 cita a Lord Pedelford, cuando este señor ni es Lord, ni es Pedelford, ni siquiera inglés, como el título pudiera hacer creer. Se trata de un eminente profesor de Derecho Internacional, norteamericano, Norman Judson Padelford. En la p. 81 dice Cambron (¡eh!) por Cambon. En la p. 82, Crambone por Cranborne. En la p. 182, Gattell por Cattell... Esto es más grave si se tiene en cuenta que para un historiador medianamente interesado en nuestra guerra, estos nombres son archiconocidos.

Hasta hoy, la mejor y más documentada obra sobre la intervención italiana es la del profesor de Princeton University John F. Coverdale: «Italian intervention in the Spanish Civil War», recientemente publicada por esta Universidad. ■ **J. GARCIA DURAN.**

---

[1] **J. L. Alcofar Nassaes: «La Marina italiana en la guerra de España».** Barcelona, Euros, 1975.

UNA CONTRIBUCION A LA HISTORIA



No es desdeñable la importancia del armamento en la construcción (o destrucción) de la historia. Baste recordar el papel importante del colt de seis disparos en la conquista del Oeste americano, la utilización de la pólvora en los ingenios bélicos o, en nuestros días, de la energía atómica...

Sin ánimo de interpretaciones, sino limitado voluntariamente a una estricta descripción —casi de catálogo industrial—, **Juan Luis Calvó Pascual** lleva largo tiempo dedicado al estudio del **armamento reglamentario y auxiliar del Ejército español.** Ahora aparece un segundo libro (el primero, publicado en 1975, fue comentado en el número 12 de TIEMPO DE HISTORIA) que abarca el **período comprendido entre 1839 y 1873,** justo entre el fin de una guerra carlista y la Primera República. Va este segundo libro destinado a la descripción de modelos portátiles de avancarga, al igual que el primero que comprendía la más larga etapa de 1717 a 1843. El autor distingue dos épocas, desde el punto de vista de la materia que trata: Una primera que termina en 1856 y otra, más normalizada industrialmente —según modelo inglés—, que comienza al año siguiente. El período estudiado en esta segunda entrega verá la sustitución del antiguo armamento de chispa por el más moderno de pistón.

El autor precede la descripción de los modelos de un exhaustivo estudio de las marcas en el armamento reglamentario (marcas reales, de artesano y fábrica, de destino, de importación). En dos páginas muestra reproducción de sesenta de ellas ■

OTROS LIBROS RECIBIDOS

AMO, Javier del: LITERATURA Y PSICOLOGIA. LA NEUROSIS DEL ESCRITOR ESPAÑOL. Editorial Cuadernos para el Diálogo. Ediciones de Bolsillo, número 447. Primera edición. Madrid, 1975.

CHURCHWARD, L. G.: LA INTELLIGENTSIA SOVIETICA. ENSAYO SOBRE LA ESTRUCTURA SOCIAL Y EL PAPEL DE LOS INTELECTUALES SOVIETICOS EN LOS AÑOS SESENTA. Biblioteca de la Revista de Occidente, sección Política y Sociología, número 22. Primera edición. Madrid, 1976.

CUADRAT, Xavier: SOCIALISMO Y ANARQUISMO EN CATALUÑA (1899-1911). LOS ORIGENES DE LA CNT. Ediciones de la Revista de Trabajo. Serie Historia, número 19. Primera edición. Madrid, 1976.

FICHTE, J. G.: LOS CARACTERES DE LA EDAD CONTEMPORANEA. Biblioteca de la Revista de Occidente, sección de Ciencias Históricas, número 19, Primera edición. Madrid, 1976.

INFIELD, Glenn B.: EVA Y ADOLFO. Ediciones Grijalbo. Colección Best Sellers. Primera edición. Barcelona, 1976.

MERINO, Julio: LOS PECADOS DE LA MONARQUIA. G. del Toro Editor. Primera edición. Madrid, 1976.

MIGUEL, Amando de: DESDE LA ESPAÑA PREDEMOCRATICA. Ediciones Paulinas. Colección Lo que tiene que decir. Primera edición. Madrid, 1976.

MONCADA, Alberto: SOCIOLOGIA DE LA EDUCACION. Editorial Cuadernos para el Diálogo. Colección Divulgación Universitaria, serie Educación, número 95. Primera edición. Madrid, 1976.

RUSTOW, Dankwart A. (edición): FILOSOFOS Y ESTADISTAS. ESTUDIOS SOBRE EL LIDERISMO. Ediciones Fondo de Cultura Económica. Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis. Primera edición. Madrid, 1976.

18 de julio de 1936

CNT y PCE



En el n.º 20 de «Tiempo de Historia», al que consideramos de los más completos e interesantes, destaca (en la portada) el prometedor artículo sobre «Las organizaciones obreras en el 18 de julio», por Fernando Claudín.

Sin embargo, el citado artículo, que al parecer estaba destinado a ser el principal del número, desilusiona totalmente por numerosas causas que a continuación exponemos, con el propósito de ser claros y escuetos:

1. El artículo resulta ser de un extremado simplismo causado por la casi total inexistencia de datos, y la reducción del panorama obrero (así, se olvida al POUM y a la Federación Anarquista Ibérica, que a la sazón constituía una imponente fuerza obrera).

2. El señor Claudín realiza, al menos aparentemente, la apología del PCE. Dedicando la mayor parte del artículo a recalcar las supuestas hazañas tácticas y estratégicas de tal partido. El autor, que en un principio alaba la línea comunista por su «coherencia», «claridad» y «sensibilidad» así como por lo «definida», reconoce después que esa política «estaba en retroceso respecto a la dinámica profunda y el carácter adquirido por la revolución», y además tiene la desfachatez de admitir que dicha estrategia estaba suministrada por la I. C. (mientras acusa, principalmente a caballeristas y anarcosindicalistas, de carecer de una política clara y, totalmente, de concepciones estratégicas y tácticas), y también que la excelencia y originalidad del esquema estratégico del PCE «fue aplicado con el extremado sectarismo táctico propio de la I. C.».

Más adelante el señor Claudín sigue probándonos la perfección táctica del PCE, aunque dice que se puso en seguida «de manifiesto la inconsistencia de la primera subetapa prevista en el plan estratégico de la I. C.». Así pues, lo que, en apariencia y quizás en intención era una clara apología del PCE, equivale globalmente a la afirmación de que ninguna organización obrera acertó tácticamente.

3. Quizás sean las apreciaciones dedicadas a la corriente anarcosindicalista, las que más provoquen el equívoco; ante los descuidos o fallos, quizás intencionados, quizás debidos a la ignorancia, el lector ligeramente crítico, puede observar cómo en el esquema ideológico en el que se basa el estudio, se trata de contraponer lo falso y vacío de la teoría anarcosindicalista, frente al acierto y coherencia de la línea seguida por el PCE. Para comenzar, el señor Claudín nos dice que la CNT-FAI «agrupaba entonces a otra parte considerable del proletariado industrial y agrícola», afirmación que no sabemos cómo encajarla, cuando es un hecho histórico harto conocido el que la CNT era la mayor sindical obrera en esos momentos y, por lo tanto, no agrupaba a «otra parte considerable», sino a la mayor parte del proletariado industrial y agrícola.

Más adelante encontramos todavía dos aventuradas opiniones del señor Claudín. Según él, en el congreso de mayo del 36, la CNT, relega la «cuestión de cómo organizar en el nuevo régimen a la libre elección de los trabajadores reunidos libremente». Frase ésta que, siendo literalmente enunciada en el congreso de 1.º de mayo del 36 en Zaragoza, induce sin embargo (por sí sola) a error, al dar a entender que la CNT tenía un absoluto vacío estratégico y ni siquiera había elaborado el modelo de la futura sociedad posrevolucionaria; muy al contrario, es precisamente en ese mismo congreso, donde se estudian ampliamente todas esas cuestiones, táctica, estrategia y modelo de la futura sociedad, bajo los siguientes epígrafes:

a) Análisis de las actividades.
b) Alianzas revolucionarias.
c) Problema agrario.
d) Concepto del comunismo libertario, que comprende a su vez:
1. Introducción. 2. Concepto constructivo de la revolución. 3. Primeras medidas de la revolución. 4. Plan de organización de los productores. 5. Las comunas libertarias y su funcionamiento. 6. Misión y funcionamiento de las comunas. 7. Relaciones e intercambio de productos. 8. Deberes del individuo frente a la colectividad. 9. La familia y las relaciones sexuales. 10. Cuestión religiosa. 11. De la pedagogía, del arte, etc. 12. Defensa de la revolución.

En fin, si aún después de esto se nos asegura que «el anarcosindicalismo carecía totalmente de concepciones estratégicas y tácticas» y que cubría «este vacío con el postulado de la acción directa», lo único que nos preguntamos (de nuevo) es si hay una encubierta aversión ideológica hacia el anarco-sindicalismo, o si más bien se trata de una total ignorancia de la teoría cenetista y de uno de sus principales congresos.

4. Por último, es preciso hacer constar que hay algo en lo que sí estamos de acuerdo con el señor Claudín, pero acerca de lo cual hacemos unas precisiones.

El autor del artículo dice que el PCE proponía el «hacer frente unitariamente a la amenaza de golpe contrarrevolucionario, cuya gravedad (...), percibía, probablemente, con más claridad y sensibilidad que las otras formaciones políticas y sindicales».

Cierto, pero lo realmente importante sería descifrar el porqué de esta especial y única sensibilidad: el PCE, en espera del momento propicio, su definitivo «asalto al Palacio de Invierno», es decir su oportunidad para tomar el poder, percibía claramente los progresivos preparativos de otra fuerza mucho más apta en esos momentos para tal fin, aunque quizá con la misma vocación histórica de detentador de poder, el Ejército.■

ALBERTO GARCÍA MUÑOZ.

N. de la R. de TIEMPO DE HISTORIA.— **Hemos pasado copia de esta carta a nuestro colaborador Fernando Claudín, quien nos ha comunicado su intención de responder próximamente a ella.**

NUMEROS ATRASADOS

Si usted desea recibir algún número atrasado de nuestra revista (salvo el 3 y el 4, que se hallan agotados), basta con que nos lo solicite a TIEMPO DE HISTORIA, plaza del Conde del Valle de Suchil, número 20, Madrid-15, acompañando a su petición 60 pesetas en sellos de correos por cada ejemplar solicitado, o pagándolo mediante giro postal.

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: «TIEMPO DE HISTORIA»
CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20.TEL. 447 27 00. MADRID-15

NOMBRE Y APELLIDOS ....

CALLE O PLAZA .... N.º ....

TELEF. .... CIUDAD .... D. POSTAL ....

PROVINCIA .... PAIS ....

SUSCRIBANME POR UN PERIODO DE UN AÑO (12 números)
a partir del próximo número del mes de ....

Firma,
....

Formas de pago  Adjunto TALON BANCARIO nominativo a favor de «Tiempo de Historia».  Envío GIRO POSTAL núm. ....

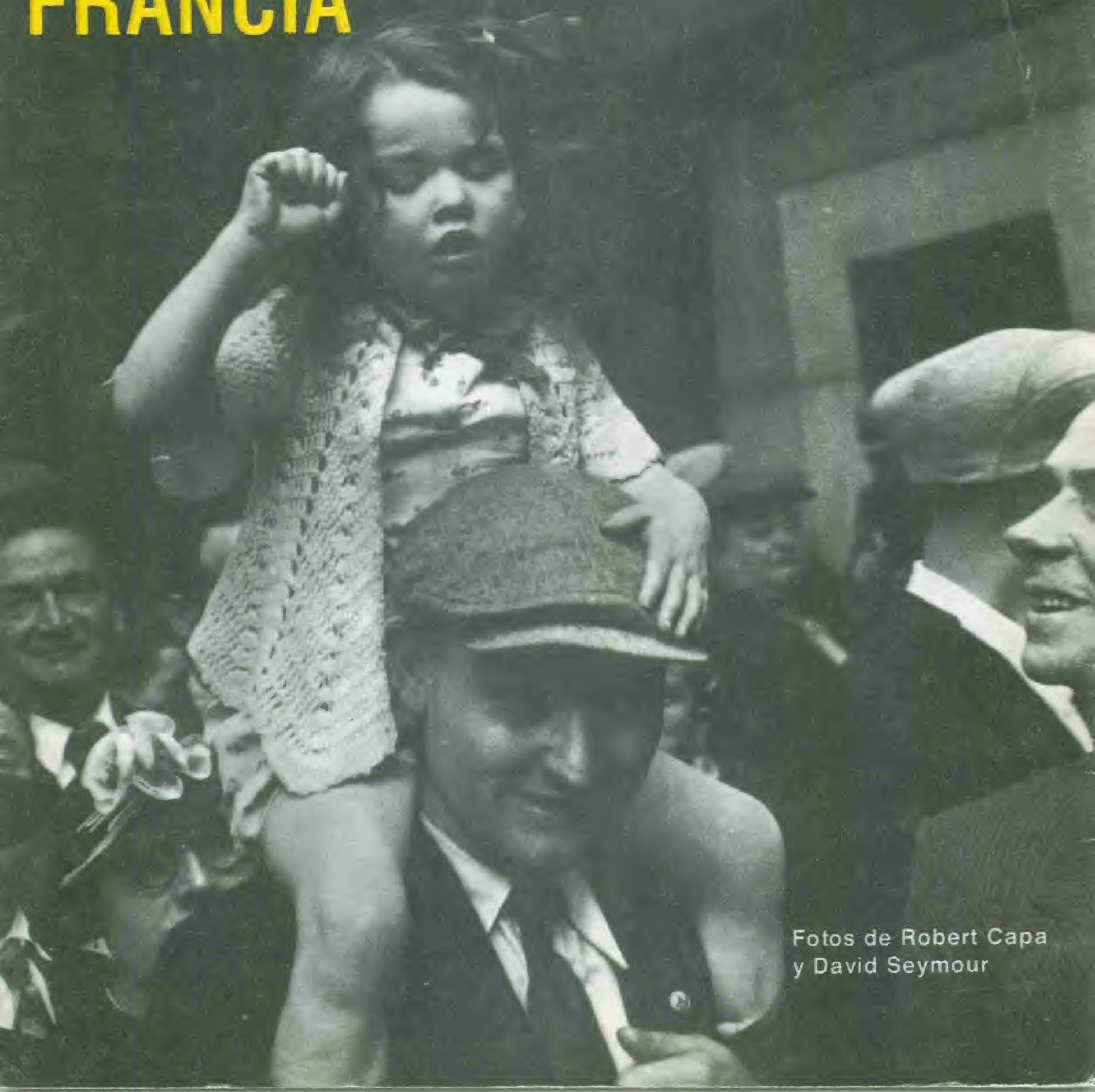
PRECIOS DE SUSCRIPCION ANUAL
(12 números): España: 600 pesetas.
Extranjero: 850 pesetas

Cuando el suscriptor solicite expresamente el envío de los ejemplares por avión, o certificados, a las tarifas anteriores se inmentarán las sobretasas postales vigentes.

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Eduardo Haro Tecglen

EL FRENTE POPULAR EN FRANCIA



Fotos de Robert Capa
y David Seymour